CARAS y CARETAS



LOS NIÑOS PIDEN MAS

Juan Pue[illegible]*alense como puedan; yo no tengo ni medio*

¡Estómago Sucio!

¡UN PELIGRO!

¡Materias Descompuestas Dentro del Estómago!

A veces, sin saber por qué, nos sentimos de repente muy incómodos e indispuestos, con Decaimiento y gran Abatimiento General, con Mal Estar en todo el Cuerpo, con Torpeza y Pereza para hacer cualquier Esfuerzo, y aún con Dolores y Pesadez en el Estómago, en la Cabeza y en el Vientre, en fin, sin gana ni ánimo alguno de trabajar!

Siempre que estas Perturbaciones aparezcan así de repente, la persona puede estar segura de que su Estómago e Intestinos están muy Sucios y Llenos de Materias Descompuestas y en este mismo día debe comenzar a usar **Ventre-Livre** para evitar que aparezca cualquier Complicación Peligrosa y Enfermedad Interna o Externa!

¡Comer Mucho! ¡Beber Demasiado!

Cuando hubiere cometido alguna imprudencia o extravagancia, comido demasiado o bebido mucho Vino, mucha Cerveza, Licores o cualquier otra Bebida Alcohólica, para no contraer alguna Indigestión u otro Desarreglo del Estómago, del Hígado, del Bazo e Intestinos, conviene mucho tomar por la noche, cuando vaya a dormir, Dos o Tres Cucharaditas (de las de té) de **Ventre-Livre** en Medio Vaso de Agua!

Haga siempre así y evitará muchas Enfermedades!

VENTRE-LIVRE es el mejor Remedio para el Tratamiento del Estreñimiento, Indigestión, la Mucha Sed y la Gana Excesiva de Beber Agua, Sequedad de Vientre, Estómago Sucio, Vómitos, Eructos, Empacho, Dolores, Cólicos, Pesadez, Calor y Ardor del Etómago, Sabor Amargo en la Boca, la Falta de Apetito, Dolores del Vientre, la Inflamación de las Hemorroides, los Dolores, Cólicos y Pesadez del Hígado, el Estreñimiento causado por las Enfermedades del Utero, el Estreñimiento Durante el Embarazo y luego Después del Parto, el Estreñimiento Durante los Viajes!

Ventre-Livre es también el Mejor Remedio para los Niños en las Indigestiones, Dolores de Vientre y otros Desarreglos Peligrosos del Estómago e Intestinos!

¡Obra pronto! **¡Es muy Sabroso al Paladar!**

* * *

DE VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS

* * *

☛ ¡Mucha Atención!:

Ventre-Livre no es purgante!

Los Médicos saben que los Purgantes son **violentos irritantes** y empeoran las Enfermedades, causando un gran daño a los Intestinos, Estómago e Hígado!

Ventre-Livre es un **Vigorizador-Tónico**, el **Mejor Fortificador-Terapéutico** de las Camadas Musculares de los Intestinos, Estómago e Hígado!

Es por esta razón que **Ventre-Livre** hace siempre Mucho Bien a los Enfermos!

Use **Ventre-Livre** durante el tiempo que explica el Librito que acompaña cada frasco de este remedio, que los resultados serán positivos y certeros!

¡No Olvide Nunca: Ventre-Livre no es purgante!

* * *

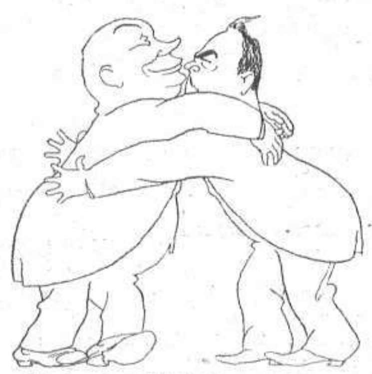
Depósito General: **Dr. J. GESTEIRA.** 129, Maiden Lane, New York, U. S. A.

* * *

Depositarios:
En la Argentina: A. Lourtau y Cía. Paraná, 182. Buenos Aires.
En el Uruguay: Juan Carrasco. Araucho, 12. Montevideo.
En Chile: Droguería Daube y Cía. Santiago y Valparaíso.

DICHO Y HECHO, POR SIRIC

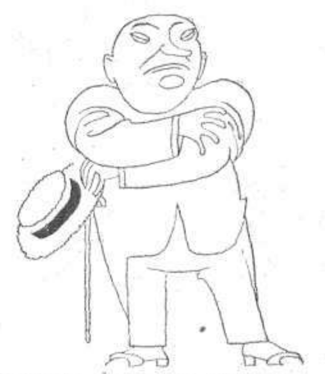
1922 - 12 OCTUBRE - 1923



El abrazo preliminar.



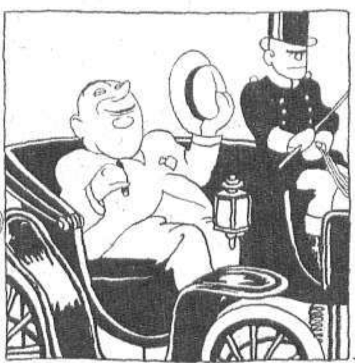
En el primer mensaje.
Alvear. — Gobernaré con la Constitución.



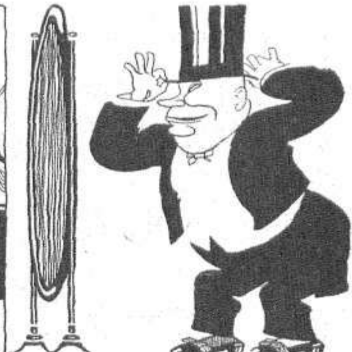
Se retrata cruzándose de brazos.



El primer disgusto de Elpidio.
Alvear hace como que se va y vuelve.



Inaugura oficialmente las carreras.



Alvear. — ¿No han aprobado el presupuesto?
Bueno. Iré al Colón.



El primer acuerdo.
— Hay que hacer algo.



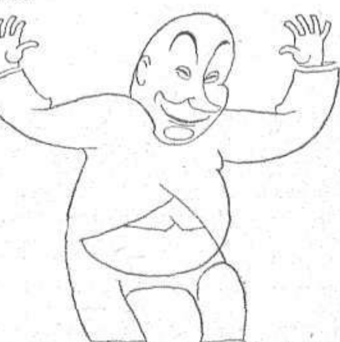
Alvear. — He estado en Entre Ríos.



Alvear. — He estado en Bahía Blanca.



Alvear. — He estado en Rosario.



Alvear. — He estado en todas las exposiciones, en todas las inauguraciones, en todas las fiestas deportivas.



Alvear. — Y ahora estoy en el 12 de octubre de 1923.



La MASCOTA de la BELLA MARGARET

AMANECÍA. Los pajarillos, saltando alegres de rama en rama, piaban placenteros saludando al nuevo día. Una fresca brisa iba limpiando las tinieblas de la noche.

Mr. Harrocks, dentro de quince minutos, apagaría las dos luces de su puesto de café y tortas.

Entretanto, platicaba con un cliente que solía visitarle desde hacía varias noches, trajinando de paso entre tazas, platillos, cafeteras y roscas de pan dulce.

Era un hombre de mediana edad, reposado, de excelente constitución, muy respetado por sus parroquianos, los que, con frecuencia, recurrían a él como árbitro cuando se suscitaban cuestiones difíciles. Su fallo era siempre recibido sin apelación: tal prestigio de persona razonable disfrutaba.

El joven que entonces conversaba con Mr. Harrocks vestía un traje a cuadros viejísimo y deslucido y cubría su cabeza con una gorra del mismo paño, pero, por lo demás, su voz era segura y su mirada brillante aunque melancólica. Hablaba bien, expresándose con educación, y sus maneras contrastaban bastante con su miserable vestimenta.

— No logro encontrar algo que hacer — explicaba al cafetero. — Estoy al preciso final de mis recursos y me vienen persistentes ideas que me aconsejan echarme de cabeza al agua. La dificultad es que sé nadar.

Mr. Harrocks, hombre de experiencia, escuchóle sin mostrar emoción alguna, como si el otro le hubiera anunciado que se iba a la peluquería.

— Sin embargo, yo quiero aconsejarle — dijo con su acostumbrado reposo de hombre que discurre antes de hablar, — que nunca conocemos lo que nos conviene, y eso le pasa a usted ahora. Por lo que yo he oído esta noche a otros clientes con los cuales algunas veces usted ha cambiado algunas frases, procede usted de la universidad de Cambridge.

— No; me eduqué en Oxford.

— Es lo mismo, a lo poco que yo entiendo. Yo quiero decir que tiene usted *conocimientos*, educación... una gran cosa. Ojalá pudiera yo decir otro tanto. Pues bien; eso le da a usted positivas ventajas sobre muchos otros. El profesorado particular, por ejemplo, le ofrece sus puertas.

— ¿Con esta desastrosa facha y sin tener certificados?

— Sí; son dos detalles que están en su contra, lo comprendo. ¿Estuvo a la sombra alguna vez? — preguntó con naturalidad.

— No; nunca he estado preso. He sido jugador y todavía lo soy. También he bebido fuerte, pero sin contratiempos con la justicia. Como consecuencia, mi familia y mis amigos me han vuelto la espalda, y yo, por orgullo, he roto todas mis relaciones. Creo sinceramente que tengo temperamento de artista, de pintor.

— Conozco a varios que pintan por las casas y por las paredes y que se sacan muy buenas guineas a fin de mes.

— No me refiero a esos; yo hablo de pintura de cuadros. Pero mis esperanzas en ese sentido se desvanecen. Se necesita algún dinero para materiales. En cambio, a otros, acaso con menos vocación, les sobran elementos.

— Ha de ser difícil, sí — admitió el cafetero. — Sin embargo, algo tiene usted que hacer. ¿Qué piensa?

— Me gustaría que usted me diera cualquier trabajo. El que sea. Mi situación no me permite escoger.

— Duro trabajo, joven amigo, es éste; más duro y pesado de lo que usted cree — contestó sonriendo Mr. Harrocks.

— No lo dudo — se apresuró a contestarle el mozo. — Hay dos clases de trabajo: de noche y de día, y yo quisiera emplearme en el primero para contemplar los amaneceres, que me encantan y me sugieren pensamientos artísticos. ¿Podría ganar con usted alguna plata?

— Este negocio no significa una fortuna; da de comer a un hombre laborioso; eso es todo.

— Pues estoy dispuesto, si me admite, a trabajar desde ahora con usted.

— No hay nada que hacer para otro aquí, se lo aseguro, y sin embargo, puedo buscarle cosa muy parecida.

— ¿Qué quiere usted decir?

— Soy práctico en esta industria y le admitiría de socio si me entrega tres relucientes soberanos de oro, porque hace algún tiempo que he pensado en abrir otro puesto muy cerca de aquí, al otro extremo.

— Tres monedas de oro — exclamó el joven sonriendo amargamente — hace bastante tiempo que no las poseo.

— Está bien, no las tiene, pero un exdiscípulo de la universidad de Oxford posee muchas ventajas para buscarlas.

— Imposible en mi actual situación; carezco hasta de zapatos decentes, ya se lo he dicho.

— Si el anillo que luce en su dedo es bueno, todavía le queda a usted algo — observó Mr. Harrocks echándole una mirada a la prenda.

Era, en efecto, un anillo común de oro macizo, un recuerdo.

— Tiene usted razón, aunque me duela. ¿Cuánto me puede usted dar por él?

— Una guinea de oro, me parece. Siempre es un remedio que le permitirá adecentarse y verse con los de la *Salvation Army*, que con seguridad le buscarán trabajo, y en un mes se pone usted a flote. Lo hago por servirle. En todo caso, es preferible al Támesis.

El joven se quitó el anillo del dedo y lo puso sobre el mostrador.

— No era mi idea desprenderme de la prenda; tengo mis razones particulares, pero es mi último recurso. Tómelo usted, Mr. Harrocks. Examínelo, y si vale lo prometido venga esa moneda.

El cafetero examinó con todo cuidado el anillo, dándole vueltas entre sus dedos bajo una de las luces. Luego, metiendo mano al bolsillo del chaleco, sacó una guinea y la hizo rebotar sobre la tabla.

— Arreglado. Si usted toma mi consejo, se vestirá bien y barato. Véase con algunos sirvientes de casas buenas y le proporcionarán por poco dinero ropas convenientes. Yo lo sé.

— No — dijo el vendedor; — no voy a hacer eso.

— Entonces ¿qué? — preguntó curioso el comprador.

— Seguir apostando en las carreras. ¿No le dije que era un jugador? Apostaré a Chicken.

— Tengo buenas noticias de ese animal; es un favorito según he oído — habló reflexionando Mr. Harrocks. — Con todo, lo que yo le aconsejo es más seguro.

El joven mal vestido no replicó, mostrando un semblante satisfecho, como de hombre que tiene una idea fija, y después de apurar el contenido de su taza de café despidióse apresuradamente.

II

EDUARD Seaton emprendió la caminata de Londres a Epsom. Barato le resultaba de este modo el viaje; sus pies protestarían mientras que su moneda de oro no sufriría desmedro, la que llevaba consigo con el entusiasmo y la impaciencia que experimentara cuando era estudiante y recibía de su casa regalos de igual naturaleza. Conservaba, además, tres centavos: uno que gastaría en el desayuno y los otros dos que le servirían para el regreso. Habíase vuelto previsor.



— No encuentro nada qué hacer y estoy al cabo de mis recursos — dijo el joven de la gorra.

Errático y fantástico, vislumbraba ahora la posibilidad, si el azar se dignaba favorecerle, de ser socio de Mr. Harrocks. En tal caso, pensaba vivir lo más barato posible y en seguida comprarse materiales para, todas las madrugadas, aprovechando dos o tres horas antes de irse a dormir, perfeccionarse en la artística profesión que era su sueño dorado.

Ya sabía de los hombres y de las mujeres; era joven, es verdad, pero su experiencia equivalía a varias existencias empalmadas.

Con estos pensamientos por amigos y compañeros durante el pedestre viaje, que él consideraba como su último recurso, el hombre pensaba regenerarse y de nuevo constituir un anillo en la cadena social. De acuerdo estaba consigo mismo en que sus diez años anteriores habían sido una lamentable equivocación, un mal camino quebrado y molesto. En lo futuro modelaría su vida para sí, perseverante y estudioso, hasta alcanzar una posición decente y quizá un gran prestigio en el mundo del arte. Cultivar su carácter recio e independiente y no dejarse arrastrar por la voluntad ajena, como de muchacho le aconteciera.

Llegó a la gran pista molido de la caminata y excitado por sus nuevas ideas regeneradoras, que le fustigaban como látigos.

Una enorme multitud llenaba las inmediaciones del hipódromo y Seaton fué a sentarse no lejos, sobre un rústico poyo desde donde oíanse los murmullos humanos siguiendo emocionados las incidencias de las carreras.

Luego escuchó un coro general que producía un ruido muy semejante al de una fuerte catarata.

— ¡Perseus! ¡Perseus ganó! ¡Ganó Perseus! ¡Hurra! — tronaban las voces.

Se levantó del incómodo asiento y se fué acercando hacia la muchedumbre. Cojeaba, y el polvo y el sudor le daban trazas de hombre derrotado.

— ¿Quién ganó? — preguntó al primer prójimo al que pudo enfrentarse.

— El favorito — le contestó éste con entusiasmo. — Ganó justamente por una cabeza. Un bonito final.

Nuestro hombre dió la vuelta burlándose de su mala suerte con una sonrisa amarga.

— Sí, un excelente final — murmuró en voz alta, arrugando y echando al aire el boleto en que, al llegar, había empleado su pieza de oro contra el ganador.

Y se mezcló entre las oleadas humanas.

¿A qué apresurarse? Ya no tenía prisa de regresar a Londres .Gastó los dos centavos en pan, que devoró hambriento, y se dirigió por una senda de los jardines para buscar un sitio donde reposar y acaso dormir.

Apenas, con los ojos hacia el suelo, dió algunos pasos, cuando vió un objeto brillante y redondo. Por un segundo creyó en el hallazgo de una moneda de oro, una especie de restitución por parte de su mala jugada. ¡Estaría bueno! Pero no, no era un soberano: era un cuarto de penique que relucía al sol. Al tomarlo con sus flacos dedos notó que por un lado alguien lo marcara con una cruz.

Una pareja — una mujer y un hombre — se aproximaban por el mismo sendero. El caballero, ya maduro, vestía con impecable elegancia. Un triunfo sastreril de primer orden. La dama era muy joven, muy bonita y de muy expresivas maneras.

— ¿Lo encontró usted? — preguntó ésta con ansiedad, deteniéndose a dos pasos de Seaton.

Descubrióse el interrogado y contestó:

— Acabo de encontrar un cuarto de penique. Si se refiere usted a esa moneda tendré mucho gusto en devolvérsela.

Ella le miró sonriendo. Las palabras corteses del hombre no se compaginaban con su aspecto miserable. Tomó la moneda que le ofrecía, le dió las gracias y dijo a su compañero:

— Jorge: dale un soberano, haz el favor.

— Ciertamente. Un negocio superior para usted, mi amigo. Si puede dedicarse a cambiar cuartos de penique por monedas de oro, pronto llegará a millonario.

— No seas fastidioso, Jorge: entrégale el soberano — volvió a insistir ella. — ¿Estás sordo acaso?

— A eso voy, a eso voy — se apresuró a contestar el «gentleman» sacando una pieza amarilla de su portamonedas y dándosela al hombre.

— Pero — dijo éste dirigiéndose a la dama — ¿por qué me hace dar un soberano por un cuarto de penique?

— ¡Ah! ¿Por qué? ¿No entiende usted de mascotas? Pues sepa que esta insignificante moneda es la mejor mascota que yo he tenido en mi vida. No hubiera querido perderla por nada en este mundo.

— Bueno, arreglado. No podemos estar todo el día hablando con este hombre — dijo el elegante.

— Por supuesto que no — asentó tranquilamente el aludido.

Contempló la moneda en la palma de la mano, dió las gracias, se caló la gorra y se fué.

Otra prueba, otra oportunidad y otro recurso que se le presentaba en forma providencial. Veleidades de la tornadiza fortuna, que de nuevo le acariciaba con una de sus caprichosas sonrisas.

Pensó regresar a Londres inmediatamente. Un buen baño y un cómodo lecho le estaban tentando. Comería y bebería a lo rico y luego, al día siguiente, si era preciso, que lo matara un rayo.

Cruzó los jardines, abriéndose paso entre el gentío y, de manos a boca, se halló frente a un «bookmaker» o recibidor de apuestas, el cual, debidamente autorizado, exhibía la lista de los caballos de la segunda carrera, expendiendo boletos a gusto del comprador.

Uno de los caballos a correr se llamaba Farthing (cuarto de penique) y este nombre hizo detenerse a Seaton con nerviosa sorpresa.

— ¿Qué paga este caballo? — inquirió del «bookmaker».

— Treinta.

— Muy bien — contestó el vagabundo sacando su capital: — va un soberano.

El «carrerista» era persona de buen humor, un honrado profesional de apacible mirada, experto en toda clase de combinaciones hípicas.

— Oigame — replicóle. — No deseo engordar a su costa. Apueste un penique y basta. Su caballo no puede ganar por ningún concepto o yo estoy loco. ¿Para qué voy a quitarle su plata? Con el resto de su moneda puede usted comprarle algunas cosas a la «costilla».

— Le agradezco la advertencia con toda sinceridad; es bien intencionada; pero yo quiero apostar entera mi pieza de oro. Supongo que usted me pagará si gano.

El otro rió de muy buena gana.

¿Pagarle? Sí, con toda seguridad si se realizaba tal milagro. ¿Por qué no iba a pagarle?

Media hora después Seaton tenía en su bolsillo treinta y una libras esterlinas justas y caminaba hacia la estación ferroviaria, donde de nuevo se tropezó con el elegante y viejo caballero que le entregara el soberano a instancias de la bella dama, que ahora no se hallaba a su lado.

— Perdóneme — usted dijo Seaton encarándose con él y saludándole con un golpe de gorra.

— ¿Otra vez? — gruñó él sorprendido. ¿Me dejará usted en paz por hoy?

— Deseo devolverle el soberano y darle las gracias por el préstamo — contestó el jugador poniéndole en la enguantada mano la moneda.

III

Mr. Harrocks a duras penas podía creer lo que veían sus ojos y esperaba curioso una explicación.

— ¿Usted apostó contra Perseus ? — interrogó.

— Sí, y perdí — explicó Seaton.

— Pero, entonces, ¿ese traje nuevo y esos excelentes zapatos? . .

— Todo muy sencillo aunque parezca extraordinario.

Y el futuro pintor refirióle minuciosamente su aventura al cafetero.

— Venga mi anillo y aquí está su «rueda». Para mí representa mucho.

— Mi amigo, es usted un genio — díjole admirativamente el del puesto.

— Ya lo sé — afirmó el mozo. — Y ahora vamos a tratar de negocios ¿Quiere?

— ¿Cómo? ¿Todavía piensa usted en ser mi socio?

— Precisamente. Quiero vivir y quiero pintar, eso es todo. Trabajaré de noche y pintaré al amanecer durante algunas horas. No soy dormilón.

Se arreglaron, y a los pocos meses, en amigable y económica sociedad, establecían otro puesto y prosperaban dentro de la modestia del negocio.

IV.

Transcurrieron diez años. Eduardo Seaton acababa de ser electo socio de la Academia Real sin que nadie se sorprendiera. Al contrario; muchos artistas opinaban que su nombramiento resultaba una reparación por lo tardío.

Su perseverancia y su talento habían dado sus frutos. Los dos primeros cuadros que enviara a la Academia fueron colocados en primera línea y merecieron la aprobación de un obispo de la Abadía de Wéstminster, el cual, aunque en cuestiones de pintura era menos que un aficionado, poseía buenas relaciones que, por no llevarle la contraria, le hacían coro en las alabanzas frente a los dos lienzos. Ya comenzaban a conocerle. Luego ocurrió que un crítico de arte, enemistado con un compañero acerca del mérito de otras telas ahí exhibidas, decidió estudiarlas de nuevo y entonces fué cuando se dió cuenta del grupo de admiradores que contemplaban «Amanecer» y «Noche de sábado en Edgware Road» con la firma de Seaton.

— ¿Por qué no descubrir a este pintor ignorado? — se dijo: — cuando un alto prelado y otras personas de rango se detienen a ponderar sus bellezas bien puedo yo darme el gusto de sacarlo a flote. Veamos.

Y, en efecto, después de pasarse un par de minutos a dos metros de ambos cuadros, acabó de convencerse de que el autor mostraba más talento que técnica con sus pinceladas.

Un artículo publicado en un gran rotativo y firmado por un crítico que llevaba poco menos de un cuarto de siglo comentando todas las importantes exposiciones pictóricas de la metrópoli, aplaudiendo o censurando casi sin apelación, constituía, por decirlo así, el certificado de un artista. A Eduardo Seaton le consagró una columna de maciza prosa en cuyos renglones, no desprovistos de reparos, quedaban, sin embargo, bastantes elogios; y a partir de tal acontecimiento se

le adjudicó la categoría de profesional especializado en los paisajes.

Su camino estaba trazado. Era paisajista por naturaleza y nunca intentó pintar un retrato. Su descubridor decía de él que era otro descubridor, el descubridor de los varios aspectos de Londres en las horas quietas de la alborada.

Consecuencia de sus escalonados éxitos fué que su familia, arrepentida de haberle negado condiciones para la pintura, mostrábase ahora orgullosa de su renombre, asediándole con sus mimos, sin duda para desquitarse del abandono y de la indiferencia con que antes le trataran.

Para celebrar su elección, un grupo de amigos, solteros como él, le ofrecieran un banquete en el club. Artistas casi todos ellos aunque en distintas direcciones, de sobremesa se entablaron animadas pláticas acerca de los tópicos de actualidad, recayendo la conversación sobre los últimos sucesos teatrales.

—Me pregunto con frecuencia — habló el viejo Bruden — qué porvenir yectos abrigará Margaret Gaye. Ustedes recordarán: ha sido la mejor Julieta que hemos admirado. También se presta para la comedia, pero hace mal en cambiar de género, según se ha murmurado. Es una hermosa mujer de un espléndido temperamento artístico. Hace tiempo que no oigo hablar de ella.

— Tengo entendido que se halla enferma — anunció otro de los comensales; — no hace mucho todavía que yo pinté su retrato. ¡Adorable y juvenil criatura! Una vez me enseñó su mascota, un cuarto de penique con una cruz en el anverso en la que creía como se puede creer en Dios, asegurando que mientras no la perdiera nada malo le pasaría. Pocos días después recibí un recado de que se encontraba con fiebre reumática y hubo de suspender sus visitas. Aun conservo en mi estudio su retrato sin terminar. Desde entonces no he vuelto a verla.



—Oigame: no quiero engordar con su dinero, buen hombre. Apueste un penique.

—¿Y por qué? — preguntó Seaton.

—Debiera haberla visitado, pero las cosas se me vinieron tan encima por aquellos días que me fué imposible disponer de algunas horas sobrantes. Luego — lo que siempre ocurre — fuí olvidándola. En fin, la semana próxima me prometo visitarla. Ella vivía en una casita de Earl's Court, pero no sé quién me dijo que últimamente se hallaba de viaje Quiero cerciorarme.

—¿Sabe usted — volvió a inquirir Seaton con aire de curiosidad — por qué nunca ha querido casarse?

—¡Ah! Es cierto que es soltera, y no ha sido por falta de ventajosas proporciones, y acaso haya hecho mal, porque, de algún tiempo a esta parte, sus ganancias no fueron grandes. Es muy probable que no posea ahorros. Le gustaba gastar a manos llenas y, además, era amiga del juego por temperamento.

—El juego es una equivocación — asentó el ex vagabundo y ex cafetero, en tanto se limpiaba los cristales de los lentes con la punta de su pañuelo de seda.

Habiendo hallado la verdadera ruta, Seaton no arriesgaba una libra al azar. Todo lo más, y por compromiso con algunos compañeros, distraíase jugando al «bridge» algunas noches; y en cuanto a la bebida, no desdeñaba un par de vasos de vino a las horas de comer. No era mucho abusar de los dos vicios a que con exceso se entregara en su primera juventud.

A la mañana siguiente penetraba nuestro hombre en las oficinas de una agencia de informaciones privadas.

—Deseo — dijo — la dirección de miss Margaret Gaye.

—¿Margaret Gaye la gran actriz? — preguntó el detective.

—La misma. Hace cosa de un año residía en una casa de Earl's Court. Es cuanto yo puedo decirle. ¿Puede usted hacer en seguida la averiguación?

Sonrió el de la agencia.

—Me alegraría que nunca se me presentara un asunto de mayor dificultad.

—Una advertencia. Realizará usted su trabajo sin la menor molestia para la persona por quien me intereso.

—Es natural; es el procedimiento invariable que seguimos. Mañana tendrá usted su dirección.

V

SEATON, empuñando el volante de su automóvil, dirigíase a Winbledon. Luego maniobrando a la izquierda de la calle principal del barrio, detuvo su máquina y se apeó frente a un modesto edificio. No le costó trabajo dar con lo que buscaba. Llamó a la puerta y una joven sirvienta salió a recibirle.

— ¿Está miss Gaye?

— Como estar sí está la señorita — contestó la criada con tono vacilante — pero...

— Entréguele esta nota; dentro va mi tarjeta; y dígale si puede recibirme.

No tardó un minuto en regresar la muchacha.

— Miss Gaye le recibirá. Sírvase pasar, señor.

El artista fué introducido en una pequeña y coquetona salita la mitad de la cual casi la ocupaba un gran piano. Apenas penetrara y ya una figura femenina se levantaba del asiento y venía a su encuentro todavía conservando en una de sus manos el recado escrito del visitante. Aparecía más delgada y un poco más mujer, una mujer de escasos treinta y dos años. La impresión que le causó a Seaton fué la de una hermosura ya conocida que se ha estilizado — espiritualizado — con el tiempo y acaso con los sufrimientos.

— No comprendo bien su nota, caballero — dijo mientras le tendía su mano. — Me dice usted que yo una vez salvé su vida y yo nunca he hecho nada del género heroico... fuera de la escena. Mucho me temo haber salvado bastante menos que la vida de un famoso artista. ¿Quiere usted sentarse y explicarme el asunto, Mr. Seaton? ,

Accedió el pintor y relatóle su historia desde el principio hasta el fin.

— ¿Entonces es cierto que atendió usted una humilde cafetería? Lo he leído en un diario.

— Ciertísimo. Un trabajo muy interesante en algunas ocasiones.

— ¿Y es también verdad que hace tiempo deseaba usted verme?

— Con grandes deseos. Entonces yo no conocía su nombre. Apenas hace dos noches que por verdadera casualidad, cenando con unos compañeros en el club, pude saber que la dama del cuarto de penique por mascota y miss Margaret Gaye eran una misma persona. Se habló de usted con gran admiración, recordando sus triunfos escénicos.

— ¡Ay! Presiento que no volverán.

— Así lo espero — dijo el artista sin darse por advertido de la mirada de perplejidad en que ella le envolvió. — Uno de los amigos mencionó la mascota de usted y ese fué mi descubrimiento.

— Estuve bastante enferma y hube de abandonar Londres. Me marché a... bueno, me fuí mundo adelante. A ninguno de mis viejos amigos participé mi nueva dirección. ¿Quién se la dió a usted?

— La conseguí de un modo poco decoroso: en una agencia de informaciones privadas. Si otro camino menos decoroso aún hubiera sido necesario para encontrarla, a él hubiera recurrido. Diez años he tardado en verla. Ya he hablado de mí. ¿Por qué no me cuenta usted sus cosas? ¿Quiere decirme quien era el hombre al que llamaba usted Jorge?

— Jorge Belmont, un rico banquero. Un buen amigo que no tardó en aburrirse de mi amistad.

— ¡Ah! El abuelo. ¿Qué comentarios hizo cuando yo le devolví el soberano?

— Cuando volví a su lado después de haberme distraído comprando unas revistas — contestó ella sonriéndose — Jorge hallábase estupefacto, dando vueltas entre los dedos a la famosa moneda. Le hizo un efecto enorme y la contaba a todo el mundo, invariablemente a los postres.

— ¿Y de usted, de usted misma, no me cuenta nada?

— Bueno; ¿pero hay alguna razón para que yo le cuente mis cosas, mister Seaton? — replicó ella sonriendo con graciosa melancolía.

— Una razón, la mejor razón del mundo. Se la diré luego. Siga contándome: cayó usted enferma y... continúe, por favor.

La actriz relató brevemente su historia. Habiendo sido, durante algunas temporadas, el ídolo del público, que la aclamaba entusiasmado al final de todas las escenas, los empresarios asediábanla a contratos, pagándole grandes sueldos. Su juventud, su alocada generosidad y el afán de disfrutar como una princesa de los esplendores que le proporcionaba su carrera, no le permitieron hacer economías, pues juzgaba inagotable el caudal de su salud y de su talento. Pero una rebelde enfermedad reumática vino a dar por tierra, en pleno florecimiento, con sus risueños optimismos. Meses de padecimiento sin que todavía se considerara bien restablecida, y luego lo de siempre: dificultades para reanudar sus contratos; luego la avaricia de los «managers», queriendo explotarla por la pérdida que suponía para su fama los dos años fuera de las tablas. Sin embargo, esperaba de un momento a otro firmar un arreglo conveniente. Su mascota no le fallaría; confiaba en ella como nunca; su fe era inquebrantable.

— Hace usted muy bien en confiar en su mascota — díjole Seaton gravemente —: si usted me presta un poco de atención yo podré justificar su devoción por la cruzada monedita. Debe usted limpiarla con una solución de ácido sulfúrico al veinte y cinco por ciento y luego pasarle piedra pómez.

Rióse Margaret de este ocurrencia.

— ¿Quién le enseñó tanta química?

— Muy sencillo. Trabajo con frecuencia fabricando los colores que empleo en mis cuadros... ¿Quiere usted darme una taza de te?

— Con todo gusto.

— Mientras tanto tendré tiempo de hablar por teléfono aquí en la oficina de al lado.

— ¿Ha olvidado usted algo urgente?

— No; avisar a mi casa que vengan por mi automóvil y que me lo envíen a las siete para que nos lleve a cenar juntos. Después podremos ir al teatro o conversar a los postres. Como usted quiera.

— Pero... ¡usted es una persona asombrosa! ¿Me ha preguntado — se ha preguntado — si yo aceptaría? No debo aceptar ni tengo, me parece, un vestido bastante a la moda.

— ¡Bah! Usted lo tiene, cualquiera que sea. Usted debe venir. ¿Piensa usted que yo, después de haberla buscado afanosamente durante diez años, consentiré en perderla ahora? ¡Nunca! Ni hablar de ello me agrada ¡Ah! Aquí está el te.

Lo tomaron en silencio, mirándose y comprendiéndose.

Luego, en colaboración, se dedicaron a pulir la monedita, frotándola con unos polvos hasta que brilló como el día en que él la encontrara.

Cuando, a las siete en punto, llegó el automóvil, ya estaba lista Margaret Gaye, y a las tantas horas, ya rodando el coche de regreso a su casa acompañada por el artista, consultó con éste el contrato que se le ofrecía.

— No es lo que yo deseara, pero, en fin, me parece que debo aceptarlo. ¿Qué me aconseja?

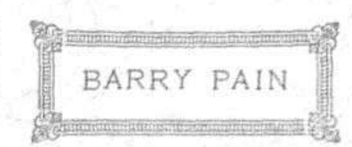
— Que no.

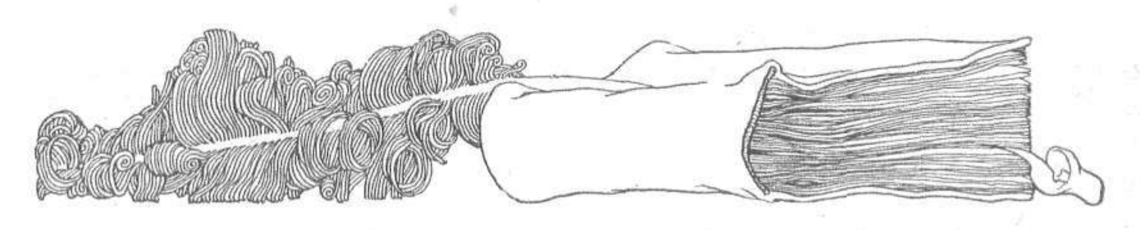
— ¿Por qué no?

— Porque no quiero que mi esposa trabaje en el teatro.

Experimentó ella una sincera sorpresa.

Habló él con elocuencia considerable, porque al decirse adiós —un breve adiós —ella debió quedar convencida al devolverle el beso con que Seaton saboreó la miel de sus labios.





AVELLANEDA *de* LEJOS

Cuando niño aún salí de Salta por la primera vez, la llegada al Rosario, punto terminal del viaje, fué todo un acontecimiento en mi vida.

Deseaba con ansia el arribo. Dominábame la emoción de una fuerte emoción presentida.

Pero la ciudad santafecina no era lo que me interesaba en sí misma. El verdadero objetivo de mi anhelo era el río Paraná.

Hijo de una región cordillerana a cuya magnificencia falta el complemento del paisaje espiritualizado por grandes aguas, yo he sentido siempre la poesía fluvial en la naturaleza física y en las evocaciones de la historia.

El Ganges, el Eufrates, el Jordán, el Nilo, el Tíber, el Rin, tienen para mi espíritu sugestiones que condensan el misterio y las tristezas que otros encuentran en los viejos despojos de las civilizaciones desaparecidas. Leo con gusto a Volney, en sus meditaciones sobre Palmira, y últimamente a Lucas Ayarragaray en sus meditaciones en Roma, pero solamente por su belleza literaria me agradan las obras inesperadas en lo que puede denominarse misticismo de lo pasado.

Yo no me siento con inclinación para ser un pasivo contemplador de ruinas. Ni aun de las propias. Las ruinas son las hojas secas del árbol de la humanidad; el tronco, la raíz y la savia escondida me interesan más que el ramaje muerto.

Y en todo caso, es preferible esconder las soledades dolorosas del espíritu en las vivientes de la naturaleza.

En ella, la poesía de los grandes ríos es más accesible para mí que la del mar. Este me da una sensación de aislamiento y de sustracción a la existencia. En cambio aquéllos, con sus horizontes combinados de agua y tierra, me ofrecen la visión total del planeta. Son una imagen de vida plena en lo humano y lo extrahumano.

Pero mi primer entrevista con el Paraná me causó una relativa decepción. Yo me lo imaginaba con mayor majestad, y mucho más dilatado que la extensión aparente a mi vista, inexperta todavía para calcular distancias en espacios abiertos.

El gran estuario me pareció angosto y de corriente demasiado serena, o mejor dicho, casi sin corriente.

Después supe que la anchura que yo creía de sólo cuatro o cinco cuadras era de quince a veinte, y que la correntada de fondo era más poderosa que la de los riachos gritones y saltarines de mis valles nativos.

Los riachos torrentosos es lo único que tiene allí voz alta y movimiento enérgico.

Sólo después que tuve ocasión de navegar por el Paraná y conocer la red de sus innumerables canales me pude dar cuenta de que el caudal de sus aguas, esparcido sobre triple extensión que la del cauce principal, llena una función intrínsecamente más bella y más fecunda que la de abrirse, por entero, en simples panoramas de hermosura y grandeza visibles. Ese caudal es la potencia fertilizadora de un vasto archipiélago.

Igual potencia representan en el orden espiritual los pujantes propulsores de la civilización y sus inspirados intérpretes.

Victor Hugo, en su obra sobre Shakespeare, dice: «hay almas océanos». Y estudia la de los profetas y de los genios representantivos del pensamiento universal.

Dentro del medio humano circunscripto que está al alcance de mi observación personal, cabe también un símil entre ciertos espíritus argentinos con el Paraná argentino. Y la comparación es más exacta, respecto a los más grandes, recordando que, según la etimología atribuída al nombre indígena, Paraná quiere decir «pariente del mar».

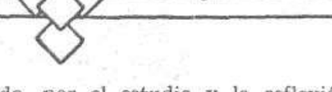
Nuestra nacionalidad no se ha manifestado psicológicamente sino en una o dos almas-océanos, pero ha producido algunos espíritus «parientes del mar».

He dicho mis anhelos cuando llegué al primer puerto del litoral. Cuando vine después a Buenos Aires experimenté análogos impulsos, seguido por igual género de experiencias y reflexiones, pero en esfera psíquica distinta.

Del mismo modo que al pisar la ciudad del Rosario mi gran deseo de niño era encontrarme frente al Paraná, en Buenos Aires mi gran deseo de joven fué conocer a las personalidades que en aquel tiempo representaban con más potencialidad el intelecto nacional.

Pero así como el Paraná me pareció menos grandioso y bello en la realidad que en la perspectiva ideal, un efecto semejante me causaron algunas de nuestras eminencias.

Esta primera impresión fué también modificada más tarde. De igual manera que sólo después de recorrer el curso central y las ramificaciones del gran río pude apreciar sus magnitudes, también a la espiritual de nuestros próceres sólo me fué dado



calcularla cuando, por el estudio y la reflexión, medí todo el espacio de vida nacional fertilizado por sus espíritus.

Desde que pude establecerme en Buenos Aires, mi mayor interés y preocupación fué la de tener, por conocimiento personal, un juicio propio sobre nuestros prohombres.

El primero a quien tuve ocasión de conocer fué al doctor Avellaneda. Antes del tiempo en que pude hablar con él lo vi en el acto más impresionante de su vida pública.

En ese acto se destacó para mí su personalidad con los perfiles que fijará la historia de un héroe del pensamiento y un mago de la palabra.

Fué el más espléndido de sus triunfos oratorios; el más extraordinario de los que haya alcanzado en la Argentina el poder de la elocuencia. Entraña a la vez un símbolo. De todos los hechos que yo he presenciado en mi vida, ninguno me ha dado una impresión tan precisa y evidente de lo que denominamos las fuerzas del espíritu.

Fué en los preliminares de la revolución de 1880. Un concurso popular de más de cincuenta mil almas llenaba las dos plazas que unidas forman la actual de Mayo. Habíase convocado para la gran manifestación de la paz. Aquella enorme masa humana era enemiga del gobierno de Avellaneda; en aquel acto rugía de indignación contra «el chingolo». El clamor colectivo de imprecación y de protesta no le dejaría hablar si el orador no se imponía a la multitud desde el primer momento.

Apareció en el balcón del Palacio de Gobierno, habló y se impuso con la primera frase. «Señores: salgo a vuestro encuentro y os saludo con vuestra divisa: ¡Viva la paz!

«La paz que enciende el farol de papel en la fiesta de la aldea...»

Desde ese instante el pueblo quedó suspenso y escuchó silencioso; después de tres o cuatro párrafos hubo manifestaciones de aprobación; a la mitad estallaron los aplausos.

¿Qué aplaudió Buenos Aires en labios de Avellaneda durante esa hora solemne?

No fué el palabreo sonoro; no fueron las vulgares adulaciones a la soberanía popular ni a la voluntad de las muchedumbres.

Lo que éstas vitorearon en el Presidente escarnecido por la prensa y odiado por las masas, fueron las frases más valientes que gobernante alguno haya pronunciado en nuestro país ante una inmensa asamblea embravecida; fueron enunciados categóricos de gobierno y conceptos afirmativos de la autoridad nacional, expresados en forma tan neta que más que amonestaciones en favor del orden eran una amenaza de represión violenta. Y ésta en aquellas circunstancias importaba un desafío. Ese hombre que, según la frase de Sarmiento, «no sabía descargar una pistola» fué el más corajudo de los políticos argentinos. En otra oportunidad comprobaré la verdad de tal afirmación con ejemplos que no son del caso en el presente artículo.

En cambio es oportuno llamar la atención sobre la circunstancia sugestiva de que el Presidente menos militar, y con menos parada de atropellador, fué el gobernante argentino de más entereza civil. Los hechos principales de su gobierno, inaugurado y concluído entre dos revoluciones, comprueban la razón y el derecho con que le dijo al Senado Nacional «que la política del miedo era la más peligrosa de las políticas».

Pero en Avellaneda la particularidad más resaltante era el contraste de su pobre apariencia física con la potencialidad de su oratoria.

Faltábanle todas las cualidades externas que contribuyen y a veces bastan al éxito del orador. Tenía estatura desmedrada y una pronunciación ceceosa; pero su voz era potente; iba poco a poco entonándose al hablar hasta llegar a una sonoridad especial que, sin contribuir a los efectos de la palabra, recogía de las interioridades de su yo, para irradiarlas al exterior, pujanzas espirituales insospechadas en almas de selección como la suya. Estas reproducen a veces, en lo psíquico, el prodigio corporal de los púgiles griegos en quienes el gimnasio perfeccionaba, con un desarrollo armónico de fuerzas, la fiera musculatura del Hércules primitivo.

Como político tenía una malicia provinciana más refinada y de mayor alcance que la viveza porteña.

Toda su actuación fué una lucha de su destreza con las arrogancias, ingenuas en el fondo, de los que se pretendían en Buenos Aires maestros en la vida pública. Con sus habilidades salvó la estabilidad de su gobierno; pero hizo mal al país iniciando la política de conquista material y moral de Buenos Aires por las provincias, que produjo en Buenos Aires y en las provincias el quebrantamiento de la vida cívica. La capital sojuzgada por la fuerza tomó el desquite a la larga, dominando al resto del país con su riqueza, sus vicios y los efectos enervantes de su exagerado cosmopolitismo.

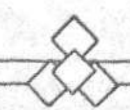
Yo pertenecí a la masa de opinión contraria a esa política. En 1880 fuí soldado en armas contra el gobierno central. Después de haber admirado al orador Avellaneda en la plaza 25 de Mayo, fuí a las trincheras a pelear contra el presidente Avellaneda.

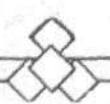
Pero mi entusiasmo por su mentalidad fué aumentando con el tiempo. Con la lectura de sus discursos comprendí que al admirar su elocuencia admiraba también su maestría en todos los géneros de la literatura. Toda la literatura está sintetizada en las oraciones de Avellaneda.

Es la característica de la gran oratoria. Así se ha manifestado en todos los tiempos por medio de sus exponentes más culminantes; en los profetas hebreos, en Pericles, Demóstenes, los Gracos, Cicerón, Bernardo el Ermitaño, Arnaldo de Brescia, Savonarola, Lutero, Mirabeau, Vergniaud, lord Chatan, Sheridan, Napoleón en sus proclamas militares, O'Comell, Berrier, Lamartine, Víctor Hugo, Castelar; en América Webster, José Ignácio Ramírez, Martí, Arboleda, González Prada, Esquiú, Estrada, Mitre, Sarmiento, y el primero de todos en la Argentina, Avellaneda.

En la gran oratoria hay ciencia y arte. Hay arte en varias de sus múltiples manifestaciones, sin excluir algunas de las plásticas. La figura del orador es en muchas circunstancias escultural.

Pero de las diversas formas de arte contenidas en la oratoria predomina la forma dramática, con más elementos de vida que en la obra teatral. En





esta última se sabe que el espectáculo es ficticio; mientras que en la situación del orador aun cuando exista una parte de escenografía, lo dramático deriva de la realidad directa; es vida en acción. ¡Y qué vida! Ninguna de las tragedias del teatro supera en dramaticidad a los acontecimientos históricos y aún a los episodios de la existencia individual dependientes o ligados con la acción de los grandes tribunos.

Eso fué también Jesús, en grado excelso: un super tribuno universal; es la categoría más aproximada a la índole y proporciones de su acción, desprovista de lo sobrenatural, aunque no de la esencia divina que cabe en la naturaleza humana.

Pero la oratoria se vincula también con otros géneros literarios. Se ha dicho con verdad que en la Ilíada de Homero está el modelo primero y más elevado de elocuencia. La misma observación se ha hecho extensiva a los discursos de varios de los personajes de las tragedias de Shakespeare.

También son trozos de magnífica y terrible elocuencia algunas de las imprecaciones de Dante contra sus perseguidores y la injusticia de la patria ingrata.

Así, pues, y apareando la verdad de dos conceptos, se tiene esta realidad ideológica: en la gran poesía, hay elocuencia; en la gran elocuencia, hay poesía.

Y es justamente esa cualidad inapercibida, o por lo menos no estudiada hasta ahora y que merece el examen de los críticos y filósofos, lo que da su mayor eficacia a diversos géneros de oratoria.

Esa cualidad es la causa por la cual, más allá de los hechos que forman la materia o el motivo circunstancial que le dan origen, sobrevive a través de los tiempos el verbo tribunicio de tipo superior. Este es el que interpretando una palpitante realidad de la vida o los arrebatos de pasión humana en su más alta potencia, estalla en uno de esos gritos sublimes de dolor, de piedad o de cólera, perpetuados en la memoria de los hombres por un apóstrofe inmortal.

El verbo tribunicio de tipo superior es un verdadero canto. Hay en él, latentes o manifestadas, todas las formas de la poesía, hasta la de su íntima esencia musical.

La oratoria de Avellaneda abarca en su conjunto una cantidad considerable de materias de interés público sintetizados en párrafos que valen un libro. Pero yo no leo y releo sus discursos por los asuntos que tratan, sino por su contenido poético que no envejece.

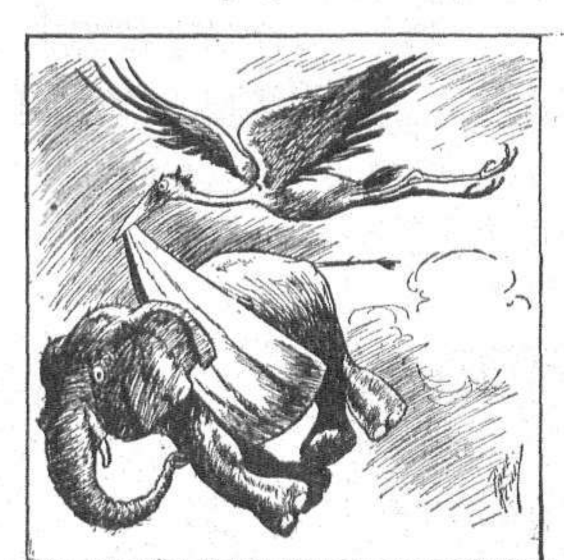
Esa obra ofrece a la juventud un tesoro literario, que tal vez ella no estima ahora por causa de un prejuicio adverso a esa manifestación del pensamiento, considerada como inferior o inestética por los intelectuales refinados, que se refinan tanto y tanto, que al fin se quedan como navaja de barbero pobre: el filo come la hoja.

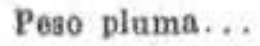
Si nuestra juventud leyese los discursos de Avellaneda sin preconceptos, y sin la inexplicable prevención que alguna parte de ella exterioriza en alardes despectivos hacia el pasado intelectual del país, encontrarían sustancia de arte en mayor proporción y de mejor calidad que en muchas composiciones literarias modernas.

En la oratoria de Avellaneda se hallan reunidas diversas formas o variedades de poesía. La sentimental y a la vez lírica y filosófica en su oración admirable y poco conocida en una biblioteca de campaña; la descriptiva del paisaje visible y evocadora de vida futura en el discurso inaugural del Parque de Palermo; la de tono pindárico en las dos oraciones que electrizaron a la concurrencia de los Juegos Florales en que fué laureado Andrade; la elegíaca, con entonaciones épicas, en la tumba de Alsina; la de honda emoción personal a la vez que de altas videncias patrióticas al saludar a su ciudad nativa como primer magistrado de la Nación, cuando llegó a Tucumán el Ferrocarril del Norte.

Solo la magia de la poesía explica la fascinación con que la oratoria de Avellaneda llegó a dominar muchedumbres hostiles, reproduciendo el sentido real del mito de Orfeo que con la armonía de su canto amansaba las fieras.

JOAQUIN CASTELLANOS





Peso pluma...



—¡Ay, Isabel! ¡Yo tendría vergüenza de que me vieran en ese traje!
—Lo mismo me pasaría a mí si fuera usted, doña Rosario ...



El doctor Luis Corigliano rodeado de los médicos veterinarios de la Inspección Técnica Veterinaria de los Mataderos, quienes le obsequiaron con una fiesta campestre con motivo de su jubilación.

EL FIN DEL CÉLEBRE NAVÍO "VICTORIA"

El *Victoria* fué botado al agua el 7 de mayo de 1765 en los astilleros de Chatham (Inglaterra), y en aquel tiempo se consideró como uno de los mayores y más potentes buques de guerra. Sus características eran: eslora total, 69,05 metros; manga, 15,85 metros; puntal, 6,55 metros; desplazamiento, 2162 toneladas. Su armamento consistió primeramente en 12 cañones de 12 libras, sobre cubierta; 32 de a 12 en la 2.ª batería, 30 de 24 en la 1.ª y 30 de 32 en el corredor; pero con el tiempo, y a medida que fueron progresando estas armas, se fué modificando, de modo que hasta el segundo decenio del siglo pasado se tuvo al *Victoria* como al buque más poderoso de la escuadra inglesa. Prestó en varias épocas importantes servicios a Inglaterra, y en la primavera de 1805 tomó parte en la campaña de las Antillas contra el almirante francés Villeneuve; en agosto del mismo año fué enviado a Inglaterra para reparar averías; el 4 de octubre se incorporó de nuevo a la escuadra, y el 21 tomó parte como nave almirante, mandada por Horacio Nelson, en el combate de Trafalgar.

El último combate naval en que tomó parte el *Victoria* fué uno de poca importancia, contra la escuadra dinamarquesa en 1812; y poco después, habiendo ya cumplido cincuenta años de servicio, se decretó su desarme, pero no por eso fué borrado de la lista de buques de la armada, sino que se le nombró nave almirante de Portsmouth, donde ha terminado ahora su vida como nave de guerra; hace poco tiempo se dispuso que cesara de disparar salvas en contestación al saludo de los buques al pabellón almirante, lo cual equivalía a darlo de baja como buque de guerra, despues de haber sido declarado *monumento nacional.*

Ecos de los terremotos del Japón

Uno de los barrios de Yokohama totalmente destruido por el terremoto. Los bomberos japoneses, con la bravura que les distingue, organizaron desde el primer momento los trabajos de salvamento, intentando reducir el incendio que se desarrolló como pavorosa secuela de la inmensa catástrofe.

SOMBREROS DE PAJA

Modelos elegantísimos de PRIMAVERA para NIÑAS y NIÑOS a precios de Gran LIQUIDACION



247. — **ELEGANTE SOMBRERO** de paja Toscana, adornado con cinta de faille blanca, muy práctico, para niñas de 3 a 10 años .... $	**10.20**	**neto**
233. — **SOMBRERO** en paja de Italia, adornado con cinta de faille blanca, para niñas de 7 a 15 años .... $	**11.90**	**neto**
235. — **LINDOS SOMBREROS** en paja de Italia, adornados con cinta faille de seda negra, especial para niños de 6 a 15 años .... $	**9.35**	**neto**
238. — **SOMBRERO MARINERO** en paja de Italia, cinta con inscripción, apropiado para niñas o niños; con ala angosta .... $	**8.50**	**neto**
Con ala ancha .... $	**11.90**	**neto**
240. — **SOMBRERO** en fina paja Toscana, adornado con cinta de faille de seda blanca. Para niñas de 7 a 14 años .... $	**11.90**	**neto**

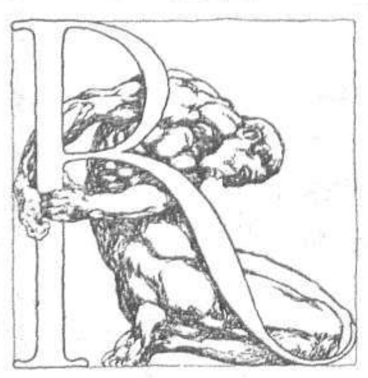
JAMES SMART

BME. MITRE Y FLORIDA Bs AIRES



HOMBRES NATIVOS





ECIOS y cetrinos — como una estatua de bronce patinada por la lluvia y por el tiempo — viven y luchan en las ciudades argentinas los hijos genuinos de la raza. Son hombres nativos de la tierra, resignados en la esperanza y exaltados para el sacrificio heroico. Su visión humana, trashumante por los burgos y poblachos, regocija el corazón y el patriotismo. Tostados por el sol, curtidos por el frío, heridos por la pobreza y aislados por la renovación social ellos se afirman todavía como una fuerza histórica ante el empuje irreflexivo del cosmopolitismo y el progreso.

Hidalgos y cervantescos, con osatura de héroe y de monje, los pobres paisanos sufren la proscripción inexorable del tiempo y del olvido. Las antiguas calles toledanas que fueron el romance de sus sueños épicos, desaparecen; las llanuras salvajes que bautizaron de libertad su ancho pecho y pensamiento se cultivan, y las montañas y los valles que emocionaron de égloga su corazón y sus ojos se arrasan para la explotación minera y la colonización nueva de otras razas.

Pastor y peregrino, raído por las zarzas de las selvas y castigado por las rachas de las cumbres, el criollo no tiene más vestimenta de lujo que el sayal del poncho y el alón y negro sombrero «rembrandt». Sereno y bueno como un santo, allá va tras las arrias pastoriles. El ángelus de la tarde lo sorprende como una bendición entre su grey de ovejas. Entonces descúbrese con devoción mística y pura, y la cabeza hirsuta, dorada por las fimbrias del sol, es como un morrión embravecido por el entusiasmo de una reminiscencia militar.

Cantor y poeta que rima sus penas y trovas en las noches de luna y frente a las troneras de los ranchos. Su inspiración es la mujer serrana, de rostro oval y pálido, de trenzas obscuras y de labios trémulos y brillantes como el edelweis de la montaña. Músico bohemio y espontáneo, amante del licor, el baile y la guitarra. Labrador honrado que regresa al hogar cerril aureolado por el crepúsculo y con la canción en los labios y el corazón vibrante de aleluyas. Noble padre y noble esposo en el infortunio del trabajo y del dolor. Valiente para domar potros salvajes y bizarro para galopar tocando a gloria sobre el parche polvoriento de la tierra en los trágicos combates de la revolución. Almas purificadas para la acción y el sentimiento. Sencillos como una margarita de los campos y sensibles como una llorante imploración de amor.

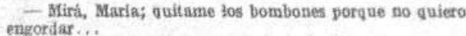
Los hombres de la tierra natal van desapareciendo lentamente. La raza se muere. Solo quedan unos cuantos arquetipos, sombríos y tristes como un recuerdo de antaño, tal las aguafuertes de Guido y de Pinto. Su semblanza y progenie femenina se salvan todavía por el mágico arte de los pintores argentinos. Los pinceles de nuestros magníficos artistas realizan con amor ese homenaje a la estirpe heroica y bella. Nada hay más simbólico que la vida hidalga de esos seres, oprimidos y humillados por la absurda civilización moderna. Los hombres nativos — de color de bronce y de metal — no morirán jamás; porque ya Bermúdez, Franco, Alonso, Quirós y Centurión los inmortalizaron para siempre con la reliquia sangrienta de sus ponchos y la visión grave y serena de sus rostros deslumbrantes por la gloria y por el sol.



JULIO ARAMBURU







— Mirá, María; quitame los bombones porque no quiero engordar...



El mono. — Supongo que desea usted una pieza con baño.
El hipopótamo. — ¿No tiene usted un baño sin pieza?...

LOS ULTIMOS TANGOS DE EXITO

ESCALERA REAL de R. FIRPO Nº 6212

CASINO PIGALL de U. TORANZO Nº 6210

ALMA FRIA DE M. URIBURU Nº 6928

DE MIS PAGOS DE J. PADULA Nº 6930

DISCOS DOBLES "NACIONAL"

LAS PRIMERAS NOVEDADES DE OCTUBRE DE 1923.

DUO GARDEL-RAZZANO
(Con 4 guitarras RICARDO-BARBIERI)
Disco doble «NACIONAL» de 25 ctms., a $ 3.25
18078 (**Padre Nuestro!** Tango. Solo Gardel. Delfino-Vacarezza.
(**Eche otra caña pulpero.** Estilo. Solo Gardel. Delfino-Vacarezza.

ROBERTO FIRPO
ORQUESTA TIPICA Y JAZZ-BAND
Discos dobles «NACIONAL», de 25 ctms., a $ 3.—
6209 (**Ya me lo dijiste.** Tango. Típica. A. Frizziani.
(**Rejoneando.** Paso doble. Jazz-Band. R. Cot Vidal.
6210 (**Casino Pigall.** Tango. Típica. U. Toranzo.
(**The French Trot.** Fox-Trot. Jazz-Band. M. Davis.
6212 (**Escalera Real.** Tango. Típica. R. Firpo.
(**Antoinette.** Shimmy. Jazz-Band. L. Hillier.

FRANCISCO CANARO
ORQUESTA TIPICA Y JAZZ-BAND
6930 (**De mis pagos.** Tango. Típica. José L. Padula.
(**Mes parents sonts venus me chercher.** Shimmy. Jazz-Band. F. Pearly.
6932 (**Padre Nuestro.** Tango. Típica. E. Delfino.
(**Veranito de San Juan.** Shimmy. Jazz-Band. (A serrucho). F. Canaro.
6935 (**Lison-Lisette.** One-Step. Jazz-Band. Borel-Clerc.
(**Mi amorcito.** Tango. Típica. Francisco Canaro.

ELEUTERIO YRIBARREN
AMERICAN JAZZ-BAND
8001 (**Mister Gallagher and Mister Shean.** Fox-Trot. L. Terry.
(**Ba-La-Ba.** Shimmy. L. Hillier.

MARIO A. PARDO
6571 (**Recuerdo de un Roto.** Cueca. Canto con Acomp. de guitarra. V. Espi-Codoñer.
(**La Mariposa.** Tango. Solo de guitarra. P. Maffia.

NERINA VALYER (Tiple)
(Con Acomp. de Orquesta Típica. F. CANARO)
Disco doble «NACIONAL», de 25 ctms., a $ 3.25
10351 (**Déjeme que l'acompañe.** Tango. A. Gentile.
(**París.** Shimmy. Jovés-Romero.

Acaba de aparecer el nuevo catálogo general de discos dobles "NACIONAL". PIDALO — SE REMITE GRATIS.

Sección FOTOGRAFIA

RECUERDE VD. SUS PRIMAVERAS TOMANDO VISTAS EN ELLAS

Toda clase de aparatos, accesorios, útiles y elementos fotográficos. De las mejores calidades y a precios sin competencia.

La única casa en Sud América que puede entregar sus vistas, copiadas y reveladas





Ecos de los terremotos del Japón

Bomberos y ciudadanos trabajando en la remoción de los escombros a que el terrible fenómeno sísmico redujo la antes populosa ciudad de Yokohama.


SUEÑA...
El poderoso encanto que tienen las noches de luna consiste, talvez, en que todo es entonces propicio para que el espíritu obedezca a la voz que le dice: "¡Sueña!" No es solo romanticismo vano lo que hay en el fondo de esta palabra. Soñar es la primera jornada hacia la acción. Todos los grandes hechos que la humanidad registra fueron primero sueños. Quien sueña está vagando por el misterioso recinto donde se hallan acumuladas las ideas y es posible que a su paso encuentre la que tiene el secreto de su felicidad o la clave de su grandeza. Por eso, quizás, hallamos un extraño deleite en permanecer horas y horas contemplando la luz de la luna. Pero sucede con frecuencia que no tomamos entonces las precauciones necesarias contra el frío y la humedad de la noche, y ello es causa de resfriados y catarros. Si al volver a casa se siente Ud. con escalofrío y malestar, tómese inmediatamente una dosis de CAFIASPIRINA, el remedio considerado como ideal por todos los médicos para cortar cualquier resfriado. Su eficacia es idéntica tratándose de dolores de cabeza, muela y oído; depresión causada por el excesivo trabajo mental o el abuso de las bebidas alcohólicas; neuralgias; reumatismo, etc. Se vende en tubos de 20 tabletas y SOBRES ROJOS de una dosis. Ambos empaques están identificados por la Cruz Bayer.
BAYER
BAYER

De Bahía Blanca



Aspecto de la procesión religiosa con que fué celebrado el día de Nuestra Señora de la Merced, patrona de esta ciudad.

BAÑOS INFANTILES AL AIRE LIBRE

Las vacaciones veraniegas dejan desocupados en Londres, como en todas las grandes ciudades, millares de niños, cuyos padres no tienen medios para proporcionarles un veraneo higiénico y divertido.

Muchas son las familias para las que es un sueño el viaje a un puerto de mar, y a falta de esto hay que buscar la compensación en los parques públicos y en las casas de baños.

Las autoridades municipales de Londres han resuelto el problema construyendo piscinas al aire libre, en las que pueden bañarse los chicos y jugar a su antojo en la playa artificial que las rodea.

La concurrencia a estos lagos es enorme y ello demuestra lo bien recibida que ha sido la innovación.

La municipalidad, que también se preocupa de los niños y envía colonias escolares a diversos puntos marítimos, podría completar su obra estableciendo estas piscinas, rodeadas de arena, donde los niños que no pueden ir a la costa se divertirían como si se hallasen en Mar del Plata, por ejemplo. El baño y el juego en el agua es uno de los principales elementos de la cultura física, tan atendida en estos tiempos.

Los londinenses han hecho más todavía. La Auto-Cycle Unión ha instituído en todo el país una fiesta llamada el «Día de los niños», que consiste en reunirse todos los socios con sus motocicletas, con side-cars, y llevar de excursión a centenares de niños.

Cuando la paciencia de la mujer llega a ciertos límites.....

¡Las mujeres son los seres más maravillosos del mundo! Ciertas veces llegan muy fácilmente a fastidiarse e irritarse por cosas verdaderamente nimias, mientras que, en cambio, otras veces resisten con una paciencia rayana en la resignación, a un estado de cosas realmente desolador, como ser, por ejemplo, cuando, por falta de las debidas atenciones, corren el riesgo de ver destruídos o eclipsados sus propios encantos naturales y factores de belleza. Toda mujer puede y debe ser atrayente, simpática, fascinadora. Basta, a veces, para que la vista quede subyugada, poder ofrecer a la admiración de sus semejantes un cutis hermoso, terso; sin embargo, ¡cuántas mujeres se resignan a no poder ostentar tan preciado don natural, sometiéndose a los dictados crueles de una naturaleza madrastra!

Y esto es un error, un error gravísimo; dada la intensidad con que vivimos nuestra vida moderna, sería demasiado pedir querer que la Naturaleza eliminara en absoluto y por sí sola los rastros que los trajines de la existencia diaria imprimen en nuestras facciones. La pobreza de la tez, las arrugas que se asoman a las comisuras de los labios y que afean la boca, o las que se encarnizan en los ángulos de los ojos, quitándoles casi todo su encanto, son consecuencias directas e inevitables del cansancio y de los afanes de nuestra actual existencia tan agitada. ¡Pero sería demasiado fatalismo, verdaderamente oriental, el de someterse resignadamente a estos defectos tan injustos, pero también tan fácilmente remediables! El cutis puede ser librado de todas estas imperfecciones, y devuelto a su lozana, juvenil, pristina frescura, y con todos los atractivos de una hermosura genuinamente natural. Sólo se exige, para lograr tan halagadores resultados, aplicarse cera pura mercolizada, que puede hallarse en cualquier farmacia. De esta manera toda la piel marchita y fea desaparecerá para siempre, y con ella una causa de profundo dolor moral.

Contrariamente a lo que acontece con tantas cremas de toilette que sólo consiguen obstruir los poros de la piel robando a ésta su lozanía, la cera mercolizada tiene la virtud de obrar de acuerdo con lo que es su principio básico, es decir, que, en vez de agregar algo al cutis, le va quintando las capas de células ya muertas, haciendo de esta manera que aparezca la nueva piel que surge de las profundidades de la epidermis para venir a irradiar a la superficie. La cera mercolizada, aplicada de noche, antes de acostarse, estimula las sensibles células de las terminaciones nerviosas de la piel, haciendo que su reacción resulte más eficaz y benéfica, pues durante las horas del sueño y del reposo las facciones se distienden y se prestan mejor que en cualquier otro momento a esta obra de regeneración de la piel.

También al respecto de otro defecto las mujeres demuestran una tendencia a aceptar las cosas así como vienen, defecto que el buen gusto exige eliminar por medio de un tratamiento racional y radical. En lo que se refiere al vello o bozo, no todas las mujeres saben aún que es tan fácil suprimirlo en forma definitiva con la simple aplicación de porlac en polvo, que toda farmacia puede suministrar. Mezclando este polvo con un poco de agua y aplicándolo al pelo superfluo se nota inmediatamente que éste se encrespa, siendo entonces fácil eliminarlo con la ayuda de una tarjeta, arrastrando de esta manera junto con la pasta todo el vello, y quedando así el cutis terso y absolutamente suave. Aun en el improbable caso de que el vello volviera más tarde a reaparecer, sus raíces quedarían de tal modo debilitadas que, con la repetición del procedimiento indicado, se le quitarían definitivamente las veleidades de nuevas reapariciones. El porlac es perfectamente inofensivo, no produce dolor alguno, y puede usarse con frecuencia si así resultara necesario.



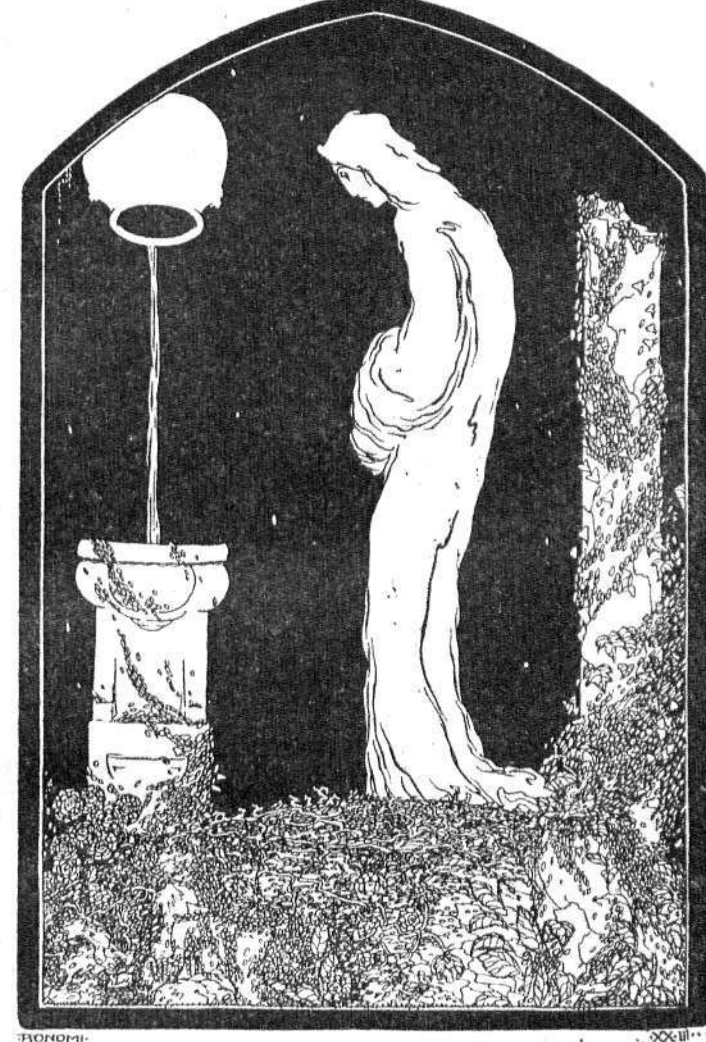
Por supuesto, una cabellera debe conservarse en un estado de constante limpieza, porque si ella es grasienta no podrá lucir todas sus galas. Permitiéndolo el tiempo, la cabellera debe ser lavada todas las semanas, empleándose para ello el stallax, bastando una cucharada de estos olorosos gránulos de stallax, disueltos en una taza de agua, para preparar el mejor lavado de cabeza o shampoo. Este shampoo presenta la ventaja de hacer una limpieza absoluta del cuero cabelludo, estimulando, a la vez, el crecimiento del cabello, poniéndose este último lustroso, brillante, sedoso y ondulado. Un paquete de stallax, que cualquier boticario podrá proporcionarle, sirve para hacer más o menos 40 shampoos, y su precio, que alguien podrá considerar caro, resulta verdaderamente económico si se consideran bien las cosas y las ventajas que su uso reporta. Las madres juzgan que el stallax es lo mejor para la limpieza del pelo de los chicos.

Todos los procedimientos indicados pueden llevarse a la práctica en el hogar, sin necesidad de gastar dinero en los costosos tratamientos de belleza, y con sólo seguir las sencillas indicaciones señaladas en este artículo.

De Bahía Blanca



Aspecto del banquete con que los miembros de la laboriosa colectividad italiana conmemoraron su fiesta patria.



¡DADNOS AGUA, MAJESTAD!

(PROPIEDAD DE LA EDITORIAL CALPE. — REPRODUCCIÓN POR CONVENIO ESPECIAL)

Ni los viejos más cargados de años recordaban una sequía tan calamitosa como la que afligía a la comarca, ya siempre perjudicada por la falta de lluvias, a causa de la escasez de arbolado. Cierto; entristecía el ánimo ver cómo se iban convirtiendo en yermos las tierras y los huertos, sin verdura, sin brotes, como si un fuego maldito hubiese quemado toda vegetación. Y no hay que ponderar lo resecas y resquebrajadas que estarían las tierras de secano, los labrantíos altos y las besanas de sembrado.

Con ello la miseria asomaba su garra, y arañando aquí y allá no perdonaba pueblos ni quinteros, ni tenía piedad de la Puebla del Codolar, el poblado negro y hórrido que era centro natural de la castigada comarca. Gente endiablada y levantada de cascos, los habitantes de aquel rincón del mundo se entregaban más que nunca al desenfreno y a toda suerte de excesos, como si estuvieran persuadidos de que era llegado el fin del mundo y quisiesen aprovecharse de la postrera extremidad para gozar lo perdido. Ya en todas las comarcas vecinas se les tenía en recelo, y solía decirse: «Gente de Puebla, gente de horca». Pero nunca había sido tan verdad como entonces, porque si siempre eran desalmados y canallas, el hambre acababa de empujarlos hacia el abismo del crimen. A medida que se extendía la miseria, menudeaban más los robos, y con los robos los alborotos, y con los alborotos las venganzas, las maldades y las traiciones, y las riñas sangrientas de pueblo a pueblo, y las luchas armadas entre los vecinos.

Jóvenes y viejos maldecían el punto y hora en que les tocó abrir los ojos en aquella tierra maldita, que parecía condenada al hambre. Y más de una vez se veía a los hombres alzar los puños amenazando al cielo azul, sereno, siniestramente luminoso, que les negaba la caridad de una gota de agua. Harto repetían los predicadores en sus sermones por las iglesias que la sequía era un azote de Dios para detenerlos en el camino de la perdición. Pero ellos... ¡ca!, en lugar de atemorizarse, se exaltaban desesperados, renegando como poseídos cada vez que veían los aljibes sin agua, las cisternas hondas, los lavaderos vacíos, las acequias ciegas, los regatos secos como huesos y los molinos inmóviles y silenciosos.

Pero tan larga y pertinaz era la sequía que la gente de la Puebla, aun rebelde y cerril como era, empezó a sentirse abatida, extenuada. ¡Si parecía que todos los poderes del cielo, de la tierra y del infierno se hubiesen aunado para convertir aquellas comarca en un montón de cenizas!

Las tierras, recocidas por un sol implacable, se resquebrajaban aquí y allí, dejando fluir por los resquicios un calor de horno que inflamaba el aire con ardientes vaharadas. Flotaba por todas partes un polvillo blanquecino que encalaba la negrura de los edificios y la hojarasca tostada de los escasos árboles. Y entre el polvo, que ahogaba el ánimo, y el ardor, que abrasaba el cuerpo, parecía que iba a acabar la vida de los hombres, de los animales, de las plantas... Jadeantes de sed, los perros zigzagueaban por los caminos polvorientos con las fauces abiertas y la lengua afuera. Y aquella infernal tortura que devoraba a los animales empezaban a sentirla también los hombres. Se habían agotado las fuentes, y las que aún manaban lo hacían tan mezquinamente que siempre se estacionaban ante ellas

grandes grupos y a cada punto surgían disputas o navajazos. ¡Aquella era la agonía de la muerte, el último bostezo de toda una comarca! ¿Para tanta miseria y tanta pena no habría un remedio, fuese el que fuese?

Desde aquel instante la endiablada carne de horca empezó a pensar que la tremenda calamidad podía muy bien ser un castigo de Dios. «Quizá los curas tengan razón», se decían atemorizados los mismos que poco antes alardeaban de más exaltados y matones.

Y como la fuerza del daño, terrible por sus efectos y por el misterio de que se viste, podía más que la mala sangre y la soberbia de los hombres, llegó un momento en que todos tuvieron que doblegarse ante la desolación, y poco a poco fueron acabándose los furores, las rebeldías y las blasfemias.

Un día, en la plaza del pueblo, un viejecito dijo gritando, para que todos pudieran oírle, que si querían hallar consuelo en la congoja que los mataba tenían que hacer rogativas públicas. Y como iluminados por las palabras del viejo, los hombres que le escuchaban abrieron los ojos a la luz de la esperanza.

— En un caso parecido — siguió el anciano — yo vi que hicieron rogativas... y Dios Nuestro Señor se apiadó de nosotros, y llovió en abundancia y se salvó la cosecha, después de cinco años de haberla perdido.

— ¡Pues hagamos rogativas! — exclamaron todos.

— Ya se ha intentado. La iglesia parroquial ya ha probado de sacar la *Divina Majestad en procesión*, y jamás ha acudido un alma. Cuando se hicieron, siendo yo niño, además de todo el pueblo vinieron los de Codolar, de Masferera, de Ríuaixut, de Collmalsagua, de Fromboya, de Pedregar y de las Timbes.

— Pues también ahora iremos todos — exclamaban, impelidos por aquel rayo de fe que derramaba una chispa de esperanza en sus almas.

— Que se avise a los pueblos vecinos.

— Nosotros iremos a Codolar.

— Nosotros, a Masferera.

— Y el domingo, rogativas.

— ¡Que nadie falte!

— ¡Nadie! ¡Nadie!

Como lo dijeron lo hicieron. Mientras unos corrían por las cercanías propagando el propósito de las solemnes rogativas, otros fueron a dar cuenta a la iglesia del buen espíritu de las gentes. Pronto fué trazado el plan. El misionero capuchino a cuyo cargo corrían los sermones del septenario del Carmen se encargaría de predicar y de dirigir las letanías. Sacarían de la iglesia el crucifijo viejo, la Santa Majestad, que ocho hombres, relevándose por turno, llevarían en hombros. Para acompañar solemnemente a la imagen acudirían las cruces y los sacerdotes de las parroquias y capellanías. Después de desfilar por las calles de la villa, la procesión emprendería el camino del Cascajar, hasta llegar al cerro de las Siete Cruces. Allí tendría lugar el sermón del capuchino, y después se dirigirían todos a la ermita de la Misericordia, donde dejarían a la Majestad Divina hasta que hubiese concedido el don de la lluvia tan implorada.

DESDE aquel instante ya no sosegó la comarca, febril en su afán, en su prurito de realizar las rogativas solemnes, que habían de ser la salvación de todos.

La gente de horca cambiaba por momentos de manera de ser, y, mucho más supersticiosa que creyente, imaginaba que sacar a la calle a su Divina Majestad y deshacerse el cielo en agua sería una misma cosa. Alocados como eran para todo, fuese cosa de Dios o del diablo, saltaban de una preocupación a otra con la misma furia de salvajes, con la misma exaltación de espiritados.

Mientras llegaba el día de las rogativas ya pasaban por las calles grupos de gentes cantando a grito pelado la letanía y exclamando a cada instante: «¡Dios, agua! ¡Agua, Dios!», con rugidos de fiera que estremecían. Hombres y mujeres se arrastraban de rodillas por las calles, golpeándose el pecho con una piedra o azotándose la espalda con haces de calabrotes. Para ornar el frontis de sus hogares con objetos piadosos, sacaban viejas imágenes de santos y santas que, colgadas por las paredes, convertían las calles en altares inacabables.

Quien hubiese entrado en la villa no la habría conocido. Las tabernas del arrabal, antes tan bulliciosas y jaraneras, eran antro de silencio y quietud, como cementerios. Las casas de barraganía, antes tan frecuentadas y escandalosas, aparecían extrañamente quietas, con las ventanas cerradas, como en Viernes Santo. En ninguna parte se oían, como antes, las canciones obscenas que parecían hijas de presidio o de burdel.

El día de la procesión horrorizaba oír el modo con que aquella gente miserable, venida de Dios sabe qué pueblos y lugares vecinos, alzaba al cielo su queja, haciendo promesa de no volver a pecar si Dios se apiadaba de la comarca. Grandes y chicos rugían: «¡Dios, agua! ¡Agua, Dios!» Todo lo que un día había sido impiedad y escándalo era contrición y arrepentimiento. No les bastaba asistir con devoción; les era preciso presentarse realizando extremosos alardes de desesperada penitencia. La mayor parte de los asistentes daban horror por los espantosos instrumentos de tortura con que se habían recubierto el cuerpo. Casi todos iban descalzos y con las piernas vestidas de zarzales. Muchos arrastraban pesadas cadenas o llevaban los brazos en cruz, con una gran piedra en cada mano. Otros se habían atado dos maderos a la espalda como una cruz. No faltaban tampoco los que, desnudos de medio cuerpo para arriba, llevaban atadas a la cintura, con cuerdas de esparto, unos pedruscos que, arrastrando por tierra, a cada sacudida torturaban las carnes del penitente. Se habría dicho que el terror y el hambre habían vuelto el juicio a aquella gente enloquecida y clamorosa. Y es que, derrotados por la miseria, imprimían a la devoción la misma fiereza, la misma mala sangre con que antes se destrozaban unos a otros. Ante el espectáculo de una penitencia enfurecida como la de aquellos hombres rebeldes y envenenados, no se sabía si tomar a los penitentes por mártires de la fe cristiana o por bandoleros de camino real.

En cuanto la procesión se puso en marcha por las calles de la villa, de aquellas almas groseras se alzó un clamor de «¡Misericordia!», que, por lo feroz y estridente, lo mismo podía ser una blasfemia que una invocación.

Delante, a modo de caudillo, avanzaba el misionero: un capuchino joven, más seco y enjuto que un anacoreta; lleno de nudos de hueso como haz de sarmientos viejos; ojeroso y pálido igual que la muerte. Con el brazo derecho enhiesto levantaba una cruz a guisa de bandera, como si con ella quisiese conducir a las victorias celestiales, pasando por el calvario redentor, a aquella caterva de locos furiosos. Seguían después, de cuatro en cuatro, los penitentes, abatidos, sangrientos, doloridos por los aparatos de tortura con que castigaban la maldad de sus propias culpas. Y entre el rechinar de las cadenas, la lluvia de azotes con que unos se maltrataban y el ruido de las piedras que otros arrastraban, se elevaban gritos de dolor arrancados por el sufrimiento. Seguían las parroquias con cruces alzadas

y las cofradías con las banderas. Luego avanzaba la Santa Majestad, tosca escultura de las viejas centurias, vestida de bárbaros ropajes y cubierta de chapuceras joyas por la severa piedad de las antiguas generaciones. Y, finalmente, pisando los talones a los portadores del cristo, como la impedimenta de un ejército, seguían los viejos, las mujeres, los niños, todas las gentes débiles de los pueblos comarcanos, a manera de cola inacabable.

Harto intentaba avanzar de prisa la informe comitiva por las estrechas calles; apenas si podía marchar al paso y a empellones. ¡Era tan espesa la multitud! ¡Pesaban tanto las cadenas! ¡Eran tan pesadas de arrastrar las piedras! ¡Pesaba tanto el crucifijo!

Quieras que no, la procesión tenía que detenerse a menudo. Entonces entonaba un clérigo una estrofa de los gozos de la lluvia, en medio de general silencio:

El pueblo judío un día
en el desierto sed sintió,
y Moisés la roca hería,
y de la roca brotó
el agua y su claridad.

Y la multitud respondía al unísono:

¡Si la tierra se agostó,
dadnos agua, Majestad!

Al llegar la procesión a la cuesta de Cascajar, pedregosa y áspera como vereda de brujas, se hizo más difícil la marcha. Las cruces, las piedras, las cadenas pesaban el doble, y, de tan fatigados, los portadores del cristo tenían que relevarse a cada instante. Dijérase que la monstruosa comitiva, avergonzada y temerosa, no se atrevía a desfilar por aquellos lugares fatídicos, poblados de horrorosas leyendas y de fantasmas sangrantes. Cada roca, cada piedra, cada socavadura, guardaba, escrita con manchas de sangre, la historia de un crimen. Aquí un robo a mano armada; allí un homicidio; más allá una violación...

TARDARON muchas horas en llegar a las Siete Cruces. En aquel siniestro paraje, famoso en toda la comarca por los siete asesinatos que en él se habían cometido, la multitud se detuvo, y mientras las portantes acostaban al cristo en una majada el capuchino se santiguaba lentamente y empezaba el sermón.

— Gente de horca: arrodillaos todos y humillad la cabeza. — La multitud obedeció, aterrorizada. — Así, así quiero veros siempre, humildes y compungidos. Cuando es año de abundancia y día de gracia, todo es plantar cara al cielo y renegar de su providencia; cuando los días son de hambre, de sed, de adversidades, como el de hoy, os llegáis, sumisos y arrepentidos, a reconocer la Providencia divina; así, pues, ¿qué más queréis? ¿Qué favor podéis pedir más grande que éste de ahora? Si os favoreciese la abundancia, estaríais en pecado; os muerde la miseria, y heos ya en el principio del camino de salvación. ¿Qué otra cosa hemos de hacer, pues, sino alegrarnos y regocijarnos, y entonar un himno de alabanza al Infinito porque con su terrible castigo os conduce a la gracia? Para vosotros sólo hay Dios cuando hay hambre; pues bendigamos al hambre, que obra el milagro de devolveros a Dios. No queréis tratos con el Dios misericordioso, de infinita bondad, de inacabables ternuras; pues he ahí que os visita el Dios de las justicias eternas. Mirad... es llegada la hora del escarmiento, y el Juez Divino, mucho más severo y poderoso que los de la tierra, os agosta los campos, os seca los huertos y os abrasa con una calidez que parece precursora del fuego que os aguarda en los infiernos. Porque... entendedlo bien: estos azotes de aquí, tan terribles como los juzgáis, casi no significan nada. Ahora se trata de castigos de la tierra, transitorios y mudables, como todo es mudable y transitorio en este mundo; pero entre tanto se os preparan aquellos que no cambian ni se acaban jamás. Después de una muerte desesperada vendrá el Juicio severo, y después, toda una eternidad de dolor infinito.

La multitud sollozaba, deshecha en lágrimas y quejidos.

— Pero... escuchad — reanudó el fraile conmovido por la consternación de la gente. — ¿Queréis que le pida al Todopoderoso que detenga los latigazos de su ira, mientras vosotros os arrepentís de todo corazón y hacéis promesa de confesar públicamente vuestras maldades?

— ¡Sí, padre, sí! — bramó la multitud.

— Pero ante me habéis de prometer que el arrepentimiento durará siempre.

— ¡Siempre, padre, siempre! — gritaban los penitentes sangrientos y doloridos por las heridas que les infligían los suplicios.

— Siendo así, empezad por confesar en voz alta vuestras iniquidades. ¿No sois, por ventura, hoy esclavos de la culpa? ¿No sois los hijos del vicio y los engendradores del pecado?

— ¡Sí, sí!

— Pues echad por esas bocas de impureza la confesión de todos los crímenes y todas las perversidades que os roen las entrañas. Aquí, bajo este cielo azul, obra de Dios; aquí, postrados ante la Sagrada Majestad, decid a Nuestro Señor Jesucristo que sois unos asesinos y homicidas.

Y las turbas respondían:

— Somos asesinos y homicidas.

— Y bandoleros.

— Y bandoleros.

— Y perros locos de lujuria.

— Y perros locos de lujuria.

— Y herejes y blasfemadores.

— Y herejes y blasfemadores.

Aquel siervo de Dios, macilento y pálido como un espectro, parecía que sentía un goce supremo fulminando execraciones sobre execraciones, lanzando dicterios a la cara de aquella gente de raza maldita. Ahora que tenía a los perversos aterrorizados por el hambre de hoy y el infierno de mañana, gozaba aplastándoles la cabeza bajo el peso de las iras divinales.

Pero de pronto, súbitamente, cuando más enfurecido se mostraba el predicador, azotando con terribles improperios a las multitudes, muchos de los que alzaban la cabeza al cielo, clamando sus propias culpas, vieron aparecer en el espacio una mancha blanca, allá, a lo lejos, por el lado del mar.

— Mirad, mirad... Parece agua — exclamaron los primeros en darse cuenta de la aparición.

— Sí, es agua, es agua — iban repitiendo todos, cada vez menos atentos a la prédica del fraile y más absortos en la contemplación de aquel cielo que parecía dar muestras de compasión.

Mientras tanto, la mancha esponjosa, como de espuma, iba hinchándose y engrandeciéndose. En breve espacio la mancha blanca fué una nube gris, que luego se hizo negro nubarrón que obscureció los ámbitos del cielo. Un relámpago rasgó el espacio con brillanteces instantáneas, y al punto se dejó oír un trueno espantoso. Y empezaron a caer grandes gotas, al principio claras y después espesas, que al dar en tierra levantaban polvaredas.

— ¡Se cumplió el milagro! — gritaba la multitud, loca de alegría. — ¡Milagro! ¡Milagro de Dios!

La lluvia se espesaba por instantes, y al compás del agua furiosa crecía el bullicio de la gente, que buscaba amparo en las márgenes. La multitud se deshacía... se desgranaba. Mujeres y niños co-

rrían de un lado a otro aumentando la confusión; los penitentes, azotados por el chaparrón, que les irritaba las heridas sangrientas, pedían ropas con que cubrirse. Para taparse el cuerpo se desligaban los zarzales que les herían, y una vez libres de la tortura, exhalaban suspiros de satisfacción. Muchos empezaron a desfilar... otros les siguieron...; Y pronto fué deshecha carrera de gente que huía hacia el pueblo...

De pie, como un centinela al lado del cristo, el misionero contemplaba con airados ojos aquella deserción cobarde, hasta que, no pudiendo contenerse, apostrofó a los fugitivos con amenazante voz:

— ¿Adónde vais, desalmados? ¿No veis que el crucifijo se moja? ¡Canallas, canallas! ¡No huyáis! ¡En nombre de Dios os lo mando! ¡Carne de horca, no abandones a Su Divina Majestad!

Pero ellos, sin pararse, corrían como perseguidos por el demonio, abajo, siempre abajo, hacia el pueblo, empujados por el agua, que parecía correr tras ellos como si quisiese alcanzarlos.

— ¡Ahora va bien! ¡Que llueva! — gritaba jubilosa la multitud, descendiendo desenfrenada por entre la obscuridad naciente, que el siniestro resplandor de los relámpagos iluminaba de vez en cuando.

Y ora cayéndose, ora levantándose, bajaba la multitud como torrentera de carne humana, rodando a tientas, derramándose por veredas y calzadas.

Los primeros que llegaron al pueblo, ya de noche, hallaron cerradas las casas del arrabal. Todos empezaron a llamar en las hospederías y tabernas: — ¡Abrid, queremos asilo!

Al cabo de un instante se abrían las puertas, las calles hervían de gentío y brillaban las luces en balcones y ventanas... La mayoría de los hombres se internaba en las tabernas pidiendo que se encendiese fuego para secarse las ropas. Otros se dejaban caer de bruces en las mesas y pedían de comer y beber. — ¿Qué tenéis? ¡Traed vino! ¡Vino, vino! — Todo era bataola y bullicio, y al compás de la lluvia, que caía en abundancia por todas partes, resonaban cánticos... ¡Qué noche de regocijo y zambra! Ya era más de media noche... y todavía rodaban los dados en las mesas tabernarias, se oían los envites de los jugadores de cartas y las carcajadas y blasfemias de los borrachines... Las barraganas de sobre la muralla pasaban y traspasaban, medio desnudas, por detrás de las ventanas, dibujando las siluetas a través de las cortinas... Sonaban las guitarras sin descanso, y entre el vaho de tantos excesos flotaban retazos de coplas canallas:

Bebamos, riamos:
llueve en el camino.
Cada gota de agua,
¡un vaso de vino!

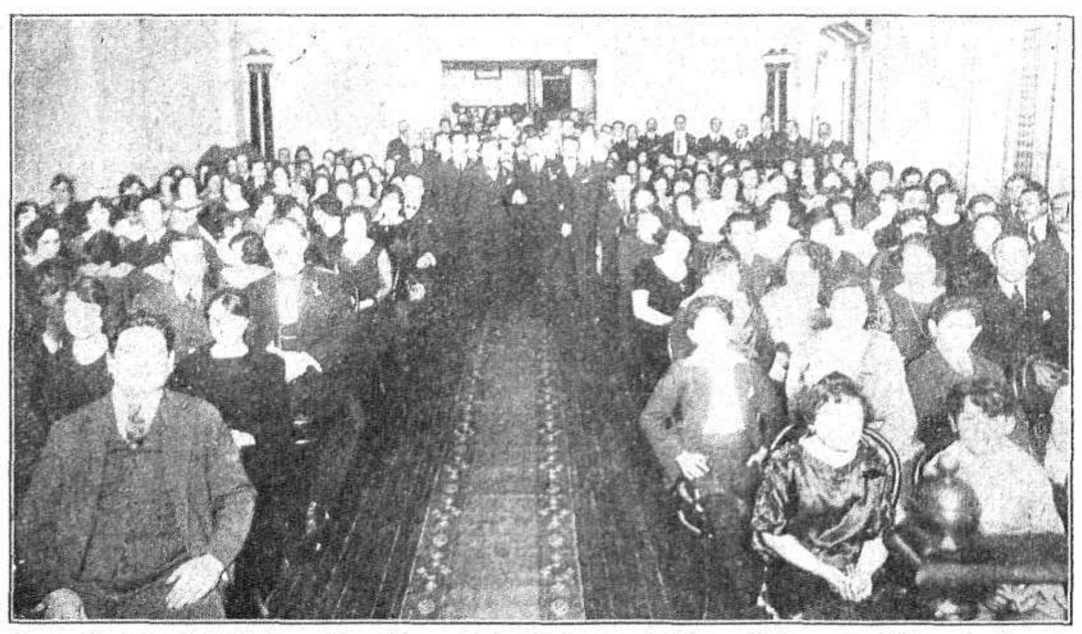
Mientras tanto, allá arriba, en el cerro de las Siete Cruces, el crucifijo recibía la lluvia de plano, rodeado de soledad y negrura.

RAIMUNDO CASELLAS

DIBUJOS DE BONOMI



De Lomas de Zamora



Aspecto del nuevo salón de la logia masónica "Giuseppe Garibaldi" durante el festival realizado por los afiliados y familias, celebrando el XX de Septiembre.

LAS CHIMENEAS MÁS ALTAS DEL MUNDO

La chimenea más elevada del mundo es la de las fábricas americanas de Anaconda, y sirve para la evacuación de los gases del tratamiento de los minerales de cobre, gases *sumamente perjudiciales para todo ser viviente incluyendo las plantas.*

Su altura es de 178 metros; su diámetro, en la base, de 22,85, y en su cúspide, de 18,30 metros.

El espesor de las paredes varía desde dos metros, en la base, hasta 60 centímetros en la coronación.

Puede evacuar cien mil metros cúbicos de gas por minuto.

Viene después la chimenea de las fábricas metálicas japonesas de Saganosaki. Su altura es de 167,65 metros y su diámetro, en la parte superior, es de 8,40 metros.


GARANTIDA IMPORTADA
MALTA URANO
ESCALADA & Cº
BUENOS AIRES
MALTA URANO
IMPORTADA



Las crónicas de nuestra alta vida mundana anotan — casi día por día — las comidas y recepciones suntuosísimas ofrecidas por la aristocracia porteña en honor de la gentil compatriota nuestra que, al iniciar su nueva vida, ha vinculado el viejo y acrisolado nombre criollo a un ilustre blasón de Francia que evoca la gloriosa historia de una casa cuyos nobles representantes supieron ser pares del reino o mariscales de su ejército, y que, fieles a su tradición, han seguido siendo, bajo el régimen republicano, los árbitros de la más exquisita cortesía, de las más refinadas elegancias.

Se suceden, pues, las fiestas brillantísimas en las que se agasaja con sincero afecto a la encantadora compatriota que, trasplantada al ambiente extranjero desde los primeros años de su vida, ha sabido demostrar el profundo arraigo de su acendrado argentinismo, porque ha sido su primer anhelo volver al solar de su casa netamente criolla, por más que ciña hoy su cabellera con la corona guarnecida de las diez y ocho perlas.

Tan atrayente figura juvenil ha conquistado — desde su llegada — hondas y sinceras simpatías, merced a la espontaneidad encantadora de su trato; así repite con esa su luminosa sonrisa: «¡Pero si no me habían ponderado bastante lo que es mi tierra! Todo en ella me atrae y me interesa... la vida porteña me fascina!» Además, para cada persona que le es presentada tiene la frase amable y oportuna; está al corriente de todas las vinculaciones del círculo en que actúa, y cuando no reconoce una fisonomía, basta que se mencione el nombre para que ella exprese cariñosamente por qué lo recuerda, como si a pesar del tiempo y la distancia hubiera conservado en lo íntimo de su corazón los sentimientos e impresiones de los primeros años de su vida...

En verdad, amigas mías, la graciosa y delicada figurita femenina irradia cordialidad y simpatía, y ofrece al mismo tiempo un hermoso ejemplo a las brillantes aves del paraíso que suelen llegar del viejo mundo lamentando el triste destino que las obliga a vivir en el propio hogar... Para ellas la vida de Buenos Aires es un opio... ¿No se baila bastante todavía? ¿No se comenta lo bastante lo que sucede, o lo que no sucede? Por ahora sólo las preocupa averiguar si la compatriota que ciñe la sedosa cabellera con la corona de diez y ocho perlas se verá obligada a abreviar su visita a la ciudad del ruido ante la imposición del fisco, que reclama el impuesto correspondiente a la introducción de sus soberbias joyas, impuesto que, según se asegura, podría representar la respetable suma de medio millón de pesos... Y más de una aristocrática y coqueta cabecita sueña con las joyas históricas y la pedrería digna de la leyenda de Aladino.

Pero a pesar de saborear tan interesante tema no descuidan nuestras mundanas la investigación sentimental Se menciona a una bellísima y juvenil figura que ocupa alta situación oficial y mundana al mismo tiempo; su nombre evoca toda la dulzura de la ilustre dama florentina tan amada por el autor excelso de *La Vita Nuova*... La seductora porteña ha conquistado el hondo afecto del simpático admirador (su nombre es, según se dice, de origen italiano) que la sigue fervorosamente... Cuentan las crónicas que la conoció en París; que la siguió cuando ella debía regresar a la Argentina... Después, el azar los hizo encontrarse en Ascochinga; y la fuerza misteriosa que une tantas veces nuestras vidas parece haberlos atraído nuevamente para reunirlos en otra de las elegantes *villeggiaturas* de la sierra cordobesa...

Lejos de aquel paisaje luminoso, en medio de la vida vertiginosa de la gran ciudad, el comentario mundano une el nombre de una atrayente y cultísima jovencita, dueña de dos apellidos que encarnan toda una tradición de opulencia, probidad y aristocracia en la Argentina, al viejo y respetado nombre criollo que ha ilustrado el jefe actual de la familia en las más altas manifestaciones de la vida nacional. El simpático candidato, arrogante y buen mozo, lleva el mismo nombre del eminentísimo hombre de estado que ha representado tan brillantemente a su país en la gran república del norte, y sus condiciones auguran que ha de mantener dignamente los prestigios de ese nombre.

¿Después? No falta quien mencione la menuda y delicada silueta de porteña que lleva el nombre de la dulce esposa de Isaac, la que fué ejemplo de discreción, según las Sagradas Escrituras... Sus grandes ojos verdes irradian inteligencia bajo la sombría cabellera; su apellido histórico evoca una de las más intensas tragedias vividas bajo la tiranía de Rosas...

Parece que hasta ahora sólo se trata de un preludio sentimental; pero que el joven doctor en medicina que nombra con cierta insistencia *Monsieur Potin* lleva muchas probabilidades de conquistar a la gentil porteña cuyos prejuicios sobre la superioridad aristocrática corren serio peligro de ser derrotados por la sugestión irresistible de un espíritu amplio y netamente democrático...

La dama duende.

Buenos Aires, septiembre 28 de 1923.

ZORAIDA LA ALTIVA

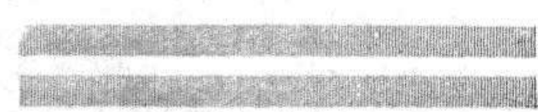
Ambula en sus ojeras el duelo de Artemisa,
su paso de sonámbula tiene el ritmo del sueño,
y el signo de sus crueles ojos de pitonisa
se disimula, aleve, tras un mirar de ensueño.

Su cuerpo, con felina ondulación, precisa
y acentúa la línea del magistral diseño:
desde el cuello impoluto, donde la piel se irisa
hasta el empeine, en arco, de su pie marfileño.

Aunque hecha para amada, revela, sin embargo
en sus delgados labios, un vago gesto amargo
esta mujer hierática y sensible a la vez;

Cual si su caballero tardara en el camino,
y la bella Zoraida formulara al Destino
una muda protesta de olímpica altivez.

JACOBO PEÑA





Como en las magas escenas
de los cuentos orientales,
con esencias ideales
se perfuman las arenas.

De la brisa al soplo vago
el ramaje se estremece,
y un pebetero parece
la azul extensión del lago.

En las carnes infantiles
de blancura de paloma
pone el agua un rico aroma
de exquisiteces sutiles.

¿Cuál es el brujo amoroso
que esparcen tan bello don?
¡Es el REUTER, el jabón
higiénico y oloroso!

De Villa Urquiza



Conjunto de distinguidas señoritas que asistieron al baile organizado por la C. D. del Centro Social "3 de Febrero" en honor de las familias de sus asociados.

EL LENGUAJE CIENTÍFICO

Los médicos han hecho progresos desde Moliére, cuando menos en su charlatanismo científico.

Uno de nuestros amigos, casado el año pasado e inquieto de ciertos malestares que experimentaba su joven esposa, o demasiado ingenua o demasiado discreta, llamó días pasados al doctor.

Este interroga, examina la... enferma.

— ¡Bueno! — exclama el doctor como conclusión de su visita: — la señora se halla atacada sencillamente de una hiperembriohidrometrofia...

Los esposos se alarman, suplican al oráculo se explique, se miran con ansiedad.

— Quiero decir — añade el doctor, dirigiéndose al marido — que dentro de unos meses tendrá usted el honor de ser padre...

De Tigre



Damas y caballeros que integran la comisión organizadora de la fiesta dada por la Sociedad Italiana de Socorros Mutuos en recuerdo del 20 de Septiembre.



Brillante aspecto que presentaba el baile social efectuado en los salones del Tigre Hotel.


1492 12 DE OCTUBRE 1923
FESTEJE EL
DIA DE LA RAZA
ALEGRANDO SU HOGAR CON LAS NOTAS ALEGRES DE LA MUSICA DE SU PATRIA.
La Música constituye un legítimo timbre de honor y de gloria de la civilización moderna, y la "CONCERTOLA" es el instrumento ideal para reproducirla.
ALGUNAS OFERTAS RECOMENDADAS
N.º 310. — Bonita CONCERTOLA para mesa, caja finamente lustrada, midiendo 31 × 31 × 19 centímetros. Puertita modificadora del sonido. Con 6 piezas y 200 púas, a $ 55.-
N.º 341. — Hermosa CONCERTOLA para mesa, caja en nogal de Italia o terminación caoba, tapa con cerradura. Con 6 piezas y 200 púas.. $ 99.50
N.º 4. — Rica CONCERTOLA para mesa, modelo igual al dibujo, mueble en roble o terminación caoba. Con 6 piezas y 200 púas.......... $ 125.-
N.º 4 bis. — Preciosa CONCERTOLA para mesa, modelo igual al dibujo, mueble fino en roble o terminación caoba. Con 6 piezas y 200 púas, a pesos................. 150.-
N.º 5. — Espléndida CONCERTOLA, mueble en rica madera de roble o terminación caoba. Gran motor de dos cuerdas. Con 12 piezas y 600 púas, a.................. $ 250.-
N.º 5 bis. — Gran CONCERTOLA DE LUX, igual al dibujo, mueble fino en roble o caoba con artísticos adornos de marquetería. Gran motor de dos cuerdas. Con 12 piezas y 600 púas............... $ 330.-
OTROS MODELOS desde............ $ 35.-
hasta.......... $ 1.300.-
Catálogo N.º 21 de Concertolas, Grafófonos y Victrolas, remitimos enviándonos $ 0.20 en estampillas.
DISCOS DOBLES de 25 centímetros, $ 3.00 c/u.
72405 (Himno Nacional Argentino (Ituzaingó. Marcha oficial.
22034 (San Lorenzo. Marcha. (El Tala. Marcha.
65328 (Marcha Real Española. (La Czarina. Paso doble.
72357 (Marcha Real Italiana. (Himno de Garibaldi.
20244 (Himno de Mameli. (Marcha Mestre.
22033 (La Marsellesa. (La Brabançonne.
En discos bailables, clásicos, etc., ofrecemos el más grandioso y selecto surtido. — Solicite gran Catálogo ilustrado N.º 22.
CASA AMERICA
STAHLBERG & RIGOTTI
AVENIDA DE MAYO, 979 — BUENOS AIRES
NO TENEMOS SUCURSALES. NO CERRAMOS LOS SABADOS.



Ibamos en busca de cadáveres, que por entonces se cotizaban a altos precios debido a los manejos de los sirvientes que habían inventado comerciar con la muerte.

Hacía una hora que, en el gran hall del hospital, esperábamos la decisión del director, y ya la desesperanza ponía su máscara de hastío en las caras. Eramos ocho, pero estábamos repartidos en parejas. Nos observábamos con desconfianza casi agresiva; todos deseaban vivamente ser únicos y a todos los mortificaba la falta de libertad en el trabajo. Puede decirse que nos considerábamos rivales, pues en la inminencia del examen se persiguen los muertos con tanto ardor como, en todo el año, las muchachas bonitas. Además abundan los petulantes inaguantables.

Teníamos noticias de que dispondríamos de un cadáver, pero existía una dificultad: aun no había expirado el plazo que se concede a los deudos para reclamar sus muertos.

Que aquel hombre, en vida, hubiera estado desligado de todo vínculo al afecto humano, que no tuviera padres, hermanos o amigos, eso nos convenía. Los hombres son apegados a la integridad de las carroñas y les horroriza la mutilación de los seres que han amado; el anatomista más avezado se crisparía si viera a su madre sobre el mármol y bajo el filo de los cuchillos.

Por fin un sirviente, con una orden en la mano, llegóse hasta nosotros:

— Pueden pasar, señores.

Nos apresuramos a recoger las valijas, abandonadas en el suelo. Marchamos locuaces y alegres. Evidentemente la orfandad de aquel desgraciado nos venía como de perlas. Me interesaría saber cómo explicarían esta casuística los filósofos optimistas.

Ante la puerta cerrada de la sala de autopsias nos detuvimos inseguros. Golpeamos, empujamos; no cedía. Uno, haciendo portavoz con la mano, gritó:

— ¡Manuel!

En la azotea, después de un buen rato, apareció Manuel. Es un español menudo, de gesto arisco cual si nos culpara de su condición de guardián de cadáveres, de quienes parecía habérsele pegado la suciedad y la mudez.

Bajó y nos abrió la puerta en silencio. Tiene siempre el aspecto de un hombre contrariado y violentado en su natural. Tal vez es un hombre bueno.

La muchachada entró bulliciosa. La sala, grande, no era sucia, y por fortuna escaseaban las moscas. En la mesa más próxima estaba tendido el cuerpo desnudo de un hombre; sobre su flacura casi inverosímil caían las miradas glotonas que decían claramente: ¡Un cadáver fresco! ¡Esto no es cosa de todos los días!

Alguien dijo:

— Está demasiado flaco...

Otro repuso:

— Mejor; la grasa estorba para trabajar.

Mientras unos se vestían en carácter otros lo curioseaban todo. Las paredes, de un amarillo desteñido, conservaban alusiones, más o menos ingeniosas, a los profesores de Operatoria. Las leían en voz alta comentándolas risueñamente. Un gordito, el más dicharachero del grupo, se asomó a otra sala, especie de dependencia donde descansaban, en salientes de mármol y a la altura de un lecho, varios cuerpos arrebujados en mortajas blancas. Les gritó:

— ¡Eh! ¡Buenos días!... ¡Arriba!...

Permaneció un instante con el aire del madru-



— Pero le pondrá usted un marco mejor... ahora que están tan baratos...



— ¡Creo que el niño se ha caído otra vez de la cuna!



gador que sorprende a los dormilones en flagrante delito. Después se volvió y nos dijo guiñando un ojo:

— ¡Se levantan tarde éstos!

Algunos, los más entusiastas, ya estaban vestidos. Dos de ellos, luciendo un equipo completo, con sus cabezas cubiertas con gorros blancos, soportaban de mal grado las bromas inocentes de un compañero que, con esa falta de conocimiento de las debilidades humanas propia de los jóvenes, se estaban fabricando dos odios al mortificar la mayor de las vanidades.

En tanto el estudiante gordo seguía metiendo su nariz en todos lados. Experimentaba, sin duda, la tiranía de las expresiones, porque de mortaja en mortaja, iba deshaciendo los nudos y mirando los rostros rígidos. Como si aquel conocimiento póstumo le despertase interés por el muerto, se apresuraba a leer, en el boleto atado al dedo gordo y descolorido, el diagnóstico, la edad y hasta el nombre.

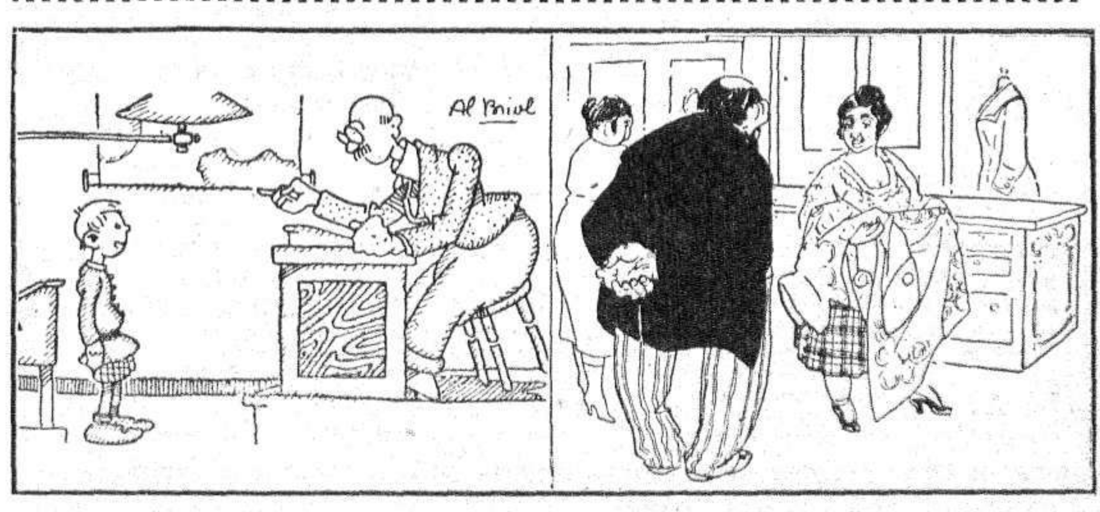
En el fondo, en último término, había una mujer. Estaba descubierta y era muy bella. Su rostro, regular, sólo chocaba por su boca entreabierta y sus labios como ceñidos a los dientes, lo que sugería ideas de ansiedad. Su torso estaba bien modelado, los brazos llenos, las uñas pulidas, el seno torneado; solamente los muslos estaban algo descarnados. El estudiante quedóse largo rato contemplándola; luego, cuando creía que nadie lo observaba, estiró su brazo y con el índice tocó un seno del cadáver como si quisiera asegurarse de su solidez. Después se apartó bruscamente.

Se trabajaba y se bromeaba. Estando junto a la muerte nadie pensaba en ella. ¡Era todo tan natural! ¡Estaba todo tan a tono!... La sencillez de las mortajas, la castidad de la desnudez... Y la suerte de aquellos pobres nos parecía tan lejos de la nuestra... De pronto Manuel entró con mucha prisa, cerrando tras de sí la puerta de un golpe. Colocó un cajón sobre una mesa movible, se acercó al cadáver de un hombre joven, despojólo de la sábana blanca que lo envolvía y comenzó a vestirlo. Le calzó unas medias violetas casi finas, púsole un pantalón de lienzo y una chaqueta azul de obrero, muy limpia. Todos interrumpimos nuestro trabajo para mirarlo hacer. Ya nadie bromeaba; en la estancia había algo nuevo, indefinible, desagradable. ¿Qué obscuro proceso psíquico había ahuyentado nuestro buen humor? ¿Qué nos vinculaba a ese hombre a quien un momento antes considerábamos con indiferencia? ¿Su atavío? ¿Tal vez el contraste entre lo fatal de su inmovilidad y aquellas prendas de la vida diaria, índice de acción?

Era, sin duda, algo que lo acercaba a nosotros mismos y que daba un alerta a nuestro instinto.

Manuel, para depositarlo en el ataúd, le pasó el brazo tras de la espalda y lo atrajo hacia su pecho con un movimiento que parecía fraternal; después, en una mesa corrediza, lo arrastró hasta la pieza vecina. Entonces, de la antesala, nos llegó un sollozo de mujer: uno de esos llantos convulsivos que sólo se oyen cerca de los muertos.

Los muchachos no habían vuelto a empuñar sus instrumentos. Estaban serios y pálidos. A través del muro (la sala daba a la calle) oíamos el ruido de la actividad callejera que se iba intensificando. Voces de carreros que estimulaban el vigor de los caballos, repiqueteo de cascos en la piedra y el rodar pesado de un carro. Sentíamos desgano por el trabajo y deseos vehementes de salir a la calle, de respirar aire puro, de ver mujeres...



— ¿Para qué sirve la lana?
— ...
— ¿De qué está hecho tu pantalón?
— De uno viejo de papá.

Rebeca. — ¿Cuánto debo pedir por este abrigo?
Abraham. — ¡Ochenta pesos!
— ¡Pero sólo cuesta doce!...
— Anúncielo entonces fuera de costo...

De San Isidro



La directora de la escuela número 1, señora Estela R. de Rossi, rodeada por el personal docente del mismo establecimiento, que la hizo objeto de una simpática demostración de afecto con motivo de su jubilación.

LAS MARIPOSAS DEL MAR

Hay en el mar mariposas, lo mismo que en tierra; mas no se crea que hablamos de las mariposas que aturdidamente vuelan de la costa y se internan en el mar, o viajan a bordo de los barcos, sino de mariposas que verdaderamente se crían y viven en el mar.

Se llaman pterópodos, tienen el cuerpo del tamaño de un grano de trigo y de color pardo, cubierto con una especie de caparazón transparente y blando; sus alas son grandes, redondas y claras como el cristal; tan claras, que para examinarlas hay que ponerlas en un platillo de agua cuyo fondo sea negro. El caparazón está tan suelto, que basta tocarlo para separarlo del cuerpo.

Lo más extraordinario de las mariposas de mar es que se alimentan de pescado.

Poseen un poderoso órgano de succión y su voracidad es extraordinaria.

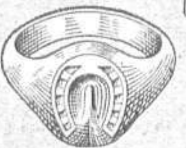
Es muy interesante observar al través de su cuerpo transparente los movimientos de sus órganos internos.

Estas mariposas ponen huevos lo mismo que las terrestres y como éstas gustan mucho del calor y de la luz.

Grupo de vecinos que concurrieron al almuerzo criollo servido en el domicilio de los señores Bergonzi en celebración de la fiesta patria italiana.



OFERTAS VENTAJOSAS



N.° 516. — ANILLO de oro 18 Fix, pulido, liso, forma herradura, $ 11.00



¡ULTIMA MODA!

PULSERA PARA SEÑORA O SEÑORITA, con cinta de moiré fino y de plata 900, con iniciales o nombre que se desee, en esmalte. $ 5.-

La misma en oro 18 kilates, garantido.... $ 15.-

N.° 136. — PLATA 900, con iniciales grabadas o esmalte..... $ 5.00

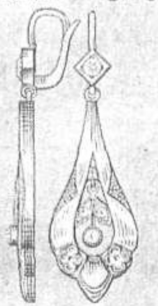


N.° 503. — ANILLO de oro 18 kilates FIX, con monograma... $ 10.50

$ 14.00 GARANTIA TRES AÑOS

$ 14.00 OBSERVADOS y con CADENA

N.° 505. — ANILLO para caballero, oro 18 Fix, con 1 piedra quim.. $ 9.00



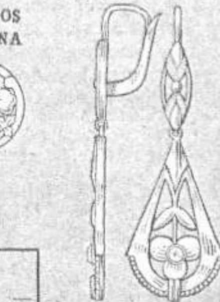
N.° 520. — AROS de oro y químicas....... $ 12.00

N.° 517. — Alfiler de oro Fix, $ 4.50

¡OCASION!

RELOJ plata 800, tres tapas, máquina Suiza, con cadena............. $ 14.00

N.° 518. — Alfiler de oro Fix, $ 7.50



N.° 521. — ENCHAPADO en oro 18 kilates y químicas........ $ 6.00



N.° 510. — PLATA 900, nombre en esmalte. $ 3.90
De oro 18 k., $ 16.—

ESPLENDIDA OFERTA PARA NOVIOS



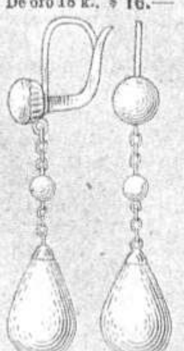


UN ESTUCHE CON DOS ANILLOS de oro 18 kilates, verdosos, de 6 gramos c/uno, con iniciales y fecha, y un cintillo enchapado en oro 18 kil. con 5 brillantitos, todo por sólo $ 30.-

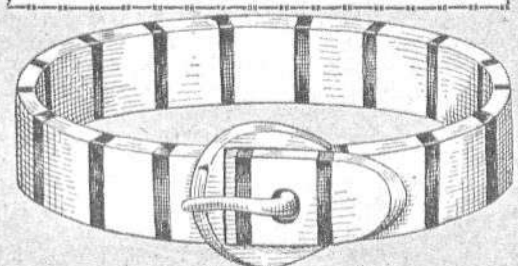
El mismo juego, con el cintillo de oro 18 kilates .... $ 45.-



N.° 519. — ORO FIX y químicas, a pesos....... 8.50



N.° 514. — PLATA y perlas macizas........ $ 4.90



¡NOVEDAD!

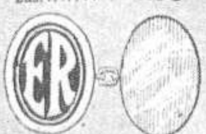
PULSERA EXTENSIBLE de Galalit, fino, diversos colores.................................. $ 3.50



N.° 512. — PLATEADO, con medalla esmaltada. Juego....... $ 2.00

Aceptamos en pago cartoncitos 43 a dos centavos cada uno y enviamos los pedidos a cualquier punto de la República.

Los giros postales dirigirlos a nombre de P. SEITLER



N.° 139. — GEMELOS de plata 900 con iniciales que se deseen en esmalte, el par, $ 5.00

La Suiza Americana

RELOJERIA - P. SEITLER - JOYERIA

BERNARDO DE IRIGOYEN 540



N.° 509. — GEMELOS de oro 18 kilates FIX cincelados, el par......... $ 7.90

Parábolas 

JESUCRISTO era duendo y bueno, tenía los ojos tristes y los cabellos largos y sedosos. Su rostro era pálido y su mirada clara. Comía un pan y bebía un vaso de agua, y se sentía más tranquilo que el Tetrarca porque su alma era pura. Vestía con una túnica simple, sin costura, y, humildemente, predicaba su Evangelio, curando a los leprosos, dando luz a los ciegos y resucitando a los muertos. Era pobre y mísero, y su laceria era tan grande como su dulzura. Sin embargo, un día se le acercó un hombre rico que vestía como un rey y, arrodillándose, extendió sus manos suplicantes. La túnica del hombre que toda su vida fué lelo y presumido, al arrodillarse éste, se arrastró por el polvo del camino, y la túnica humilde del Nazareno se infló llena de un viento de Dios.

II

EL hombre vanidoso y necio, lleno de elación, se subió a una roca inmensa, y desde allí miró con desdén a los hombres de la ciudad que desfilaban bajo él. Se creía muy superior a esas figuras pequeñitas que se perdían insignificantes en la tierra llana, no dándose cuenta de que el viento marero, que soplaba allí con más fuerza, después de arrancarle el sombrero le injuriaba la frente.

Los hombres de la ciudad dirigían los ojos hacia arriba y no miraban al hombre, porque desde allá sólo se distinguía la roca inmensa.



UN árabe de Djebel-Chammar, que escribía versos y tañía la maraba bajo las palmeras del Aftán, tomó una flor azul de la margen del río y la colocó en un vaso de oro. Descontento, la sacó en seguida. Pasaba en ese momento su amada y el joven árabe se acercó a ella y colocó la flor entre los cabellos negros de la linda muchacha. Y, complaci lo, sonrió invocando a Alah.



JEHOVÁ puso en manos de uno de sus fieles una caja de oro ordenándole que no la abriera sino en la hora de su muerte. La caja era pesada y el hombre creyó hallar en ella grandes riquezas destinadas, seguramente, a edificar templos en Armenia o Cedmoneos. Luchó mucho tiempo contra la tentación, pero al fin pudo más la avaricia que la fe. La abrió y, lívido, vió que la hora de su muerte, marcada allí, había llegado.



DÍDIMO, siracusano, se reía de Coryto de Cartago porque era ciego, haciéndole objeto de su ludibrio. Coryto se acercó un día a él y, mientras Didimo se reía burlescamente, le palpó el rostro con las manos. Entonces el ciego pudo *ver* que dos de sus dedos cubrían toda la frente de Dídimo de Siracusa.



CANSADO el edil Porcio de su vida de Pompeya, se alejó de esa ciudad después de despedirse de sus amigos y de sus amantes. Llegado a Genua, ciudad comercial de la Liguria, luego de lavarse los pies, como era de costumbre, pidió a quien le hospedaba un vaso de vino y un plato de aceitunas, y notó con sorpresa y desaliento que el vino y las aceitunas eran las mismas que bebía y comía en Pompeya. Besó a una mujer y comprobó en su boca el mismo sabor salado que gustaba en los labios de su Manfia Cornelia. Por las calles vió los mismos carros y los mismos corceles; en los templos los mismos dioses e idénticas costumbres; en los baños del golfo Ligústico, iguales desnudeces. Decepcionado y pobre, el edil Porcio corrió a su ciudad, y entonces comprobó con dolor que su amante Popea y su concubina Cornelia, durante su ausencia, le habían engañado con dos de sus amigos; que sus mejores amigos no eran los alegres camaradas de otros tiempos, pues al verlo pobre pasaban ante él disimulando no reconocerlo, y, por último, que su casa no era la misma que él dejó, pues sus esclavos le habían robado sus mejores objetos y la polilla y los ratones comido sus muebles.



UN viejo filósofo de Tebas iba a morir y llamó a sus seis hijos. El hombre de barba blanca y frente lívida y los jóvenes, bellos y fuertes, se miraron por última vez.

—Hijos míos — dijo el anciano, — voy a morir, pero no estéis tristes. Tengo enterrada de-




bajo del olivo que sombrea el templo de Minerva toda mi fortuna. Mi deseo sería dejárosla, pero es justa para uno y poca para todos. Id, y el primero que llegue y ponga sus manos sobre ella sea en buena hora su poseedor.

Cinco jóvenes, sin escuchar más y sin fijarse en el anciano que, fatigado, se inclinaba moribundo en el lecho, salieron corriendo atropellándose e insultándose. Sólo uno, el menor, se arrodilló ante su padre agonizante y le envolvió el cuello con sus brazos. El viejo filósofo alzó la cabeza, miró con ternura a su hijo y lo bendijo: ése fué el heredero.



SE encontraron en la puerta del cielo un hombre rico y un hombre pobre que habían sido amigos en la tierra, y disputaron por entrar uno primero que otro. San Pedro, acariciándose plácidamente la barba, los miraba.

— Señor — dijo el hombre rico, — te traigo un espléndido regalo: una túnica tejida a mano por las famosas hilanderas de Haarlen. Está bordada en oro, y esas piedras preciosas que veis brillar son brillantes indios, y esas cuentas lucibles son perlas persas. Te quedará bien y podrás con ella, dignamente, festejar la Pascua Florida. Acéptala.

San Pedro, sonriente, aceptó el regalo del hombre rico y le hizo un ademán afectuoso de que esperara. Después se volvió hacia el hombre pobre.

— Y tú — preguntó, — ¿qué me traes?

— Yo, señor — respondió éste, — te traigo a este hombre a quien he servido toda la vida.

San Pedro no meditó; abrió la puerta del cielo y le dijo sencillamente:

— Pasa tú primero...



Bartolomé Galíndez





DONDE COMIENZA EL HOMBRE

Quiero cruzar el tiempo;
dar un salto mortal;
vivir, en un instante,
a dos pulmones, la salubre edad
en que es el lecho césped,
en que es el sol hogar,
la desnudez vestido,
vino la uva exprimida, mijo el pan;
belleza el aguacero,
la tromba, el vendaval,
la conmoción del globo,
el detonante y fúlgido zig-zag;
en que el amor es hálito
de heno, pino y azahar;
y el Mal lo que no existe;
y un augurio de Dios, la inmensidad.



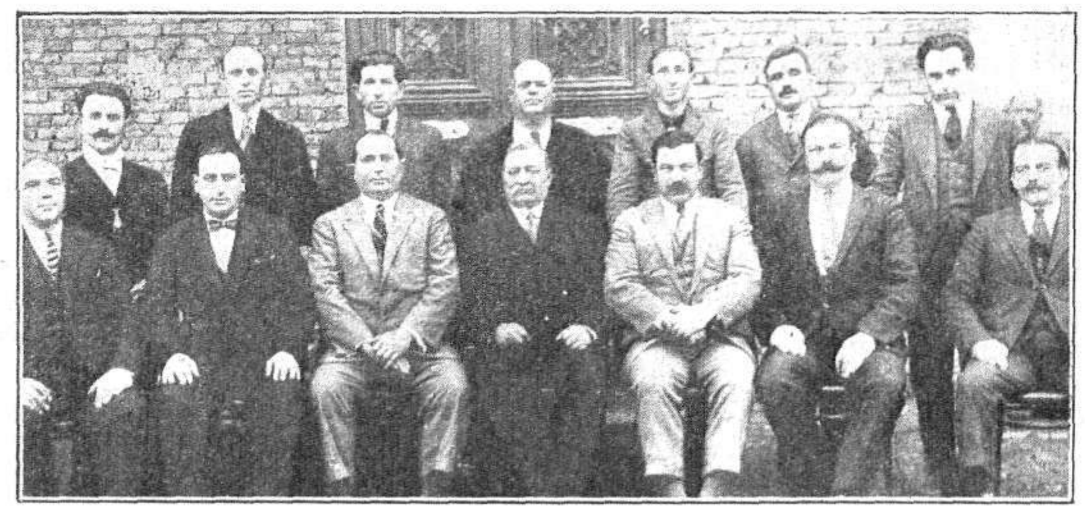
Quiero ver de la vida
la purísima faz
en que los animales,
aún su fiereza incólume, quizá,
merodeaban, autónomos,
matando por yantar,
ajena de su instinto
la fiereza del crimen pasional.



Quiero dar en el tiempo
el loco salto atrás
que me lleve a la escena
sublime de la Historia Natural,
donde la encina ríe
y alienta el tomillar
y cantan las alondras
y el espectro fulgura en suave haz;
donde las cabras triscan
llevándose detrás
la cría que hace presa
golpeando la ubre que se va;
donde el conejo huye
medroso del chacal,
y el chacal de la leona
que al toro tiembla sólo en el bramar;
donde aparece el Hombre
soberbio, fuerte, audaz,
y sin mirar al cielo
ni a la tierra, ni al flanco, ni al allá,
andando, por inercia,
se encuentra, por azar,
al toro, se abalanza
a los cuernos con épico ademán,
al pescuezo las piernas
le enlaza, sin piedad
muerde sus carnes, chupa
y agota la ebullente yugular...,
y en tanto exangüe el bruto
con estrépito da
un clamor por la herida,
sigue, saciado, sin mirar atrás,
y a orillas de un arroyo,
que mece al murmurar,
se solea, tumbándose
de cara al infinito sideral.

A. HERNÁNDEZ-CID

De Chacabuco



Miembros de la C. D. de la biblioteca popular "Juan B. Alberdi" a cuyo cargo estuvo la organización de los festejos realizados en O'Higgins con motivo de la inauguración de la plaza San Martín.

EL CALOR Y EL FRÍO A VOLUNTAD

La moderna civilización ha resuelto el problema de proporcionar al hombre calor durante el invierno, y ahora se está resolviendo el de proporcionar el frío a domicilio durante el verano. Una tentativa en este sentido, que parece destinada a tener éxito, se ha intentado en Londres, en el London County Council, en donde ha empezado a funcionar un colosal aparato de centenares de tuberías destinado a dar a voluntad en todos los ámbitos aire caliente o frío, seco o húmedo, mediante un sistema subterráneo de canalización de pilas con hielo, de secadores y propulsores. Se trata de una instalación única, formidable, que los ingleses han denominado con el título de «Octopus» por la semejanza que tiene con un pólipo gigantesco. Aparatos registradores traducen en cifras comparables los datos de temperatura, humedad, etc., y aparatos de fácil manejo permiten modificar en un momento las condiciones de ambiente. No es preciso añadir que todo esto es muy halgüeño, pero poco económico, y que por de pronto, aun en los países más ricos, representa un ensayo de «confort» al alcance tan solo de los potentados.


La Victrola es la personificación de todo lo mejor en música.
La excelencia de cualquier máquina parlante puede juzgarse por los artistas que impresionan sus discos.
La Victrola es suprema entre los instrumentos musicales, por su maravillosa ejecución, y por reproducir fielmente las bellas y exquisitas interpretaciones de los grandes artistas líricos del mundo.
Hay un solo Caruso, una Farrar, una Galli-Curci, una Gluck, una Homer, un Kreisler, un McCormack, una Melba, un Paderewski, una Schumann-Heink, así como hay un solo instrumento capaz de llevar el super-arte al hogar, con una fidelidad absoluta.
Los grandes artistas han decidido que ese instrumento sea la Victrola.
Cualquier comerciante Victor le hará conocer gustoso los varios modelos de la Victrola.
Victrola
"LA VOZ DEL AMO"
Importante: Busque siempre estas marcas de fabrica debajo de la tapa y en las etiquetas
Victor Talking Machine Company Camden, N. J. E. U. de A.
Revendedores Victor en todas las ciudades y poblaciones importantes de la Argentina y del Uruguay.
UNICOS MAYORISTAS:
PRATT & Cía.
626, SARMIENTO, 636
Buenos Aires
Dellazoppa & Morixe
Plaza Independencia, 733
Montevideo.



EL PRIMER AÑO

— Sin ningún lamentable desengaño,
sin ningún doloroso desconsuelo,
un año se ha cumplido. Hoy hace un año
que gobierna el ilustre don Marcelo.
— No obstante, hay todavía
quien le sigue mirando con recelo.
— Alguien que supondría
que iban a darle un puesto bien rentado
y que se ha equivocado.
Para la mayoría de la gente
no es un mal presidente
ni es un gran presidente.
— Está probado.
— Es un señor prudente
que va de luto donde están de luto
y va de fiesta donde están de fiesta.
— No es posible elogiarle en absoluto
ni su actitud obliga a la protesta.
— Se negará a sus planes importancia,
¿pero quién va a negarle la elegancia?
— Su buena voluntad es manifiesta.
— ¿Y, su buena intención, quién pone en duda?
— Pero nadie le ayuda,
y no bastan, en tales condiciones,
las buenas intenciones.
—Su buena fe le escuda.
— La presidencia de hombre tan sereno
parece un intermedio o intervalo,
pues no hace nada malo
y no hace nada bueno.
— ¡Quiera Dios que disfrute
siempre de calma igual!
— ¡Qué duda tiene!
Si casi no discute
y casi no interviene
¿qué va a exigirse de él? ¿Qué sea el eco
del gobierno anterior? ¿Qué se haga el sueco?
¿Que, en perpetua zozobra,
se manifieste duro y agresivo?
Eso es, a todas luces, excesivo.
¿Tiene buena presencia? Basta y sobra.
— Además es activo.
— Es muy activo, mucho.
Jamás tiene pereza
para ir donde se expone una rareza
o anuncian un concierto de serrucho.
Amigo de las ciencias y las artes,
va a las exposiciones y museos.
— Frecuenta los salones y paseos.
— Alvear va a todas partes.
— Yo temo que se enferme.
— Yo siempre dije y lo repito ahora.
¿Con esa actividad devoradora,
el primer magistrado, cuándo duerme?
— Ni le teme al verano
ni le asusta el invierno;
no para y se conserva fuerte y sano.
— Debe ser su sistema de gobierno.
— Un sistema, sin duda, muy moderno.
— Y así ha pasado un año.
— Es incansable.
— Y seguirá lo mismo.
— Es indudable.
— ¡Un año!
— ¡Un año ya de presidencia!
— ¡Qué enorme resistencia!
— Hoy estamos a 12.
— Se conoce
que hoy estamos a 12.
Veo que todo el mundo está contento.
¡Miren que animación! ¡Que movimiento!
Alegres por igual los marcelistas
y los hipolitistas
empiezan a gritar con ardimiento.
¿Se celebra que el uno se marchó?
¿Se celebra que el otro se quedó?

DIBUJO DE MAZAYA

LUIS GARCÍA



¿Tiene su cabello el esplendor de la salud perfecta?

EL brillo realza la belleza del cabello. En general, cuando el cabello es brilloso es también abundante, debido a que el cuero cabelludo goza de buena vitalidad.

El cabello recibe su alimento de la sangre, y cualquier causa que impida la circulación en el cuero cabelludo afecta seriamente su vida y determina su caída. Los más famosos especialistas insisten en que para curar la calvicie y las canas es preciso un estimulante eficaz que haga fluir la sangre a los tejidos debilitados del pericráneo. Tal es el principio básico del Específico Boliviano BENGURIA, preparado a base de vegetales bolivianos después de largos años de estudio.

El Específico BENGURIA, además de su efecto antiséptico sobre la caspa, penetra en el cuero cabelludo, tonifica las glándulas oleosas y hace circular activamente la sangre a través de los tejidos. En poco tiempo comienza a crecer cabello nuevo en abundancia, flexible, sedoso y brillante, y las canas recobran su color natural. Aun en los casos de calvicie rebelde, BENGURIA ha dado resultados sorprendentes.

Comience Ud. hoy mismo a usar BENGURIA si quiere ser admirado por su cabellera. Escriba al Dr. Rafael Benguria B. pidiendo más detalles sobre su notable Específico.

UNICO LUGAR para consultas y venta del Específico en esta ciudad, atendido personalmente por su propietario

Dr. RAFAEL BENGURIA B.

Av. DE MAYO 1239 U. T. 5753, RIVADAVIA BUENOS AIRES

AGENCIAS PARA LA VENTA DEL ESPECIFICO:
En Rosario de Santa Fe: Gran Tienda "La Buenos Aires", Córdoba esquina Entre Rios.— En Mendoza: Casa Riba, San Martín, 1456.—En La Plata: Jockey Club, Avenida 7 esquina 51.—En Santiago de Chile: Moneda esquina Estado.—En Montevideo (R. O.): José J. Vallarino e Hijo, Sarandí, 429, y "Au Bon Marché" de Vicente C. Cerizola, Sarandí, 620.
ATIENDE PEDIDOS Y CONSULTAS DE PROVINCIAS POR CORRESPONDENCIA



NOVELAS CORTAS

PRESENTADAS AL CONCURSO LITERARIO DE

CARAS Y CARETAS

TITULOS Y LEMAS

Las dos máscaras. (Laus tibi).
Oro viejo. (Rimac).
Amores olímpicos. (Amores olímpicos).
Artistas geniales. (Eustaquio).
Jacinto. (Mario de Grieg).
Apuntes de un hombre sencillo. (Aprendiz).
Kokoro. (To love).
Chino. (Pico).
Como las hojas que caen... (Amor y fidelidad).
Blanca Rosa. (Amar es vivir).
El premio del sacrificio...? (Amor, Arte y Trabajo).
El intruso. (Esperanza).
El vicio mata la vida. (Eva).
El avaro de Villamedrana. (E. Ll.).
El hombre que no volvió. (Dura lex).
Vanitas. (Vanitatum).
Romance cristalino. (Brotos de hospital).
Romance del amor triste. (E pluribus unum).
Arrepentimiento. (Lobo de mar).
Soplo de tragedia. (Juvencia).
Conciencia. (Céfiro).
La vida del propio amor. (Mitona).
Los zánganos. (Ibérico).
Alma criolla. (¡Viva la patria!).
Grito del alma. (Bendita seas).
Los amores de Juan Pérez. (D. D.).
La dama blanca. (Dante).
Lo inevitable. (Mujer que no ama es apenas una figurita inútil).
Rumbo al sol. (No por soñar dejamos de vivir).
Una cacería entre los huarpes. (Excelle et tu vivras).
Una pasión amorosa en el siglo de Pericles. (Nada hay nuevo bajo el sol).
El almohadón. (Juan el arriero).
El desquite. (Ars longa, vita brevis).
El hombre, la mujer y el perro. (Aspirante).
El club de los dispépticos. (Churrasco).
Hombres de presa. (Javier).
El idilio de Mariana. (Optimismo).
Los tres pesquisas. (Conciencia).
Pasto fuerte. (Campesino).
Corazones lacerados. (Violeta de Parma).
Un drama radiotelefónico. (Isleño).
Justos y Pecadores. (Célula).
Hombruna. (Sin miedo y sin reproche).
Historia de un suicida. (Werther).
El fantasma de Lanús. (Fe).
El perro del clown. (Repórter).
La carta olvidada. (Una anciana).
Virtud odiosa. (Juan de la Trampa).
El flirt de los Dioses. (Tres por uno).
La goleta. (Brisa de mar).
Por mensualidades. (E. M. M.).
El Dr. Palmares. (Nivia Alda).
El rey vagabundo. (Tiahuanacu).
Eclipse de luna. (H. G. de L.).
Amor y patria. (Honradez es mi fortaleza y premio).
De profundis. (E. Cast).
Fray Gurgundio. (Laudo memoriam Bayardo Bis II).
Vida plena. (Timbó).
Y el amor vendrá... (Espíritu y materia).
Marcha fúnebre. (Remember).
Operación de bancarrota. (Arrise).
Trayectoria. (Enzo).
La venganza del samuray. (Excelle et tu vivras).
La heroína del Marne. (Redención).
Los hijos mandan. (Vinicis).
La mujer del borracho. (Nieve del Andes).
La flor del aire. (Excelsior).
La necesidad de matar. (Aguafuertista).
Una más... (Argent y Rouge).
Una apuesta. (Tábano).
Amante y madre. (Mme. de Saint Germain).
Historia de un hombre que no supo ser feliz. (Abdel Sain, 1881).
¡Hermanos! (Salmantino).
Pelusita. (Desconfía de tu más firme voluntad).
Pájaro de tormenta. (Sic itur ad astra).
La yerra. (Perla oriental).
La moneda falsa. (Ariel).
Dulce perdón. (Veni, Vidi... Americus).
Un desilusionado. (R. E. B.).
Flor de pasión. (Ladie).

EN EL NUMERO PROXIMO CONTINUARA LA LISTA DE LOS TRABAJOS RECIBIDOS


CLIP-CAP
WATERMAN'S FOUNTAIN PENN Y
Qué Cómoda es!
Puede llevarse en cualquier posición y en cualquier bolsillo sin que la tinta se derrame. En todo momento está lista para escribir. Estas son algunas de las insuperables ventajas que ofrece la
PLVMA FVENTE IDEAL de WATERMAN
Su uso es de inapreciable importancia. No gotea. No araña el papel. Economiza movimientos. Sigue al pensamiento sin vacilar. Es muy durable.
Tres tipos de pluma: fino, mediano y grueso
EN VENTA EN TODAS LAS LIBRERIAS Y CASAS DEL RAMO.
L. E. WATERMAN COMPANY
Broadway, 191 - New York - E. U. A.
AGENTE:
Av. de Mayo, 1360 - CHARLES A. POPE - Buenos Aires
© Biblioteca Nacional de España


VALOR LEALDADE E MERITO
LUIS DUFAUR
DOM LUIZ
1830
PORTO
MARTINS & CIA
LUIS DUFAUR
SUCCESSOR
BUENOS AIRES

BUENOS AIRES, 13 DE OCTUBRE DE 1923

CARAS Y CARETAS

AÑO XXVI

N.º 1306

EL DÍA DE LA RAZA

Autógrafo para "Caras y Caretas".

LA FIESTA DE LA RAZA ES LA CONSAGRACIÓN DE UNA ESTIRPE CUYO VERBO COMÚN REPRESENTA LA UNIÓN DE LOS PUEBLOS EN EL PRESENTE Y LA COMUNIÓN DE SUS ALMAS EN EL FUTURO. ENGENDRADORA DE PUEBLOS, ESPAÑA SIENTE CADA AÑO MAYOR ORGULLO EN SOLEMNIZAR ESTE DÍA, QUE SÓLO SIMBOLIZA PAZ, UNIÓN Y AMOR ENTRE NACIONES FRATERNALES.



EMBAJADA DE ESPAÑA

BUENOS AIRES

El Marqués de Amposta



Capitán de la Guardia Nacional en 1874.



El eminente jurisconsulto al cumplir sus bodas de plata con el periodismo.



Durante su período de legislador.



El doctor Zeballos en su época de gran "sportsman".



Siendo ministro de Relaciones Exteriores.

DOCTOR

ESTANISLAO S. ZEBALLOS

† EL 4 DE OCTUBRE EN LIVERPOOL

Por servir a su patria, el doctor Zeballos murió en tierra extranjera. Apenas repuesto de una enfermedad que le tuvo al borde de la tumba, no vaciló en ir a los Estados Unidos a hacer oir su voz en una asamblea de sabios juristas e internacionalistas, para exponer los ideales argentinos tales como su patriotismo los entendía, que es como los entiende la inmensa mayoría de sus compatriotas; y cuando en Liverpool se disponía a embarcarse para volver a la tierra tan amada, el mal que desde hacía tiempo roía su sano y robusto organismo, lo abatió para siempre. No tuvo, pues, la felicidad suprema de cerrar para la eternidad los ojos en suelo argentino, y esta circunstancia hace aún más vivo el dolor que su desaparición ha causado en la Argentina y en donde quiera que era conocido, y por conocido, estimado y respetado. Desde muy joven el doctor Zeballos se sintió agitado por la noble ansia de servir a su patria, y durante medio siglo la sirvió sin desfallecimiento, así en su bufete de publicista como en el Ministerio de Relaciones Exteriores, que desempeñó en varias ocasiones, así en



Uno de los últimos retratos del ilustre argentino tomado en el Instituto

calidad de abogado argentino ante tribunales arbitrales como desde el puesto, tan elevado en el periodismo nacional, de redactor y director de *La Prensa*, el gran diario al cual estuvo vinculado desde sus primeros pasos como periodista. Sería pueril intento, por lo vano, pretender señalar todo lo que, en los últimos cincuenta años, el doctor Zeballos significó en la literatura, en la política, en la diplomacia, en el periodismo, en el foro argentinos. Dueño de una capacidad de trabajo tan grande y tan fecunda como su talento, no conoció jamás el ocio, ni siquiera el descanso, y su anhelo fué siempre, según lo dijo un día, morir al pie del cañón, como efectivamente ha muerto. Espíritu siempre joven, nada de lo humano le era ajeno; pero por encima de todo puso en todo momento y en toda circunstancia a la patria, para la cual toda felicidad, toda grandeza, toda gloria le parecieron pocas. Era uno de los últimos que quedan de una generación que dió tantos servidores ilustres a la república. Por eso su muerte, allá, tan lejos de su tierra pero tan cerca siempre del corazón de sus conciudadanos, ha sido un verdadero duelo nacional.



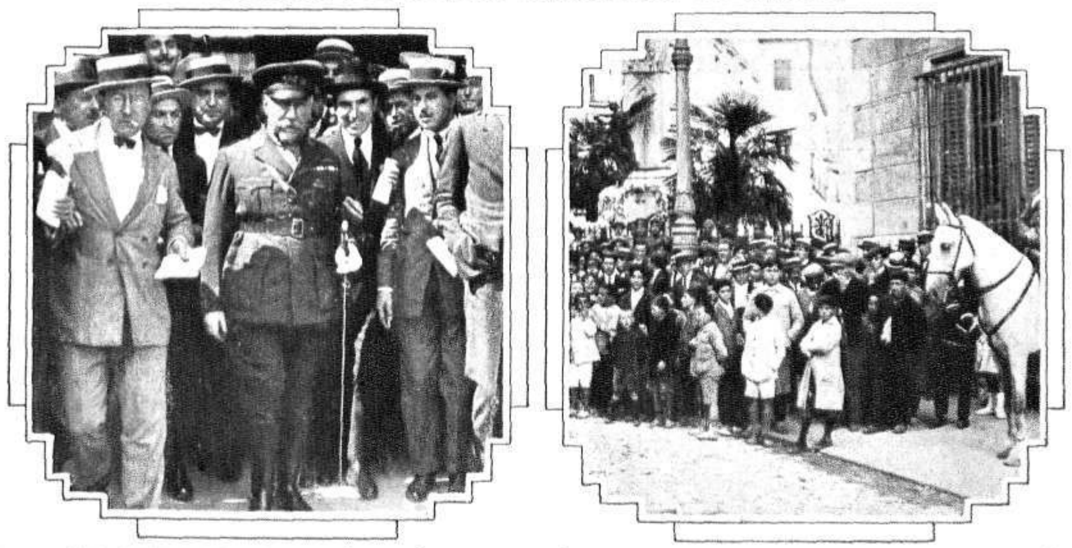
EL REY A SU LLEGADA A LA ESTACIÓN DEL NORTE DE MADRID, CONVERSANDO CON EL MARQUÉS DE ALHUCEMAS, A SU REGRESO PRECIPITADO DE SAN SEBASTIÁN Y AL DÍA SIGUIENTE DE OCURRIR EL PRONUNCIAMIENTO.



EL MARQUÉS DE ALHUCEMAS A SU SALIDA DE PALACIO DESPUÉS DE HABER PRESENTADO AL MONARCA LA DIMISIÓN DEL GABINETE AL NO SERLE ACEPTADA LA DESTITUCIÓN DEL GENERAL PRIMO DE RIVERA.

PRONUNCIAMIENTO MILITAR EN ESPAÑA

LA MAS COMPLETA E INTERESANTE NOTA GRAFICA DE LOS GRAVES SUCESOS QUE CONMOVIERON AL PUEBLO ESPAÑOL, REMITIDA POR NUESTRO CORRESPONSAL EN MADRID.



EL CAPITÁN GENERAL DE MADRID, SEÑOR MUÑOZ COBOS, QUE EN LOS PRIMEROS MOMENTOS FUÉ NOMBRADO PRESIDENTE DEL DIRECTORIO MILITAR Y A QUIEN DON ALFONSO DIÓ EL ENCARGO DE COMUNICAR AL GENERAL PRIMO DE [illegible]

PÚBLICO APOSTADO FRENTE AL EDIFICIO DE LA CAPITANÍA GENERAL ESPERANDO LA SALIDA DE LAS TROPAS ACUARTELADAS QUE PROCLAMARON LA LEY MARCIAL EN [illegible]

EL SARGENTO MAYOR DE LA PLAZA, CORONEL VERDUGO, MIENTRAS LAS TROPAS RINDEN HONORES, LEE EN ALTA VOZ LA PROCLAMACIÓN DEL ESTADO DE GUERRA Y LA ORDEN DEL REY DE FORMAR SU GABINETE MILITAR.

IMPONENTE ASPECTO DE LA PLAZA DE SALMERÓN AL DARSE LECTURA DE LA ORDEN DEL REY, AUTORI- [illegible] PRIMO DE RIVERA.



GENERAL CAVALCANTI.



GENERAL SARO.



GENERAL DADÁN.



GENERAL FEDERICO BERENGUER.



FIGURAS PRINCIPALES QUE ACTUARON EN EL PRONUNCIAMIENTO.

EL CAPITÁN GENERAL DE CATALUÑA, SEÑOR PRIMO DE RIVERA, MARQUÉS DE ESTELLA, ORGANIZADOR Y DIRECTOR DEL MOVIMIENTO MILITAR.

Sr. Mariano de Vedia



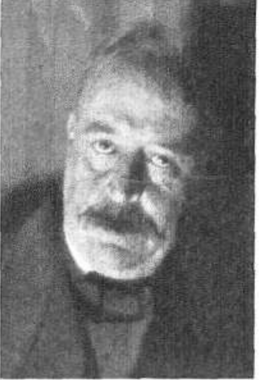
Escritor de nota, espiritual y ameno, a cuya pluma debe el periodismo brillantes páginas, acaba de incorporarse al cuerpo de redactores de «La Razón». Colaborador de «CARAS Y CARETAS», el distinguido «choniqueur» ha de dar, a no dudarlo, nuevas muestras de su ingenio tan conocido bajo el seudónimo de Juan Cancio.

Sr. Atilio Chiappori



Literato de enjundia y uno de los más eruditos y respetados críticos de arte, el ingreso del señor Chiappori en nuestro colega «La Prensa» con este carácter, ha causado la mejor impresión en los centros artísticos, por la ecuanimidad y profundo conocimiento de sus juicios, inspirados en el más sano espíritu de justicia.

Sr. Roberto J. Payró



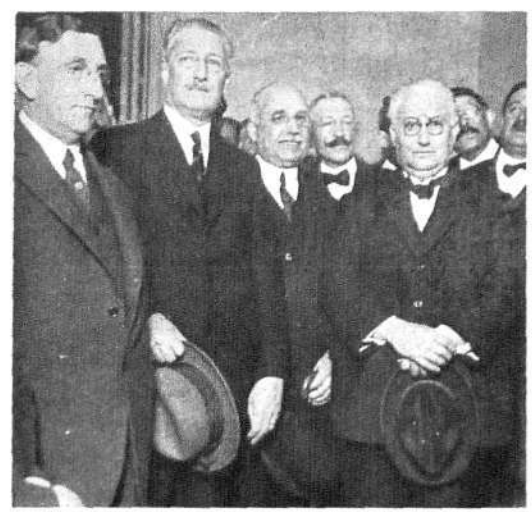
Una de las figuras más prestigiosas de nuestro teatro nacional, el vigoroso escritor ha dado nuevamente, después de muchos años, una obra que será puesta en escena próximamente. Mucho se espera de la labor del señor Payró, por su maestría en tratar los personajes, su honda y sobria penetración psicológica y su clásica escuela literaria.

Sr. Joaquín de Vedia



Veterano de las Letras a las que viene consagrándose hace bastantes lustros, su fecundo y brillante talento ha sabido manifestarse así en la crítica teatral como en la literatura y el periodismo. Su entrada en la redacción de nuestro colega «La Razón», honra por igual al escritor y a la Empresa del diario vespertino.

Nuevo presidente del Consejo N. de Educación



El doctor Ernesto H. Celesia, que acaba de hacerse cargo de su alto puesto, rodeado por el Ministro de Justicia, el jefe de Policía, el presidente de la Cámara de Diputados y otras destacadas personas que asistieron al acto de la toma de posesión.

Juramento del nuevo obispo de Salta



Monseñor Julio Campero, nuevo obispo titular de Salta, monseñor de Andrea, y conocidos prelados dirigiéndose al Salón Blanco de la Casa de Gobierno donde, ante el doctor Alvear, le tomó el juramento de rúbrica el ministro de Relaciones Exteriores.

Celebración de la fiesta nacional portuguesa



Distinguidas familias de la colectividad portuguesa y de la sociedad argentina que asistieron, en el Salón Augusteo, al festival organizado [illegible] de la proclamación de la república

51.º Aniversario de la Escuela Naval



El ministro de Marina, el almirante Sáenz Valiente, el contraalmirante Guerrico, el capitán de navío Storni, director de la Escuela Naval, y un grupo de oficiales del cuerpo de profesores que se reunieron para celebrar el cumpleaños de la prestigiosa institución, presenciando el desfile de los cadetes.

Sociedad Española de Beneficencia



Monseñor Copello, el Embajador de España, sacerdotes y personajes y los padrinos doña Esther Marana de Badía y don José Félix Soage en el acto de la colocación de la piedra fundamental del pabellón para tuberculosos donado por este último.



El gobernador de la provincia, el primer consejero de la Embajada española, señor Danvila, los padrinos, el señor presidente de la Institución, don Manuel Escasany, y el público, durante la ceremonia de la bendición de la capilla donada a la Sociedad.

Ampliación del Sanatorio-Hospital del Centro Gallego



El marqués de Amposta, la distinguida dama que actuó de madrina y caracterizados personajes de la colonia gallega que presenciaron la inauguración de una dependencia del establecimiento, celebrándose una misa solemne y siendo bendecido el edificio local por el Reverendo P. Segismundo Masferrer.



El nuevo Intendente municipal, doctor Emilio Cardarelli.



Ingeniero J. C. Van Vynk, nombrado Jefe del Departamento de *Obras Públicas.*



El gobernador, doctor Mosca, el ministro de Gobierno, doctor Coulin, y el intendente que cesó en sus funciones, doctor A. J. Rouillón, en el acto de la toma de posesión de su sucesor.



Doctor Alejandro Nimo, nuevo secretario de la Municipalidad.



Doctor J. B. Abalos, nuevo director de la Administración *Sanitaria.*



El ilustre conferencista y profesor de la universidad de Pavia Benvenuto Grizziotti, en medio de un grupo de compatriotas que le obsequió con un banquete en el Círculo Italiano.



El doctor Rouillón y damas y caballeros que atendieron la colecta pro Escuela de la Infancia Desvalida, reunidos después del recuento en la Municipalidad.



Señorita Elsa Vila, campeona de Damas.



Señoritas y jóvenes que tomaron parte en las reñidas pruebas a que dió lugar el torneo de tennis organizado por el Club Remeros Alberdi.



Equipo de Rosario Central que derrotó al team uruguayo Wanderers por 6 goals a 1.



Señor A. Marticorena, campeón de caballeros.



FIGURAS DE ACTUALIDAD

Su Eminencia el Cardenal D. Juan Benlloch y Vivó, Arzobispo de Burgos

POR SIRIO

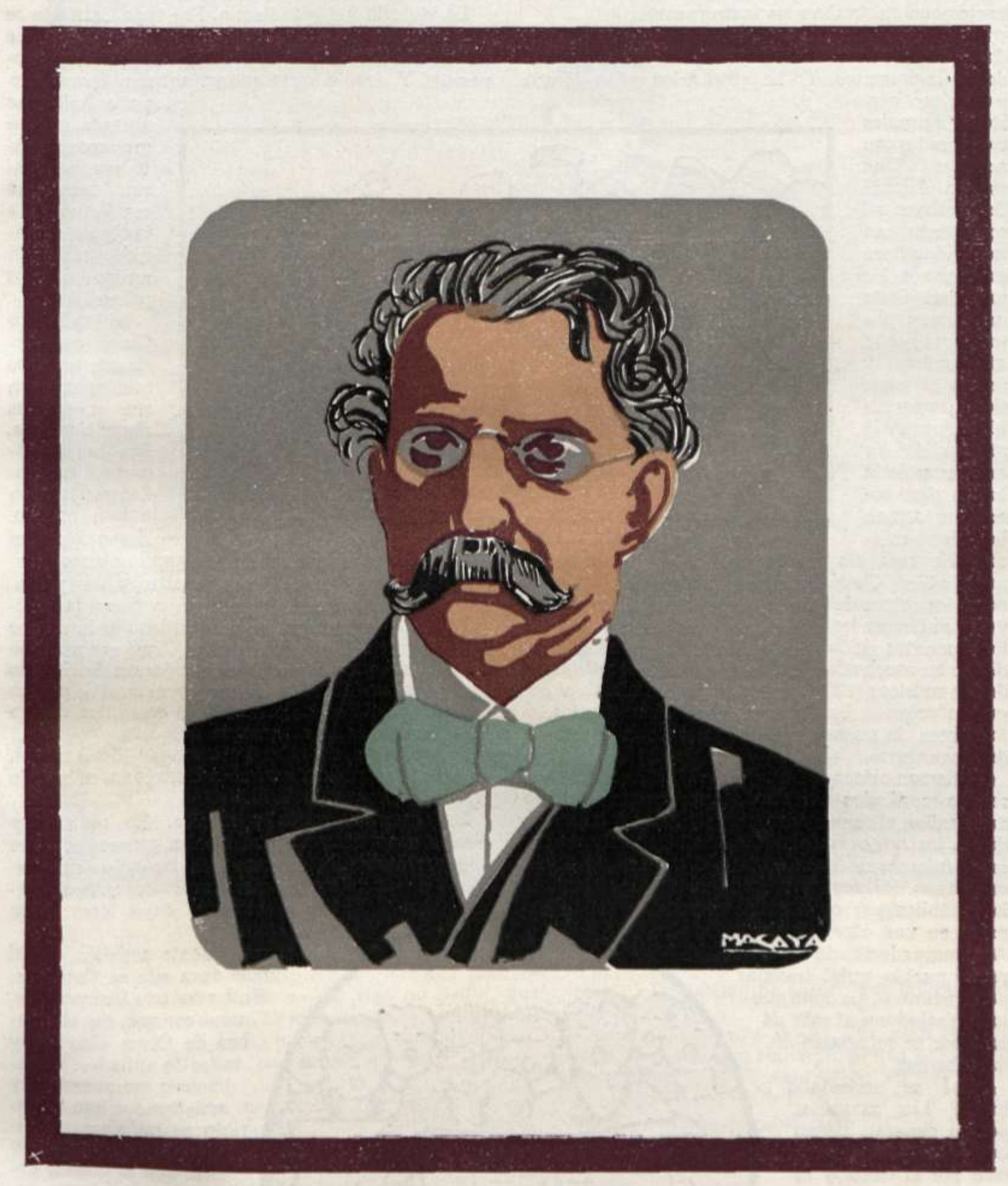
ERUDITO latinista y retórico, brillante orador sagrado, hombre de gran corazón y talento, el cardenal arzobispo de Burgos es una lumbrera de la Iglesia española. Nadie mejor que este prelado podría realizar la cruzada de amor que le trae a la América del Sur. Su permanencia en Buenos Aires le ha conquistado general cariño. Afable, persuasivo, lleno de energía y bondad, su visita deja un recuerdo imperecedero entre los católicos de la Argentina.



Traje de seda de fantasía profusamente adornado.

Capa de crepe marroquí blanco con vestido vainillado.

Dos elegantes modelos primaverales lucidos en Auteuil.



HOMBRES CÉLEBRES

CLAVE

Tiene mucha menos celebridad de la que debería tener. Realizó una noble misión en Cataluña, y allí todos admiran su memoria. Los hombres cultos de España saben también apreciar la valía de José Anselmo Clavé, hombre cuya fama no habrá llegado hasta ti, lectorcito argentino. Y sin embargo Clavé merece la admiración y el respeto de todo el mundo.

Nació en Barcelona el 21 de abril de 1824. Tenía poca edad cuando su padre, [illegible] quedó arruinado. Por eso vióse precisado el joven Clavé a ganarse la vida en un oficio. Desde pequeñito había perdido un ojo y, por lo tanto, durante su aprendizaje de tornero tuvo que trabajar con dificultad. Esto le hizo contraer una deformación del cuerpo. Al fin vióse precisado a dejar el oficio.

Clavé tenía buen oído, es decir, un oído admirable y gran disposición para la música. Si en lugar de aprender el oficio de tornero hubiera podido de[illegible] el arte musical, hubiese sido un

genio. Figúrate que con sólo asistir a los ensayos de una banda militar aprendía de memoria todas las partes que ejecutaban los instrumentos.

Antes de seguir quiero explicarte las chiquilinadas con que los españolitos acompañaban la marcha de los regimientos. Yo he visto a los niños de acá y resultan personas formales comparados con aquéllos. Una cuadra delante de la cabeza del regimiento van los chiquilines imitando a los soldados. Cada uno lleva un palo o una caña al hombro y marca el paso. Con gritos y silbidos imitan la música de los clarines y de la banda. ¡Qué bochinche arman los futuros milicos! Es cosa de reirse viendo sus macacadas.



Pues bien, Clavé, queriendo producir gran efecto entre los chicos del barrio, reunió a unos amiguitos y con paciencia les enseñó cómo debían imitar a los instrumentos de la banda. Un día, entre la envidia de los muchachos salió nuestro director al frente de sus músicos. La gente se quedó extrañada al oir que la pequeña banda tocaba sin instrumentos, y muy bien, la misma marcha que tocaba la música del regimiento.

Se llaman orfeones los coros que, sin necesidad de ser acompañados por una orquesta, cantan y se acompañan ellos mismos imitando a veces las voces de los instrumentos. Clavé había inventado un orfeón. Además de buen músico, Clavé era un digno ciudadano. Habíase afiliado al partido de la república, por cuya causa estuvo preso en una cárcel barcelonesa. Allí, compadecido de la incultura del pueblo, quiso trabajar para redimirlo. Le dolía que los trabajadores al salir de su labor se refugiasen en las tabernas.

¿Qué se necesitaba hacer? Los catalanes, por lo general, tienen buen oído y mucha afición por el canto y la música. Clavé comprendió que este era el buen camino. La música reformaría a los obreros.

Es muy cómodo pensar una cosa; realizarla es lo difícil. Clavé lo hizo. Imagínate todos los obstáculos que necesitó vencer para lograr este noble fin. Pero Clavé tenía una voluntad de hierro y logró sus propósitos a costa de terribles sacrificios.

En 1845 pudo fundar el pequeño orfeón llamado «La Aurora», que obtuvo gran éxito en las fiestas del Carnaval del año siguiente. Este triunfo le permitió hacer otra sociedad coral, «La Fraternidad», y luego «La Euterpe» (Euterpe es la musa que preside el arte musical). Los coros Clavé dieron en 1850 su concierto de presentación ante el público.

La victoria fué grandísima. Por toda Cataluña se fundaron asociaciones de cantantes populares que daban conciertos. Clavé había conseguido sus propósitos. Y debo decirte que en aquellas épocas España hallábase agitada por un gran movimiento revolucionario, cosa que restó fuerza a la obra emprendida por el gran amigo de los pobres.

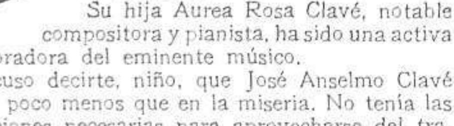
El mismo Clavé compartía sus trabajos musicales con sus aventuras revolucionarias. Era tan demócrata y tan valiente como tan buen músico. Trabajó por el triunfo de las ideas liberales ocupando algunos cargos de peligro. Tenía el don de saber hablar y convencer a los hombres. Cuando se proclamó la república en España hubo un movimiento federal que iba en contra del poder unitario. Clavé era unitario y consiguió que Cataluña no se separara de España formando un Estado federal aparte. Al mismo tiempo trabajó en la defensa de la república contra los ejércitos de la monarquía absoluta.

Todos estos trabajos gastaron su débil salud. Al caer la república, regresó a Barcelona, muriendo el 25 de febrero de 1875.

Era escritor, poeta y músico. En revistas y diarios supo defender sus ideales generosos. Para que sus discípulos cantasen en los orfeones compuso muchas números de música popular y sencilla, cuya letra hacía también.

El movimiento artístico que él inició dura aún en Cataluña. En los centros filarmónicos, que se conocen con el nombre de Coros Clavé hay miles de afiliados. La influencia moralizadora y artística que han ejercido en las clases populares es innegable. Dícese que la música domestica las fieras incluso esa fierecilla peleadora y atrevida que casi todos los hombres llevamos dentro.

Aquí, en Buenos Aires, hay sociedades de canto como el «Orfeón Catalán» y otros, productos de esta hermosa labor.



Su hija Aurea Rosa Clavé, notable compositora y pianista, ha sido una activa colaboradora del eminente músico.

Excuso decirte, niño, que José Anselmo Clavé murió poco menos que en la miseria. No tenía las condiciones necesarias para aprovecharse del trabajo ajeno, explotando a los pobres.

EDUARDO DEL SAZ

DIBUJOS DE MACAYA



PAN de PASCUAS

A ver, hijito — me dijo mi padre, que tenía las manos metidas en los bolsillos, mientras se balanceaba sobre sus largas piernas. ¿Quieres ganar un rublo?

Esta propuesta me pareció tan magnífica que casi cortó mi respiración:

—¿Un rublo? ¿De veras? ¿Y qué tengo que hacer?

— Vete esta noche a la iglesia para que nos bendigan el pan de Pascuas.

En el acto se me quitó el entusiasmo que había sentido y fruncí el ceño.

—¡Vamos, también se le ocurren a usted unas cosas! ¡Bendecir el pan! ¿Acaso puedo hacerlo? Soy pequeño...

—¡Pero si no serás tú quien lo haga, sino el pope! No tienes sino llevarlo allí y quedarte junto a él hasta que lo bendiga.

— Yo no puedo — dije, después de haberlo pensado un instante.

—¿Qué novedad es esa? ¿Por qué no puedes?

—Me pegarán los chicos...

—¡Mírale, pobrecito huerfanito mío! — dijo mi padre con cierto retintín.— «Me pegarán los chicos»... Pobrecillo; de seguro que les cascarás más que ellos a ti...

Aunque mi padre poseía una gran inteligencia, no comprendía, sin embargo, ni una palabra de este enredo. Todo el secreto estaba en que había dos clases de chicos: unos más pequeños y débiles que yo, a los cuales pegaba; otros mayores y más fuertes que yo, los cuales, naturalmente, procedían a abofetearme en cuanto se les presentaba la menor ocasión.

Como acontece en toda lucha por la existencia, los fuertes devoraban a los débiles. En ocasiones hacía las paces con algunos chicos poderosos; pero otros de tanta fortaleza como ellos tomaban venganza de tal amistad y me ponían verde, y ello debido a que entre sí se entregaban de continuo a furiosas luchas intestinas. Los amigos me comunicaban a menudo ciertos avisos que me obligaban a precaverme:

— Ayer encontré a Stropka (1) Pangalov y me dijo que te dijera que va a hincharte las narices.

— ¿Por qué? — inquiría, horrorizado.— ¡Si yo no me he metido nunca con él!

(1) Diminutivo de Esteban.

— Ayer estuviste paseando en el bulevard Primorskoy con Zajarko.

— ¡Bueno!, ¿y qué?

— ... Y Zajarko pegó dos veces a Pangalov la semana pasada...

— ¿Por qué?

— Porque Pangalov dijo que le podría con una sola mano.

De toda esta serie de chismes y de luchas, motivadas por el amor propio, al fin quien padecía las consecuencias era yo...

Paseaba con Zajarko, me castigaba Pangalov; hacía las paces con Pangalov y salía de paseo con él, ¡pues me pegaba Zajarko!

De todo esto se puede deducir que mi amistad se cotizaba mucho en la bolsa de los chicos, que ya a causa de ella surgían tan enconadas luchas; pero lo extraño era que a quien principalmente pegaban era a mí...

No obstante, si bien no podía ni con Pangalov ni con Zajarko, hacía sentir a los chicos más pequeños que yo todo el peso de mi mal humor, y si atravesaba nuestra calle algún Sema Fichman, silbando distraídamente la canción popular:

En los arrabales hay una pitonisa,
la mujer del tamborilero,

yo aparecía como si me vomitase la tierra y, poniéndome delante de él, en actitud provocativa, le decía arrogantemente:

— ¿Quieres que te hinche las narices?

La respuesta negativa no me achicó jamás; Sema recibía su correspondiente ración y echaba a correr llorando, mientras yo paseaba como un héroe por mi calle Remeskenoz acechando el paso de alguna nueva víctima... hasta que algún Aptekarenok del arrabal de Tziganos me sorprendía y me zarandeaba de lo lindo, y ello aun sin haber mediado ninguna causa que lo justificase, sino sólo inducido por el despecho que le causaba el que yo no pasease con él (dependencia, según puede verse, que solían acarrearme las relaciones personales que en aquel momento unían a Zajarko y Aptekarenok.)

Consideraba con tal frialdad la propuesta de mi padre porque precisamente la víspera de Pascua se congregan en las verjas y gradas de las iglesias de nuestra ciudad los chicos de todas las calles y callejones, y aunque de seguro iba a encontrarme allí con muchos a quienes podía darles lo suyo, también suelen encontrarse en la obscuridad nocturna otros capaces de hincharme las narices.

Y precisamente en esta temporada había roto mis relaciones con todos: con Kirey Aleksomati, con Grigulevich, con Pavka Makopulo y con Rafka Kefeli.

— Bueno, ¿vas o no? Yo sé que lo que tú quisieras sería poder correr por toda la ciudad en vez de estarte como un poste junto al pan de Pascuas... pero no olvides que se te dará un rublo... Piénsalo, pues.

Yo precisamente estaba haciendo tal cosa: pensaba.

— ¿A dónde iría?... ¿A la catedral de Vladimirsk? Allí estará Pavka con su pandilla... y en honor de la festividad me van a zurrar como nunca... ¿A la de Petropavlovsk? Allí estará Iván Sasonchik, a quien he abofeteado anteayer en la Remeskenoz. ¿A la iglesia de Morskaya? Tampoco me conviene. Me queda la iglesia griega... a la que pensé ir, pero sin llevar ni pan de Pascuas ni huevos; en primer lugar, allí encontraré a los míos, a Stiopka Paugalof con toda la pandilla, y podré andar por las gradas o marcharme a la feria en busca de barriles, de cajones y de escaleras, los cuales habrán de ser quemados allí mismo, junto a las verjas, por los patriotas griegos... En segundo lugar, en aquella iglesia estará Andreyenko, que tiene que cobrar su buena ración por haber dicho a mi madre que yo había cogido tomates de un carro... Las perspectivas que me ofrecía eran magníficas; pero el lío aquel del pan, media docena de huevos y un chorizo de seguro iba a atarme de pies y manos...

Podría encargar a alguno que permaneciese junto a mi envoltorio; pero ¿quién sería tan tonto que fuese a aceptar semejante propuesta y pasarse allí horas enteras en una noche como ésta, tan excepcional?

— Bueno, ¿qué? ¿Te has decido ya? — volvió a preguntar mi padre.

— Voy a ver si engaño al viejo — pensé. — Venga el rublo y su desdichada ofrenda de Pascuas.

Este último epíteto me valió recibir un manotazo en la boca; pero ocupándome alegremente en la tarea de acondicionar aquellas cosas en la servilleta, se me pasó el efecto casi sin notarlo.

Además... no me dolió; solamente me había dejado un poco ofendido...

* * *

Descendí, llevando el lío en la mano, por la escalera de madera, que ya tenía bastantes años, y llegué al patio; metíme por cierta rendija que permitía mi paso por haber sido levantadas dos tablas hacía poco, salí arrastrándome, con las manos completamente vacías, y desaparecí como una flecha por las tenebrosas calles que llenaba el tañido de las campanas.

En las verjas de la iglesia griega me recibieron con un entusiasmo indescriptible; saludé a toda la pandilla y me enteré en seguida de que mi enemigo Andreyenko ya había caído por allí.

Discutimos durante un momento el plan de lo que pensábamos hacer: ¿lo primero «calentar» a Andreyenko y después ir a robar cajones, o, al contrario, robar primero éstos?

Decidimos hurtar cajones lo primero y calentar después a Andreyenko, para volver en seguida a proseguir la primera tarea...

Y como lo pensamos lo hicimos: abofeteado Andreyenko, me juró eterno aborrecimiento, y la hoguera, a su vez, mientras consumía nuestro botín, levantaba su lengua unánime casi hasta los mismos cielos. La alegría aumentaba; y con un grito salvaje de aprobación recibimos a Cristo Popandopulo, quien surgió, no se sabe de dónde, porteando una escalera.

— Yo pensar así — gritaba alegremente. — Estar esta escalera sola junto a la casa, y ahora no ha sobre qué subir segundo piso.

— ¿Pero es posible que hayas quitado la única escalera de una casa?

— No importa, de casa o no de casa, con tal que arda — prosiguió diciendo con su chapurrado ruso.

Todos reían que se desquijaraban, y más que nadie aquel mismo hombre singular, quien, según

supimos después, cuando regresó a su domicilio no pudo subir a aquel segundo piso en que le aguardaban con mucha impaciencia su mujer e hijos.

Todo aquello había resultado muy alegre; pero cuando yo, después de dar fin la ceremonia, volví a casa con las manos vacías, se me arrugó el corazón: toda la ciudad se decidía a olvidarse de la alimentación cuaresmal para empezar a comer nuevamente carne y pan y huevos benditos... y sólo nuestra familia, como impíos musulmanes, iba a comer de un pan que no había pasado por el pope...

— A decir verdad — pensaba, — acaso yo no crea en Dios; pero ¿y si de pronto le hay y me hace purgar todas mis bajezas: la paliza que he dado a Andreyenko en una noche tan sagrada, el no haber llevado a bendecir la ofrenda de Pascuas y haber gritado en la feria a voz en cuello... y también el habérmelo pasado cantando inconvenientes canciones griegas, hechos todos que no podían esperar ningún perdón?

El corazón se me encogía; el alma no cesaba de dolerme y se me acrecía el dolor a cada paso que daba en dirección a mi casa.

Cuando me acerqué al escondrijo de la escalera, el cual salía en aquel mismo instante un perro que ingurgitaba algo, me quedé estupefacto y me faltó poco para haberme echado a llorar...

Saqué el lío, que el perro había desgarrado, y me puse a examinarlo atentamente: estaban intactos los huevos; pero el trozo de chorizo, en cambio, había desaparecido, y el pan de Pascuas, ferozmente mordido casi en su mitad, presentaba un aspecto...

— *Jristos Voskrese* (1) — exclamé mientras pensaba en acercarme hábilmente a mi padre, para darle un beso.

— ¡Vorstinu!... (2) ¿Qué te ha sucedido con el pan de Pascuas?

— Es que en el camino... quería comer, tomé un pedacito y... chorizo... también...

— Eso sería después de haberlo bendecido... digo, así lo supongo... — me preguntó severamente.

— Sí... mucho después...

Toda la familia tomó asiento en la mesa y se puso a comer el pan de Pascuas, mientras yo, un poco apartado de ellos, pensaba con horror:

— ¡Comen..., y no está bendito! ¡Perdida toda la familia!

En el acto elevé hacia el cielo, rápidamente, una oración: «¡Padre nuestro! perdónalos a todos, no saben lo que hacen; y más vale que me castigues a mí; pero no demasiado fuerte... Amén».

Dormí muy mal; me aplastaban las pesadillas, y cuando por la mañana volví en mí, me lavé, y llevándome aquel rublo tan criminalmente ganado, me marché a donde los columpios...

La idea de los columpios me había animado un poco; veré allí a Paugalof, a Motka Kolesnikof... nos columpiaremos, comeremos bollos tártaros de los de a dos copekas la pieza...

El consabido rublo resultaba un verdadero tesoro, y al atravesar la Bolchaya Morskaya lancé una mirada desdeñosa sobre dos marineros que iban balanceándose y cantando a voz en grito cierto romance, popular en la región de Sebastopol:

Ay, no llores, Marusia,
que serás mía,
me casaré contigo
si acabo la travesía

y acababa melancólicamente:

¿Cómo no te da vergüenza,
cómo no te ha dado lástima
de haberme sustituído
por quien no vale nada?

El ruido que producían los organillos; el constante chillar de las cornetas; los redobles atormentadores del tambor, todo aquello me ensordecía alegremente. En un extremo alguien bailaba; en el otro, un clown sucio, con peluca roja, gritaba: «¡Messieures y madames, pasen!» Y en medio de la feria un viejo tártaro había instalado un juego muy semejante al billar chino; su espesa voz cortaba de cuando en cuando la cacofonía del resto de los ruidos: «El segundo gana, pasen... el segundo gana!»

Se me acercó un gitano que porteaba un gran jarro lleno de roja limonada, en la que sobrenadaban apetitosas rajas de limón.

— ¡Señorito... un vasito de limonada fría... a copeka el vaso!...

Ya hacía bastante calor.

— ¡Venga! — le dije, humedeciéndome los secos labios. — Toma el rublo y dame la vuelta.

Cogió el rublo, miróme afablemente y de pronto lanzó un grito estrepitoso: «¡Abderramán! ¡Por fin has parecido, so canalla!» Y se perdió entre el gentío.

....

Esperé durante cinco, diez minutos... El gitano que se llevó mi rublo no volvía. Por lo visto la satisfacción que le produjo su encuentro con el enigmático Abderramán desterró por completo de su corazón gitano las obligaciones materiales que tenía para con el comprador.

Dí un hondo suspiro y con la cabeza gacha me encaminé a casa.

En el corazón rompió a hablar alguien, que me dijo:

— Eso te ha sucedido por querer engañar a Dios y por haber dado de comer a tu familia pan de Pascuas que no estaba bendito.

Y en mi cabeza despertóse otra voz gemela que me consoló:

— Si Dios te ha castigado a ti, es que ha perdonado a tu familia; por una misma culpa no suele haber dos castigos.

— ¡Naturalmente! — dije, encontrándome aliviado de la temerosa pesadumbre. — ¡He pagado ya lo que debía!

Era entonces pequeño... y tonto por añadidura.

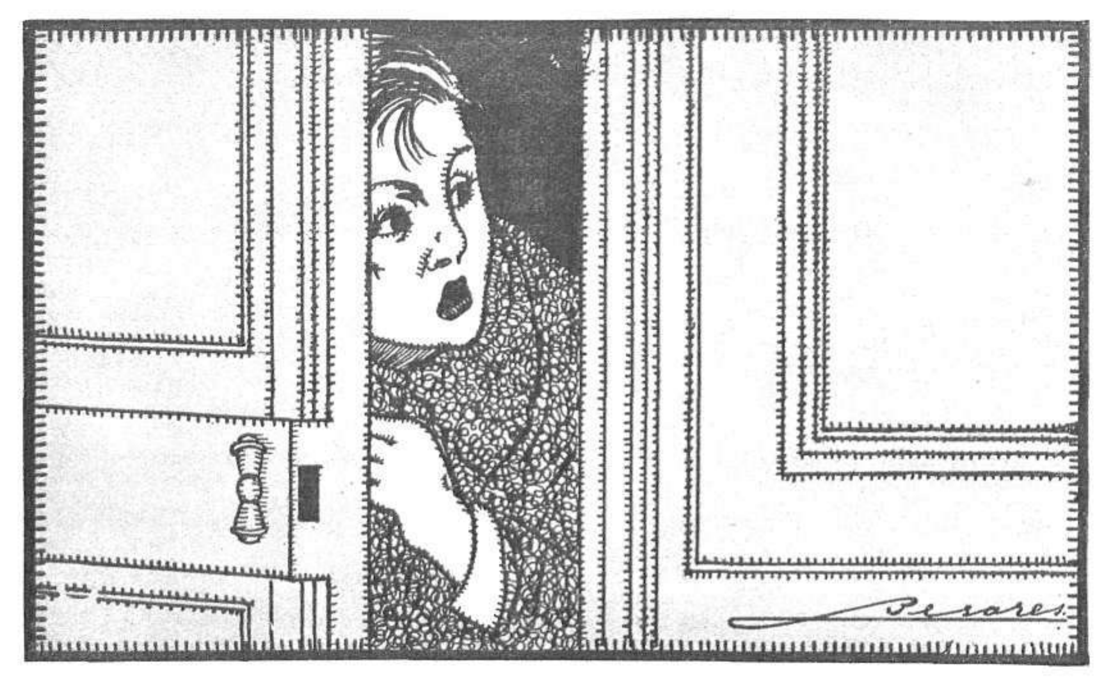


(1) Cristo ha resucitado.

(2) Contestación al saludo de Pascuas que significa: «En efecto, ha resucitado.»

ARCADIO AVERCHENKO

DIBUJOS DE REQUENA ESCALADA



HIZO CARRERA

Hacía un buen rato que una de las piernas de Alexis se adormeciera, pero no se atrevía a hacer movimiento alguno y seguía escuchando con suma atención. El pequeño corredor estaba completamente obscuro y por la puerta entreabierta de la cocina se veía una parte de la pared bien alumbrada; encima del fogón sobre la pared reflejábase un gran círculo obscuro, adornado con dos cuernos.

Alexis no ignoraba que era la sombra de la cabeza de su tía, cubierta con una pañoleta atada por las puntas.

La tía vino a visitar a Alexis, al que, hacia una semana, colocara en calidad de «muchacho para el servicio doméstico», y conversaba en aquel momento con la cocinera, protectora del pequeño. La conversación deslizábase por un cauce desagradable; la tía estaba sumamente emocionada y los cuernos, en la pared, subían y bajaban, asemejándose a algún animal enfurecido. Hablaban en voz alta, pero en los momentos más patéticos cuchicheaban con efusión. Suponían que Alexis estaba en el vestíbulo, limpiando los zapatos de goma de la señora. Sin embargo, como es sabido, el hombre propone y Dios dispone: Alexis, con un trapo en la mano, espiaba detrás de la puerta.

— Desde el primer instante me di cuenta de que era un pavote — decía con voz melosa la cocinera. — Cuántas veces le habré dicho: «Si no eres tonto estate a la vista, aunque no hagas nada, pero hazte ver, porque Duñka te hace competencia». Mas él como si tal cosa. Ayer la señora volvió a reñirle porque cerró la estufa sin haber cubierto las brasas.

Los cuernos en la pared se agitan y la tía gimoteaba como arpa eólica.

— ¿Qué quiere que haga con él, Mavra Semenovna? Hace poco le compré un par de botas por cinco rublos, ¡dése cuenta usted! El sastre me cobro 60 kopeks por el arreglo de su saco...

— No hay más remedio que mandarlo a su casa.

— Pero ¡mi hija! El viaje cuesta cuatro rublos.

Alexis, olvidándose de la prudencia, suspira profundamente. No quiere volver a su aldea porque el padre le habia prometido romperle la cara, y Alexis sabe por experiencia que es una cosa en extremo desagradable.

— No se aflija, pues — prosiguió la cocinera. — Todavía no lo echan; la señora lo reprende con frecuencia y nada más... El inquilino, Pedro Dimitrich, lo defiende mucho. «Déjelo, María Vasilievna» — dice a la señora, — «Alexis no es que sea tonto; es un idiota completo y no vale la pena de mortificarse inútilmente». Un verdadero defensor del muchacho, ¿no?

— ¡Qué Dios se lo pague!

— La señora hace caso de todo lo que dice el inquilino. Es un hombre instruído y paga bien y con puntualidad.

— ¡Qué mala es esta Duñka! — afirma la tía. — Quiere hacer daño al pobre chico.

— Tiene usted razón. El otro día le digo con amabilidad: «¿Quieres abrir la puerta?» Y ella refunfuñó con tono grosero: «¡Vaya usted misma, no soy su portera!». Entonces le dije cuatro frescas: ¡Para abrir la puerta no eres portera y para besar al mucamo en la escalera y para robar los perfumes de la señora sirves bien!...

— ¡Dios mío! ¡tan joven y tan corrompida!

— Le dije francamente, volviendo a la carga: Para abrir la puerta no eres portera y para aceptar los regalos del mucamo y para usar la pomada del inquilino sirves...

¡Trin!... sonó la campanilla eléctrica.

— ¡Alexis, Alexis! — gritó la cocinera. — ¿Dónde diablos estará ese muchacho?

Alexis retuvo la respiración, se arrimó a la pared

y permaneció inmóvil hasta que delante de él pasó la cocinera muy enojada.

— Pues no, señor — decía Alexis para sus adentros; — no voy al campo. No soy tonto y haré fácilmente mi carrera. ¡Nadie es capaz de hacerme competencia!

Cuando la cocinera volvió a la cocina el muchacho se dirigió con aire decidido al vestíbulo, pensando:

— Andaré con cuidado. ¿Y cómo quiere que me haga ver si nunca hay nadie en casa?

En esto vió un sobretodo colgado de la percha y dedujo que el inquilino se hallaba en casa.

Se dirigió corriendo a la cocina, arrancó de las manos de la cocinera unas largas tenazas de hierro, se encaminó presuroso hacia la pieza del inquilino, abrió la puerta de par en par y se puso a remover las brasas de la estufa.

El inquilino no estaba solo. Sentada en un diván al lado suyo hallábase una señora joven con el sombrero puesto y el velo bajado. Al entrar Alexis, los dos se estremecieron ligeramente.

— No soy tonto — pensaba el muchacho, removiendo con las tenazas la leña encendida. — Ya no me quitaré de su vista, ya les demostraré a todos que siempre estoy trabajando.

Las tenazas producían un ruido estrepitoso y las chispas volaban alrededor de la estufa. El inquilino y la dama permanecían silenciosos. Por fin Alexis se dirigió a la puerta, pero de repente se detuvo, meneó la cabeza y se puso a contemplar con aire preocupado una mancha húmeda en el piso; luego miró los pies de la señora, y notando que tenía los zapatos de goma, penduleó la cabeza y dijo en tono de reproche:

— Usted dejó las huellas de sus zapatos en el piso y después la patrona me va a regañar a mí.

La dama, ruborizándose, miró perpleja al inquilino.

— Bueno, bueno, vete — dijo aquél, entre confuso y molesto.

Alexis salió, pero en seguida regresó con un trapo para secar el piso.

El inquilino y la dama, inclinados encima de la mesa, miraban fijamente el mantel.

— ¿Qué es lo que estarán mirando? — pensó Alexis. — De seguro que habrá una mancha. Creen que no comprendo. ¡Cómo no he de comprender! Todo lo entiendo y sé trabajar como un burro.

Y acercándose a la pareja pensativa, pasó el trapo por el mantel bajo las narices del inquilino.

— ¿Qué quieres, qué haces? — preguntó el hombre sobresaltado.

— ¿Cómo que quiero? Si no voy a cuidar de la limpieza, ¿qué pasará? Duñka no hace otra cosa que ocuparse de chismes, y cuando hay que limpiar algo dice que no es portera ni criada. Si fuera para besar al mucamo...



— ¡Largo de aquí, idiota!

Pero la joven lo agarró por el brazo con aire asustado y le dijo algo en voz baja. Alexis oyó unas cuantas palabras:

— Comprenda usted... los criados... chismes...

Lágrimas de vergüenza asomaron a los ojos de la dama, que dijo a Alexis con voz temblorosa:

— No importa, chico, está bien. Al salir puedes dejar la puerta abierta...

El inquilino se encogió de hombros con una sonrisa desdeñosa.

Alexis salió, pero en el vestíbulo se acordó de que la dama le había pedido que no cerrara la puerta, y volvió para abrirla.

El inquilino se apartó del lado de su dama con brusca rapidez.

— ¡Qué rico tipo! — pensó Alexis, alejándose de nuevo: — hay luz en la pieza y sin embargo se asusta.

El muchacho llegó al vestíbulo, contemplóse en

el espejo, probó el sombrero del inquilino. Luego fué al comedor e intentó abrir el aparador.

— ¡Qué el diablo se la lleve! — exclamó con furia. — Uno está trabajando todo el día como un burro y ella cierra el aparador.

Fué de nuevo a remover las brasas de la estufa. La puerta de la pieza del inquilino resultó estar cerrada, lo que asombró al muchacho; no obstante, se atrevió a entrar.

El inquilino estaba sentado, muy tranquilo, al lado de la dama; la corbata se le había corrido hacia atrás. Echó al chico una mirada tan rara y fija que Alexis se detuvo por un momento, pensando:

— ¿Por qué me mirará así? Soy un muchacho trabajador...

Otra vez removió las brasas y salió, prometiendo volver en seguida para cerrar la estufa. Por toda respuesta oyó un leve suspiro.

Alexis se paseaba por la casa bastante aburrido; ya no tenía nada que hacer por de pronto. Entró en el dormitorio de la señora, donde reinaba una calma absoluta. Delante de la imagen ardía una lamparilla; olía a perfumes. Alexis se subió a una silla, permaneció largo rato contemplando la lamparilla, se persignó, luego mojó el dedo en el aceite y se untó el cabello. Después bajó, se acercó al tocador y aspiró todos los frasquitos que habia encima.

— ¡Qué diablos! Por más que trabaje uno, si no lo ven, no lo van a apreciar.

Triste y pensativo se dirigió hacia el vestíbulo. Pasando por la sala semiobscura oyó un chillido y notó que una de las cortinas de la puerta se movía.

— ¡La gata! — exclamó.

Alegre y animado, corrió a la pieza del inquilino.

— ¡Ya te voy a arreglar, maldita! ¡Ya te diré que no tienes allí nada perdido! ¡Te voy a romper los huesos!...

El inquilino, pálido y emocionado, gritó al verlo por tercera vez:

— ¿Te has vuelto loco, idiota, desgraciado? A quién estás maldiciendo?

— Si se la deja, esta bribona ya no querrá irse de acá — contestó Alexis. — No se puede dejarla entrar porque no hace otra cosa que armar escándalos...

La dama arreglaba, con las manos temblorosas, su sombrero, que hundió hasta la nuca con gesto rápido.

— Este muchacho está loco — murmuró asustada y confusa.

Por fin Alexis agarró a la gata debajo del diván.

— ¡Por todos los santos! — exclamó el inquilino: — te irás de una vez?

— Todavía me está arañando, ¡maldita bestia! No se puede tenerla en las piezas. Ayer en la sala, bajo la cortina...

Alexis describió a sus oyentes sorprendidos, sin ocultar los pormenores y sin economizar detalles, la indecente conducta del travieso felino.

Su narración fué escuchada en silencio. La dama se inclinó y parecía estar buscando algo bajo la mesa; el inquilino, empujando a Alexis, lo llevó hacia fuera y cerró la puerta.

— No soy tonto — pensaba Alexis, llevando la gata al patio. — Soy inteligente y trabajador. Ahora voy a cerrar la estufa.

Esta vez el inquilino no sintió los pasos de Alexis: estaba de rodillas delante de la dama, y con la cabeza inclinada cerca de sus pies, permanecía inmóvil. Ella, con los párpados caídos y el rostro levantado, tenía tal expresión como si estuviera contemplando el techo.

— ¿Qué estará haciendo ese señor? — pensó Alexis asombrado. — Parece como si quisiera quitarle el botón del zapato... ¿Tal vez habrá perdido algo? Voy a buscar...

Se acercó a ellos y se inclinó con tanta rapidez, que el inquilino, al levantarse bruscamente, le dió con su frente un fuerte golpe en las cejas.

La dama se sobresaltó muy intimidada. Alexis se deslizó bajo la mesa buscó y se levantó, diciendo:

— No hay nada, estoy seguro.

— ¿Qué estás buscando? ¿Qué quieres, por fin? — gritó el inquilino con la voz chillona, poniéndose colorado.

— Creí que habían perdido algo... como cuando el prendedor de aquella señora morocha que viene a tomar te con usted... Cuando anteayer se iba me dijo que había perdido el prendedor — prosiguió el muchacho, dirigiéndose a la dama, que ahora lo escuchaba con suma atención. — Entonces fuí a registrar detrás del biombo y lo encontré encima de la mesita de luz. Ayer volvió a olvidársele, pero como no era yo quien hizo la limpieza, sino Duñka, el prendedor desapareció...

— ¿Entonces es verdad? — exclamó la dama con voz entrecortada; — ¿es verdad?

— Por Dios que es verdad, — la consoló Alexis. — Duñka lo robó, ni más ni menos. Si no fuera por mí, lo robaría todo. Yo trabajo como un burro y cuido las cosas como un perro fiel.

Nadie lo escuchaba. La dama apresurábase hacia el vestíbulo, el inquilino la siguió y los dos salieron a la calle precipitadamente.

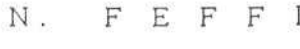
Alexis fué a la cocina y mientras se acostaba para dormir, satisfecho de haber cumplido sus obligaciones, decía a la cocinera con aire misterioso:

— Mañana echarán a la calle a Duñka, estoy seguro.

— ¡Cómo! — exclamó la mujer con alegría. — ¿Has oído hablar algo?

— Yo sé lo que digo — aseguró el endiablado pibe estirándose en el improvisado lecho y durmiéndose en el acto.

En efecto; al día siguiente lo echaron a él de la casa.



N. FEFFI

TRADUCIDO DEL RUSO POR R. L. DE DORFMAN.

DIBUJOS DE BESARES



Página Infantil

Niño de Zanni





Niña de [illegible] · [illegible] Rivarola



UN RINCON DE
EL TIGRE

ÓLEO DE

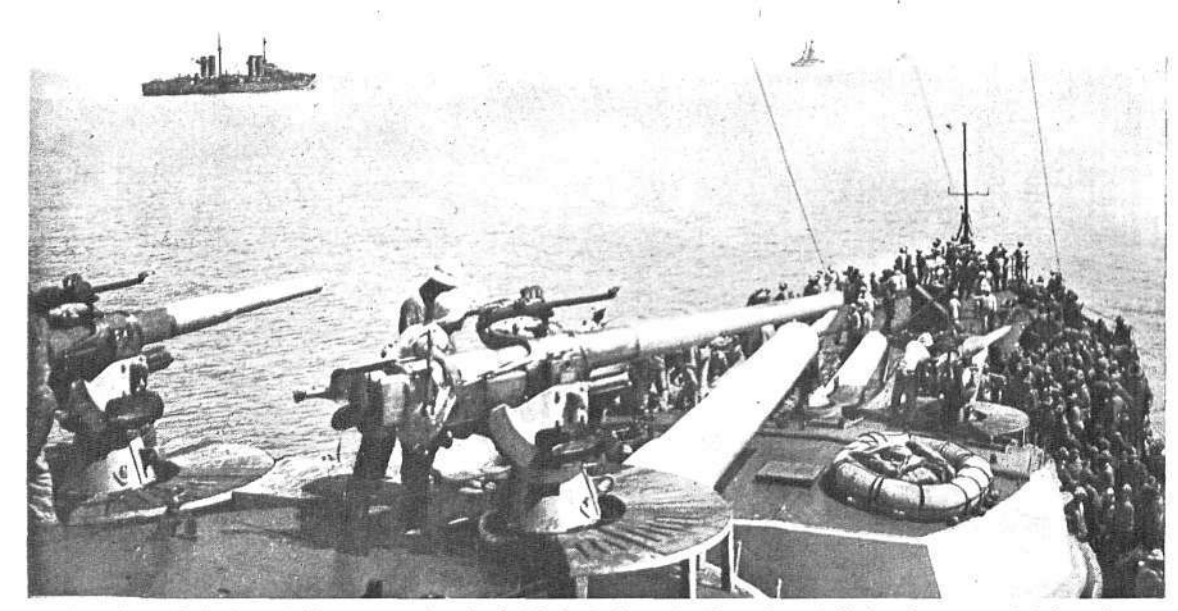
A. CSALANY

DELEGACION DE ESTUDIANTES GENOVESES

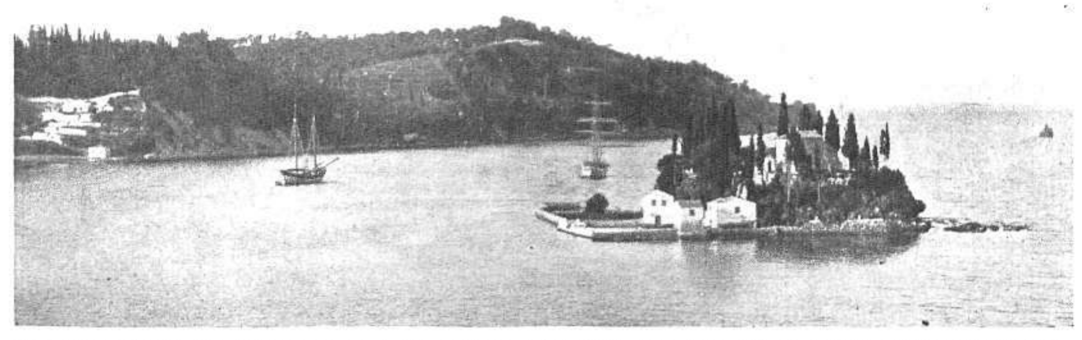
Los juveniles huéspedes que ahora nos visitan y que con tanta simpatía fueron recibidos por sus camaradas argentinos y por todos los círculos culturales y sociales, que los agasajan como se merecen, rindiendo su homenaje ante el mausoleo del General San Martín.



Los estudiantes genoveses, tocados con sus típicos sombreros, saludan a la manera clásica.



Los cañones de los barcos italianos apuntando sobre la isla de Corfú en vista de que las autoridades griegas no contestaban a las señales que se les hacían para que se rindieran pacíficamente, hasta que, a los primeros disparos, que causaron algunas víctimas, izaron la bandera blanca de la no resistencia.



Vista general de Corfú y de la isla de Ulises, ambas tendidas en el Adriático, en cuyas aguas se desarrollaron, terminando felizmente, los acontecimientos del conflicto ítalo-griego a que dieron lugar los asesinatos de la misión militar italiana en Albania.



El general Tellini, jefe de la misión, asesinado en la frontera greco-albanesa.

LA OCUPACION DE CORFÚ POR LAS TROPAS ITALIANAS

□□

El escabroso incidente ítalo-griego que, por algunos días, agravara la situación política europea, amenazando ser la chispa provocadora de otro conflicto bélico, resolvióse, al fin, satisfactoriamente merced a la intervención del Consejo de Embajadores y también a la actitud reparadora que adoptó el gobierno de Grecia ante las patrióticas y legítimas reclamaciones de Italia, cuya misión diplomática fuera asesinada tan alevosamente en la frontera albanesa cuando se dirigía a complir con su deber.



El teniente Mario Bonacini, ayudante del general Tellini, otra de las víctimas.

Uno de los acorazados italianos procediendo al desembarco de las tropas de ocupación de Corfú.

Las primeras compañías de soldados italianos que tomaron posesión de aquel territorio griego, haciéndose cargo de todas las dependencias militares y civiles de la isla y apoderándose de los pertrechos de guerra que encontraron en los depósitos navales.

NOTA GRÁFICA ENVIADA POR NUESTRO CORRESPONSAL SR. SÍMBOLI



Señoras Sofía Ll. de Aberg Cobo, M. Elina M. S. de Ledesma y doctor Bellocq.



Señoras de la comisión de la benéfica y altruísta institución reunidas en el local, antes de salir a solicitar el óbolo público.



Señoras Isabel B. de Casal y Sara S. de Frederking.

EL DIA DE LOS NIÑOS POBRES

COLECTA ANUAL DEL PATRONATO DE LA INFANCIA

Una vez más el público respondió, como era de esperarse, a la labor humanitaria que viene realizando el Patronato de la Infancia, institución verdaderamente cristiana a la que se deben tantos esfuerzos en pro de los niños, por cuya salud y bienestar viene luchando en esta capital con evidente provecho, ofreciéndoles en sus asilos y escuelas seguro amparo.

No resultó estéril el petitorio de las damas de nuestra sociedad en beneficio de sus pequeños protegidos, y dignas son de todo elogio por sus caritativos sentimientos.



Señora Luisa M. de Cabrera.



Señora Catalina Pirovano de Pirovano.



Señoras M. Elina Peralta Alvear de Láinez y Magdalena M. de Tornquist.



Señora Estanislada A. de Paz, con asiladas, deteniendo a un transeunte.

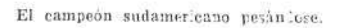


Señoras Carmen D. de Gramajo e Isabel Casares de Nevares.



Una de las muchas escenas callejeras en la que se ve a las personas coadyuvando complacidas a la humanitaria obra.

EL GRAN MATCH FIRPO DEMPSEY



El campeón sudamericano pesándose.

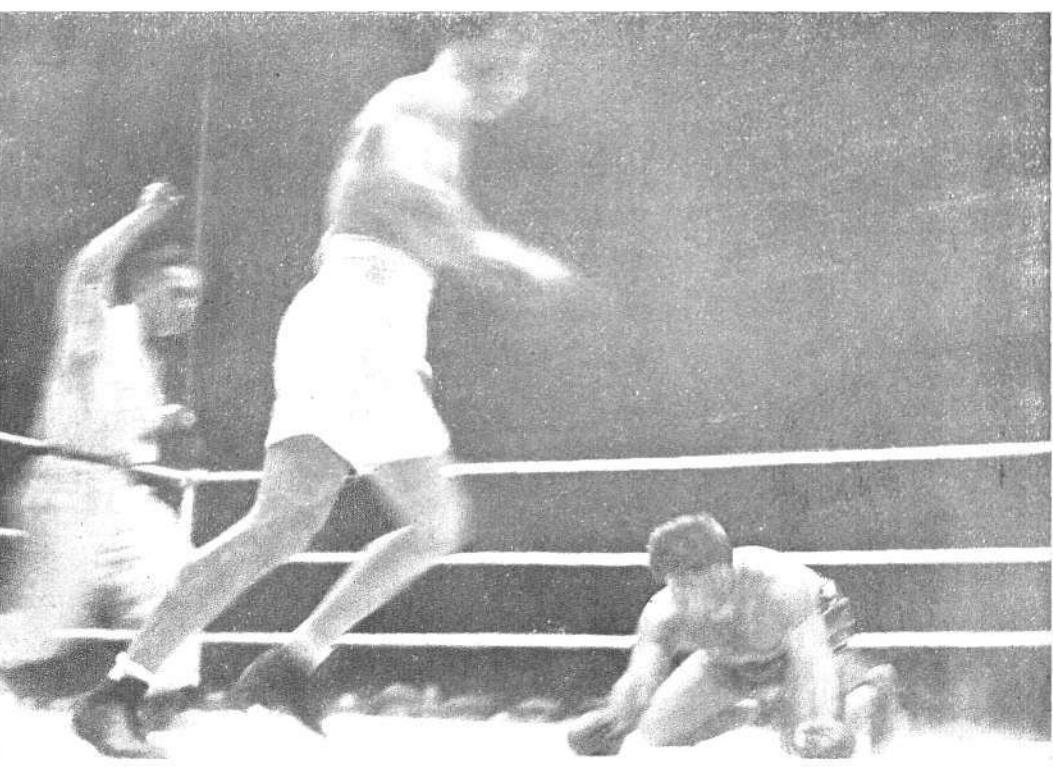


El campeón mundial en la balanza.

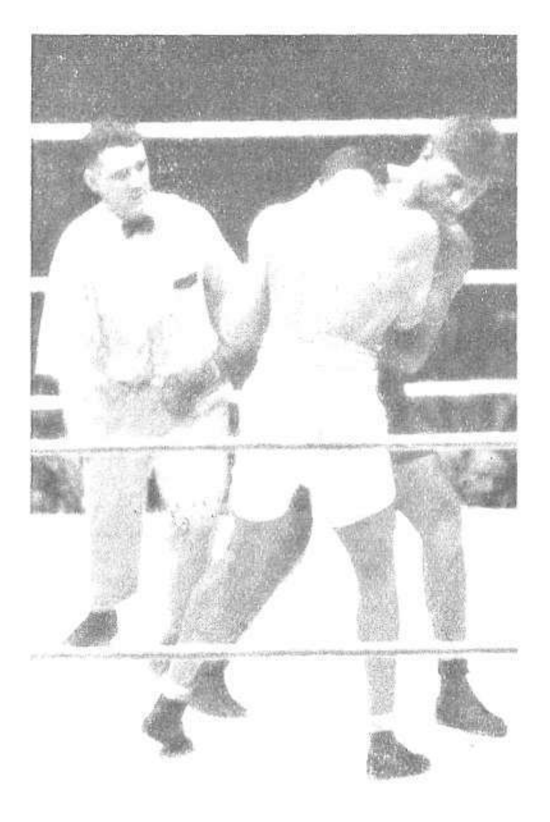


(1) Firpo estrechando la mano de Dempsey... dos puños que, un minuto después, se golpearán furiosos, en un combate sin precedentes en la historia boxística.

(2) Se inicia la memorable pelea. Los dos colosos, frente a frente, se miran breves instantes, como estudiándose, para enseguida acometerse impetuosamente.

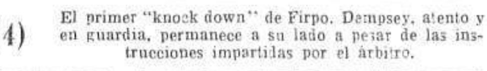


(5) El campeón sudamericano otra vez "knock down", (de rodillas) sigue, con su mirada brillante, los movimientos de las piernas de su rival que lo acecha, buscándole el punto más vulnerable, mientras el "referee" cuenta nuevamente.

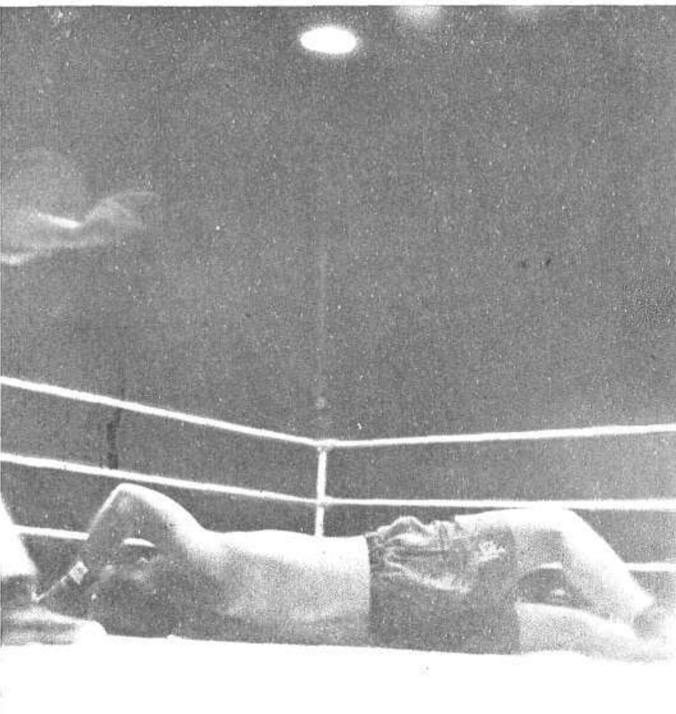


(3) El primer "clinch" del primer "round". Los recios y elásticos torsos de los combatientes reciben golpes cortos y rudos como martillazos.





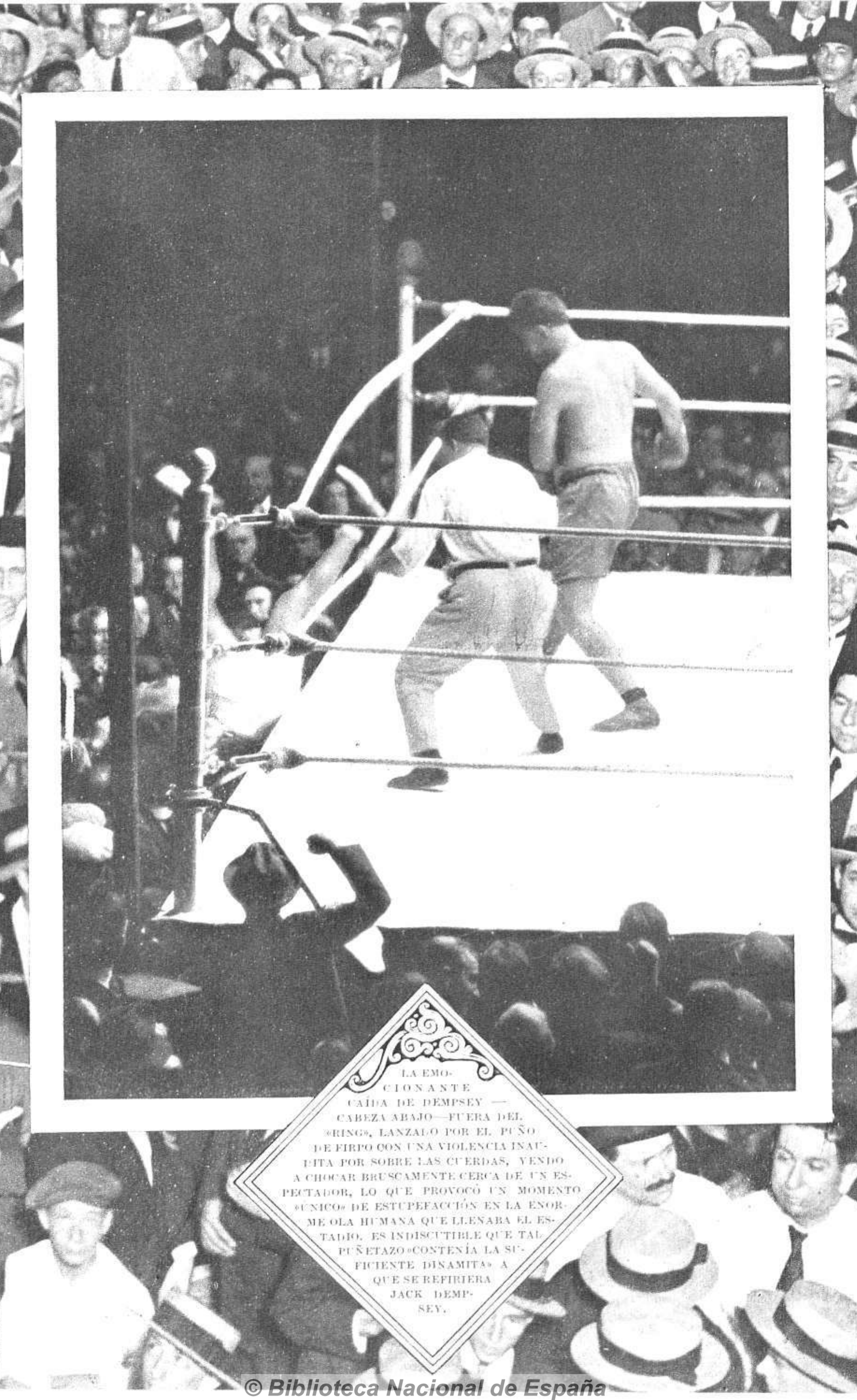
(4) El primer "knock down" de Firpo. Dempsey, atento y en guardia, permanece a su lado a pesar de las instrucciones impartidas por el árbitro.



(6) Los supremos instantes en que Firpo, tendido sobre el "ring", hace un desesperado esfuerzo y se inclina hacia su lado izquierdo, tratando en vano de incorporarse mientras la mano del juez cuenta los diez segundos fatales.



(7) Al gran campeón del mundo, después de su rápido triunfo, le consagran una vez más.



LA EMOCIONANTE CAÍDA DE DEMPSEY —CABEZA ABAJO—FUERA DEL «RING», LANZALO POR EL PUÑO DE FIRPO CON UNA VIOLENCIA INAUDITA POR SOBRE LAS CUERDAS, YENDO A CHOCAR BRUSCAMENTE CERCA DE UN ESPECTADOR, LO QUE PROVOCÓ UN MOMENTO «ÚNICO» DE ESTUPEFACCIÓN EN LA ENORME OLA HUMANA QUE LLENABA EL ESTADIO. ES INDISCUTIBLE QUE TAL PUÑETAZO «CONTENÍA LA SUFICIENTE DINAMITA» A QUE SE REFIRIERA JACK DEMPSEY.

ENLACES

Señorita Isabel Lizzie Aubone, con el señor Ernesto Salas, en la residencia de la novia

Señorita María Mercedes Abelleyra, con el señor José Rafael Cabral, en la iglesia de San Nicolás



Señorita María Cristina Rosende Mitre, con el señor César Corbellini, en la basílica de Nuestra Señora de la Merced.

ACTUALIDADES

Los estudiantes genoveses en su visita a "Caras y Caretas"



La delegación estudiantil que visitó nuestra casa y que es vanguardia de la misión de profesores y alumnos que dará conferencias públicas y desarrollará un provechoso intercambio espiritual entre Italia y la Argentina. Todos muy simpáticos y llenos de cordialidad y entusiasmo para el país que visitan.

Festival danzante





Miembros de la colectividad italiana y familias argentinas que dieron animación al te danzante celebrado en conmemoración del aniversario de la fiesta patria y del descubrimiento de América y a beneficio de las escuelas sociales gratuitas.

En la Escuela Municipal de Telares



Alumnas que han terminado sus cursos de enseñanza práctica en dicha institución y a quienes se les otorgaron los diplomas correspondientes por el señor Clemente Onelli, que pronunció un discurso alusivo.

En el American Club



Concurrentes a la fiesta infantil organizada por la citada institución a la que asistieron los familiares de los socios y muchos invitados.

Primer Salón de Independientes



Artistas y público en una de las salas de Witcomb donde se inauguró la exposición de cuadros de pintores "no aceptados" en el Salón anual.

FOTOS DE ARROYO, BELL Y VARGAS

CAMPEONATO DE GOLF PARA DAMAS



Señorita Yolanda Calvo, que disputó la final del campeonato en los "links" del "Golf Club Argentino"



Señora Margarita H. de Nicholson, ganadora del preciado trofeo titulado del Rio de la Plata.



Señorita de Campos Cartés, clasificada para la semifinal, eliminada por la señorita de Calvo.



Señorita de Calvo que perdió el match disputado con la señora de Nicholson.



Las dos hábiles competidoras del encuentro final conversando antes de comenzar el interesante partido.



Señora de Nicholson, excelente jugadora, que con su victoria adquiere nuevamente el título de campeona de golf.

FOTOS DE ARROYO

NOTAS GRAFICAS DE BRASIL



Distinguidas damas y caballeros que asistieron en la Embajada argentina al festival artístico ofrecido por el señor Mora y Araujo y su señora a un grupo selecto de sus relaciones.



Familias holandesas y brasileñas que concurrieron a la Legación de Holanda para conmemorar el natalicio de la reina Guillermina.

DE MONTEVIDEO



El director del Servicio de primera infancia, doctor Roberto Berro, y los jefes de los consultorios de la Gota de Leche que formaron el jurado en el concurso de lactantes



Un interesante grupo de madres y nodrizas esperando pacientemente su turno para presentar sus niños ante el tribunal calificador que otorgó varias recompensas.



Damas de la sociedad que obsequiaron con un te a la señora de Echepare, retribuyendo atenciones recibidas.



Una sección de la Policía Veterinaria durante su visita de inspección a uno de los grandes frigoríficos.

FREIXAS y C.ia SECCION ACEITE DE OLIVA

PURO DE OLIVA

FREIXAS y C.ia SECCION ACEITE DE OLIVA



¿TIERRAS CANSADAS?

Se habla con frecuencia en la campaña de «tierras cansadas», denominación que se emplea con harta facilidad para explicar los fracasos repetidos, y a veces sucesivos, de las cosechas, traducidos en la merma de los rendimientos unitarios.

No hay duda que existen algunas zonas, de la región cerealera sobre todo, en que se observa y una disminución efectiva en los rendimientos; pero lo que queremos demostrar en estas líneas es que no se puede siempre atribuir el hecho únicamente al suelo y a su improvisado agotamiento.

La producción, en su doble aspecto de calidad y cantidad, es el resultado de la acción conjunta de dos grupos o series de factores que constituyen el ambiente natural y el ambiente cultural; el primero lo forman el clima y el suelo y el segundo la semilla y toda la serie de operaciones de cultivo: labores, siembra y cosecha.

De modo que si aún durante una serie de años, observáramos en una determinada zona una disminución en los rendimientos, discutible sería el endosarla exclusivamente a la tierra, clasificándola *ipso-facto* como «cansada». En cambio, el más sencillo análisis del fenómeno nos evidenciaría claramente cómo el clima, con sus sequías, heladas, solazones, viento norte, neblinas y otros excesos y variantes, influyen en las cosechas de una manera preponderante y a veces repetida y sucesivamente.

Y en cuanto a los factores culturales en juego, el examen más superficial advierte y comprueba cómo la semilla empleada no es siempre de lo mejor, por sucia, pequeña y degenerada; las labores preparatorias, con excesiva frecuencia, resultan defectuosas y a destiempo; la siembra idem; y en la cosecha no se observan los cuidados de detalle en su ejecución; de lo que resulta que todas estas deficiencias acumuladas multiplican sus efectos y preparan la merma, a veces el desastre, y los continúan.

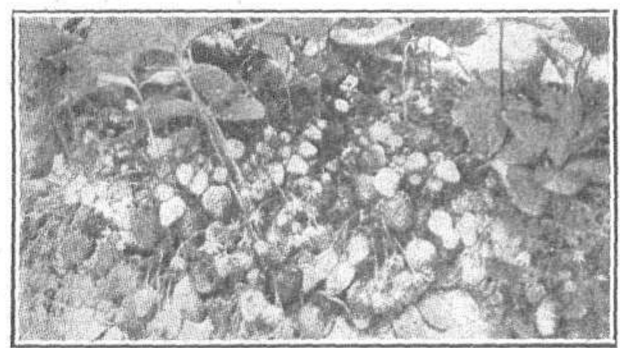
Admitimos que hay zonas de tierras «flojas», menos aptas para altas producciones, que no resisten al cultivo repetido; pero en general, para la gran zona cerealera de las provincias del interior y del litoral, queremos restaurar el buen crédito de nuestras tierras, cuyo coeficiente de fertilidad mantiénese elevado todavía; y lo demuestran los rendimientos máximos excepcionales que, todos los años en distintas zonas, se registran con 30, 40 y hasta 44 quintales de trigo por hectárea, y los de 70, 80 y más de maíz, 43 de avena, 46 de cebada, etc.

Queremos, en definitiva, tranquilizar al agricultor demostrándole que nuestras tierras (hablamos en general) no pueden ser agotadas después de treinta o cuarenta años de cultivo, y que debajo de los diez centímetros de tierra que las aradas comunes ponen en función hay un capital enorme y una reserva inagotable de fertilidad para muchas generaciones; queremos advertirle que debe cooperar a mantener incólume esa reserva mediante buenas y racionales alternativas de cultivos y que debe mejorar y elevar los rendimientos haciendo una buena agricultura, empleando semillas seleccionadas, sembradas a tiempo sobre tierra bien profundamente preparada y cosechando como Dios manda con la mayor prolijidad y economía.

Haciéndolo así, no se oirá hablar tanto de tierras cansadas, en zonas relativamente nuevas y casi inexplotadas por el trabajo humano, y los rendimientos, en cambio, se elevarán y se mantendrán tales para beneficio del agricultor y engrandecimiento de la riqueza nacional.

EN LA HUERTA: LAS FRESAS Y SU CULTIVO

Pocos cultivos de la huerta habrá tan interesantes, fáciles y remunerativos como el de las fresas por la forma de su explotación, porque puede hacerse como bordura de macizos en los jardines en el fondo de la casa urbana, en tablones de la huerta, en platabandas en gran escala en la chacra, por la facilidad con que se puede llevarlo a cabo, pues son tan livianos y sencillos los cuidados que requiere que las señoras y los niños de la familia pueden ejecutarlos como entretenimiento, y por la abundancia de su producción, por todo lo cual resulta sumamente beneficioso.



Una planta bien cargada de frutos.

Además del buen cultivo, cuyos detalles en otra ocasión hemos anotado en estas páginas, referente a suelo, medios de reproducción, recolección, etc., lo fundamental, la base del éxito, consiste en la elección de las variedades, que se diferencian por el tamaño de sus frutos, color, aroma y sabor, por la época de su madurez, por su rusticidad y rendimiento.

Dejando a un lado las extensas clasificaciones botánicas y comerciales más en uso, queremos anotar simplemente los nombres de las principales, de características más apreciables.

Entre las de fruto pequeño son renombradas las de 4 estaciones porque su producción se repite desde noviembre hasta marzo: *Reina de las 4 estaciones*, de fruto regular, perfumado y muy precoz; *Generosa*, de fruto medio alargado, dulce, perfumado, temprana; *Bella de Me-Aux*, de fruto cónico, color colorado brillante, precoz, rústica, productiva; *Superb* y *Progressive*, norteamericanas, de fruto mediano, muy rústicas y productivas.

De las de fruto grande, o inglesas llamadas entre nosotros, son renombradas: *Marguerita Lebreton*, la más precoz, de fruto muy grande, cónico, colorado, brillante, azucarado, planta rústica y productiva; *Hericait de Thury*, muy precoz, vigorosa, rústica, resistente a las sequías, de fruto bastante grande, muy productiva; *Doctor Morére*, de media estación, de gran cultivo, rústica, productiva y fruto muy grande, sabroso y lindo; *Jacunda*, tardía, vigorosa, fértil, de fruto grueso, acorazonado, carne roja, dulce, muy productiva y comerciable; *San Antonio de Padua*, remontante, vigorosa, de producción continuada, de fruto grueso, redondo, perfumado; muy buena variedad.

Cuando recordamos que un fresal puede durar en buenas condiciones productivas de tres a cuatro años, y que de una hectárea, haciendo un cultivo racional y explotando variedades seleccionadas, se alcanza a obtener 15 y hasta 20.000 kilogramos de fruta, debemos convenir y repetir que pocas o ninguna hortaliza ofrece tanto, con menor gasto y trabajo, como la de que nos ocupamos.

HUGO MIATELLO,
Ing. Agrónomo.



—¿Qué le pasa a su esposo que no se aparta de ese rincón?

—Que el médico le ha dicho que prescinda de la ciudad y que esté siempre cerca de la *sierra*.

De Emilio V. Bunge (F. C. P.)



Aspecto de la calle Gobernador Arias después de la copiosa nevada caída últimamente.

UNA SEÑORA QUE VIAJA COMO EQUIPAJE

El ministro belga de los ferrocarriles ha tenido que resolver una cuestión muy singular. Se trataba, cuenta «La Nation Belge», de una señora de extraordinaria corpulencia, la cual estaba empleada en un lugar distante de Bruselas algunos kilómetros y tenía que tomar todos los días el tren. Lo malo era que las proporciones excepcionales de aquella dama no le permitían entrar en el vehículo ferroviario. Sin embargo, ella, comprando su billete, tenía el derecho de ser transportada, y la compañía no podía legalmente negarse a hacerlo. El problema fué sometido al ministro quien lo resolvió ingeniosamente así: «Que esa señora sea admitida en el vagón de los equipajes, pero que sea considerada como equipaje y no como pasajero». La voluminosa señora tuvo que firmar un documento en el que manifiesta estar conforme con no tener derecho alguno para reclamar indemnización en caso de accidente. En cambio gozará de las prerrogativas propias del equipaje: es decir, que para ascender o descender contará con la ayuda de los empleados ferrocarrileros.

La amistad vive de sus propias rentas; el amor consume pronto el capital.

En el amor gustan más los preliminares que las últimas consecuencias.

Todos culpan en otros lo que en ellos es culpable.



el cutis femenino, es posible perfeccionarlo y embellecerlo con aquellos elementos de tocador verdaderamente eficaces. Entre éstos ocupa un puesto de primera fila el

POLVO GRASEOSO

LEICHNER

porque está comprobado que con su uso diario adquiere la piel del rostro una frescura, suavidad y delicadeza realmente envidiables.

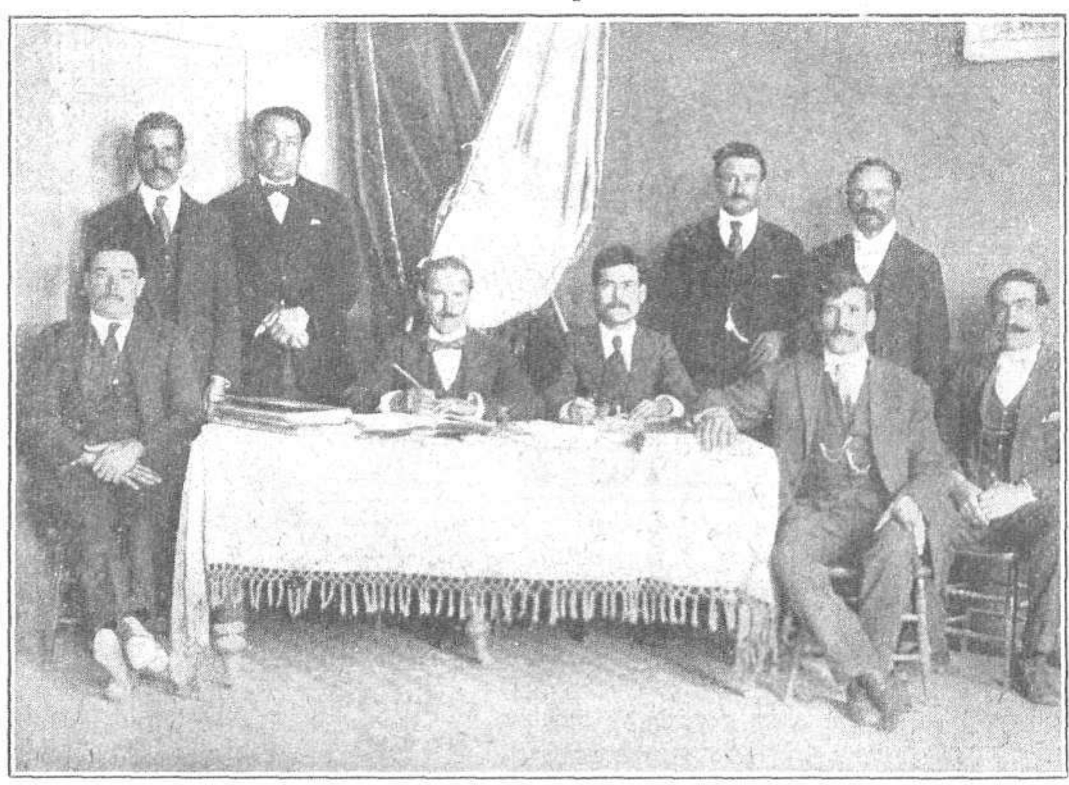
(Precio en la capital federal: ***$ 1.50*** *la caja.)*

MENDEL y Cía.

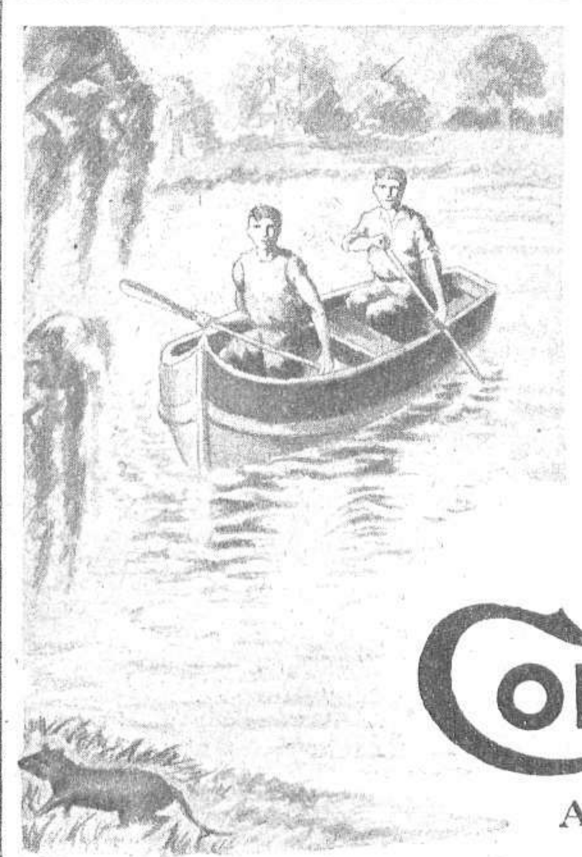
En Buenos Aires:
Calle GUARDIA VIEJA, 4439
En Montevideo:
Calle CERRITO, 673.

Mánica

De Salliqueló



Miembros que integran la comisión directiva de la Sociedad Portuguesa de Socorros Mutuos, cuya reciente inauguración ha sido recibida con unánime aplauso entre la colectividad lusitana.



Cuando la inesperada oportunidad se presenta...

ese es precisamente el instante en que más se desea poseer un Revólver o una Pistola automática COLT. Ese es el momento en que se experimenta en toda su intensidad el placer que proviene de la posesión de un arma tan perfecta, todo lo posiblemente perfecta.

COLT

ARMAS DE FUEGO



Pistola Automática COLT

Calibre 22. - Modelo "Tiro al blanco". Capacidad: 10 tiros. - Largo del cañón: 16 centímetros. - Largo total: 26 centímetros. - Peso: 800 gramos.

LA siempre creciente popularidad de que este modelo goza entre los sportsmen, tiradores, cazadores y demás personas que aman la vida al aire libre es el resultado de la indiscutida precisión de esta arma, de la absoluta confianza que en ella puede depositarse y de lo económico que su uso resulta. Con ella se han batido verdaderos records mundiales.

Colt's Patent Fire Arms Mfg. Co.

Hartford, Connecticut, EE. UU. de A.

Tengo un caballo andaluz que me regaló Máximo Paz.

Se llama Bilde. Ha recibido su nombre con la indiferencia de un recién nacido a *quien lo bautizan* para hacerlo cristiano.

Cuando me fuí a Europa, segundo viaje, se lo dejé a Juan Cruz Varela, con el encargo especial de no cortarle la cola, pues a los Varela, *en* ese entonces, les había dado por cortar colas.

Pero Héctor, hijo de Juan Cruz, apenas me fuí, se olvidó de mi recomendación o la consideró irracional e incompatible con sus conocimientos en materia de estética hípica, y un buen día mi caballo amaneció con la cola parecida a un plumero de casa pobre.



MEDICINA OPERATORIA

Verdad es que había tenido un tumor de mala categoría en el encuentro (no hablo de Héctor, se comprende) y que Juan Cruz, con una delicadeza que le reconozco, había encomendado su curación a un veterinario famoso y *titulado*, quien por todo tratamiento en cualquier caso ordenaba el corte de una cola.

Por consiguiente, el caballo quedó mal, y cuando vino a mí poder traía una cicatriz estensa, dura, que se escoriaba con frecuencia.

* * *

Mi caballo es un sujeto agradable, soltero, moderado, virtuoso, indiferente en materias religiosas y no pertenece a *ningún* partido político. Es joven, entusisasta, ardoroso y lleno de nobles sentimientos. No tiene ningún vicio: no bebe, no juega, no es calavera ni pendenciero.

Lo sospecho, sin embargo, un tanto afecto al bello sexo por algunas de sus manifestaciones cuando en nuestros paseos por el parque encontramos alguna yegua adolescente.

Una vez sobre todo tuve una visión clara de sus tendencias.

Estaba yo a punto de montarlo y acertó a pasar una potranca alazana, jovencita, llena de seducciones, con la cabeza chica, los ojos vivos, el cuello arqueado y fino, las piernas un poco largas con relación a su grueso, sin proporción ni consistencia, como esos brazos flacos e inocentes, expuestos a quebrarse, que en los bailes de estreno inauguran desnudos y rojizos, con infantil vergüenza, las doncellas modestas y delgadas. Además, la potranca era coqueta, juguetona, alegre, algo maliciosa, presumida y dotada de esa crueldad característica de la petulante juventud consciente de sus atractivos.

¡Con qué gracia movía los muslos al caminar! La grupa, de redondez incipiente, mostraba ya algunos conatos de rellenamiento, como lo hace la parte correspondiente de una pensionista de colegio a la edad de catorce años, cuando comienza a ser mujer.

Mi caballo en su presencia tomó tal actitud que a mí me pareció verlo tirarse el cuello, acomodarse la corbata mirar si sus pantalones hacían arrugas, erguirse, componerse y hermosearse, por la correcta y elegante posición de su cuerpo, su cabeza y sus extremidades.

Alzó la mano derecha como quien ofrece una flor; *no ofreció la tal flor, pero* escarbó la tierra con cierta energía de buen gusto, acompañando sus actos con una pequeña tos aristocrática para darse aplomo.

La potranca alazana lo miró sonriéndose con amabilidad no disimulada, aunque con cierta picardía; se saludaron como miembros de una misma sociedad; ella en seguida dió tres o cuatro saltos muy graciosos, torciendo en cada uno su hociquito afilado, y él, *noble y resignado*, levantó la cola, irguió la cabeza y, mirándome con la franca altanería de un joven enamorado y satisfecho, me dijo en realidad: — Vamos; sigamos a esa muchacha.

Y la seguimos.

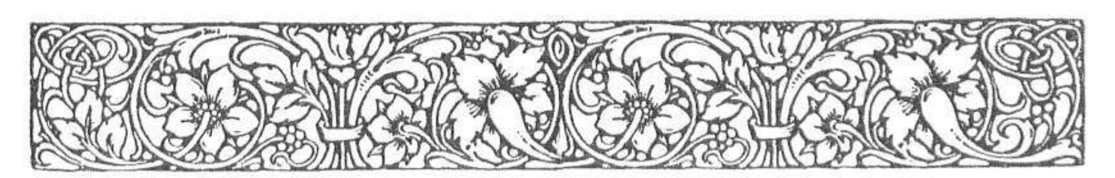
Yo no soy capaz de negar semejante servicio a mis amigos.

Desde ese día no doy un centavo por la castidad de mi caballo.

Por estas cualidades yo lo estimo a pesar de eso y además lo quiero mucho. El también me quiere y me muestra su afecto a su manera; come azúcar en mi mano y restrega su cabeza suavemente contra mi cuerpo en cuanto me acerco.

No conozco sus opiniones sobre la sociedad y la familia, pero sí sé decir que es un amigo noble y desinteresado, como lo prueba el hecho de no haber cambiado de conducta para conmigo cuando dejé de ser ministro, a pesar del ejemplo natural





y humano de varios distinguidos caballeros que no volvieron a poner los pies en mi casa.

* * *

VIENDO un día que la cicatriz de su antiguo tumor se había escoriado decidí operarlo. Preparamos debajo de los árboles, con el cochero y otros ayudantes, en la quinta donde yo vivía, en Belgrano, una cama de paja y todo lo necesario: instrumentos, esponjas, suturas, agua con bicloruro de mercurio y demás enseres.

El caballo fué volteado, maneado, atado y el acto comenzó; a la primera incisión hizo esfuerzos desesperados por levantarse, y apenas se le tocaba de nuevo, los movimientos y sacudidas me obligaban a suspender el trabajo; por fin, después de mucho tiempo, el pobre animal, rendido e impotente para moverse, me dejó ejecutar la mayor parte de la operación, en pésimas condiciones, pues tuve que acostarme boca abajo en el suelo, apoyándome en los codos, y proceder sin el libre uso de mis brazos, por lo tanto.

No obstante, saqué con bastante éxito una buena lonja de piel, comprendiendo la cicatriz, y regularicé la herida.

La colocación de las suturas fué muy difícil porque a lo mejor del trabajo el paciente hinchaba los músculos del pecho y reventaba los hilos de todas. Esto sucedió tres o cuatro veces, y ya, cansado, estaba a punto de abandonar la tarea, cuando se me ocurrió la idea de pasar todos los hilos, dejarlos colgando y atarlos sólo después de hacer levantar al operado, sin tener que emplear de nuevo la aguja y evitando así los movimientos y la destrucción de mi costura. Verifiqué mi plan y cerré la herida bien por el momento.

Posteriormente la tumefacción hizo saltar las suturas; no obstante, a las dos semanas la herida ya curada presentaba una cicatriz lineal exquisita.

La divina Providencia, de envidia entonces, inventó otra cosa: le mandó al pobre convaleciente una nueva enfermedad; un grano en el cuello, horrible, enorme, que se reventó y ulceró, presentando la úlcera las dimensiones de la sección ecuatorial de una naranja.

¡Qué fastidio! Ensayé contra el mal todos los remedios antiguos y modernos sin éxito; el tumor ulcerado seguía espantoso, royéndolo todo.

Rosetti, Carlos Rosetti, viéndolo en tan lastimoso estado, me dijo:

— Pero hombre, ¿quién le ha hecho eso a ese desgraciado cuadrúpedo?

— ¿Quién ha de ser? —le contesté. —Dios, que me tiene a mí desde el tiempo del cólera y la fiebre amarilla para corregirle o remediarle una infinidad de fechorías.

Rosetti se escandalizó y le pegó un espolazo a su caballo, como si él tuviera la culpa de tales blasfemias.

* * *

HUBE al fin de resolverme a practicar otra nueva operación, pero no ya en las mismas condiciones. Al fin de la primera el noble andaluz me había mirado con unos ojos tales de reproche...

— ¡Tan luego usted, doctor — parecía decirme — se ha puesto a martirizarme!

Yo no podía explicarle que todo era por su bien, no entendiendo él ninguno de los idiomas que yo hablo y no sabiendo yo relinchar como caballo, a pesar de ser profesor de facultades y miembro de corporaciones científicas.

— Es necesario que no me vea — le dije al cochero; — y usted, Bautista (todos saben quien es Bautista) lleve esta carta a don Tomás (no hay mas que uno, don Tomás Lasarte, vasco y químico farmacéutico).

Mi carta decía así:

«Mi querido Tomás: mándame una buena cantidad de cloroformo; necesito operar a un caballo; tú debes tener los datos para calcular la dosis conveniente. Te prevengo que se trata de un compatriota.»

Tomás me mandó cien gramos.

* * *

LA nueva operación se dispuso en toda regla. A la primera aplicación del anestésico el caballo hizo unos gestos ridículos y muy graciosos; después se durmió sin convulsiones; verdad es que yo se lo propiné con tanto esmero como si se tratara de una niña.

Una vez dormido se puso a relinchar, a gritar más bien, alegremente. Yo comencé, continué y concluí la cruenta y terrible carnicería sin despertarlo y en medio de una algazara de relinchos. El animal parecía contentísimo; en mi opinión se reía a carcajadas.

Probablemente soñaba con una tablada llena de pasto verde, alto, uniforme; con una manada de yeguas jóvenes, coquetas frescas y retozonas; con arroyos saltados, con campos floridos cruzados en todas direcciones a la carrera; con deliciosas y fáciles conquistas amorosas en tiempo de celo; con forraje abundante y sin un solo hombre ni otro animal feroz en perspectiva.

¡Quién no ha deseado alguna vez ser caballo en presencia de ciertos escenarios salvajes preparados solamente por la honesta naturaleza!

Mientras cortaba las carnes de mi amigo Bilde sin causarle dolor, a juzgar por sus manifestaciones de contento, le envidiaba su fantástico sueño, alegrándome de habérselo producido.

Resultados:

1.º Mi caballo andaluz está sano y bueno.

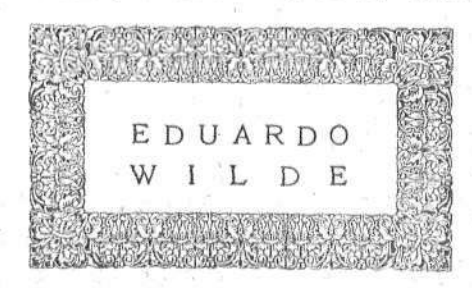
2.º Yo soy veterinario.

3.º Un caballo puede ser cortado en pedazos sin sentir nada, mediante una dosis de cien gramos de cloroformo.

4.º Creo ser yo el primero que ha usado aquí los anestésicos para operar caballos.

La firma — Yo.

La fecha — 1884.



LECTURAS INFANTILES

SANTAS PALABRAS

—ESTE pan no lo quiero, tiene muhca miga — había exclamado una mañana la pequeña Lelia, apartando de sí con mal humor una buena rebanada de pan que su mamá le había cortado para el desayuno.

— Hijita — respondióle la señora, — porque hay abundancia en nuestra casa no te contentas fácilmente con lo que se te da. Te he dicho que comas el pan del día anterior; la miga se ha endurecido y te hará bien. Parece también que tú no tienes en cuenta lo que cuesta el pan, porque yo siempre encuentro pedacitos aquí y allá.

Tú no piensas, hija mía, cuando sacas la miga o arrojas un pedazo de pan, en la pobre gente que sufre hambre, y que se contentaría con un trozo que nos sobra a nosotros; y no piensas tampoco en cuantos trabajan para procurártelo: campesino, molinero, panadero. No sólo hay que pensar en los que no comen, sino también en ayudarlos, y no hay que esperar que ellos soliciten la ayuda, sino tenderles los brazos y socorrerlos en silencio, sin pregonar a los cuatro vientos lo que se hace, porque ese pobre es tu igual, *es tu hermano.*

La señora que así hablaba a su hija se llamaba Catalina, y era buena y bella. Amaba tiernamente a su familia y era piadosa y caritativa hacia los pobres y los infortunados.

Las horas que le dejaban libres los cuidados del hogar las dedicaba a visitar enfermos y necesitados, llevando a todos una palabra de consuelo y de esperanza y el socorro oportuno. Un día compraba vestidos y zapatos para una parienta pobre; otro día preparaba un paquete de juguetes para niños que ni siquiera conocía, pero de quienes les había hablado una de sus amigas, por cuyas manos se los obsequiaba.

Así era amada por cuantos la conocían como un ángel benéfico y consolador.

Cierto día concurrió al taller de la señorita Angela, la mejor modista de la ciudad, a quien había encomendado la confección de un vestido, con el que deseaba asistir a una fiesta que se organizaba en honor de su marido, triunfante de una difícil prueba. Ya el vestido estaba casi terminado, pero faltaba el cinturón, detalle que debía imprimirle la nota de elegancia. La modista — que, como ya hemos dicho, era una artista en su género — describía a la señora las bellezas del *cinturón.* Cuando hubo terminado, la señora Catalina le preguntó:

— ¿Cuánto costará, Angelita, esa maravilla?

— Noventa pesos, señora.

— «¡Noventa pesos!... Gastar noventa pesos en «un cinturón cuando hay tantos pobres que gimen «en la miseria! — No, señorita, yo no llevaré un «cinturón tan costoso. Me tienta usted hablándome «de su hermosura y de su elegancia, pero me creeré «mejor vestida pensando en la ayuda que debo a «mis pobres. ¡Gastar tantos pesos en un adorno «cuando puedo, con esa suma, hacer bien a necesi«tados!... Veinte pesos para un cinturón son «suficientes. Los setenta pesos restanes los distri«buiré entre los que siempre esperan mi auxilio.»

La señorita Angela quedó muda de sorpresa y de admiración ante la respuesta de la noble señora que pensaba en los que carecían de pan antes que en sus lujos.

ADELIA DI CARLO

DODGE BROTHERS

ANUNCIAN IMPORTANTES MEJORAS

Ya se entregan los modelos de nuevas líneas que junto a notables mejoras y comodidades

Reunen las características de la misma máquina conocidísima y acreditada por más de 900.000 dueños.

PRECIO:

Completamente equipado con su quinta goma . . . . $ **4.650**

(puesto sobre vagón Buenos Aires)

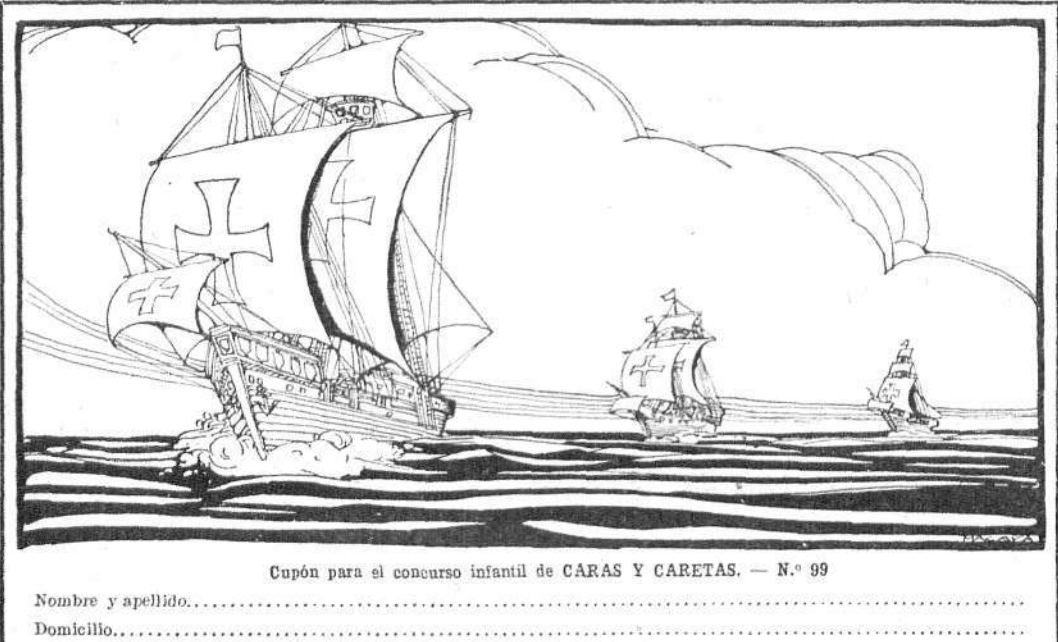
JULIO FEVRE y **Cía.**

Avda. Leandro N. Alem, 1620/40
Buenos Aires

Sucursal Rosario:
Calle Entre Ríos, 579

CONCURSO INFANTIL PARA COLOREAR DIBUJOS

CARAS Y CARETAS invita a sus pequeños lectores a tomar parte en este concurso, iluminando libremente a la acuarela, al lápiz o al gouache, el paisaje que publicamos. Una vez terminado, pueden remitirlo, unido al cupón que aparece al pie, a la siguiente dirección:
Concurso infantil de CARAS Y CARETAS. — Chacabuco, 151-155, Buenos Aires.
Se otorgarán **CIEN PREMIOS**, que serán distribuidos todos los meses entre los cien niños que más condiciones artísticas revelen.



Cupón para el concurso infantil de CARAS Y CARETAS. — N.º 99

Nombre y apellido...

Domicilio...

Población...

Escríbase claro y mándese este cupón unido al paisaje coloreado.

Señora:

La CASA IZQUIERDO

CARLOS PELLEGRINI, 490

especialista en corsés y fajas de alta calidad, le ofrece hoy un bello conjunto de interesantes modelos de su exclusiva fabricación.

También le recordamos que por toda compra superior a $ 25.— efectuada en cualquier departamento de nuestra casa le **obsequiaremos** con un precioso **Corsé-Cintura** igual al modelo que ilustra el centro de esta página, en la medida que nos indique, confeccionado en rico coutil de hilo, elástico en la cintura y 4 ligas, cuyo valor es de $ **10**.—

FAJA DE GOMA, sobre medida, confeccionada con el más puro caouchouc (goma), ojales reforzados y 4 ligas de seda, a.. $ **35.—**



FAJA, modelo 95. — Muy cómoda y especial para señoras gruesas. Por su científica confección reduce el abdomen sin oprimir el cuerpo. En coutil de hilo y seda, elásticos de seda y 4 ligas. Artículo de gran duración, a pesos...... **35.—**

LOS PEDIDOS DEL INTERIOR GOZARÁN IGUALMENTE DE NUESTRO OBSEQUIO.



CORSE, modelo 105. — Confeccionado en rico brocato de seda, floreado, adornado con finas valencianas, presillas y 4 ligas de seda, a pesos...... **25.—**



NUESTRO OBSEQUIO



CORSE-FAJA, modelo 625. — En coutil de hilo floreado y elástico de seda, con 4 ligas, a........ $ **20.—**

FAJA, modelo «Aida». — Para reducir el vientre. Confeccionada en coutil de seda floreado, elástico también de seda y 4 ligas, a $ **25.—**



CARLOS PELLEGRINI, 490

BUENOS AIRES

UNION TELEFONICA 38 MAYO, 0313



FAJA, modelo 40. — Preciosa faja toda de elástico de seda, muy cómoda y elegante, a pesos..... **25.—**

LA MODA AL DÍA

Por LUZ Y SOMBRA





En uno de los pasados domingos de sol, Palermo ofrecía el ameno espectáculo que se repite al acercarse de todas las primaveras: un vaivén de elegancias nuevas, extrañas, no bien definidas, que parecen no haber encontrado todavía su centro de gravedad.

Los recogidos, los drapeados egipcios y los «foulée de vent», los «caracoles» y las polleras angostas se presentaban en las formas más variadas, demasiado excéntricas todavía para el ojo acostumbrado al tapado de invierno, y las siluetas parecían muchas veces fatigadas bajo el peso del «nuevo vestido», sugestión moral y física que no es exclusivamente femenina.

Y esta indecisión estaba acentuada por la presencia de un sombrero que casi nunca estaba en perfecta armonía con el nuevo vestido. Sombrero de otra estación, en la espera de ver salir las «novedades», sombreros elegidos antes de que la moda hubiese transpuesto definitivamente el umbral de la primavera. Eran, por la mayoría, sombreros de crin, laize multicolores, cuando no era la obscura cloche del invierno.

¿En dónde están, pues, los bonitos sombreritos de seda de media estación? ¿Para qué agotarlo todo desde el principio, y enarbolar la paja en septiembre para volver al terciopelo en pleno verano?

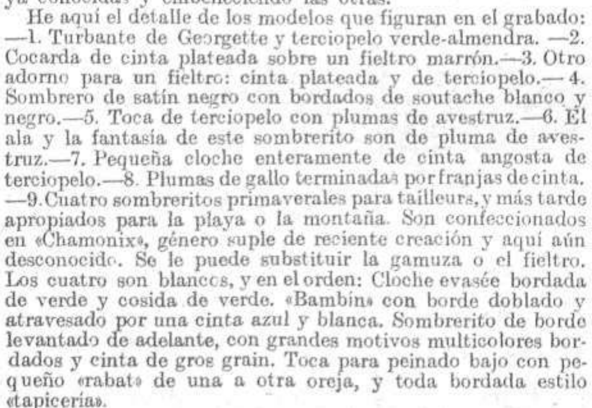
No es por falta de modelos. París nos ha mandado un surtido más rico que nunca de sombreros grandes y pequeños para media estación. Los fieltros son raros; abundan los de moirée y los de cinta, la gran novedad del año no por el material sino por la mano de obra.

Parece que los recursos de la modista en trabajar la cinta sean inagotables, hasta el punto de que uno se pregunta: «¿Pero este sombrero de qué es?» Es de cinta, sencillamente.

Y las cintas de satín, de terciopelo, sobre todo las metalizadas, plateadas, de acero o de aluminio serán también los adornos del sombrero de verano, formando cocardas, rulitos, enroscados, moños, etc., rejuveneciendo las formas ya conocidas y embelleciendo las otras.



He aquí el detalle de los modelos que figuran en el grabado: —1. Turbante de Georgette y terciopelo verde-almendra. —2. Cocarda de cinta plateada sobre un fieltro marrón.—3. Otro adorno para un fieltro: cinta plateada y de terciopelo.— 4. Sombrero de satín negro con bordados de soutache blanco y negro.—5. Toca de terciopelo con plumas de avestruz.—6. El ala y la fantasía de este sombrerito son de pluma de avestruz.—7. Pequeña cloche enteramente de cinta angosta de terciopelo.—8. Plumas de gallo terminadas por franjas de cinta. —9. Cuatro sombreritos primaverales para tailleurs, y más tarde apropiados para la playa o la montaña. Son confeccionados en «Chamonix», género suple de reciente creación y aquí aún desconocido. Se le puede substituir la gamuza o el fieltro. Los cuatro son blancos, y en el orden: Cloche evasée bordada de verde y cosida de verde. «Bambin» con borde doblado y atravesado por una cinta azul y blanca. Sombrerito de borde levantado de adelante, con grandes motivos multicolores bordados y cinta de gros grain. Toca para peinado bajo con pequeño «rabat» de una a otra oreja, y toda bordada estilo «tapicería».











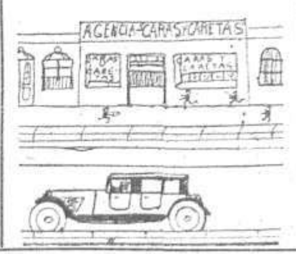


CONCURSO DE DIBUJOS INFANTILES

Los dibujos no han de ser copiados, y serán hechos con pluma y tinta negra, a tamaño de postal. Deberán traer el título de lo que representan y, al respaldo, el nombre y dirección del autor. Cada mes se premiarán los dibujos más interesantes, con libros especiales para niños. Los sobres deben dirigirse: «Concurso Infantil» CARAS Y CARETAS, Chacabuco, 151.



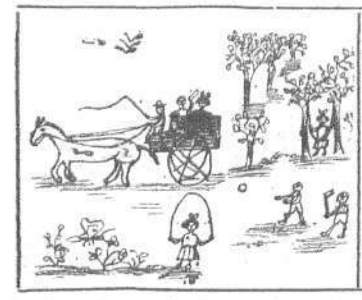
1523 — El goal del «For Ever». GUSTAVO A. KLEIN.



1524 — Frente a la agencia de «CARAS Y CARETAS». REALDO R. CARPÓ.



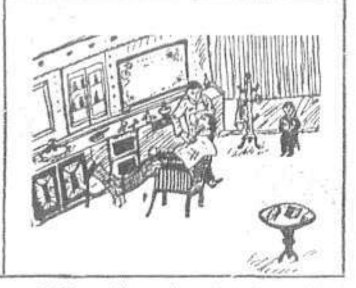
1525 — Llegando a la meta. AVELINO PACINI.



1526 — Temporada de vacaciones. LIRIA DA MASSA



1527 — Arturo y Lucía veraneando en el campo ATILLO RODRÍGUEZ.



1528 — Mi papá en la peluquería. JOSÉ ACOSTA.

— ¡Tomá Seneguina y dejáte de toser!

NAUMANN

MAQUINA PARA COSER Y BORDAR

Perfecta en todo sentido

La superioridad de la NAUMANN está en su construcción perfeccionada año tras año, en la cual no se ha descuidado ni el más mínimo detalle a fin de obtener una máquina para coser y bordar perfecta e insuperable en todo sentido.

De ahí que la NAUMANN sea hoy por hoy la máquina de coser más liviana, silenciosa, rápida, cómoda y durable que se conoce.

Todos sus materiales son de óptima calidad. Hace 50 años que la NAUMANN se vende en todo el mundo con éxito creciente.

SE VENDE AL CONTADO O A PLAZOS

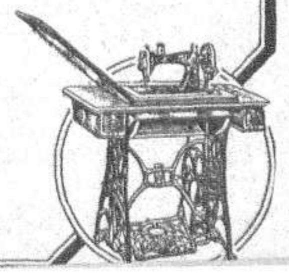
PIDA INFORMES HOY MISMO a sus Agentes y Vendedores en cualquier punto de la República o en los siguientes locales de venta: Buenos Aires, Carlos Pellegrini, 326, y Corrientes, 4615. — Belgrano, Mendoza, 2468. — Flores, Rivadavia, 8326, — Avellaneda, Av. Mitre, 933. — Lomas, Laprida, 257. — Quilmes, Rivadavia, 311. — San Isidro, Av. Centenario y Alsina. — Tigre, «La Numancia». — La Plata, calle 6 número 876, o a sus



UNICOS INTRODUCTORES:

KIRSCHBAUM & Cía.

Independencia, 401-437 - U. T. 0293, Av. - Buenos Aires



Necrología



Señora Francisca Muzicato de Garigliano. — Capital.

Señorita María E. Moré. — Capital.



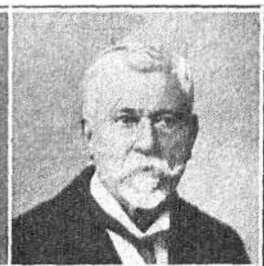
Señorita Inocencia Vargas. — Navarro.



Señora Teresa Lullo de Santoro. — Capital.



Señor Félix F. Rissotto.



Señor Gerardo T. Bozzano. — San Pedro.



Señor Juan De Lorenzi. — Capital.



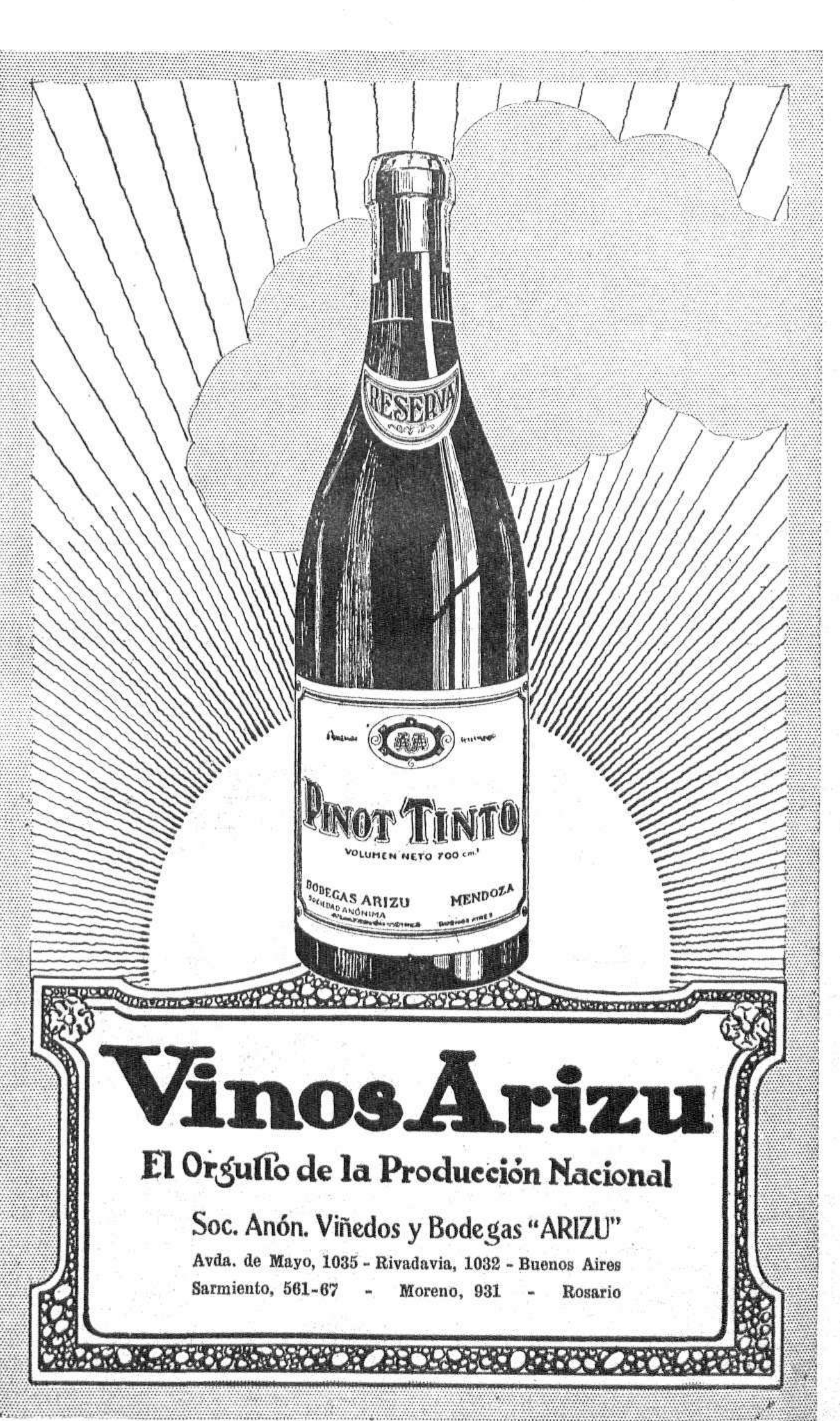
Señor Remigio Casado. — Moquehua.



Mayor Gregorio Salvatierra. — Ciudad.



Señor Pascual Brignoli. — Carcarañá.


RESERVA
PINOT TINTO
VOLUMEN NETO 700 cm.³
BODEGAS ARIZU
SOCIEDAD ANÓNIMA
MENDOZA
Vinos Arizu
El Orgullo de la Producción Nacional
Soc. Anón. Viñedos y Bodegas "ARIZU"
Avda. de Mayo, 1035 - Rivadavia, 1032 - Buenos Aires
Sarmiento, 561-67 - Moreno, 931 - Rosario

DESDE

EN EL TEMPLO DE

Por el doctor

En estos días de verano, de un verano feroz, se verifica un curioso fenómeno.

Si cayera bajo las agudas miradas de aquellos señores que suelen visitar la República Argentina en 20 días y luego escribir un libro sobre la misma, por cierto que leeríamos:

« Digna de mención y elogio la religiosidad que se » observa en los ciudadanos de ambos sexos. Los hom- » bres, que en otras partes sobresalen por su indife- » rencia, son los que manifiestan acá mayor respeto » hacia la casa de Dios. Se sacan los sombreros unos » doscientos metros antes de llegar al templo, en donde » permanecen largo rato, saliendo luego visiblemente » confortados ».

Ya lo creo.

Es así como se escribe la historia. Y si no, dígalo la eminente escritora, esposa de otro eminente escritor, que publicó con mucha soltura en su libro sobre la Argentina esta despampanante novedad:

« A pocos kilómetros de Buenos Aires empiezan las » aldeas primitivas, en las que las familias viven bajo » las carpas ».

La eminente, etc., no se había dado cuenta de que las carpas llevaban en letras de molde las iniciales F. C. C. A. y que los salvajes que las ocupaban eran peones de las escuadrillas, en su mayoría connacionales de la que manifestaba tan agudo espíritu de observación.

Bueno; es cierto que los ciudadanos de ambos sexos frecuentan en estos días los templos más que en ninguna otra época del año. Pero el fenómeno no es debido a una recrudescencia religiosa sino al deseo muy justificado de un veraneo *momentáneo* y barato.

Los antiguos templos, construídos con paredes ciclópeas, mantienen en su interior una temperatura ideal de heladera, lo que explica la religiosidad de los individuos de ambos sexos, la larga permanencia en las iglesias y el consiguiente aspecto de bienestar que se advierte en los que salen.

Nosotros también hemos dado prueba de una religiosidad excepcional, y al punto de derretirnos por los rayos de Febo, que no solamente asomaban iluminando la histórica ciudad sino que rajaban el suelo, optamos por penetrar en la iglesia de Santa Catalina que nos quedaba a mano.

Por un momento nos encontramos rodeados por una obscuridad completa, pero poco a poco fuimos acostumbrándonos a la penumbra y pudimos admirar las bellezas de las telas que adornan los altares.

Una viejecita tosió como para hacernos saber que no estábamos solos.

La pobre vieja no debe hallarse bien en su domicilio y pasa aquí las horas zurciendo medias, a cuyo objeto trae sin cumplidos la canastita de las labores.

—¿Trabajando, señora?...

—¡Qué se va a hacer!... Mi pieza queda bajo el techo y a estas horas parece un horno... Así que prefiero rezar mientras arreglo mis trapitos...

—Por lo menos goza usted... la gracia de un fresco agradable...

—Eso es...

—¿Por qué la llaman de Santa Catalina a esta iglesia?

Mi pregunta dejó a la mujer sumamente sorprendida, ni más ni menos que si le hubiese inquirido si en Bolonia había cristianos o si se trataba de una ciudad de judíos.

—¡Cómo! ¿No sabe?... Solamente que sean ustedes forasteros. Aquí está el cuerpo de Santa Catalina tal cual como quedó el día de su muerte, conservado, por gracia de Dios, que es una maravilla... Al lado existe el convento de las hermanas encargadas de cuidar el cuerpo de la Santa Virgen Catalina. ¿No saben estas cosas?...

—Usted perdone, pero...

—Voy a decirles algo que muchos no creen y que sin embargo es bien cierto. Nuestra Santa, a pesar de haber fallecido desde tantos años, continúa siendo siempre una mujer joven como si viviera todavía...

Y la vieja nos miraba con ojos penetrantes, como para darse cuenta de si comprendíamos todo el alcance de lo que nos estaba diciendo.

Francamente, no daba en la tecla.

La vieja siguió imperturbable alabando la eficacia insuperable de ciertas cataplasmas no autorizadas por el Consejo de Higiene, pero confeccionadas con ingredientes que sólo se consiguen en ciertos límites de edad.

—Ha habido casos de personas...

—Ya comprendo: completamente desahuciadas por los médicos y que gracias a los remedios que usted dice se han vuelto sanas y buenas...

—Sí, señor... Hombres que se arrastraban a duras penas y que en un santiamén han recuperado la agilidad de un muchacho...

Sin duda conversábamos en un tono de voz demasiado alto, porque de lejos oímos el zapatilleo de alguien que se adelantaba saliendo de la sacristía.

—¿Es el sacristán aquel hombre que viene hacia nosotros?...

—El sacristán...

Era mejor encararlo antes de que nos amonestara por irreverencia.

—Nosotros venimos de afuera, de muy lejos...

—No sabían tampoco que aquí teníamos el cuerpo de la Santa —agregó la vieja como para que nos compadeciera...

—¿Y qué querían?

—Sería posible ver...

—Voy a preguntarlo al Padre... Pero supongo que no ha de haber inconveniente ninguno. No es día de adoración, pero...

—Vaya. Háganos el favor.

Y efectivamente, gracias a unas monedas, el sacristán volvió mucho más rápidamente de lo que no hubiera venido, regresando al poco tiempo con un sacerdote muy amable, que se puso a nuestra disposición.

—¿Quieren ver primero la tumba de Galvani, el descubridor de la electricidad?

—Como guste...

—Mientras tanto mandaré a buscar las llaves del camarín de la Santa. Esta es la tumba de Galvani. Aquí descansa el hombre que ha dado una nueva vida al mundo... Como ven... pocas palabras... Para estos grandes no hacen falta epitafios kilométricos. Ellos son los que son...

—Dígame, Padre. Acabo de saber por la vieja ésa unos detalles bastante raros respecto a ciertas cataplasmas...

—¡Ah! ¡Qué quiere! Es imposible poner un freno a la fantasía popular. Lo que hay es esto. Se han preparado cataplasmas según fórmulas científicas para tratar el lumbago, las afecciones reumáticas, etc. En otros tiempos las monjas mismas preparaban estos medicamentos, que, a veces, cuando el cliente lo pedía, se ponían en contacto con el cuerpo de la Santa para aumentar su eficacia. Pero no hay absolutamente nada de lo que le dijo la vieja ésa... Está demás que se lo diga...

—¿Y se ha formado esta curiosa creencia popular?

—¡Qué quiere hacerle!... Muchos gritan en contra de nosotros como si fuéramos los que favorecemos las supersticiones. Hay que estar en contacto con el pueblo para ver cuán fácilmente se forman y qué difícil es desarraigarlas. Y se comprende: la fe es un auxiliar poderosísimo cuando se trata de provocar reacciones en el organismo enfermo. Es suficiente que un enfermo sane ayudado por el contacto de una reliquia, cual-

SANTA CATALINA

A. V A C C A R I

quiera que sea, para que todos pretendan sanar con el mismo sistema... Muchos lo consiguen, otros no; pero los que no obtienen ningún resultado no pierden la esperanza. Pues bien; las reliquias son necesarias para los que no podrían hacer un esfuerzo de abstracción... como son necesarias las imágenes para fijar la atención del creyente no muy desarrollado.

Me extrañaba un lenguaje tan liberal en un sacerdote adscripto a un santuario como el que estábamos visitando, y, por supuesto, no perdía palabra.

— ¿Entiende, mi querido señor? — prosiguió el sacerdote. — No fuimos nosotros los que hemos complicado la religión con las que se llaman supersticiones, de la misma manera que no es el médico el que por su propio gusto adopta lo que podríamos llamar recursos del oficio... Es el cliente que los quiere... El cliente exige que el médico comprenda en el acto la enfermedad de que padece y que le recete también en el acto el remedio que la sana... En la mayor parte de los casos en realidad el médico no habrá comprendido nada, pero debe comportarse como si hubiese comprendido y estuviera perfectamente seguro del resultado del medicamento... En otras palabras: despertar la fe en la posibilidad de una curación. Sin esa fe, la enfermedad más insignificante demorará en desaparecer, mientras, por lo contrario, la más peligrosa tendrá probabilidades de una reacción favorable...

Tomó de las manos del sacristán las llaves que le alcanzaba éste y abrió una puerta pesada y baja, que daba a una lujosa capilla:

— Este es el camarín de la Santa...

A la izquierda, sentada en un sillón riquísimo, vestida de sedas preciosas, deslumbrante por las joyas y el oro, estaba el cuerpo de Santa Catalina.

Reseco, negro como las momias que se extraen de los sarcófagos egipcios, conserva sin embargo la completa elasticidad de los miembros.

— Tóquenla si quieren... Pueden tocarle la mano, levantarle el brazo...

El mismo nos dió el ejemplo y uno por uno quisimos comprobar que se trataba en realidad de un cuerpo de carne y hueso.

La cabeza y la cara de la Santa se han achicado de una manera notable: parecen casi infantiles.

El pulgar del pie izquierdo ha sido arrancado.

— Según aseguran, se trata de la obra de un desequilibrado, quien, para comprobar si se trataba realmente del cuerpo de una persona, dió un mordisco a la Santa y le arrancó el dedo. Desde entonces, cuando se permite a los fieles que besen el pie, cuidamos de poner un cristal que lo proteja. ¿Y ustedes, señores, vienen de muy lejos?

— De la Argentina, Padre...

— ¡Ah, ah! De la Argentina... América del Sud... Gran país aquel, según tengo entendido. Conozco a unos cuantos que han regresado de allá en muy buenas condiciones... La vida debe ser más fácil ¿no es cierto?

— Indudablemente. Los principios son duros...

— Como en todas las cosas... Pero... he notado un hecho curioso... Son pocos los que quedan en su país de origen una vez que hayan pasado algunos años en esas tierras... Debe tener un gran poder de atracción...

— Le diré... Es otro modo de vivir...

— Y curioso... Se conocen en seguida los americanos...

— Así debe ser... De la misma manera allá se clasifica inmeditamente al extranjero recién llegado...

— ¡Cómo desearía visitar esos países!... Y ustedes, ahora que han hecho plata, dan una vueltita alrededor del viejo mundo ¿eh? ¡Dichosos de ustedes!

— ¿Plata? No.

— ¡Vaya, vaya!... No hay uno que no haya vuelto sin dinero...

— ¿Le parece?...

Casi me ruboricé por la vergüenza de ser precisamente la excepción, pero el cura no lo creyó y me dijo:

— Cuidado, señor; no vaya a tropezar con la alfombra. Puede caerse.

Al tomar las precauciones indicadas noté una inscripción que rezaba: «Oferta para el santuario».

Comprendí en el acto cuales eran los peligros de la alfombra, y mientras discretamente el Padre se había alejado para conversar con los míos, ampliando las explicaciones que ya me había dado, saqué la cartera y eché algo en la abierta, insaciable boca de las ofertas.

Estoy seguro que en cuanto salimos de la iglesia se habrá apurado en averiguar lo que habían dado los americanos.

Las noticias se propagan en las ciudades de provincia con la rapidez del relámpago.

El hecho es que la viejecita ya no estaba en el templo cuando nosotros salimos; nos esperaba afuera sonriente, satisfecha.

— ¿Y qué tal?... Ustedes deben ser muy grandes señores para conseguir que el mismo Padre los acompañara en la visita al camarín de la Santa. ¿Qué le ha parecido?... Y hace milagros. ¡Hay que ver! Cualquier cosa que ustedes pidan la conseguirán en el acto. Eso sí, hay que confesarse, comulgar... Ya lo sabrán.

— Claro.

— ¡Cómo no van a saber estas cosas ustedes! Todos los años las hermanas la visten de nuevo a la Santa. ¡Y si vieran qué bien!... Ella, bendita sea, levanta los brazos, las manos, lo mismo que si fuera viva... Es la Madre Superiora que dice: «Santa Catalina, levante el brazo izquierdo; Santa Catalina, levante el brazo derecho...» Y ella, obediente como una niña, cumple que hay que ver.

— ¿Y usted ha visto?

— No. No se puede entrar cuando visten a la Santa, pero todo el mundo lo sabe y me extraña que ustedes no lo sepan. ¿El Padre no les dijo nada de estos detalles? Bueno: se lo digo yo...

La vieja había merecido una oferta por su elocuencia y por segunda vez eché mano a la cartera.

— ¡Qué hace, señor!... De ninguna manera... ¿Por qué quiere molestarse?... Dios y Santa Catalina guarden a usted y los suyos por muchos años...

— Igualmente, doña... Ah... Y no se olvide que si algún día las necesitara he de buscar a usted por el asunto de las cataplasmas...

— Cuando quiera, señor... Usted me encuentra siempre por acá. ¿Las quiere para mañana mismo?...

— Cuando me hagan falta... Ahora no...

— ¡Va a ver usted qué alivio, qué alivio!

Hizo una especie de genuflexión que debía ser un saludo respetuoso más o menos como si pasara por delante de un altar mayor, y volvió a tomar el fresco en el templo.

Echamos a caminar por las aceras de la calle D'Azeglio, pero creo que yo no debía tener cara de hombre... visiblemente confortado. Al contrario.

Iba reflexionando cuándo, más o menos, el mundo, diré mejor, la gran mayoría de los hombres, alcanzará un nivel intelectual que les permita realizar un paso adelante.

Y... la imagen de esa cataplasma se me presentaba provocándome al mismo tiempo risa irrefrenable y una sensación profunda de pena.

Bolonia, julio 1923



Señorita Amelia Rosa García rodeada por un distinguido núcleo de señoritas que integraban la corte de honor en el acto de su enlace con el señor Pedro Beltrame.

¿LACTEOPATIA?

De una célebre duquesa que hubo en España y de más de una beldad se ha dicho que tomaban baños de leche para conservar la hermosura de su tez.

No se trata ahora de ese baño, sino de uno puramente medicinal.

Un doctor que reside en el sur de Africa dice que ha descubierto un nuevo método para curar enfermedades, y al cual llama «lacteopatía».

Chocóle la facilidad con que la leche absorbe los gérmenes venenosos donde quiera que se la pone, y creyó que de igual manera absorbería los gases y gérmenes nocivos del cuerpo. Ha puesto en práctica su idea y afirma que ha curado a infinidad de personas atacadas de viruela, fiebre, difteria, reblandecimiento de la médula, etc., con sólo envolver a los enfermos en sábanas bien empapadas en leche.

Las coloca sobre colchones cubiertos con sábanas, coge una de éstas lo bastante grande para envolver el cuerpo, la calienta, la satura con leche también caliente y envuelve al enfermo en ella manteniéndole así durante una hora. Después le esponja bien y le mete en un baño de agua caliente.

Declara que en un caso grave de viruela en que la erupción había brotado ya por completo, la sábana mojada con leche absorbió el veneno tan perfectamente, que al día siguiente la erupción había desaparecido y el enfermo entraba en la convalecencia.

Especialidades de la Casa América



VIOLINES FINOS

Modelo STRADIVARIUS

Fabricación esmerada, sonoridad incomparable.



N.º 4100 bis.—**Violín tipo «Conservatorio», completo, con estuche, arco y pez, a.......... $ 33.—**

N.º 4101 bis. — **Violín de orquesta**, completo, con estuche, arco y pez, a............... $ 38.—

N.º 4102 bis. — **Violín de salón**, completo, con estuche, arco y pez, a...................... $ 45.50

N.º 4103 bis. — **Violín de gran orquesta**, completo, con estuche, arco y pez, a.......... $ 53.—

Otros modelos desde $ 25.—. Solicite gran Catálogo ilustrado N.º 24 enviando $ 0.20 en estampillas. (Embalaje gratis).

CUERDAS ARMONICAS

Con el fin de dar a conocer nuestras cuerdas insuperables, hacemos por un tiempo limitado las siguientes ofertas, porte pago a cualquier punto:

Encordado fino, para estudio.................... $ 1.90
Encordado extra, para concierto, con 4.ª de plata.. » 2.60
Encordado «Concertola» de gran concierto, 4.ª de plata » 3.40
Comprando los tres encordados en una sola vez.... » 7.50

N.º 101

Regio GRAFOFONO

AMERICA

con gran corneta amplificadora del sonido. Motor suizo, sólido y silencioso, membrana doble con goma aisladora.

Nuestra gran oferta extraordinaria

$ 49.50

con seis piezas, 200 púas y embalaje gratis.

Otros modelos de grafófonos, desde

$ 35

Solicite gran catálogo ilustrado N.º 21

DISCOS

Siempre grandes novedades en bailables Nacionales y Extranjeros, Cantos Populares, Operas, Música Clásica, etc., etc. — Gran Catálogo general de discos remitimos enviándonos $ 0.20 en estampillas. Ya apareció el Suplemento N.º 21 con las últimas novedades en discos. Solicítelo. Se remite gratis.

CASA AMERICA
STAHLBERG & RIGOTTI

Av. de Mayo 979
BUENOS AIRES
No tenemos Sucursales.
No cerramos los Sábados.



REGIO MANDOLIN

Modelo de CATANIA (Italia)

N.º 5613

Oferta Especial

Por sólo $ 25.-

remitimos este precioso instrumento construído en maderas finas, escudo calado y triple filete alrededor de la tapa armónica, incrustaciones de nácar en la boca, lira imitación carey, clavijero mecánico, y como

REGALO, UNA BONITA **FUNDA**

y un método fácil para aprender sin maestro.

Otros modelos desde **$ 11.—** hasta **$ 350.—**

Solicite gran catálogo ilustrado N.º 25 de Mandolines, Mandolas y Bandurrias, enviando $ **0.20** en estampillas.

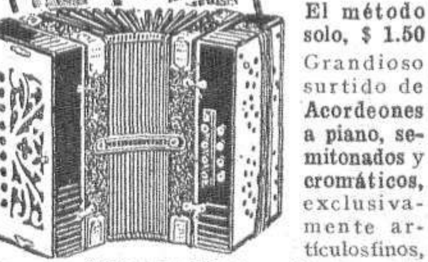
APARECIO EL

NUEVO METODO "AMERICA"

Para aprender a tocar el ACORDEON por cifra, sin necesidad de maestro, conteniendo una colección de piezas fáciles.

OFRECEMOS POR TIEMPO LIMITADO este precioso ACORDEON de 8 bajos y 19 voces, con el nuevo método y embalaje gratis, por sólo

$ 18



El método solo, $ 1.50

Grandioso surtido de **Acordeones a piano, semitonados y cromáticos,** exclusivamente artículos finos, modelos de **"STRADELLA"**, y **Bandoneones Alemanes,** que ofrecemos a precios de verdadera oportunidad.

Solicite en seguida gran catálogo ilustrado N.º 26 enviando $ 0.20 en estampillas.

De Rosario



El R. P. Valentín Bonetti pronunciando un brillante discurso en el acto de la inauguración de un nuevo Oratorio Festivo en el barrio Talleres.

LA BIBLIOTECA PÚBLICA DE NUEVA YORK

Está situada en la esquina que hacen las calles 42 y Quinta Avenida, es un suntuoso edificio de mármol blanco que ocupa toda una manzana.

En el primer piso se encuentra una exposición de Biblias. A la entrada un cartel dice que es la mejor y más completa colección de Biblias la que allí se exhibe.

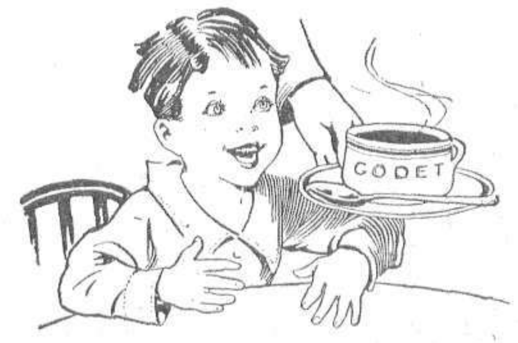
En efecto, encuéntranse allí Biblias siriacas, coptas, armenias, etc. Las hay en hebreo, griego, caldeo, latín y en todos los idiomas modernos. En el mismo piso se encuentra el departamento para niños, con sus mesitas de diversos tamaños apropiadas a todas las edades. La literatura sajona es muy rica en libros para niños, llenos de delicadeza y de comprensión exacta de la psicología infantil.

Los sábados se dan audiciones de cuentos por hábiles oradores especialistas en el género; los niños asisten a ellas previa presentación de boletos que se reparten entre los más asiduos y formales lectorcitos.

La biblioteca cuenta con un total de 1.161.000 volúmenes. El servicio de préstamos a domicilio ha facilitado 10.226.336 volúmenes el pasado año.

El frontis del edificio lleva la significativa inscripción que reza: «En la difusión de la educación descansan la conservación y la perpetuación de nuestras libres instituciones».

EL DOMINGO



DE A SUS HIJOS EN EL DESAYUNO
UN RICO CHOCOLATE

GODET

EXTRA (PAPEL BRONCE)
PIDALO HOY MISMO A SU PROVEEDOR

OTROS GUSTOS:
GODET FINO (PAPEL AMARILLO)
GODET ESPECIAL (PAPEL VERDE)

DANIEL BASSI & Cía. — BARTOLOME MITRE, 2538-54 — BUENOS AIRES

Ser vieja y **tener Canas**, bueno; pero **tener Canas** sin ser vieja, no.

No deje usted que la naturaleza le haga la broma de envejecerla antes de tiempo.

Recurra usted al

AGUA SALLES

que es una preparación perfecta para devolver al cabello encanecido su primitivo color, y eso de manera tan hermosa que no se distingue. El **AGUA SALLES** no hace daño al pelo; al contrario, lo fortifica y le da brillo. No ofrece peligro alguno ni inconvenientes aplicándola según indica el prospecto que va con el frasco. Es un producto antiguo y bueno usado desde hace 60 años en Francia y desde más de un cuarto de siglo en la Argentina.

DE VENTA EN TIENDAS, PERFUMERIAS Y FARMACIAS

SALLES PERF. QUIMICO
73, Rue Turbigo — París

Depósito en Buenos Aires: A. LOURTAU y Cía., Paraná, 182 — Depósito en Montevideo: Sarandí, 429

UN CABALLERO LEGITIMO

POR GUY PERON



FRENTE a la catedral de Méjico se abre, en el Empedradillo, una callejuela tortuosa y negra. Es la cortada del Arco.

Almacenes de cordeleros, herboristas, casas de puertas macizas, de ventanas estrechas con balcones de hierro forjado y cortinas de tela roja y amarilla, recuerdan solamente que ese barrio sombrío está habitado.

Sobre la puerta de una de esas casas se lee: «Sociedad Filantrópica». Porque la filantropía que allí se ejerce no es la que uno piensa. En esa casa vive el usurero Lorenzo Filippi, dueño de un garito que ocupa todo el primer piso del inmueble.

La sala donde se juega al monte, que es el juego nacional, se halla amueblada someramente con bancos de madera, sillas de paja desvencijadas, de una ancha mesa alrededor de la cual los jugadores se aprietan delante de los pesos acumulados sobre la carpeta verde y donde el oro rutila bajo la claridad sospechosa de los candiles humeantes y de las velas altas como cirios funerarios, soportados por los candelabros de plata.

Este garito es el punto de cita de toda la mala gente de la población mejicana. Se hallan allí filibusteros, mercaderes, ladrones, aventureros, antiguos forzados, contrabandistas del Arizona y una muchedumbre de gentes sin escrúpulos que tienden sus manos sarmentosas sobre el oro del vecino.

Se hallan allí también algunas personalidades de porte distinguido, llevadas por un gusto inveterado por las aventuras, como por ejemplo el señor García y Badajoz, el torero honorario del que ya me he ocupado, y que, envuelto en una capa con reversos de seda carmesí, su ancho sombrero sobre los ojos y su nariz de pico de águila, viene a esa casa de juego para perder un poco de plata y estudiar — dice él — un otro poco las costumbres.

Ese día, el fiero español había venido a arriesgar una treintena de pesos que contenía su bolsa, y con la intención, en caso de perderla, de tomar una cruel venganza, echando sobre el tapiz verde lo que traía en un saco de cuero que colgaba en bandolera sobre su espalda.

Esperando que se ofreciera un sitio libre en la mesa de juego, el señor García y Badajoz hallábase apoyado a la tranca de hierro de una ventana que daba sobre un terreno baldío donde su caballo mascaba el tallo pelado de una palmera, cuando su atención fué requerida por la aparición de un personaje que conocía perfectamente: un viejo picador llamado Pepito Sánchez, seguido de una mujer bastante linda, la cara medio cubierta por un rebozo y el talle envuelto en un chal rojo con flores negras.

— ¿Tú por aquí, Pepito? — interrogó el español. — Yo te creía en el entierro de tu hijo.

— ¡Ah, señor! — gimió el picador. — El entierro ha debido retardarse porque no tenía bastante dinero con que pagar al cura. He vendido mi caballo tobiano, y como aun me faltan diez pesos para la misa, voy a tentar la suerte al «monte» con la esperanza de que, si Dios me ayuda, obtendré la plata que me falta. ¿No es cierto, mi pobre Dolores?

— Sí, Pepito — respondió humildemente la mujer del chal rojo.

Al ver su frente pálida, su boca que ensayaba sonreír, mientras sus ojos llenábanse de lágrimas, descubríase sin esfuerzo a la madre para la cual un ángel del cielo no reemplazaría al ángel que ella había perdido en la tierra.

— ¡Por Dios! — exclamó García y Badajoz. — Yo te prohibo jugar aquí. Perderías todo lo que traes en el bolsillo.

— Pero, entonces, señor, ¿quién pagará la misa?

— Yo — dijo el español — voy a jugar al monte. Arriesgaré primero todo cuanto llevo conmigo y en seguida lo que traigo en este saco.

— ¡Por la sangre de Cristo! ¡Por la gracia de la Virgen de los Siete Dolores! — exclamó Pepito. — ¡He aquí un noble caballero!

Hallándose libre un sitio en la mesa, García se instaló y la partida comenzó en medio de un profundo silencio. El español había plantado su puñal en la mesa, jurando que clavaría la mano de aquel que hiciera trampa o que hablara durante la partida.

Detrás de él, la señora Dolores, los ojos fijos en el juego, que le interesaba, contaba en voz baja a un jugador, el doctor Sangrado, las fases de la enfermedad de su niño, y el físico enumeraba los remedios infalibles que lo hubieran salvado si se le hubiera llamado a tiempo, tales como: los emplastos, los vapores de menta recogida un viernes de cuaresma, o el agua hervida y filtrada en un pedazo de casulla de franciscano, y la madre desgraciada secaba furtivamente una lágrima, murmurando:

— ¡Ah, si yo lo hubiera sabido!... ¡Ah, si yo lo hubiera sabido!...

De pronto palideció terriblemente. El señor García y Badajoz acababa de levantarse jurando:

— ¡Por Dios, que he perdido!...

Y hacía como que iba a alejarse, cuando un mejicano, de perfil de ave de rapiña mitad cubierto por un sombrero de piel de vicuña, le retuvo del vuelo de la capa y le dijo:

— ¡Por Dios, señor, no va usted a abandonar el juego, cuando lleva sobre la espalda un saco que me parece contiene, cuando menos, los relieves de su fortuna!...

Y como García respondiera que el oro que ese saco contenía no le pertenecía, el mejicano repuso:

— Entonces... una razón de más para jugarlo. Vea usted, señor, he perdido todo cuanto era mío. ¿Y bien? Voy a arriesgar ahora todo cuanto no es mío. Es necesario, amigo, ser buen jugador en la vida...

— ¿Es un desafío? — preguntó el señor García y Badajoz, frunciendo el ceño.

— ¡Sí! ¡Sí! ¡Es un desafío! — dijeron a coro los jugadores, la vista puesta en la bolsa del español.

— ¡Por Dios, vosotros lo habréis querido! — dijo éste con una sonrisa sarcástica.

Y agregó:

— Pero, bravos compadres, como mi bolsa es más grande que todos vuestros bolsillos, sed bastante buenos para vaciarlos antes sobre la carpeta verde.

Todos accedieron a la invitación que el español les hacía. En un abrir y cerrar de ojos los pesos se acumularon sobre la mesa en pequeños montones de oro que lucía a la luz opaca de los candiles.

Con una lentitud calculada, bajo las miradas brillantes y afiebradas de ansias de sus despreciables compañeros, el señor García y Badajoz abrió su bolsa y luego, bruscamente, la volcó sobre la mesa.

Gritos de horror se alzaron de todas partes. En un brusco sacudimiento de todo el cuerpo, los jugadores se habían levantado sin osar tomar sus posturas, echándose en un pánico loco hacia todas las puertas de la casa, precipitándose escaleras abajo y echando al suelo al dueño del garito, Lorenzo Filippi, que traía tres litros de caña en una gran botella. Pepito mismo, el bravo picador que habría en otra época tenido doce caballos muertos bajo de él, fué uno de los primeros en huir. Sólo su mujer, clavada sobre la silla por el miedo, había quedado en la sala.

Entonces, dirigiéndose a ella, sombrero en mano, la sonrisa en los labios:

— No tema nada, señora — dijo el español, que recogía los montones de oro abandonado sobre la mesa; — los ladrones se han ido. En cuanto a estas víboras de la cruz y de cascabel, que se arrastran silbando sobre la mesa, no son peligrosas. Les he sacado el veneno. Voy a dejárselas, en cambio, a los pícaros que me han obligado a abrir esta bolsa.

Habiendo extraído de su ganancia imprevista una cincuentena de pesos oro, los entregó discretamente a la madre del niño muerto, diciéndole:

— He aquí, señora Dolores, con que pagar al cura y comprar el caballo tobiano. Entre gente pobre, uno debe ayudarse.

Y con un gesto noble, echando sobre la espalda la capa de reversos de seda carmesí, el señor García y Badajoz salió de la casa de juego, la bolsa bien llena y la conciencia tranquila, con el sentimiento agradable de haber hecho todo su deber en su calidad de legítimo caballero.

Esto pasaba el 3 de abril de 1835.

TRADUCCIÓN DE B. DE LAÓN

DIBUJO DE MACAYA

LAMENTOS DE UNA DONCELLA

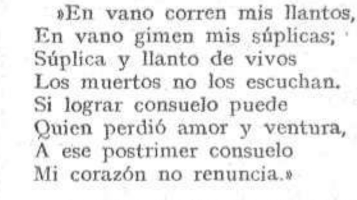
(DE SCHILLER)

(VERSIÓN DE T. LL.)

La encina gime en el bosque,
Nieblas los cielos anublan,
Y la niña está sentada
En la playa triste y húmeda.
La ola solloza y espira;
Y en la obscuridad nocturna,
Llorando la pobre niña,
Así entre labios murmura:

«Mi corazón está muerto,
La tierra desierta y muda;
Para llenar mi deseo
No hay felicidad ninguna.
Si sois piadosos, llevaos,
Señor, a vuestra criatura;
Amé, viví, disfruté
Cuanto bien la vida oculta.





»En vano corren mis llantos,
En vano gimen mis súplicas;
Súplica y llanto de vivos
Los muertos no los escuchan.
Si lograr consuelo puede
Quien perdió amor y ventura,
A ese postrimer consuelo
Mi corazón no renuncia.»

— Deja que tus llantos corran,
Deja que giman tus súplicas,
Aunque súplicas y llantos
Los muertos no las escuchan.
Un solo consuelo tiene
Quien perdió amor y ventura,
Y está en sus mismos lamentos
Y en sus propias amarguras.

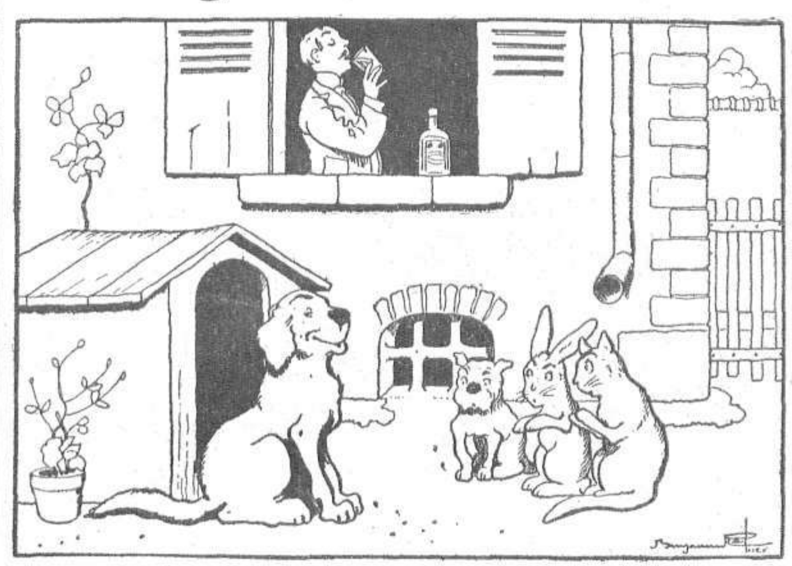
De Córdoba

HERNANDO (F. C. C. A.). — Grupo de niños y niñas que tomaron la primera comunión en las últimas fiestas patronales.



Niñas que representaron el artístico conjunto "Los segadores", en la velada escolar dada en celebración del Día del Maestro.

Diálogo entre animales



El Gato.— ¡Qué buen semblante tiene el dueño!
El Perro.— Puede dar las gracias al Alquitrán Guyot que desde algún tiempo viene tomando para robustecer los bronquios y el pecho.

El empleo del **Alquitrán Guyot** tomado en todas las comidas a la dosis de una cucharadita de café en un vaso de agua, basta, efectivamente, para hacer desaparecer en poco tiempo el catarro más pertinaz y la bronquitis más inveterada. Incluso, consíguese a veces modificar y curar la tisis bien declarada, puesto que el Alquitrán detiene la descomposición de los tubérculos del pulmón, matando los microbios nocivos causantes de esta descomposición.
En interés de los enfermos, debo manifestar desconfíen de cualquier producto que se les quiera vender en lugar del verdadero **Alquitrán Guyot.** Para obtener la curación de las bronquitis, catarros, antiguos resfriados descuidados y *a fortiori* el asma y la tisis, es indispensavle pedir en todas las farmacias el verdadero **Alquitrán Guyot.**

Con objeto de evitar todo error mirad la etiqueta: la del verdadero **Alquitrán Guyot** lleva el nombre **Guyot** impreso en gruesos caracteres y su firma al bies en tres colores: violeta, verde y rojo, lo propio que la dirección: **Maison FRERE, 19, rue Jacob, París.**

El espejuelo de las alondras



—Amiga mía, no prodiguéis las sonrisas; desde que empleáis el Dentol vuestros dientes brillan tanto que sirven de espejuelo a las alondras.

El DENTOL (agua, pasta, polvo, jabón) es un dentífrico que además de ser un excelente antiséptico está dotado de un perfume muy agradable.

Fabricado según los trabajos de Pasteur, endurece las encías. En pocos días da a los dientes la blancura de la leche. Purifica el aliento estando especialmente indicado en los fumadores. Deja en la boca una sensación de frescura deliciosa y persistente.

El DENTOL se encuentra en todos los buenos establecimientos que venden perfumería y en las Farmacias. Depósito general: MAISON FRERE, 19, rue JACOB, PARIS.

De Córdoba



UCACHA. — Caracterizados miembros de la colectividad italiana presenciando la colocación de la piedra fundamental en el sitio en que levantarán el edificio de la Sociedad de Socorros Mutuos XX de Septiembre. — En el ángulo: El señor Julio Rosignoli, que pronunció el discurso inaugural.

TEMBLORES DE TIERRA EN LOS MARES DEL NORTE

Aunque hasta ahora se suponía que en los mares del norte de Europa no había temblores de tierra, nuevas investigaciones han demostrado que en estos mares, así como en las regiones vecinas del norte del océano Atlántico y océano Artico, son muy frecuentes los temblores de tierra, llegándose a registrar de 1904 a 1912, hasta 26. En las regiones del litoral escandinavo y de Groenlandia no se ha observado en los últimos seis años ningún temblor de tierra registrado en la Europa central. También la parte sur del mar polar, la región situada entre Jan Mayen y Noruega, ha quedado libre de temblores de tierra. En cambio, en la parte norte de los mares polares son frecuentes los temblores de tierra. En estas regiones han tenido lugar en los últimos años seis grandes temblores. Algunos de éstos se pueden comparar con los temblores de tierra de Calabria de los últimos años, por ejemplo los de la región de Hekla en Islandia, que está situada a 200 kilómetros al norte de Islandia y 300 kilómetros al norte de Jan Mayen. De 1904 a 1912 tuvieron lugar tres grandes temblores de tierra en los mares polares, cuya superficie de conmoción se extendió por toda la superficie de la tierra. Por estos datos se comprende que los mares polares del norte de Europa no tienen la estabilidad que hasta ahora se les ha supuesto.


FERNET-BRANCA
FRATELLI BRANCA E COMP.
Via Broletto N. 35. vicino alla Chiesa di S.
FERNET-BRANCA
Flli Branca. Milano.
CARLOS F. HOFER & C.
GENOVA
CONCESIONARIOS para la
AMERICA del SUD
S.
En el Nuevo Mundo
se ha arraigado pro-
fundamente el uso del
FERNET-BRANCA
pues sus méritos positivos como Aperitivo-Digestivo-Estomacal no tardaron en ser apreciados, como ya lo eran en el Viejo Mundo. El favor que hoy le sigue dispensando el público comprueba que, a través del tiempo, ha mantenido su primacía.
NO FALTE EN NINGUN HOGAR
Importadores: HOFER & Cía. Buenos Aires



N.º 2005. — *¿Cuál es la velocidad del sonido en el agua?*

J. A. Alares.—Corrientes.

Se ha admitido, como resultado de muchos experimentos realizados en diversas ocasiones, que la velocidad media del sonido en el aire es de 333 metros por segundo, y éste es el número que suele adoptarse en la práctica corriente.

Para la velocidad del sonido en el agua, a la temperatura de 8º, continúa admitiéndose la de 1485 metros encontrada en 1827 por Colladon y Sturm, en experimentos realizados en el lago de Ginebra.

El físico francés M. Martí practicó en Cherbourg experimentos para encontrar la velocidad del sonido en el agua del mar. Según estos experimentos la velocidad es de 1504 metros por segundo, a una profundidad que representa la presión de una atmósfera, a la temperatura de 15º y para una salinidad tal que la densidad del agua a 0º sea de 1,026. Apoyándose luego en la teoría del sonido, el mismo físico ha formado gráficas que permiten calcular la variación de la velocidad conforme varíen la profundidad, la temperatura y la salinidad del mar.

Estos últimos resultados son, sin duda alguna, muy interesantes, pero falta encontrar la confirmación práctica, mediante medidas directas, de los datos que han proporcionado las consideraciones teóricas.

N.º 2006. — *¿Desde qué tiempo se usan los relojes? ¿Quién fué su inventor?*

R. M. G. — Ciudadela.

Los primeros relojes fueron los de sol, llamados también cuadrantes, gnomones y sciothéricos. Mucho se dudó en lo antiguo a quién se debía adjudicar la gloria de esta invención. Laercio y Suida la atribuyen a Anaximandro, y Plinio la da a Anaximenes, discípulo de Anaximandro. Los egipcios y babilonios disputaron por apropiársela, y otros varios la fueron señalando en diversos tiempos. Con tal variedad de opiniones no es posible saber de una manera positiva cuándo se empezaron a usar; pero en lo que no cabe duda es que se conocían antes del año 3291, porque vemos en la Biblia, libro IV de los Reyes, capítulo XX, que, estando enfermo el rey Ezechías, hizo el profeta Isaías que retrocediese diez líneas la sombra en el reloj de Achaz, en señal de que convalecería.

Algún tiempo después se introdujo también el medir el tiempo a pies, o, lo que es lo mismo, sobre la sombra de su cuerpo, de lo cual hallamos noticia en los doce libros de «Re rústica», de Paladio, que vivía en el siglo II, y que pone la sombra del sol medida a pies en todas las horas del día de cada mes.

Ambos métodos eran sumamente imperfectos, porque necesitaban como primer agente la presencia del sol; pero fué necesario buscar otro impulso perenne y constante, y cuya ausencia no pudiera temerse con facilidad, y no se halló ninguno más a propósito que el agua, que, encerrada en un vaso con un caño estrecho en que se practicaba una pequeña abertura, destilaba gota a gota hasta completar el número de sus horas. Este género de relojes lo introdujo en Roma, el año 595 de su fundación, Scipión Nasica, y más adelante, en 613, le perfeccionó Clesibio construyendo una verdadera máquina hidráulica.

Esta clase se denominó clepsidra, y de ella se servían los griegos y romanos para medir el tiempo que debían durar las causas, para lo cual distribuían tres porciones: una para el acusador, otra para el acusado, y la tercera para el juez. Cada clepsidra componía una hora, según parece por lo que dice Marcial. En la lectura de los procesos y leyes no corría el agua, según se lee en los autores de aquella época.

Los de arena cuentan también muchos siglos de antigüedad; pero no es fácil señalar ni sus inventores ni la época de su introducción. Estos se usaban con preferencia en los monasterios, y por la noche estaba a cargo de dos religiosos el cuidado de observarlos para que no se parasen.

Llegamos ya a la perfección del arte: vemos la invención en toda su latitud, prestándonos el servicio que necesitábamos, sin que sea preciso auxiliarla sino efímera y ligeramente; tocamos, en fin, la época de los relojes de rueda, cuyo autor, por desgracia, se ignora. En sentir de algunos pertenecen a tiempos remotos, pues aseguran que fueron de esta clase los que tenían Voccio, Gilberto, el papa Paulo II y el que regaló a Carlomagno el califa Harun-al- Raschid hacia el año 807.

N.º 2007. — *¿Cómo puede evitarse la decoloración de los objetos en los museos?*

Doctor J. K. Q.—Ciudad.

Que muchos colores palidecen cuando se exponen directamente a los rayos solares no hay quien lo ignore; pero ya no es cosa tan conocida la acción de la luz difusa y de las luces artificiales sobre esos mismos colores. De los experimentos y estudios hechos podemos seguramente deducir tres principios: 1.º La decoloración es debida a la acción de la luz, y no a la del calor moderado; 2.º No se produce en el vacío, es decir, en ausencia del oxigeno y de la humedad; 3.º Los rayos ultravioladas producen el máximum de decoloración. Entre las varias clases de cristales utilizados para impedir la transmisión de los rayos ultravioladas algunos tienen útil efecto, pero, en general, parece que a lo más retardan la decoloración de los tintes no sólidos.

El cristal que mejor protege los colores tiene un tono amarillo muy subido, que en la práctica lo hace inaplicable. He aquí algunos ejemplos del tiempo de exposición a la luz necesario para que se note alguna decoloración, por comparación con otros ejemplares guardados en la obscuridad: las alas de ciertas mariposas de 10 a 21 días, una piel de tigre requirió cerca de medio año, las pieles de antílope y de caballo castaño más de 4 años. Comparando el efecto de la luz solar directa y difusa con la luz eléctrica, resultó que el daño producido por esta última es seis veces menor que el de la luz difusa, y de veinte a setenta veces menor que el de los rayos solares, según la intensidad de éstos.

No hay duda, pues, que la iluminación eléctrica es preferible a la natural siempre que se expongan objetos de colorido delicado; ni hay que olvidar que existen todavía otras luces que contienen menos radiaciones ultravioladas que la luz natural y la eléctrica.

N.º 2008. — *¿Cuál es el título más corto que se ha dado a un periódico, y cuál el más largo?*

Juan Fernández.—Olivos.

El más corto de todos los títulos era el de un diario de Nueva York, dedicado a las matemáticas, que se llamaba simplemente *X*.

El más largo lo lleva un periódico de Varsovia, y se lee así: *Sprawozdania z-pismiennietwa-nauko-wego-polskiego-w-dzi-edzinie-nauk-matem-atyczných-i-przyrodni-czych.*

N.º 2009. — *¿Los dos grandes genios Cervantes y Shakespeare murieron en el mismo día?*

S. Vidal.—Tigre.

Efectivamente, ambos murieron el día 23 de abril del año 1616, pero no en el mismo día... En España se admitió la corrección Gregoriana en el acto que se proclamó; por esto en el año 1582 se saltaron diez días, desde el 5 al 15 de octubre: en Inglaterra no la admitieron hasta el año 1752. Bajo este supuesto, Cervantes murió el día 23 de abril y Shakespeare el 3 de mayo, según nuestro modo de contar; y según como entonces contaban los ingleses, Shakespeare murió el día 23 de abril y Cervantes el 13 del mismo mes.

Evaristo Borja Rosés.—Tigre.

Hay varias. Concurra al Ministerio de Justicia e Instrucción Pública.

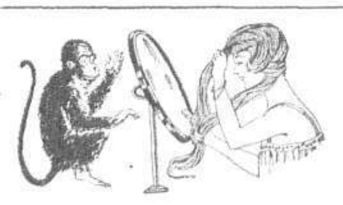
A. Dudoso.—Córdoba.

1.º Es usado en psiquiatría, como base para algunos tratamientos de personas histéricas.

2.º Tendríamos que citarle todos los psiquiatras de todos los países.

De Tucumán

Equipo del Club Peñarol de Montevideo que jugó una serie de interesantes partidos de football con los clubs locales de esta ciudad, resultando vencedor.



¡Señora! Cuando usted tiña sus vestidos con **ROSEDAL**, quedará altamente complacida al comprobar que no hay colorante que lo iguale en calidad y que con resultados tan espléndidos tiña y lave lana, seda, algodón, mezclas y cualquier clase de tejido. Cuando compre Vd. **ROSEDAL** en farmacias, a $ **0.80**, **se dará cuenta** al usarlo que **NINGUNA TINTORERIA TIÑE MEJOR;** que es un colorante de fácil uso, económico, que no ensucia la ropa interior y que **NO FALLA NUNCA.**

ROSEDAL

PEINESE CON **VEGETAL CANARY**

PARA QUE DESAPAREZCAN SUS

C A N A S

¡VD. MISMO PUEDE GRADUAR EL TONO!

REJUVENEZCA SU CUTIS CON LA

COMPOSICION EGIPCIA

No use afeites ni aguas blancas, cuyos efectos son peligrosos. Esta composición devuelve a la tez su lozanía, reapareciendo limpia de espinillos pecas y manchas.

PRECIO: $ **5.—** Encomienda: $ **0.50**

En venta en la

FARMACIA NELSON - SUIPACHA, 477

VEGETAL CANARY

se vende en las siguientes Farmacias: Nelson, Suipacha 477; Del Pueblo, Rivadavia 745; Franco-Inglesa, Florida y Sarmiento; Gibson, Pasaje Güemes; P. Soldati y Cía., Rivadavia 2284; Raffo, Sarmiento y Esmeralda. Buenos Aires.

PRECIO: $ **5.—** Encomienda: $ **0.50**

GRAN INVENTO SENSACIONAL

Para los hombres débiles y faltos de vigor. Se pueden curar al instante, aun en edad avanzada, sin drogas ni tratamientos, con nu nuevo aparato patentado. - Precio del aparato con caja e instrucciones, $ 27.50 m/n. - Remitimos interesante folleto explicativo con fotografías e instrucciones del aparato, mandando $ 0.20 en estampillas. Escriban cuanto antes y se les enviará en sobre cerrado y sin membrete.

Unico depositario en la República Argentina: I. VENUS, Cangallo, 541 - Buenos Aires

---



PLATA "JOSELEVICH"

ES INALTERABLE

SERVICIOS COMPLETOS PARA CONFITERIAS CAFES Y BARS

SOLICITEN PRECIOS A

JOSELEVICH Hnos. y Cía.

SARMIENTO, 2570



PIDA

Catálogos de Lámparas Faroles y Linternas

KELITE Y KITSON

a Rivadavia, 2149

S. A. VICENTE PELUFFO y Cía.

SECCION LUZ KITSON



Enseñamos

por correspondencia, sin que usted se mueva de su casa, los siguientes cursos: **BACHILLER, CONTADOR, TENEDOR DE LIBROS, MECANICO, ELECTRICISTA, INGENIERO, DIBUJANTE, CALIGRAFO, INGLES, FRANCES, CASTELLANO, CALIGRAFIA, ORTOGRAFIA, ARITMETICA, DIBUJO LINEAL y DIBUJO NATURAL.** Otorgamos los diplomas correspondientes.

LLENE y MANDE este cupón.
Señor Secretario General de la Institución Americana doctor **Sidney A. Smith - Entre Ríos, 464 - Buenos Aires.**

Le agradecería me envíe el folleto explicativo que esa Institución ofrece gratis. Me interesa el curso de......

....

Nombre...

Dirección..

SEÑORITAS:

Aprovechen la oportunidad que les ofrece

LA POUPEE

CERRITO, 122 - Buenos Aires

FAJITAS PARA SPORTS

Todo elástico (sin ligas)

Alto 25 cent. . . . . . . $ **10.—**
„ 30 „ . . . . „ **15.—**
En tricot elástico, según alto, desde . . . . . $ **20.—**

REMITIMOS AL INTERIOR

:: SOLICITE FOLLETOS ::



En toda la República

Puerta para cocina N° 22

de cedro

hállanse diseminadas nuestras sólidas **PUERTAS** y **VENTANAS DE CEDRO**, en razón directa de que por su calidad y óptima fabricación dan resultados espléndidos y son más económicas que las de madera inferior.

Tenemos existencia permanente de los siguientes números de nuestro catálogo: 1, 2, 3, 4, 13, 14, 15, 16, 17, 18, 19, 20, 21, 22, 23, 24, 25, 26, 27, 35, 36, 47, 48, 51, 52.

Solicite catálogo

Ventana N°17



Puerta N.º 22

De 2.00 x 0.70, cada una....... $ **47.—**

De 1.80 x 0.70, cada una ...... $ **45.—**

Ventana N.º 17

De 1.00 x 0.60, cada una ...... $ **26.—**

De 0.80 x 0.55, cada una ...... $ **24.—**

De 0.60 x 0.40, cada una ...... $ **19.—**

Acordamos **5 %** de descuento.

Estos precios comprenden las aberturas con marco y herrajes colocados.

TORTOSA Hnos

Escritorio: Charcas 2941 — Buenos Aires



Elegancia y Economía

Estas son las ventajas que se obtienen usando en el teñido de vestidos viejos

FLORIOL

COLORANTE IDEAL

EN TODOS LOS COLORES DE MODA

En todas las farmacias, la pastilla **$ 0.80**

UNICOS DEPOSITARIOS:

DROGUERIA AMERICANA

Bmé. Mitre, 2176 **Buenos Aires**

Envíenos $ 0.20 en estampillas y recibirá el interesante libro "Las enfermedades más comunes".

CASA MARTIRADONNA

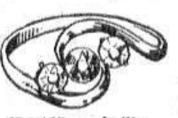
Solicíten Catálogos



N.º 457. — **Aros** con camafeo, de gran novedad en varios colores, a pesos...... **6.—**

N.º 458. — **Aros** muy artísticos con piedras y esmalte, diversidad de modelos, **Ocasión**..... $ **3.—**

N.º 456. — **Aros** fantasía con brillantes negros del Brasil... $ **3.50**



N.º 455. — **Anillo** enchapado en oro garantido con piedras.. $ **2.50**

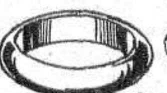
Recibimos cartoncitos del 43.

Venta por mayor y menor.





N.º 454. — **Anillo** de gran novedad en varios colores, a........ $ **3.—**







N.º 278. — **Juego de dos alianzas**, forma ½ caña, de puro oro 18 kilates garantido macizo, con grabado, estuche y un cintillo fantasía de regalo. Precio excepcional... $ **30.—**

N.º 279. — Más pesadas, a.................... $ **42.—**

BRASIL, 1182 Casa Central — **BUENOS AIRES** — **BRASIL, 1054** Sucursal

A media cuadra de la estación Constitución.

LA MADRE

por

CAROLINA ADELIA ALIÓ

ILUSTRÓ BESARES

Te digo que sí, que es un diente — exclamó Raquel alborozada, mostrándole a su marido la boquita húmeda del nene.

Antonio se inclinó a mirar por encima de los hombros de ella, y, al ver que era cierto lo que le decía, le robó la criatura y la zarandeó en el aire alegremente.

— ¡Bravo! Ya era tiempo. ¿Dentro de poco cumplirá ocho meses?

— Los cumple hoy. Parece mentira que olvides las fechas en que nacen tus hijos — reconvino cariñosamente la mujer.

— No las olvido; las confundo, porque como ya tenemos tres...

—¿A que no te *acordáz* de la mía? — dijo Alfredo, un rubiecito de ojos zarcos, mirando a su padre con viveza.

— Sí: el quince de abril tendrás seis años.

— ¿Y de la *mida* — preguntó Menena en su media lengua graciosa.

— El ocho de junio.

— *¡Ze* equivocó, *ze* equivocó — palmearon las criaturas, en tanto que Menena, muñeca de tres años, trepaba a las faldas de la madre para decirle al oído:

— *E chun choncho,* papá.

Raquel la apretó en un nervioso abrazo de ternura y previno al padre y al hijo, empujándolos hacia la puerta.

— Miren que van a llegar tarde.

El chico se encasquetó la gorra apresuradamente. La nena lo observaba con un hociquito de envidia porque no era de la partida. Antonio acomodó en la cuna al mamón. Luego besó a su mujer y a su hija y salió a la calle con el niño.

Vivían de años atrás en el pueblo de Balcarce.

Era un domingo, y el hombre descansaba de sus tareas campestres llevando a su hijo al cinematógrafo.

Raquel, desde la puerta, tuvo una larga mirada evocadora para el grupo que se alejaba. Pero viendo que la nena hacía pucheros porque la habían dejado en casa, la arrastró corriendo hacia la mecedora.

— No me ponga esa cara — le decía, meciéndola entre una lluvia de menudos besos ardorosos. — La nena se queda para acompañar a su mamita que está sola y que le va a contar un cuento precioso, un cuento tan bonito...

Y, como viera que el caso urgía, empezó:

— Había una vez una niña muy linda que tenía una ovejita blanca...

Pero, mientras sus labios decían la narración, sus pensamientos tomaron otros rumbos.

Estaba muy contenta. Antonio le había dicho que la cosecha le iba dando tan buen rendimiento como el año anterior y que quería comprar de una vez el terreno de la chacra que alquilaba. Edificaría una casita, y así, dentro de poco tiempo, se irían todos del pueblo para vivir en la chacra y trabajar en lo suyo. ¡Qué bien iban a estar! Es verdad que hasta entonces no habían podido quejarse de la suerte. Pero ser dueños de unas cuantas hectáreas y tener, además, una linda casita nueva para ellos solos... ¡Qué alegría! Harían un jardín y una huerta pequeña. Tendrían gallinas, conejos, palomas, muchas palomas. ¡Cuánto les iba a gustar esa tranquilidad del campo!... Y a los nenes les sentaría bien, aunque, en realidad, no podía quejarse porque eran sanos. Heredaban la salud del padre. La nena únicamente la inquietaba a veces con su palidez. Tonterías. Tenía a quien salir. Ella fué igual cuando niña. Pálida siempre y muy impresionable... Es cierto que entonces su trabajo monótono de costurera no le había proporcionado ocasión de hacer vida saludable. ¡Cansadora y triste aquella época en que se mataba cosiendo para poder vivir! Pero desde que Antonio la quiso y le dió un hogar, todo lo veía de otro modo, como si el mundo se hubiera iluminado de pronto. ¡Ocho años de felicidad, ocho años de casada, ya, y tres hijos... Uno, dos, tres. Todos suyos, suyos...

Y Raquel divagaba, presa de un dulce sopor.

Entre tanto, el cuento había terminado; la niña dormía, y en la cuna el nene filosofaba calladito, mirando las musarañas del techo con sus redondos ojos de *kewpie*.

A la mañana siguiente, Alfredo, el rubio de ojos zarcos, dijo desde su cama con voz un poco enronquecida:

— Mamá: yo no me levanto porque me duele la cabeza.

Y habiendo tomado esta enérgica decisión, se tumbó sobre la almohada y esperó los acontecimientos

—Verás que pronto te levanto yo—le respondió la madre.

Pero en seguida agregó con cierta inquietud: — Sin embargo, lo noto afiebrado...

— A ver la lengua — intervino Antonio, que estaba acabando de tomar el desayuno para irse a la chacra.

El niño, sonriendo, se la sacó cuán larga era.

— ¿No ves? Está indigestado. Habrá que darle el remedio feo de la botica.

Dijo, y salió del dormitorio, arrepentido de sus palabras ante los ojos llorosos de la víctima.

— ¡Qué pocas ganas tengo de que te vayas hoy!— se lamentó Raquel, acompañándolo hasta el coche.

— Bah, tonta ¿por qué?

— No sé. Porque sí, por nada... ¿Hasta mañana?

— Hasta mañana.

Mientras tanto, adentro lloraba Alfredo a lágrima viva, pensando en lo que iba a tomar.

Inútilmente lo consoló Raquel: lloraba y lloraba con gemido monótono, poco natural en él, y así fué amenguando la queja hasta dormirse.

No le gustó a la madre ese extraño sueño a horas desacostumbradas. Quiso despertarlo varias veces. Por fin, a mediodía, el niño abrió los ojos y pidió agua. Tenía la carita congestionada por la fiebre, y ella no aguardó más tiempo para administrarle la consabida medicina, con lo cual el chico pasó el resto de la tarde tranquilo y contento.

Sin embargo, Raquel tuvo una noche de desvelo y de nerviosidad. Prendía la luz para ver cómo estaba el niño, y aunque dormía bien, algo desconocido la retenía inclinada largo tiempo sobre esa carita adorada, mirándola con fijeza honda. Luego sacudía su contemplación angustiosa y trataba de descansar. Al amanecer quedóse profundamente dormida.

Era ya de día cuando la despertó un quejido de Alfredo.

— ¿Qué, mi hijo, qué?

El chico se tocó la garganta y empezó a gemir.

Raquel saltó de la cama; tomó la criatura en sus brazos:

— ¡Estás con fiebre otra vez!

Le bajó la lengua con ayuda de una cuchara y vió allá, en el fondo, unas placas blanquecinas.

Sintió violento frío. Era una mujer impresionable, y en seguida pensó en lo peor.

Quedóse mirando a su hijito con ojos de sorpresa, como si lo viera por primera vez. De pronto lo besó con arrebato; lo acostó, abrigándolo bien; se vistió a la carrera, presa en su actividad febril, y despertó a María, una muchacha que la ayudaba en los quehaceres domésticos, para que atendiera a las criaturas mientras ella iba a la vecindad en busca de un teléfono para llamar al médico.

Cuando regresó, el más chico de los nenes lloraba.

— ¡Pobre mi ángel! Quiere el pecho, es claro, si me he olvidado — pensó Raquel.

Y se puso a dárselo, sentada junto a la cama de Alfredo, que la miraba con ojitos tristones.

— ¿Te duele mucho, querido?

El movió la cabeza afirmativamente y dijo:

— Quiero estar con *vos*, ahí.

— No puedo, mi hijo. ¿No ves que tengo al nene?... Después te voy a alzar.

Miró el reloj. Las ocho. Dos horas todavía antes de que viniera el médico. Si fuera difteria... Hablaría otra vez, explicando bien por qué era urgente el llamado... ¡Antonio, Antonio, para qué se habría ido ayer! Estas cosas de los chicos la asustan siempre mucho. ¡Qué tonta! ¿Acaso una vez no tuvo también a la nena con llaguitas? Era frecuente eso en las criaturas. Pero vió que el nene no mamaba, y lo observó extrañada.

— ¿Qué le pasa a mi glotón?

De pronto sus ojos se agrandaron y quedaron inmóviles: había notado que el nene tragaba con dificultad.

— No es posible — dijo, crispando el rostro en en remedo de risa.

Pegó su cara a la del niño, para probar su temperatura: la carita ardía. Le vió en los brazos una manchas rojas. Le miró la garganta, y estaba sembrada de puntos blancos.

— ¡María, María! — gritó a la muchacha. — Ténlo un momento. ¡Los dos están con llagas! Voy a hablar otra vez. ¡Ay, Antonio, Dios mío!

Alfredo y el nene eran llevados camino del cementerio.

La casa se sumió en un silencio lúgubre. Los padres quedaron solos. Estaban sentados frente a frente, y permanecían inmóviles.

En cierto momento dijo Antonio: — Sin embargo, hay que reaccionar. Aún tenemos a la nena y es necesario vivir para ella.

Entonces la mujer repitió con voz apagada: — Es necesario.

Y volvieron a caer en su mutismo.

Así llegó la noche.

El hombre se puso de pie. La mujer murmuró, imitándolo:

— Sí, ya es tiempo de darle el pecho.

El la miró: — ¡Raquel, vuelve en tí!

Entonces ella se sobresaltó y se puso a llorar despacio:

— ¡Pobrecitos, qué fríos, qué sólos están ya! ¿No iremos con ellos, Antonio?... ¡Mira que Alfredo quería estar en mis faldas, y no lo pude alzar un solo momento!... Sus ojos me pidieron eso siempre, siempre, hasta el final... Hijito adorado... ¡Que no hayan conseguido salvar a mis dos ángeles! ¿Para qué sirven los médicos, entonces?

El marido le explicó, sollozando, que contra la difteria y la escarlatina unidas, poco podía la medicina. Hicieron cuanto fué posible hacer. Que pensara en la nena... Los vecinos la estaban cuidando muy bien...

— Tráemela pronto. ¿Por qué no vas ahora? — dijo Raquel.

— No, no es posible. Por ella misma debemos antes desinfectar la casa...

Pero la mujer había clavado los ojos en la cuna vacía y no lo escuchaba ya.

— Digo que no me hables de médicos. Todos juntos no saben lo que una madre. Si mi hija se enferma, yo únicamente sabré curarla.

Y sus brazos nerviosos ciñeron a Menena con dureza de garfios. Después miró a Antonio, recelosa:

— Vete ¿eh? vete. No me la toques, no la mires. Quieres robármela, lo sé, y como no puedes, tratas de ejercer sobre ella una influencia nociva... ¡Canalla! Es tu hija, sin embargo. Felizmente tiene una madre que la ampara día y noche, y si viene la enfermedad, veremos quien puede más.

Antonio escuchaba con ceño adusto.

Sí, la enfermedad había venido ya. Al día siguiente del entierro de los varones, los vecinos les trajeron a la niña porque mostraba en su cuerpecito las fatídicas manchas escarlatas y se quejaba de la garganta.

Abrumado por el ensañamiento de la desgracia, el hombre sintióse débil, incapaz de luchar. La vida se derrumbaba.

Su pobre Raquel estaba transfigurada. Una tranqui-

lidad inmensa habíase apoderado de ella desde que viera a su hija presa como los otros en el mal implacable.

— No pretendas asustarme — decíale a Antonio con sonrisa de madre feliz. No te creo, es inútil. La nena está bien. ¿No la ves, no la estás viendo?— acababa gritando en un paroxismo de dolor.

Y tendía hacia él la criaturita que ya ni fuerzas tenía para abrir los ojos. Pero inmediatamente se la negaba, pasando de la violencia a la mayor suavidad:

— Nena: ¿me das un beso? Soy mamita, ¿ves, querida? Mírame... ¡Está la pobre con un sueño!

De repente quedábase contemplándola preocupada, como si acechara a la enfermedad. La sacudía, le alzaba los párpados, le tiraba hacia atrás el cabello, miraba con temor en torno suyo y se la llevaba sigilosamente a otra pieza, cerrando la puerta con precaución.

A medida que la niña empeoraba, la madre, serenamente confiada en el poder salvador de su cariño, sonreíale a Antonio, asegurándole que todo iba bien.



Llegó un momento en que el pobre hombre no pudo presenciar ese cuadro y huyó desesperado, en busca de socorros.

La criatura agonizaba.

Cuando la madre comprendió que estaba muerta, dijo en voz baja: — Se ha dormido. ¡Qué fría está!

Su razón vacilante acababa de irse con la vida de la niña.

Trató de calentarle las manos, echándole su aliento. Después la envolvió cuidadosamente en una manta, y, tomándola en brazos, salió a la calle como un ladrón que teme ser sorprendido.

Más tarde, cuando Antonio pudo dar con ella, hallóla en el cementerio, sentada junto a la tumba de sus hijos, meciendo en su regazo a la niña muerta.

Ella lo vió acercarse con desconfianza. Se apretó más aún contra la losa fría, en un gesto de mayor protección hacia los niños; y entonces, dispuesta para la lucha, brilló en sus ojos una luz de salvaje desafío, como de leona que afila sus garras por la indefensa cría.

EN LAS FIESTAS

y reuniones al aire libre, para que su rostro conserve la suavidad y tersura de la juventud, emplee constantemente en su tocado el

POLVO GRASOSO

Brissac.

Su exquisito perfume no tiene rival.

GUARDE ESTE CUPON, TIENE VALOR
548765
Brissac

Este cupón es copia del que va dentro de la caja y no tiene ningún valor.

POLVO GRASOSO BRISSAC

Representantes en Montevideo:
SASSOLI y ALONSO
Rondeau, 1140 - 42

L. AUBERT y Cía.
JORGE NEWBERY, 3443-65
Unión Telefónica 2045, Belgrano

$ 1.40 la caja

Tengo dolores de cintura, espalda, caderas y cabeza; me siento abatida y nerviosa.

Esto nos escribió la señora D'Angelo antes de usar el Hérculex.

HOY DICE:

Martín Berraondo, Agosto 16 de 1923.

Señor Doctor Sanden. — Buenos Aires.

Muy señor mío:

Con mi mayor agrado vengo a darle noticias de mi salud. Gracias a Dios, estoy muy bien desde que uso su Faja Eléctrica. Hacía ya tres años que sufría dolores de cintura; pero ahora me siento completamente mejorada: así, señor doctor, si tiene la bondad de publicarla puede hacerlo con mi mayor agrado. Sin más que decirle me despido saludándole atte. S. S. S.

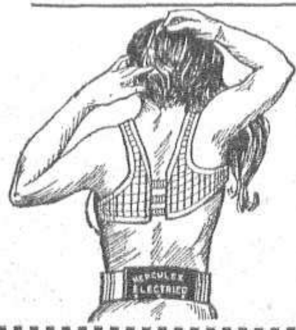
Firmado: **Rafaela D'Angelo.**

s/c. M. Berraondo (F. C. S.)

SEÑORAS, SEÑORITAS, ¿POR QUE SIGUEN SUFRIENDO? Pidan hoy mismo "La Salud en la Naturaleza", un librito que explica cómo miles de señoras se han curado en su propia casa. Gratis y libre de porte a todas las señoras débiles y nerviosas. — Horas de oficina: de 9 a 18.

Compañía "SANDEN" — C. Pellegrini, 105 — Buenos Aires





Para la Belleza de la Mujer

con el Hérculex Eléctrico Desarrollador de los senos.

El elemento vital de la corriente galvánica del "DESARROLLADOR HERCULEX ELECTRICO" favorece especialmente la formación de nuevos tejidos y el enriquecimiento de la sangre. El resultado es satisfactorio y permanente. El precio es de $ **26.20** moneda nacional.

Al pedir el Desarrollador, mande la medida del busto y cintura; dirigiendo toda correspondencia a

Compañía "SANDEN" - Sección Belleza

CARLOS PELLEGRINI, 105 — BUENOS AIRES





Distinguidas señoritas de la Sociedad de Beneficencia acompañadas por las personas que obtuvieron los premios a la virtud instituidos por esa entidad.

LAS PLANTAS MEDICINALES

En tiempos pasados, el arte de curar se hallaba lleno de fórmulas en las que las plantas entraban en considerable cantidad.

La moderna medicina sólo tiene desdén para aquellas viejas recetas que no subsisten ya más que en lo apartado de la campaña, transmitiéndose por tradición cual las recetas culinarias.

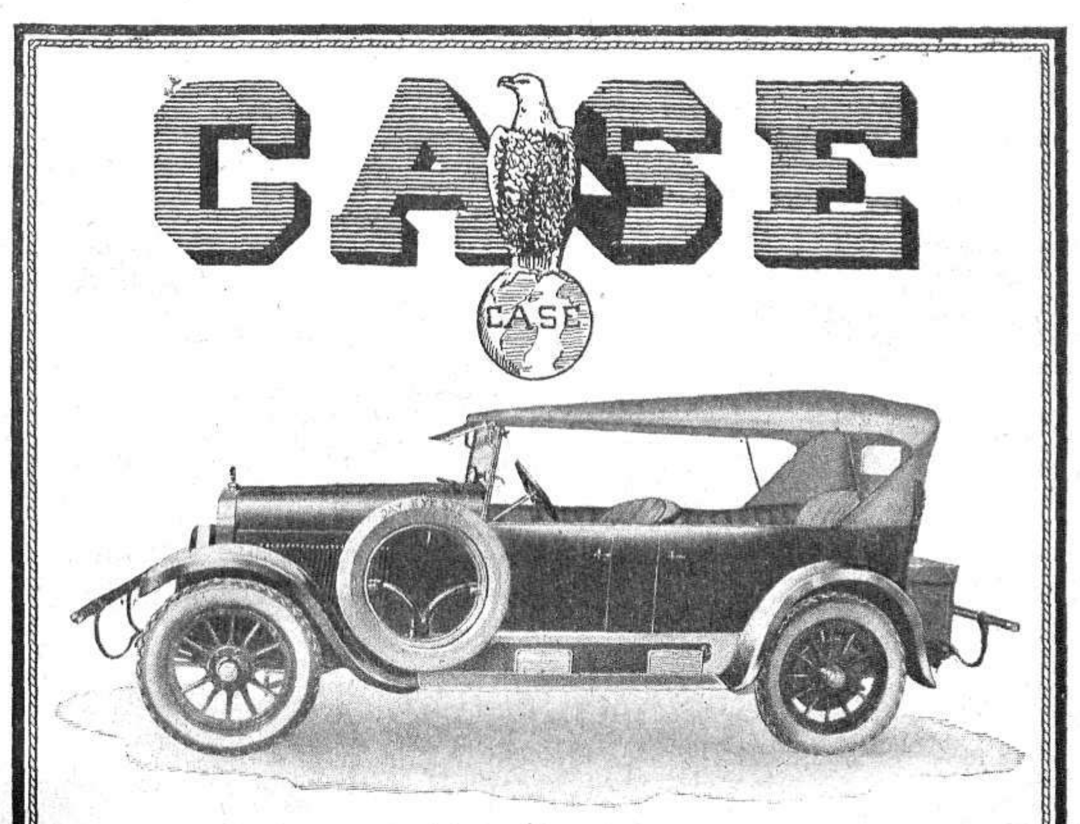
Sin embargo, nos atrevemos a creer que si nuestros abuelos creían en la eficacia de sus remedios vegetales era porque sabían elegirlas y utilizar sus virtudes curativas.

Nosotros, cuando queremos tomar una tisana, nos contentamos con algunos restos de hojas o flores secas, y a la aventura hacer una decocción o infusión, y, sin embargo, hay una gran diferencia en el modo de acción de las plantas según sean frescas o secas.

Los componentes de las plantas se extraen de éstas cuando están frescas y en plena madurez, pero una vez secas las plantas estos componentes, en parte o en totalidad, han desaparecido a consecuencia de los fermentos solubles, hidratantes, oxidantes o reductores, y su decocción probablemente no será más que una forma de tratamiento... por el agua caliente.

Para conservar a las plantas todas sus propiedades hay que reducir los fermentos en el acto de la recolección. Ello se consigue tratando las plantas por el autoclave en presencia de vapor de alcohol o de otro líquido que hierva a menos de cien grados.

Los ensayos hechos con hojas de digital demuestran que después de sometidas al autoclave dichas hojas conservaron íntegramente las propiedades que poseían en estado fresco.



Si Ud. se decide a comprar automóvil, no olvide que del 9 al 18 del próximo mes de Noviembre exhibiremos en el VI Salón del Automóvil varios de nuestros modelos y, en especial, el CASE SEIS Sport Especial, denominado JAY EYE SEE, con motor Continental sello rojo de 32 HP.

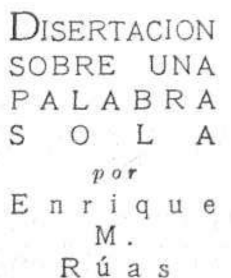
Todos los detalles que hacen de este coche un auto de turismo y de lujo al mismo tiempo, no pueden ser explicados en el breve espacio de un aviso.

La pequeña molestia que implica el traslado al local de la exposición, será ampliamente compensada por el examen de nuestros hermosos modelos.

Visite también nuestro Salón de Exposición y Venta y nos será muy grato ponerle al corriente de lo que significa el CASE SEIS Sport Especial para el automovilista más exigente.

J. I. CASE T. M. Co.

PASEO COLON Esquina BELGRANO. BUENOS AIRES



DISERTACION SOBRE UNA PALABRA SOLA

por

Enrique M. Rúas



SE debe decir abogado o abogada? Si es mujer, se debe decir abogada; si es hombre, se debe decir abogado.

Me diréis que la cosa es viceversa, y que yo debía decir: Si es hombre se debe decir abogado; si es mujer, se debe decir abogada. Puede probarse matemáticamente lo contrario: el orden de los sumandos no altera la suma; el orden de los factores no altera el producto.

¿Por qué pudo creerse que debía decirse abogado, tratándose de mujeres, en lugar de abogada? Porque, aunque subconscientemente, ¡ejem!, consideraban sobreentendida la palabra mujer.

Pero eso era una injusticia de la subconsciencia. ¿Acaso, cuando decimos abogado, sobreentendemos la palabra hombre?

¿Qué injusticia? — me preguntaréis. — Una desigualdad de esas que los socialistas de la antigua moneda llamaban irritantes. Comparad las expresiones un soldado y una mujer soldado. El verdadero soldado es el hombre. La otra es una mujer que se ha metido a soldado. Comparad las expresiones un abogado y una abogado o mujer abogado. Parece que el abogado fuese la substancia auténtica, y la mujer abogado nada más que su sucedáneo; parece que él fuera la liebre, y ella el gato. O la gata, que es peor.

Reconozcamos honradamente que eso no es justo; reconozcamos honradamente que entre los abogados y las abogadas no existe más diferencia que la del sexo.

Volved a comparar las mismas expresiones: un abogado y una mujer abogado. Existe entre las dos la misma diferencia que entre estas otras: una serpiente y una mujer serpiente. Decir una mujer abogado es lo mismo que decir un fenómeno.

Observad ahora al microscopio la palabra abogado en esas dos mismas expresiones. En un abogado, es un sustantivo. Pero ¿veis eso coloradito que tiene allí, con una puntita azul y un rabito violeta, en la expresión una mujer abogado? Bueno, si vosotros supierais un poco de gramática microscópica sabríais que eso, cuando está más desarrollado, es lo que distingue a los adjetivos de los sustantivos. En la expresión una mujer abogado, esta última palabra es un adjetivo rudimentario.



He oído defender el empleo de la palabra abogada diciendo que a Santa Rita también se la llamaba abogada de los imposibles. Pero eso es trampa. La palabra abogada no se emplea ahí en el sentido de profesional del foro, que es de lo que estamos tratando. No es lo mismo que una mujer sea abogada, o que nos sirva de abogada para que un ministro galante con las mujeres nos dé un empleo.

Abogado es a veces el nombre de la profesión, y otras el del profesional. ¿Me decís que el verdadero nombre de la profesión es la abogacía? Os jugaría la cabeza de Holofernes a que no es ni la mitad. Comparad albañilería y oficio de albañil, con abogacía y profesión de abogado. La albañilería es algo más que el oficio; es el arte con todas sus reglas. La abogacía es algo más que la profesión; es la carrera del foro con toda su historia.

¿Me decís una mujer abogado? Es lo mismo que si me dijérais una mujer que ejerce la profesión de abogado. Pero ¿qué es un hombre que ejerce la profesión de abogado? Un abogado. ¿Qué queréis que sea, entonces, una mujer que ejerce la profesión de abogado, sino una abogada? Decid, pues, abogada, y decid también diputada, y si mucho os apuran, decid también concejala.

Por la misma razón que os recomiendo decir abogada, diputada y concejala, debiera recomendaros decir, cuando se trata de hombres, artisto, periodisto y oculisto. Creedme a mí, que soy vuestro amigo. Cuando decís, refiriéndoos a hombres, artista, periodista y oculista, designáis al profesional con el nombre de la profesión.

Y cuando decís feminista y socialista en lugar de feministo y socialisto, designáis al adepto con el nombre de la doctrina. Pero yo os prometo que esto se arreglará algún día. Por ahora, id acostumbrándoos a decir abogada, diputada y concejala.

Os haré una observación para terminar. Ahí tenéis la palabra testarudo. Decís un hombre testarudo y una mujer testaruda. Testarudo son dos palabras soldadas: testa y ruda. En lugar de decir Fulano es un testa ruda, de la misma manera que decís un cabeza dura, decís testarudo cuando se trata del hombre, y testaruda cuando de la mujer. La testa ruda es la cabeza. Y el hombre que tiene una testa ruda es un testarudo. Si dijérais un testa ruda, sobreentenderíais la palabra hombre de testa ruda.

Convenid en que esto de la testarudez abona un poco lo de abogada, diputada y concejala.




VILLAGUAY. — Equipo de la 1.ª división del «Football Club Sarmiento» que ocupa un destacado puesto en el campeonato local, habiendo obtenido en la presente temporada una brillante serie de victorias.

COMO MATAR LOS PIOJOS DE LAS AVES DE CORRAL

Para contrarrestar la propagación de estos parásitos, el mejor polvo insecticida es quizá el fluoruro de sodio. Puede aplicarse solo o mezclado con harina, para así no tener que usar tanta cantidad. Aun cuando es un tanto caro, como que basta una pequeñísima cantidad para cada gallina, al final de cuentas resulta barato. Conservándolo en un lugar seco dura muchísimo tiempo, y con un kilo se tiene lo suficiente para desinfectar un regular número de gallinas durante varios meses.

El fluoruro de sodio puede aplicarse a las aves de corral muy económicamente en la siguiente forma: se coge la gallina con la mano y se le aplica un pellizco de este polvo en la cabeza, otro debajo de cada ala, otro en cada muslo, otro debajo de la cola, otro alrededor de la pechuga y dos en la espalda.

Otro remedio muy eficaz contra los piojos de estas aves es el siguiente: se obtiene una preparación de una parte de ungüento mercurial y 1 ó 2 partes de vaselina; se mezcla todo ésto lo más posible; después con una bolita de esta preparación del tamaño de una habichuela se frota bien el ave debajo de las alas y de la cola. No es necesario ni conveniente frotar todo el cuerpo de la gallina, puesto que los piojos andan siempre de una parte para otra y es seguro que invadirán las partes untadas. Este remedio es barato, eficaz y de fácil aplicación.

Abra su apetito tomando



HESPERIDINA
BAGLEY

EL IDIOMA CASTELLANO EN LA ARGENTINA




Por FLORENCIO GARRIGOS (Hijo)

(Continuación)

ADJUNTAR

Dice Rufino Cuervo que se le figura inútil una vez que existe «incluir» y otros modos de expresar lo mismo. En cuanto a los otros modos de expresar lo mismo, adviértese que también existen para la acepción de las demás palabras castellanas. Respecto de «incluir» anotaremos que vale «poner una cosa dentro de otra» y esta acepción no tiene «adjuntar». Puedo decir «*incluiré* en mi libro varios poemas», pero no «adjuntaré» porque el uso entiende significar con este verbo la acción de poner una cosa junto a otra; así: «por el segundo correo, le *adjuntaré* una copia de mi carta».

Item más, Cuervo, conforme a su doctrina, incurrió en solecismo al emplear «adjunto», adjetivo, en estas frases: «poner adjunto», «remitir adjunto».

Por vía de esclarecimiento diremos que no es lo mismo «enviar *resuelto* el problema» que «enviar el problema *resuelto*»; lo propio acontece con «remitir *adjunto* el recorte» y «remitir el recorte *adjunto*», pues en la primer oración, «adjunto» es participio pasivo irregular, y en la segunda, adjetivo.

Si se admite el uso ilegítimo que el eminente preceptista ha impreso a «adjunto», es obvio que nada obstará para que se empleen las otras formas verbales que hemos derivado del zarandeado vocablo.

AFIEBRARSE

Por estas tierras es moneda corriente: «se encuentra un poco *afiebrado*», esto es, «se encuentra con un poco de fiebre».

También empleamos el participio en acepción de «febricitante»: «estaba calenturiento y *afiebrado*».

Cuervo, para expresar dicho concepto, prefiere echar mano de la voz castiza: «sólo orates, ebrios y *febricitantes* pueden decir que hacen algo *bajo* tales bases o *bajo* tal pie». (Apuntaciones Críticas).

AGRACIADO

«El *agraciado* fué muy aplaudido», asientan a menudo los periódicos luego que notician una fiesta en que hubo distribución de premios y de aplausos.

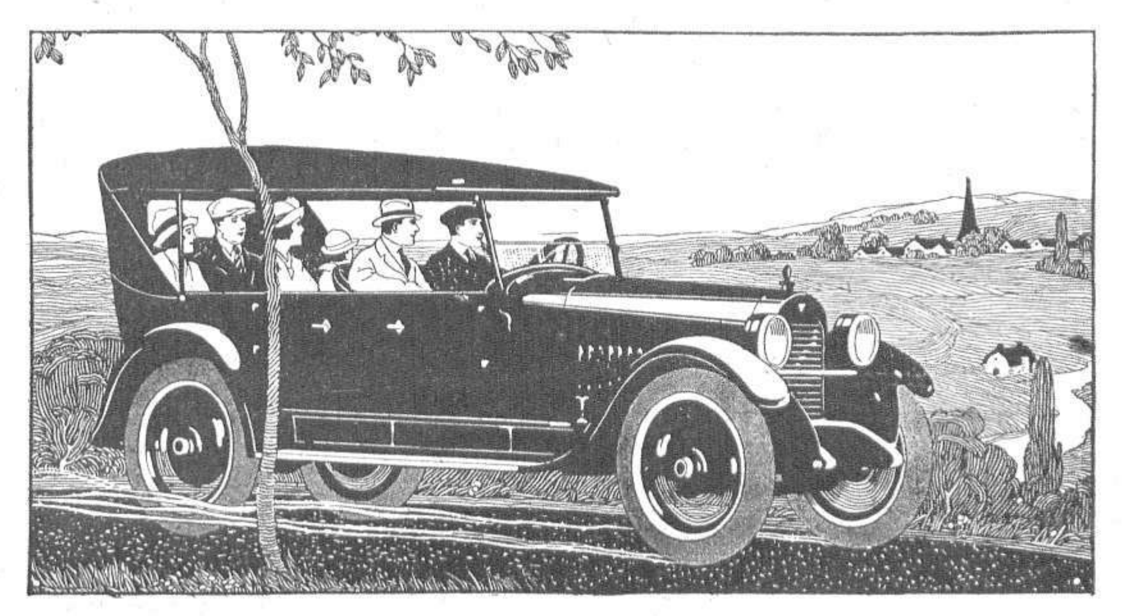
En rigor, «agraciado» es «gracioso», el que tiene gracia; y si queremos (los diaristas) echar por el atajo debemos servirnos de otro giro en que «agraciado» asuma función de participio pasivo del verbo «agraciar», usado éste en la acepción de otorgar una merced. Podríamos, pues, decir: «El autor *agraciado* con el primer premio (o con lo que fuere) obtuvo muchos aplausos».

ALACRANEAR

Denota en nuestra habla la acción del alacrán, arácnido que se presta a un símil que ha sido bien aprovechado: simboliza la persona cuyas palabras, más que fisgas, son saetazos al honor o a la reputación de sus semejantes.

Como no desdice de «calumniar», ni de «difamar», ni de otras *fieras* de nombres eufónicos que tenemos en casa, debemos recibir con cierto júbilo al nuevo huésped, *tanto más cuanto* que en España el instinto popular parece haberlo reclamado tiempo ha; lo cual consta por esta vieja copla popular española: «Dos cosas que no hallarás: — un *alacrán* sin veneno — ni un necio que juzgue bueno — lo que escriben los demás».

(Continuará.)



HUDSON

"LA GRAN MARCA AMERICANA"

LOS MERITOS DE UN AUTOMOVIL
DESDE EL PUNTO DE VISTA DEL PUBLICO, SON:

1.º EL PRECIO:

Del punto de vista del precio, el HUDSON, a $ **7.750.00** (con ruedas de alambre y rueda de auxilio equipada con su goma), representa el mejor valor que existe hoy en Automóviles.

2.º LA DURACION:

No se conoce todavía el límite de duración de un HUDSON, pues los coches que vendimos hace siete años siguen prestando igual servicio impecable como el primer día.
Otro testimonio de ello son las carreras de carretera, en las cuales ningún otro coche resiste impunemente lo que resiste el HUDSON.

3.º EL CONFORT:

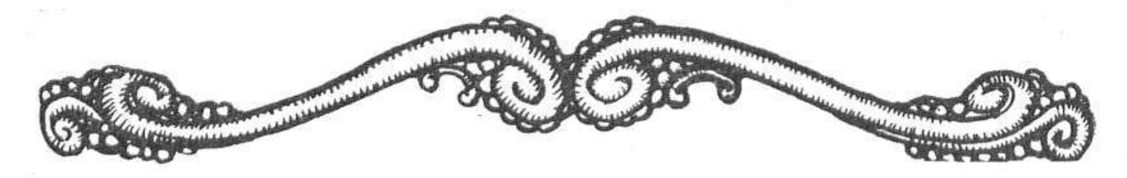
El placer que siente quien maneja un HUDSON es mayor que con cualquier otro coche, debido al "pique" asombroso y a la suavidad y rapidez con que responde su motor — mientras sus acompañantes gozan de la amplitud de la carrocería, la exposición cómoda de los asientos y la buena suspensión.

SI USTED NO LO HA COMPROBADO, PIDANOS UNA DEMOSTRACION.









DE LOS AÑOS MOZOS

EL ESPEJO

A los pocos días de llegar a París una carta venida de España me puso en relaciones con el señor Ferrer. Tanto la preocupación de hallarme expatriado — entonces la palabra «extranjero» envolvía para mis veintidós años una melancolía absurda — como la impresionabilidad de mi carácter, me hicieron sentir desde el primer momento la energía dulce, el temperamento afectuoso pero firmísimo de aquel individuo cuarentón, parco en el hablar, bajito y de recias espaldas, a quien siempre veo en la penumbra de mis recuerdos, entre un gabán de paño azul, con cuello de terciopelo, y un sombrero de copa.

Cuanto en sucintas palabras me manifestó el señor Ferrer estaba impregnado de buen sentido y revelaba su perfecto conocimiento del ambiente que nos circundaba y su deseo fraternal de servirme. Antes de conocerme aquel hombre, todo corazón, había ordenado la parte fundamental de mi vida entre los límites de la más juiciosa economía.

— En el «Hotel París-Nice» — me dijo — he retenido para usted, por treinta francos mensuales, una habitación. Como le supongo a usted frugal, le recomiendo el «Restaurant Sanselme», situado en la misma calle y donde, con «un franco veinte», se almuerza pasaderamente. Abonándose a treinta comidas obtendrá usted, en cada servicio, una rebaja de cinco céntimos. Yo le presentaré al dueño, que es amigo mío...

La llana cordialidad de sus palabras y algo muy noble que emanaba de él me interesaron en seguida. Aquel hombre, de traza vulgar, tenía una barbita canosa, tallada en punta, y el aire ausente.

Algo, que «nunca era aquello de que hablábamos», parecía preocuparle. Me dijo que daba lecciones de español, y soslayadamente, como quien teme aventurarse en explicaciones, me habló de su mujer y de sus hijas. Unicamente cuando la conversación giraba hacia «los de abajo», hacia los hambrientos de pan y de justicia, sus ojos, mortecinos habitualmente, se encendían abrasados por una extraña y poderosa hoguera recóndita. En aquellos instantes el señor Ferrer, que indudablemente batallaba por no descubrirme algo muy ardiente que llevaba consigo, se transfiguraba; sus labios palidecían y comenzaban a temblar; algo divino le estremecía, y bajo sus cabellos, cortos y erectos, su frente adquiría el livor extraño de los iluminados. Irradiaba inquietud y había en él una fuerza turbadora y contagiosa. Su cuerpo vibraba, sus manos se crispaban sobre algo invisible; era como si estuviese sentado sobre un trípode brujo...

Por todo esto yo, que adivinaba un misterio en su sensible oficio de profesor de idiomas, le respetaba y le quería.

Una tarde vino a despedirse.

— Mañana embarcaré en Marsella para Filipinas. Volveré pronto...

No le pregunté la intención de tan largo viaje, ni él me la dijo; y cuando regresó, de nuevo sentí a mi lado su voluntad que se envolvía en silencio.

Un día triste solicité su ayuda, y me dió un «luis». Torné a molestarle en otra ocasión, y de nuevo me socorrió con efusión fraternal. Luego le perdí de vista. Trece años después supe que aquel «señor Ferrer» era el mismo Francisco Ferrer Guardia fusilado en los fosos de Montjuich el 13 de octubre — día de San Eduardo — de 1909.

Aquella habitación del «Hotel París-Nice», en la que había de vivir mucho tiempo, hecha me pareció a mi medida, pues era larga y estrecha como yo mismo. Su techo bajito, casi al alcance de mis manos, producía una emoción refleja de ahogo, de angustia. Cubría las paredes un papel que el polvo y el humo de los cigarrillos obscurecieron, y una alfombra raída, constelada de manchas inclasificables, disimulaba la vejez del suelo. ¿Muebles?... Los absolutamente indispensables: un vetusto lecho de madera, angosto y crujiente, como lleno de dolores; un velador que me servía para escribir, si bien, en realidad, para nada servía; una cómoda, con piedra de mármol, en la que se alineaban mis enseres de tocador y sobre la que campaba un gran espejo, probablemente centenario; y entre la cómoda y la cama, mi maleta, cerrada por un cordel que evocaba la libertadora posibilidad de ahorcarse. A la cabeza del lecho, y como adornando la mesilla de noche, había una vela — la luz eléctrica no regocijaba aún los aposentos humildes — cuyo pabilo negro se doblaba con un dolor de sauce. Aquella vela, símbolo exacto de nuestras vidas, que más brillan cuanto con mayor fervor se consumen, me acompañaba y colaboraba conmigo; la sentía palpitar. De día fría y blanca, estaba como muerta; pero de noche, en la obscuridad de la habitación, señalaba un rumbo y parecía un faro...

Para escribir colocaba el velador delante de la cómoda y junto a la ventana, abierta sobre el húmedo aburrimiento de un patio. En aquel cuarto, donde la perenne agitación callejera levantaba un ininterrumpido y lejano rumor de mar, traduje más de veinte volúmenes, y con crónicas y cuentos compuse un libro cuya edición, empalagosas modestias aparte, quisiera recoger.

Un gesto que inconscientemente repiten mucho cuantas personas realizan una concentrada labor mental, es el de apartar los ojos de lo que hacen y dirigirlos al espacio, mal buscando en el mundo exterior la materialización del pensamiento o de la frase que les preocupa.

Sucedió, pues, que



una tarde al levantar la cabeza vi asomada a ras del mármol de la cómoda y en el espejo, una cabeza juvenil, lampiña y de alborotados cabellos — la mía — que me observaba. Su mirada brillante y distraída, no obstante su fijeza, me traspasó, me hizo daño: era la de un loco; pero en el acto volví a inclinarme sobre el velador, y la imagen desapareció. Este hecho trivial se producía una y muchas veces por minuto, y como empecé a meditar en él consiguió preocuparme. Mi *alter ego*, silenciosamente me imitaba, me espiaba, parodiaba mis ademanes uno a uno. Me puse de pie, y le ví erguirse en el cristal; me dejé caer en la silla, y todo su cuerpo pareció agazaparse detrás de la cómoda; momentos después yo, astutamente, levantaba la cabeza, y él, empleando precauciones idénticas, hizo lo mismo. La copia se igualaba al original, y llegué a no saber si, en aquel juego, era yo el espía o el espiado...

En tales cábalas, cuyo origen y desarrollo malsano atribuyo a mi soledad y a la eremítica modestia de mi alimentación, perdí varias horas, el crepúsculo iba colgando de los aleros sus gasas negras, y yo no quería moverme temeroso de enfrentarme nuevamente con «mi otro yo». Un temblor de superstición me apremiaba, a mi alrededor los objetos parecían adquirir vida propia, y sobre el patio, lleno de sombras, la ventana, bañada en una claridad lechosa y quieta, muy débil, tenía la expresión de un ojo agonizante. Lo que comenzó en burla se convertía en drama. Yo empezaba a creer que dentro de aquel espejo añoso, frío y pálido como el rostro de un viejo aristócrata, vivía un embrujado. Para no verle me deslicé al suelo y, caminando agachado, llegué a la mesilla de noche, donde, serenado repentinamente, me enderecé y prendí la vela.

Mi tranquilidad sólo duró segundos. «El» — le llamaré así — debió de advertir mi huída y me acompañó en ella; y cuando yo encendí mi vela, El, en su misteriosa habitación, hizo lo mismo. Imposible dudar de esto porque yo, desde el sitio en que el terror me había inmovilizado, veía su sombra, quieta sobre el muro. Así permanecí mucho tiempo; el corazón me palpitaba aceleradamente...

— No sabe dónde estoy... — pensé.

Recordando aquella singular escena no dudo de que, en tal momento, la locura pasó cerca de mí.

— Desde el lugar en que se halla — continué meditando — no puede verme...

Mas apenas insinué un leve movimiento comprendí que El me acechaba, pues hizo otro igual. Era el modo de demostrarme «que me había visto».

A partir de aquella tarde aciaga, mi vida fué un tormento: me hallaba víctima de un sortilegio; «mi otro yo» me vigilaba y conocía todos mis secretos; yo le pertenecía.

Esta convicción enloquecedora fué creciendo. Como el espejo era tan grande y tan exigüa la habitación, El me seguía a todas partes: al levantarme, al acostarme, mientras trabajaba, cuando, a intervalos, me paseaba para desentumecer las piernas... le veía levantarse, acostarse, trabajar o ir y venir copiando mis actos con ritmo desesperante. De noche la ficción cobraba mayor intensidad. ¿Qué adelantaba yo desnudándome de espaldas al espejo si, con la luz tenue de la bujía, las paredes se cubrían de sombras?... Eran brazos gigantescos, que se quebraban en los ángulos de la estancia; manos enormes que corrían, cual cangrejos monstruosos, por el techo y luego iban a esconderse en la obscuridad de la alfombra; cráneos absurdos, torsos y perfiles de quimera... y yo pensaba que era El quien, desde el espejo, realizaba aquellos visajes.

A aumentar la ópima cosecha de mis inquietudes contribuía el hecho de hallarse el espejo colocado precisamente frente a la puerta; de modo que, al salir yo de la habitación, «lo último» que veía era a mi *alter ego*, que salía en dirección opuesta, a través del muro, abrochándose el gabán o poniéndose el sombrero, y con el rostro vuelto hacia mí, para mirarme; y de noche, al regresar, en el instante preciso de abrir la puerta y merced al claror sutil que había en la escalera, quien primero me salía al encuentro era El: yo le veía surgir borrosamente en la entraña turbia del cristal y adelantarse hacia mí como si me hubiese estado aguardando.

Aquellas citas, a las que ambos acudíamos con exactitud alucinante, me desesperaban, me rompían los nervios. A veces, con la esperanza de sorprenderle descuidado o ausente, subía la escalera de puntillas y, cautelosamente, entreabría mi puerta. En el acto, sobre el espejo, se dibujaba una línea vagarosa de luz. En cierta ocasión esta raya fué tan delgada, tan débil, que mis ojos nada vieron en ella. El espejo negro, estaba vacío. ¿Sería posible que mi enemigo se hubiese ido?... Pero apenas empujé la puerta un poco más, El, semejante a los muñecos de las cajas de sorpresa, resurgió; y entonces comprendí que, a su vez, sin que yo lo advirtiese, desde aquella rayita me había estado observando.

¡Malditos espejos!... ¿Fué el Malo quien os inventó?... El espejo es la representación plástica de la conciencia; es la conciencia del cuerpo; como el sentido íntimo es el espejo del espíritu...

Yo estaba enfermo, comprendía que los diablejos de la neurastenia jugaban conmigo, y no me decidía a referirle a nadie mi situación; el temor a que mis oyentes se mofasen de mí sellaba mis labios. Pero mi mal iba agravándose y, al fin, cansado de luchar con él, se lo confesé a mi amigo más íntimo. Mi declaración la principié así:

— Ha de saber usted que me muero de miedo ...

Hablé con apasionamiento, con elocuencia vibrante; procuraba emocionar a mi camarada y deslizar en sus mejillas una palidez. Pero él era un hombre alegre, que tenía amigas y comía bien.

— En nada de eso — exclamó — hallo asomo de sentido común: dígale usted a su hotelero que el espejo que tiene usted en su habitación le molesta; que se lo lleve... ¡Y ya está usted curado!.

....

Mi amigo acertó.

Fué la suya una lección preciosa, una receta sencilla y radical que he utilizado diferentes veces, y a la que debo muchos años de paz. Nada es más fuerte que nosotros.

Lector: cuando una cosa te estorbe, no te apures: haz que se la lleven.

EDUARDO ZAMACOIS

Cómo defiende un pueblo su salud y su bolsillo

(*Conclusión*)

El lechero no es el único que visita la fuente con demasiada frecuencia, puesto que se agrega el agua en cantidad excesiva a las ostras, los zumos de frutas, los productos en latas, al vinagre y a los granos, y aun en las frutas secas. La ley prohibe terminantemente el uso de preservativos tales como los ácidos salicílico y bórico. La ley prohibe el uso y venta de ácidos tales como salicílico y bórico para la conservación de frutos, legumbres y carnes frescas.

En su ansia inmoderada de hacer dinero el falsificador o adulterador de alimentos no tiene noción del crimen o delito que comete; su intención no es aviesa; cegado por la idea del lucro no ve otra cosa y generalmente su ignorancia es tal que no cree sean grandes los perjuicios que pueda causar su mala acción.

Sin embargo, fué el peligro que a la salud podían ocasionar las adulteraciones lo que al fin despertó el sentimiento público hasta el punto de conseguir a fuerza de reclamos la promulgación de leyes nacionales y de los estados para el control de alimentos. Fué la consideración de la salud pública la que inspiró a la Asociación Americana de Salubridad Pública, a las varias asociaciones médicas, a la Sociedad Química Americana, a los funcionarios públicos y a otros muchos interesados en la sanidad pública, a abogar por la promulgación de dichas leyes.



En la Oficina Federal se ensaya y examina cuidadosamente todo el te que llega a los Estados Unidos antes de permitir su entrada al país.

Desde el principio se reconoció, como se reconoce hoy, que aunque la adulteración practicada únicamente con el objeto de abaratar la producción no implica, por lo general, el utilizar substancias peligrosas para la salud, ello no quita que la salud se perjudique disminuyendo para algunos la proporción nutritiva de los alimentos hasta un punto peligroso. La leche a la cual se añade agua no es peligrosa si el agua es perfectamente pura, pero el niño, el inválido u otras personas, para quienes la leche constituye el principal alimento, se ven privados de suficiente nutrición al beber semejante leche. Las adulteraciones para abaratar los alimentos pesan más sobre las clases pobres, que son menos capaces de resistir sus efectos, que sobre las otras. La gente acomodada, que son minoria, pagando mayores precios tiene mayores probabilidades de obtener alimentos no adulterados, mientras que las clases pobres, forzadas a comprar a los precios más bajos posibles para obtener suficiente cantidad de alimento, reciben los productos adulterados, pues los precios bajos son la consecuencia de las adulteraciones que abaratan el producto.

Por eso es de vital interés cuidar de la pureza y calidad de los víveres que se expenden, pues en ello va el porvenir de la raza ya que el pueblo es la base sustentadora de toda la nación.

Fácilmente ganará dinero

Mande su dirección y recibirá gratis **UN MANUAL PARA APRENDER A ESCRIBIR A MAQUINA** y folletos explicativos de los cursos que enseñamos por **CORRESPONDENCIA.**

TENEDOR DE LIBROS — CONTADOR MERCANTIL — TAQUIGRAFIA — CORRESPONSAL — ORTOGRAFIA — CALIGRAFIA — ARITMETICA — MECANICO—ELECTRICISTA — DIBUJO INDUSTRIAL — DIBUJO ARTISTICO—CONSTRUCTOR —CHAUFFEUR — MAQUINISTA

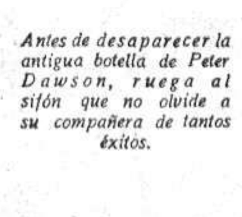
Devolvemos el dinero al alumno desconforme durante los dos primeros meses de estudio.

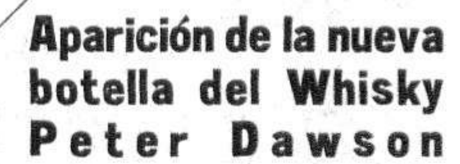
ESCUELAS SUDAMERICANAS
1059, LAVALLE, 1059 — BUENOS AIRES

....
Nombre

....
Dirección

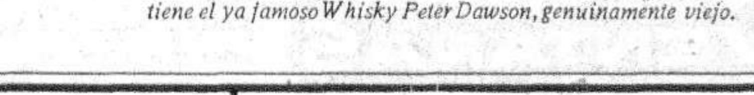
....
Localidad (C. C.)


Antes de desaparecer la antigua botella de Peter Dawson, ruega al sifón que no olvide a su compañera de tantos éxitos.


Aparición de la nueva botella del Whisky Peter Dawson

"SUPERFICIE LABRADA"

LAS asperezas e irregularidades que presentan los nuevos envases del Peter Dawson tienen por objeto evitar que ciertos comerciantes de otros países poco escrupulosos estampen etiquetas falsificadas del Peter Dawson en botellas que contienen Whisky de calidad muy inferior.


Por tanto, cuando Vd. se halle en presencia de esa botella característica "Superficie labrada" puede estar seguro que contiene el ya famoso Whisky Peter Dawson, genuinamente viejo.

Enlaces



Señorita Matilde Bettoli con el señor Cataldo Divito. — 9 de Julio.



Señorita Josefina Giacone con el señor José Consoli. — Capital.



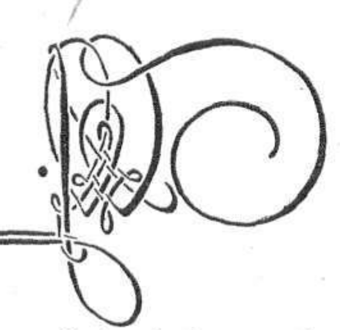
Señorita Haydee A. Lupano con el señor Segismundo Kulberg. — 9 de Julio.



Señorita Estrella U. Furundarena con el señor Héctor Filiberti. — Rosario.



La herencia *del* padre





UANDO se dijo que Fernando Ramírez había huído de su casa dejando hijos y mujer, nadie creyó la nueva. ¿Por qué iba a cometer semejante locura? Adelaida, su esposa, era una mujer excelente; sus hijos hermosos, sanos, hablaban por sus ojos de la gloria de la vida. Hambre no conocieron. Desde joven Ramírez tenía empleo, un envidiable empleo, largamente remunerado y liviano. No era vicioso; amaba a sus hijos, convivía en paz con su mujer y parecía quererla con tranquilo acatamiento. En el vecindario no encontró eco, pues, la noticia y se esperó que el tiempo confirmara los tristes presagios de la esposa.

Pero tuvieron que convencerse de la inflexibilidad de los hechos.

Con la búsqueda, se agotaron también las hipótesis. No había robo, malversación, amoríos, nada. La causa estaba en él mismo, en su locura, porque no podía ser otra cosa sino locura la causal de aquel acto indigno y torpe. Pero, ¿se había ido en verdad lejos del lugar o había muerto o le habían muerto?

Y la gente se aferró al suicidio o al crimen como supremo recurso, especialmente las mujeres, que veían en la huída de Ramírez un ejemplo nefasto para sus maridos.

Asesinado o suicida la cosa cambiaba de aspecto. Nadie puede ir contra la fatalidad; nadie puede evitar que le maten, ni matarse cuando el destino así lo determina. Y las mujeres, generalmente, son fatalistas.

Sin embargo, y no obstante haber aceptado la tragedia, la conformidad no asentaba en los espíritus. Había que saber; se necesitaba conocer las ideas y los pensamientos que trabajaron el cerebro del desaparecido hasta el momento de la catástrofe. Pero ¿cómo? y ¿quién?

Y surgió lo imprevisto; lo inesperado, por ser lo más lógico y razonable: una carta de Ramírez a su esposa, enviada desde lejos, seguramente. No tenía procedencia; y Adelaida, nerviosa, había roto los sellos del sobre.

Decía la carta:

«Mujer: Te debo una explicación, que ha de servirte para responder a nuestros hijos el día que pregunten por su padre, porque no volveré a verles, ni sabré de ellos más, seguramente. Si tu espíritu vive agitado por la incertidumbre, cálmalo: ningún agravio de tu parte, ni nada que pueda recaer sobre ti o tus hijos, me indujeron a huir. He huído por mí, por algo que nunca había sentido, pero que me hizo la vida imposible en aquella comodidad tanto tiempo buscada y lograda a costa de tantas economías. Tú, como mujer inteligente, como buena mujer y noble compañera habrás de comprenderme; por eso te escribo y te explico. Te escribo — entiendes — para que la imposibilidad de detenerme te haga comprender y te coloque a la altura de mi acción, perdonándome. Si esta confesión la hubiera hecho al partir, hubieras calmado mi locura con tu llanto, paralizado mis piernas con los brazos de mis hijos, y matado de la locura más horrible: la desesperación de la impotencia. Estoy libre ahora: mis talones tienen alas, mis brazos tocan las nubes y mi cerebro rompe el cielo y traspasa los mundos en una carcajada de gozo infinito. Soy libre, ¡libre! ¡Libre!, la primera condición de la grandeza; la primera virtud del aire, la luz y el agua. ¡Libre y solo! ¡Cómo el héroe inmortal! ¡Cómo Dios mismo! Y libre he de servir a algo más grande que al horrible vivir del hombre tranquilo y feliz.

No se hizo el mundo para la paz de la gente: dormir, comer, emplear las fuerzas en dosis diarias para cosas tan torpes como la propia tranquilidad, que rebaja al hombre a la categoría de las bestias y aniquila su grandeza contra el heroico destino de la especie.

Mientra creía que el mundo se reducía a la mesa de comer, al sillón tapizado, a la cama mullida, al goce animal de los apetitos y al modesto temor de Dios, luché por ellos, para dejar a mis hijos la herencia de una vida tranquila, virtuosa y honesta. Pero el mundo no es eso; no puede terminar donde empieza la locura; no puede oscurecerse donde la luz resplandece en eclosión de gloria; ni acallarse donde lo desconocido suena todas las voces del misterio. ¡La vida no está en el paso lerdo del buen empleado, ni en el ademán austero del pobre respetuoso, ni en el método invariable del sujeto honrado! Al menos para mí.

Yo que he sido todo eso lo niego con las fuerzas de mi alma; yo que he sentido durante años y años la vergüenza de mi inutilidad, frente a la maravilla de los mundos; yo que he sentido un día el ansia de algo grande, te digo que no es cierto.

Algo habla ya al oído de los hombres, que les enloquece de locura creadora, de novedad, de deseos de grandeza, de fe en el destino heroico de las razas. Algo palpita en torno nuestro que nos avergüenza de la miseria material, y que nos grita: álzate, camina, corre, estréllate contra el misterio, salta por sobre las nubes, baja al fondo de las aguas; sacude el sueño del mundo con una nueva fe, o una nueva esperanza, porque sin fe, sin esperanzas y sin alegrías heroicas el ser humano es un gusano mísero y repugnante. Dadle alas, luz, calor, locura, y no ceses hasta que el mundo retumbe en el grito del dolor más hondo, o de la más grande ansiedad. Vuela, corre, calla, muere... Ese algo me arrancó de tu lado y me lleva lejos, como un ariete, como una lanza tronchada, a hundir el misterio, o a deshacerme en el polvo de mi propia invalidez, pero alegre y feliz, con la alegría y la felicidad que solamente se conocen en esta infinita locura del nuevo vivir heroico y fecundo.»

Un silencio de muerte reinó en torno de la esposa. Nadie se atrevió a lanzar su carcajada; pero se fueron todos, comprendiendo que Ramírez estaba loco. La mujer miró a sus hijos, y en medio del dolor, sin saber lo que decía, murmuró:

«Hijos: he aquí la herencia del padre.»

F. DEFILIPPIS NOVOA

Nunca se le ocurrió pensar a lo mejor,

que la eficacia de un remedio, y un remedio significa a veces la vida misma, depende siempre de la calidad de los productos que se emplean en su preparación primero, y luego de la competencia del preparador. Cuando usted haga suyo este convencimiento de importancia capital comprenderá recién entonces porque nuestras dos farmacias, la de Defensa 192 y la de Florida 159 cuentan invariablemente con la preferencia de médicos y enfermos.

Damos calidad, perfecta preparación, no cobramos nunca más de lo que vale lo que entregamos y cada uno de nuestros empleados atenderá al cliente tal como lo merece: ni más ni menos.



192, DEFENSA, 192

Unica Sucursal :

FLORIDA, 159 (Pasaje Güemes)

U. Telef. del 5921 al 5925, Avenida



De San Luis

MERCEDES. — El gobernador y autoridades provinciales presidiendo el banquete ofrecido por los miembros de la colectividad italiana, en conmemoración del 20 de Septiembre.



Banquete de despedida ofrecido al doctor Ventura S. Ojeda por un núcleo de amigos con motivo de su próxima partida de esta ciudad.

En 3 minutos un **vestido nuevo**

¿Cómo?

Comprando un paquete de la maravillosa ANILINA ALEMANA

VENUS

EXIJASE



ESTA MARCA

única en el mundo que tiñe instantáneamente toda clase de géneros, seda, lana, algodón, sin dañar las telas, por finas y delicadas que sean. No mancha las manos ni los utensilios. Es la única que da los colores más firmes y brillantes. Es la más sencilla, la más económica y la más segura de cuantas se conocen.

SOLICITE POR CARTA MUESTRA GRATIS

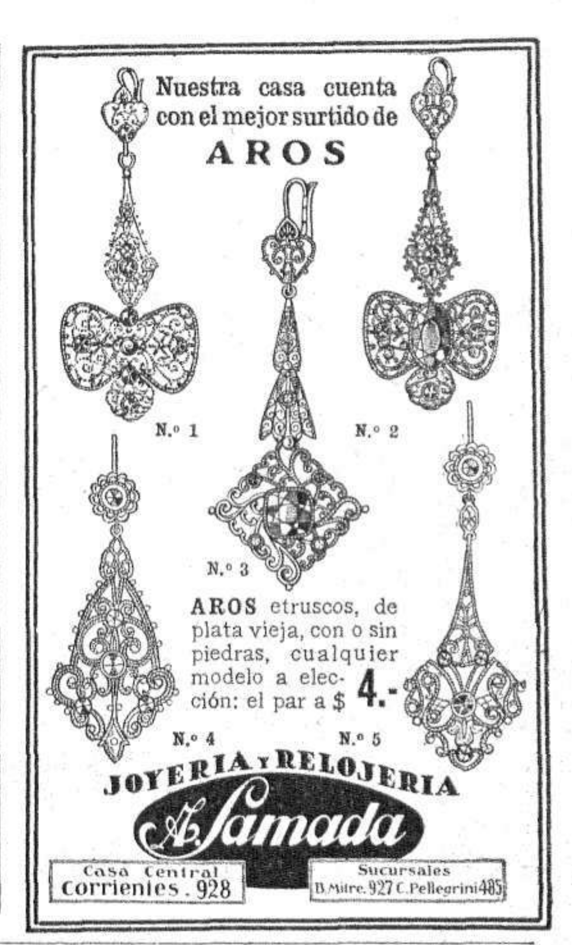
Se la remitiremos a vuelta de correo.

20 COLORES	Castaño obscuro	Kaki
Negro	Castaño claro	Naranja
Azul marino	Gris perla	Vert-gris obscuro
Violeta	Amarillo	Bleu
Lila	Rosa viejo	Azul celeste
Verde obscuro	Rosa pálido	Colorado
Verde claro	Punzó	Vicuña

PRECIO DEL PAQUETE: $ **0.80**

En venta en Farmacias, Droguerías y Ferreterías.

CODINA & Cía. — Tacuarí, 24 — Buenos Aires



Por la Supercalidad

se destaca siempre la deliciosa y fina YERBA MATE

RIGOLETTO

RICA, PURA Y LA QUE MAS DURA

La satisfacción que dejan los mates de **YERBA RIGOLETTO** es la fuerza que induce al consumidor a preferirla sobre las demás marcas.

Es tan agradable para mate dulce como para mate amargo.

Tome parte en el **GRAN CONCURSO**

RIGOLETTO

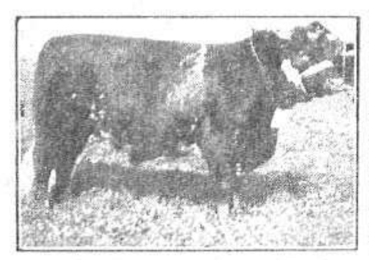
y gane la LOTERIA del MILLON SIN COMPRAR BILLETES.





5a. Exposición anual de ganadería y agricultura en Coronel Suárez, F. C. Sud.

ESCASA EN NUMERO, PERO EXCELENTE EN CALIDAD

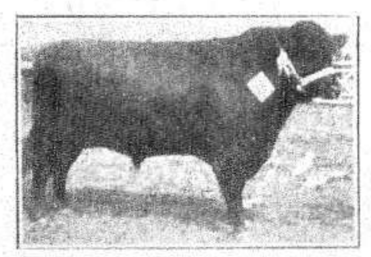


Primer Premio y campeón toro Shorthorn de pedigree. Criado y expuesto por P. y G. Hughes

Cuando un grupo de progresistas criadores y residentes en el partido de Coronel Suárez procedieron conjuntamente, seis años hace, para discutir la formación de una Sociedad Rural con el objeto de establecer exhibiciones anuales en el centro de aquel distrito, la ganadería y la industria agrícola se hallaban en condiciones más florecientes que en la actualidad. Alentados por el buen resultado de sus primeras exposiciones y trabajando con el deseo de desenvolver los intereses generales del distrito, los fundadores jamás flaquearon en sus esfuerzos, no obstante los serios obstáculos que hubieron de ir venciendo temporada por temporada, debido a inundaciones, secas y crisis, y es necesario decir que lograron realizar una labor verdaderamente notable.

Desde su fundación pocos cambios se registraron en el personal que actúa en la comisión de la Sociedad, y entre las personas que han trabajado bien y mucho por su desarrollo hay que mencionar a los señores Adolfo Jencquel, John Sewell, Alberdi Hnos, Celestino Garros, Samuel Davies, Atanasio Navarro y David Maitland. Y es generalmente sabido que sobre los hombros de los dos primeros ha venido descansando la más ruda tarea, los cuales — es placentero consignarlo — muestran hoy las mismas energías y entusiasmos que hace cinco años, y merecen muy especialmente alabanzas por el éxito alcanzado con la exhibición de este año.

Lo primero y principal, hay que decir que la crisis ganadera se ha dejado sentir más severamente en el sur de la república, o, dicho más concretamente, en el sur de la provincia de Buenos Aires, y esto por la simple razón de que esta área de terreno es más bien criadero que engordadero de ganado, y cualquier persona bien informada sabe que el criador ha sido peor maltratado por la crisis que el invernador. Además, hay que tener en cuenta la escasa demanda para animales destinados a la crianza y los bajos precios que han obtenido éstos de algún tiempo a esta parte, lo que es natural que no recompense a los criadores de pedigree, que han de atender a los gastos que origina el cuidado de buen número de ejemplares para ser exhibidos, sin olvidar también los de transporte desde largas distancias por ferrocarril con pocas perspectivas de poder venderlos a precios remunerativos.



"Curamalan Elginor 42", primer premio y campeón toro Aberdeen-Angus. Criadores y expositores, Estancia y Colonias Curamalan

Con todo, la Sociedad Rural de Coronel Suárez se ha podido defender en gran medida en el sostenimiento de sus criadores locales, y es bueno hacer constar que muchos de ellos consiguieron hacer de la exposición un notable éxito, enviando a la misma más animales que en ocasiones anteriores, cuando los competidores de otras partes de la república, alentados por buenas perspectivas de venta, concurrían también con sus animales.

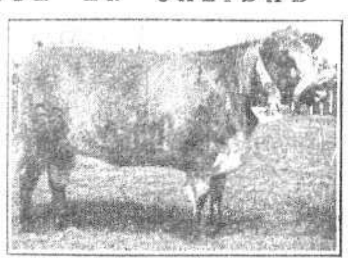


Presidente (1) A. Jencquel, secretario (2) Celestino Garros y vocales de la S. R. de Coronel Suárez.

Hablando en general, los registros de este año fueron considerablemente inferiores a los de pasadas exhibiciones, pero, en cambio, es satisfactorio consignar que la calidad resultó excelente en todas las secciones.

Lo mismo en las categorías para machos que para hembras de pedigree y de no pedigree Shorthorn, se presentaron varios ejemplares excelentes, y los campeones eran de mayor mérito que los registrados en anteriores exhibiciones, lo cual pone de manifiesto por sí mismo los magníficos progresos realizados por los criadores locales.

El campeón Aberdeen-Angus fué, con excepción del de Palermo, el mejor espécimen de raza que el que subscribe ha visto en todas las exposiciones de este año, y revela gran crédito para la cabaña «Curamalán», en tanto que la competencia en la sección equina resultó reñidísima como tampoco recordamos otra. Además, pudimos advertir algunos excelentes carneros y muy buenos porcinos Berkshire. En la sección industrial, tanto por su número como por su calidad, apreciamos asimismo un desarrollo mayor que en otras exposiciones pasadas. En resumen: la Sociedad Rural de Coronel Suárez puede mostrarse muy satisfecha de que su exhibición de 1923 haya constituido un buen éxito.



"Eternal Frost", primer premio y campeona Shorthorn de pedigree y ganadora de premios particulares. Criador y expositor, Adolfo Jencquel.

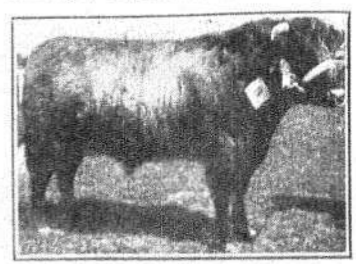
Ejemplares de pedigree Shorthorn. — Siete toros se presentaron ante el jurado, correspondientes a la categoría de dos años y medio, y un bien desarrollado rosillo de buena calidad, de «El Inca», hijo del importado «Notlaw Bonaparte», se llevó el primer premio. Este animal cargaba una buena cabeza y grandes carnes, siendo de buen toque, ganando después el campeonato de la raza y consiguiendo también varios premios especiales.

El segundo en la categoría fué un espléndido colorado de gran lomo, hijo del norteamericano «Ace of Trumps». Este toro criado en la cabaña «Las Dalias», es de costillar bien arqueado y mucho carácter racial, pero poco alto de los remos traseros.

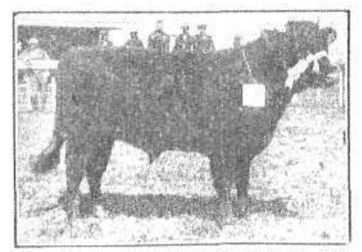
Una docena de animales compitieron en la categoría de dos años, de buena a inferior calidad, y aquí el señor Adolfo Jencquel ganó fácilmente con un rosillo de lomo ancho y derecho, espaldas lisas y bien colocadas, costillas arqueadas y con mucha carne de buen toque. A este toro se le adjudicó después el reservado campeón y el trofeo «El Inca», formando además parte de los tres ejemplares que se llevaron la Copa «Francisco Alberdi» y el premio conjunto.

El segundo en esta categoría fué un rosillo de «La Jacinta», de buena calidad, pero un poco alto de lomo y en los remos traseros. La cabaña «El Inca» se llevó el tercer premio con un animal colorado y blanco escaso de peso.

La categoría para toros de 18 meses vióse menos concurrida, y sin embargo, el ganador era un ejem-



Primer premio y reservado campeón toro Shorthorn de pedigree y ganador de premios particulares. Criado y expuesto por la Cabaña "Las Dalias"



Campeón toro Shorthorn sin pedigree. Criado y expuesto por Guillermo A. Brown, "El Central".

plar rosillo de 10 meses que fué muy admirado por su calidad, carácter racial y tipo; muy bien conformado, de hermosas líneas y de carnes perfectamente repartidas, siendo un torito de grandes promesas. Lo exhibió D. Adolfo Jenequel, de «Las Dalias», y será visto otra vez en exhibiciones del próximo año. Formó, también, parte del trío que se llevó el campeonato de grupo y la Copa «Francisco Alberdi».

Los primeros y segundos premios en las categorías de pedigree Shorthorn para hembras fueron adjudicados a excelentes vaquillonas de gran calidad, de la cabaña «Las Dalias», y asimismo el campeonato y el reservado campeón.



Padrillo Suffolk Punch, primer premio y campeón. Criadores y expositores, Estancia y Colonias Curamalán.

Non-pedigree Shorthorn. — En esta sección la calidad resultó ser de muy alto *standard*, y como de costumbre ocurre cuando él exhibe, el señor Guillermo A. Brown, de la cabaña «El Central», se llevó la mayoría de los principales premios por sus animales «a galpón». En la categoría para toros de cuatro dientes, ganó el primero y el segundo premios con buenos ejemplares la cabaña «El Central», mientras «Cochicó» se llevó iguales honores en la categoría de dos dientes.

En la categoría para toritos de dientes de leche correspondieron los tres primeros premios a «El Central», siendo el ganador un animal de buenas líneas y de mucho carácter racial, excepcionalmente proporcionado, al que se le adjudicó el campeonato de la raza sin pedigree



Grupo de toros Shorthorn de pedigree a palenque ganadores del primer premio. Criados y expuestos por Adolfo Jenequel.

y el medallón del Senado de la provincia de Buenos Aires, formando parte, además, del grupo que ganó definitivamente la Copa de Plata ofrecida por el dueño de «El Central».

La cabaña «Las Dalias» ganó un primer y segundo premios, y el reservado campeón con muy buenas vaquillonas, y la cabaña «El Central» el primer premio y el campeonato con una rosilla de gran calidad y mérito propio. El premio de reservado campeón para toros sin pedigree y la Copa «Ferrocarril Sur» fueron ganados por «Cochicó» con un toro de muy buena calidad, al que correspondió también la categoría de toros de dos dientes.

En la sección a palenque para machos y hembras, en grupos de tres animales, el señor A. Jenequel, de «Las Dalias», ganó todos los premios con ejemplares de alta calidad y muy bien presentados, y para grupos de tres toros a corral, el señor Benjamín Alberdi se llevó el primero y el segundo premios y la Copa «Santa Isabel», y el señor Jenequel un primer honor.

Aberdeen-Angus y Hereford. — Los únicos expositores en la sección Aberdeen-Angus fueron «La Estancia y Colonias Curamalán» y E. B. Perkins. El primero ganó todos los primeros premios, y el toro de dos años que se llevó el campeonato era un excepcional ejemplar de hermosas líneas, remos cortos, costillaje arqueado, costado lleno, buen pellejo, abundante de carnes y de gran toque, el cual hubiera ganado una categoría en la exposición de Palermo.

El toro de «La Cascada» que se llevó el primer premio y el campeonato Hereford era solamente un animal de notoria calidad, pero inferior a los ganadores de los años anteriores.

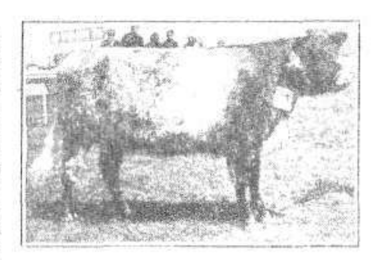
En las categorías para las razas lecheras con ejemplares Holstein le correspondieron todos los premios al señor Samuel Davies.

Equinos. — Esta sección se vió más y mejor concurrida que en ocasiones pasadas, y los ejemplares de las razas Shire y Suffolk Punch presentados por «La Curamalán», de gran calidad, merecieron elogiosos comentarios tanto del jurado como de los espectadores, consiguiendo fácilmente todos los premios de las categorías y atrayendo la tención general.

Ovinos. — Estas categorías viéronse pobremente disputadas. Todos los principales premios, incluyendo el campeón y el reservado campeón, se los llevó la cabaña «La Celina», del señor José G. Alberdi, con sus ejemplares Lincoln, y asimismo las Copas «Bernardo Bohle», la «Kia-Ora» y la «Federico Miller».

Las cabañas «Las Mercedes» y «Las Dalias» se repartieron los honores de la raza Rambouillet, y en las categorías para carneros a corral, el señor Celestino Garros se llevó el primer premio y la Copa «Andrés Gurruchaga y Cía.» con un grupo parejo de animales de alta calidad y de buenas lanas y armazones.

Porcinos. — La única raza representada en esta sección fué la de los Berkshires, y el primer premio y la Copa «Campion Hnos.» correspondieron a la cabaña «La Jacinta» con un espléndido tipo de macho, pero [illegible]



Primer premio y campeona Shorthorn sin pedigree. Criado y expuesto por Guillermo A. Brown, "El Central".

que a ciertos criadores no gusta nada.

La Copa Municipal. — Este es un muy preciado trofeo que todos los años despierta el mayor interés entre los exhibidores de todas las secciones. Esta Copa es ofrecida por la Intendencia Municipal de Coronel Suárez para que sea adjudicada al ganador del mayor número de puntos en todas las secciones de la exposición, habiendo correspondido este año al señor Adolfo Jenequel, de la cabaña «Las Dalias».

La ceremonia de la inauguración. — Resultó muy concurrido por el público el acto inaugural, el que tuvo lugar la tarde del domingo del día 30 de septiembre pasado. El señor



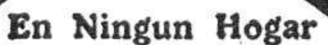
Campeón Carnero Lincoln.

Celestino Garros pronunció un interesante discurso en que puso de manifiesto los progresos alcanzados por la Sociedad y el buen trabajo realizado por los miembros de la misma y por los criadores de la provincia, exhortando a todos para que continúen dedicando sus esfuerzos a la ganadería e industria agrícola, contribuyendo de este modo a resolver la crisis, agregando que las ridículas e «imposibles» leyes y proyectos acerca del particular sólo servían para agravar la situación. Concluyó su notable peroración dando las gracias a Mr. Mauricio Garrett en el nombre de la S. R. de Coronel Suárez por la competencia, el interés y la manera satisfactoria con que supo juzgar todas las secciones de la exhibición.

Gmo. St. J. Peters.



El desfile de campeones el día de la inauguración; Master Jack Sewell conduciendo al campeón Shorthorn de pedigree.



En Ningun Hogar
habrian de faltar
PASTILLAS VALDA
Este remedio respirable preserva de los peligros del Frio, de la humedad, del polvo y de los microbios, constituye un tratamiento energico do todas las afecciones de la Garganta, de los Bronquios y los Pulmones.

Tanto para los **NIÑOS**, como para los **ADULTOS**, y para los **ANCIANOS.**

Este EXCELENTE PRODUCTO
ha de tener cabida en todos los hogares
Procuraos hoy mismo
UNA CAJA DE
PASTILLAS VALDA
Pero sobre todo EXIGID, como es debido,
LAS VERDADERAS
que se venden ùnicamente
en CAJAS con el nombre
VALDA
en la tapa y nunca de
otra manera.







LA AMERICANA
de RUJENSKY Hnos.
1356 - CORRIENTES - 1356

REGIO DORMITORIO, de roble macizo, formato 3 cuerpos, 3 lunas, a.................... $ **280.—**
El mismo juego con 1 luna, a pesos.................... **260.—**
El mismo, imitación roble o cedro, a.... $ **185.—**
El mismo, más chico.. $ **155.—**
COMEDORES, desde.. » **175.—**

Solicite catálogo H con la nueva rebaja de precios. — Embalaje y acarreo gratis.



LA TORTURA POR LA ESPERANZA



— ¡Oh! ¡una voz, una voz para gritar!
EDGAR POE: *El pozo y el péndulo...*

BAJO las bóvedas del Gobierno de Zaragoza, al caer de una tarde de aquellos tiempos, el venerable Pedro Arbués de Espila, sexto prior de los dominicos de Segovia, tercer Gran Inquisidor de España, seguido de un fraile redentor (encargado del tormento) y precedido de dos familiares del Santo Oficio provistos de linternas, descendió a un escondido calabozo. La cerradura de una puerta maciza chirrió; penetró en un mefítico *in pace*, donde un triste destello del día, cayendo desde lo alto, dejaba entrever, entre dos anillas rematadas en los muros, un caballete cubierto de sangre, una hornilla, un cántaro. Sobre lecho de paja, sujeto por grillos, la argolla de hierro al cuello, se hallaba sentado, hosco, un hombre andrajoso de una edad indescifrable.

Este prisionero no era otro que el rabí Aser Abarbanel, judío aragonés, que, aborrecido por su usura y su feroz desdén a los pobres, había sido durante un año sometido diariamente a la tortura. En todas las ocasiones su «fanatismo, que era tan duro como su piel», había rehusado la abjuración.

Orgulloso de una filiación muchas veces milenaria y de sus antiguos abusos — porque todos los judíos dignos de este nombre son celosos de su sangre — descendía, talmúdicamente, de Othoniel, y por consecuencia de Ipsiboe, esposa del último juez de Israel: circunstancia que había mantenido también su valor en lo más duro de los incesantes suplicios.

Aquí fué donde con los ojos llorosos, pensando que la tenacidad de esta alma hacía imposible la salvación, el venerable Pedro Arbués de Espila, aproximándose al rabino tembloroso, pronunció las palabras siguientes:

— Hijo mío, alegraos: he aquí que vuestras pruebas van a tener fin. Si en presencia de tanta obstinación he tenido que permitir, con pena, el empleo de tantos rigores, mi tarea de corrección fraternal tiene sus límites. Sois la higuera reacia, que por su insistencia en ser estéril es condenada a secarse... pero sólo a Dios corresponde determinar lo que ha de suceder a vuestra alma. ¡Tal vez la infinita clemencia lucirá para vos en el supremo instante! ¡Debemos esperarlo! Hay ejemplos... ¡Así sea! Reposad, pues, esta noche en paz. Formaréis parte mañana del *auto de fe;* es decir, seréis llevado al *quemadero*, cuya brasa premonitoria de la llama eternal no quema, ya lo sabéis, más que a distancia, hijo mío, y por eso la muerte tarda por lo menos dos horas (a menudo tres) en venir, a causa de las envolturas mojadas y heladas con las que tenemos cuidado de preservar la frente y el corazón de los holocaustos. Seréis cuarenta y tres solamente. Considerad que, colocado en la última fila, tenéis el tiempo necesario para invocar a Dios, para ofrecerle este bautismo de fuego, que es el del Espíritu Santo. Esperad, pues, en la Luz y dormid.

Acabado este discurso, Fray Pedro hizo un signo por el que desencadenaron al desgraciado, y le abrazó tiernamente. Luego tocó el turno al fraile redentor, que, muy bajo, rogó al judío que le perdonara si le había hecho sufrir con el fin de redimirle. Después le abrazaron los dos familiares, cuyo beso, ahogado por sus cogullas, fué silencioso. Terminada la ceremonia el cautivo fué dejado solo y sumido en las tinieblas.

EL rabí Aser Abarbanel, seca la boca, embotado el rostro por el sufrimiento, consideró al pronto sin atención precisa la puerta cerrada. «¿Cerrada?...» Esta palabra despertó en lo más íntimo, en sus confusos pensamientos, un sueño. Había entrevisto un instante el resplandor de las linternas por la hendidura entre el muro y la puerta. Una mórbida idea de esperanza agitó su cerebro, emocionó su ser. ¡Se arrojó hacia el insólito indicio sospechado! Y dulcemente, deslizando el dedo con suma precaución por lo entreabierto, tiró de la puerta hacia él. ¡Oh, estupor! Por un azar extraordinario el familiar que la había cerrado dió la vuelta a la llave un poco antes de llegar al tope, contra los montantes de piedra. De suerte que el pestillo, enmohecido, no había entrado en su sitio y la puerta había quedado abierta.

El rabino arriesgó una mirada hacia afuera.

A favor de una especie de lívida obscuridad apercibió en el acto un semicírculo de muros terrosos en los que había labrado unos escalones; y en lo alto, después de cinco o seis peldaños, una especie de pórtico negro dando acceso a un vasto corredor del que no le era posible entrever desde abajo más que los primeros arcos.

Alargándose, pues, se arrastró hasta el nivel de este umbral. ¡Sí, era realmente un corredor, pero de una extensión desmesurada! Un día pálido, con resplandores de sueño, le iluminaba; lamparillas suspendidas de las bóvedas azuleaban a intervalos el color deslucido del aire; el fondo lejano estaba en sombras. ¡Ni una puerta lateral en esa extensión! Por un solo lado, a la izquierda, lumbreras con rejas, lumbreras que por el espesor del muro dejaban pasar un crepúsculo que debía ser el del día, porque se proyectaba en cuadrículas rojas sobre el enlosado. ¡Y qué espantoso silencio!... Quizás, allá lejos, en lo profundo de las brumas, una salida podía dar la libertad. La vacilante esperanza del judío era tenaz por que era la última.

Sin titubear se aventuró por el corredor, sorteando las lumbreras, esforzándose en confundirse con la tenebrosa penumbra de la largas murallas. Avanzaba con lentitud arrastrándose y conteniendo gritos que pugnaban por brotar cuando una llaga recientemente avivada le martirizó.

De repente un ruido de sandalias que se aproximaba llegó hasta él en el eco de esta senda de piedra. Sacudido por un temblor, la ansiedad le ahogaba; su vista se obscureció. ¡Su libertad iba a acabar sin duda! Se agazapó en un rincón y, medio muerto, esperó.

Era un familiar que se apresuraba. Pasó rápidamente con una tenaza en la mano, la cogulla bajada, terrible, y desapareció. La impresión que el rabino acababa de sufrir parecía haber suspendido en él las funciones de la vida, quedando cerca de una hora sin poder iniciar un movimiento. Ante el temor de una nueva serie de tormentos, si era cogido, tuvo la idea de volver a su calabozo. ¡Pero la vieja esperanza le murmuraba en el alma ese divino *tal vez* que reconforta en las peores circunstancias! ¡Un milagro le favorecía! ¡No era posible dudar! Siguió, pues, arrastrándose hacia la evasión posible. Extenuado de dolores y de hambre, temblando de angustia, avanzaba ¡Y este sepulcral corredor parecía alargarse misteriosamente! Y él, no acabando nunca de avanzar, miraba siempre la sombra lejana, donde *debía* existir una salida salvadora.

¡Ah! ¡Ah! De nuevo han sonado unos pasos, pero esta vez más lentos y más sombríos. Las formas blancas y negras, los largos sombreros de bordes redondos de dos inquisidores, se le aparecieron emergiendo de lejos sobre el aire neblinoso. Hablaban en voz baja y parecían discutir algo muy importante, porque sus manos accionaban con viveza.

Llegados a su presencia los dos inquisidores se detuvieron bajo el fulgor de la lamparailla, por un azar sin duda que provenía de la discusión. ¡Uno de ellos, escuchando a su interlocutor, se puso a mirar al rabino! Y bajo esta mirada, que no comprendía dada su expresión distraída, el desgraciado creyó sentir que las tenazas ardientes mordían todavía su pobre carne; iba, pues, a volver a ser un vivo lamento y una llaga. Desfalleciente, no pudiendo respirar, las pupilas temblorosas, se estremecía bajo el roce espinoso de la ropa. Pero, cosa a la vez extraña y natural: los ojos del inquisidor eran con evidencia los de un hombre profundamente preocupado de lo que iba a responder, absorbido por la idea de lo que escuchaba; estaban fijos y parecían mirar al judío *sin verle*.

En efecto, al cabo de unos minutos los dos siniestros discutidores continuaron su camino a pasos lentos y siempre hablando en voz baja, hacia la encrucijada de donde el cautivo venía: ¡NO SE LE HABÍA VISTO!... Con el horrible desarrollo de sus sensaciones atravesó por su cerebro esta idea: «¿Estaré ya muerto cuando no se me ve?» Una horrible impresión le sacó del letargo: observando el muro pegado a su rostro creyó ver frente a los suyos dos ojos feroces que le observaban... Echó la cabeza atrás en un movimiento extraviado y brusco, los cabellos erizados. ¡Pero no! No. Su mano se dió cuenta, tentando las piedras, que eran el *reflejo* de los ojos del inquisidor, cuya mirada llevaba todavía en las pupilas, y siguió más de prisa, sobre las rodillas, sobre las manos, sobre el vientre, su huída dolorosa, y bien pronto entró en la parte obscura de este corredor espantoso.

De repente el miserable sintió frío *sobre* las manos que apoyaba en el enlosado; provenía de un violento soplo de aire que se filtraba por debajo de una puertecilla hacia cuyo marco convergían los dos muros. — ¡Ah, Dios! ¡Si esta puerta se abriese sobre el exterior! — El lamentable evadido sintió en todo su ser como un vértigo de esperanza. La examinó de alto a bajo, sin poderla distinguir bien a causa de la obscuridad que le rodeaba. Tentó: nada de cerrojos ni cerradura. ¡Un picaporte!... Se levantó: el picaporte cedió bajo su mano y la silenciosa puerta giró delante de él.

A*leluya!...* — murmuró en un inmenso suspiro de acción de gracia el rabino, manteniéndose de pie sobre el suelo, a la vista de lo que se le aparecía. ¡La puerta se abría sobre jardines, bajo una noche de estrellas! ¡En plena primavera, la libertad y la vida! El jardín daba al campo próximo, prolongándose éste hacia la sierra, cuyas sinuosas líneas azules se perfilaban en el horizonte. ¡Aquello era la salud! ¡Oh, huir! Correría toda la noche bajo estos bosques de limoneros cuyos perfumes le buscaban. ¡Una vez en las montañas estaría en salvo! Respiró el aire sagrado, el viento le reanimó, sus pulmones resucitaban. ¡Oyó en su corazón dilatado el *veni foras* de Lázaro! Y para bendecir otra vez a su Dios, que le acordaba esta misericordia, extendió los brazos delante, levantando los ojos al firmamento. Fue un éxtasis.

Entonces creyó ver la sombra de sus brazos retornando sobre el mismo; creyó sentir que esos brazos de sombra le rodeaban, le enlazaban, y que él era oprimido tiernamente contra un pecho. Una alta figura estaba, en efecto, cerca de la suya. Confiado, bajó la mirada hacia esta figura, y se quedó jadeante, enloquecido, los ojos sombríos, hinchadas las mejillas y balbuceando de espanto.

¡Horror! ¡Estaba en brazos del Gran Inquisidor mismo, del venerable Pedro Arbués de Espila, que le contemplaba, llenos los ojos de lágrimas, y con un aire de buen pastor encontrando su oveja descarriada.

El sombrío sacerdote oprimía contra su corazón con un impulso de caridad tan ferviente al desgraciado judío, que las puntas del cilicio monacal pincharon el pecho del dominico. Y mientras que el rabí Abarbanel, los ojos convulsos bajo las pupilas, jadeaba de angustia en los brazos del ascético Arbués, y adivinaba confusamente que *¡todas las fases de la fatal jornada no eran más que un suplicio previsto, el de la esperanza!*, el Gran Inquisidor, con un acento de conmovedor reproche y la vista consternada, le murmuraba al oído con un aliento abrasador y alterado por los ayunos:

—¡Cómo, hijo mío! ¿En vísperas tal vez de la salud... querías abandonarnos?

VILLIERS DE L'ISLE ADAM



DIBUJOS DE REQUENA ESCALADA





GENERAL PICO (Pampa). — Banquete con que un caracterizado núcleo de vecinos obsequió al señor Jenaro Rivera, celebrando su próximo enlace.

NEUQUEN. — El jefe de policía, señor Adalberto Staub, rodeado por el personal de esta repartición que le ofreció una demostración de aprecio por su correcta actuación al frente de dicha jefatura.

El encanto de un cutis suave y aterciopelado

...lo poseen únicamente las damas que para su tocado seleccionan productos de reconocida pureza y eficacia como la **Crema Lechuga** y el **Jabón Crema Lechuga.**







Exija en estas especialidades nuestra marca registrada "LA LECHUGA".



Crema Lechuga

J. Beauchamphs

Suaviza el cutis maravillosamente eliminando las arrugas y la piel marchita. Evita la formación de pecas, granos, etc., y su uso constante confiere al rostro aspecto juvenil.

Pídala en tiendas y farmacias.

Depositarios:
Farmacia
Danesa y Droguería
DIAZ KELLY
CABILDO, 2171
U. T. 0321, Belgrano
Bs. AIRES

Jabón Crema Lechuga

De perfume exquisito y abundante espuma. Es el jabón ideal de las damas. Refresca el cutis y lo perfuma deliciosamente dando una agradable sensación de bienestar.

En todas partes, $ 0.45 cada uno.

GOERZ



Las cámaras, películas, filmpacks y placas para todos los que cultivan la fotografía. El material fotográfico

GOERZ TENAX

da seguridad de éxito a quienes lo emplean.

En las casas del ramo, en los tamaños corrientes.

G. Pfeiffer, Unico Distribuidor
RIVADAVIA, 1379 — BUENOS AIRES





Mujeres vigorosas

y de salud perfecta,
son las que forma el

DINAMOFERRIN

FLINDT

Enriquece la sangre en glóbulos rojos, nutre los nervios, da fuerza a los músculos y vigoriza las energías del cerebro.—Consulte a su médico.

En todas las farmacias. El frasco, $ 3.20

UNICOS DEPOSITARIOS:

DROGUERIA AMERICANA

Bme. Mitre, 2176 Buenos Aires

Envíenos $ 0.20 en estampillas y recibirá el interesante libro "Las enfermedades más comunes".

SECRETAS

(AMBOS SEXOS)

Para el tratamiento rápido de las enfermedades secretas, Uretritis, Blenorragias, Metritis, Orquitis, Prostatitis, Vaginitis, Catarro Vesical, Flujos diversos, etc., nada puede considerarse más eficaz, y de resultados más rápidos y completo, que la



INYECCION 918

Esta inyección es única en su género, debido a su propiedad electro-activa.

Dos inyecciones diarias bastan para curar en 8 a 15 días las citadas enfermedades. Aunque fueran casos de 15 a 20 años de antigüedad, lo cura naturalmente en algo más de tiempo, pero el resultado es seguro en todos los casos.

Su empleo es sencillísimo, no habiendo necesidad de tomar nada por vía bucal ni seguir régimen especial.

Ensaye un frasco. Precio $ 5.—. Si su farmacéutico no lo tiene, pídalo, adjuntando 30 centavos para flete, a los

LABORATORIOS FARMACEUTICOS D'INZEO Ltda.

Solicite folletos explicativos.

CORRIENTES, 2517. — Buenos Aires.

OBESIDAD



MODELO 1017
para Señoras

INDUDABLEMENTE usted no ignora los beneficios y economías que reporta una **FAJA** confeccionada expresamente para sus medidas.

SEGURAMENTE, Vd. ha de preferir siempre aquella **MARCA** que revele de inmediato una adaptación perfecta y cómoda en su empleo, con la eficacia más completa en todos sus resultados.

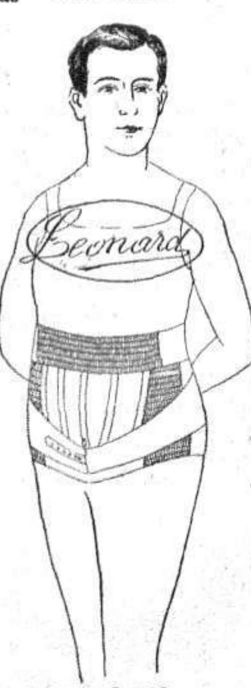
Basta, por tanto, hacer saber a usted que en todos los

Modelos "LEONARD"

Marca Registrada

hallará usted siempre estas preciadas cualidades, indispensables para su satisfacción y confianza. Si alguna causa retiene su resolución, con sólo indicarnos **POR QUE** y **PARA QUE** precisa usted usar **FAJA**, recibirá inmediatamente, con todo detalle, las características del modelo **"LEONARD"** adecuado en forma, material y empleo, al caso que usted presenta.

SECCION ESPECIAL para atender con urgencia todo pedido del **INTERIOR**.



MODELO 193
para Caballeros

DIRIGIRSE EXPRESAMENTE A

LEONARD

ESMERALDA, 577.
BUENOS AIRES.



ON JUAN *de las* CASAS BLANCAS, *el* OVERO *y el* LABRADOR

Por
CIRO TORRES LÓPEZ





ESTE CUENTO LO HEREDÓ DE SUS ABUELOS DON FABRICIANO ABÁN, UN ALDEANO DEL VALLE DE LERMA, A QUIEN SE LO APRENDÍ.



N día, don Juan de las Casas Blancas, ilustre personaje de hartas campanillas, al cual algunas gentes descomedidas y no nada finas llaman el zorro, paseaba por el bosque, como de ordinario. Marchaba con mesurado andar, aireando su cola magnífica, con la cabeza de un lado para el otro, observador; muy limpios y muy tiesos los mostachos, lanzando apagados gritítos de satisfacción. Iba muy contento, pues acababa de almorzar una lechiguana a punto de caramelo, que lograra merced a su ingenio, a su perseverancia y a su cola; y se dirigía allí cerca, a esperar, cabe un chañar amigo, la llegada de una doña Juana, mocita pintiparada, más donairosa que un lirio blanco en su tallo por febrero, y de la cual andaba algo más que enamoradillo. Mariposas escarlatas, de alas veteadas de azul, vagabundeaban lentamente por entre los árboles, deteniéndose en los claros, ingrávidas, en trémulos planeos, ávidas de sol, multicolores y resplandecientes. En el follaje lustroso, de esmeraldas, cantaban los chalchaleros; silbaban a lo lejos, entre el pastizal, los guaipos; tableteaban sus destemplados gritos los charatas, y en todo el bosque reía diciembre ubérrimo y esplendoroso.

Pensamientos de fraternidad acudían al magín de don Juan, y su corazón alegre iba ansioso de ejercitar un acto magnánimo. Llegado al sitio de destino, observó la sombra de los árboles, y apreció que faltaba bastante aún para las tres, y que, por consiguiente, tenía mucho tiempo libre hasta la hora convenida de la cita. Recordó, entonces, que a menos de dos cuadras del lugar quedaba el rastrojo de don Florestán, un labrador amigo suyo, a quien le había prestado un excelente servicio, intercediendo en su favor ante su comadre doña Eleuteria, llamada también, por mal nombre, la comadreja, a fin de que no visitara a las gallinas de su propiedad.

Resolvió, pues, darse una vueltecita por el labrantío de su protegido. Antes de llegar, husmeó debidamente: ¡no fuese que el hombre estuviese en compañía de algunos Pedros, esos individuos antipáticos, de filosos dientes, muy lenguas largas, ladradores y aulladores, como cuadra a su baja condición; enemigos suyos por eso mismo. Pero se convenció de que felizmente se hallaba solo, al amor de un algarrobo, con el sombrero sobre los ojos, muy triste, llorando, en el colmo de la desesperación.

Don Juan se le acercó y le dijo:

—¡Cuá! ¿Qué le pasa amigo?

Don Florestán, reconociéndolo, con voz débil y quejumbrosa, respondió:

—¡Qué tal, don Juan! Aquí toy, avatío. Andoi en trabajos, señor. No sé que hacer pa salvarme!...

—¡Bah, amigo; no se aflija! ¡Cuente con un servidor! ¿Qué es lo que le pasa?

—¿Y que va ser, don?; que su tío, el tigre, mi ha jurao comerme si no le doy los güeyes... ¡Tá si cuando uno anda en la mala tuíto le sale torcío!... Primero jué mi mujer, que se li antojó comerse el güey magrino. Me jorobó y me jorobó pa que lo carniase, sabiendo que los güeyes no son míos; que yo lois arquilao a ño Abertano pa la siembra de este rastrojito solamente; me jorobó y me jorobó hasta qui tenío que darle una guasquiada... Pero siempre ella tá dando y temando con lo mesmo. Y aura, pa mal de mis culpas, antiayer se ha presentao el tío de usté con el cuento de que si ha aficionao del otro güey, del volterito. Ayer ha venío otra güelta a cobrarlo y yo li tenío que suplicarle que me lo deje un diíta más. El mi ha tenío compasión, y mi ha dao al plazo hasta aura a las tres, que va venir pa que se lo dé, porque si no, mi ha jurao que me va comer a mí. Así, pues, ¿qué güá hacer?... ¡Sólo tata Dios puede salvarme!...

Y el labrador, en el colmo de la desesperación, volvió a caer en su tristeza. Pero don Juan de las Casas Blancas, tras pensar un momento, lanzó una sonrisita, y dijo:

—¡Cuá, cuá! ¡Eso es! Vea, no se aflija, amigo! ¡Ya está! Al mismo tiempo que lo salvo, me vengaré de ese calamitoso de mi tío, de ese overo, hijo de perra, que me ha tenido cuatro días sin comer y con un julepe de ¡no te digo nada! Vea, lo que usted tiene que hacer es esto, y esto, y esto (y le explicó los detalles, terminando): Eso sí; trate de que se instale en algún peladarcito, para que yo lo pueda ver bien desde lejos, y crea así que



acabo de llegar; porque de lo contrario...

Un formidable bramido sacudió al bosque, cortando la palabra de don Juan, haciéndolo trastabillar de miedo; metiendo temblor a los bueyes uncidos al arado, y haciendo ponerse en guardia al hombre.

— ¡Su tío! — exclamó don Florestán.

Don Juan de las Casas Blancas, arrastrándose, haciéndose el chato, emprendió la carrera, más veloz que el viento, a esconderse.

Un momento después el tigre, asomando por un extremo del rastrojo, al trote largo, con la cabeza gacha, los ojos brillantes, babeosas las fauces, avanzó apresurado y fiero, relumbrante su pelaje de oro, manchado de noche. El hombre detuvo sus bueyes y lo esperó. Llegó y dijo:

— ¡Bueno, ya estoy aquí! ¡Dame el buey!

— ¡Pero señor don Tigre, ¿cómo es posible que usté que tiene tuito el monte pa pillar los bichos más lindos, me quiera comer el güeycito, que nu es mío, y dejarme a la calle, a pordiosiar; porque, ¿con qué güá sembrar este rastrojito si usté me lo quita al volterito?

— ¡Bueno, bueno; se me ha antojao tu buey, y dámelo inmediatamente, que estoy con hambre!

— Pero señor don...

— ¡Nada! ¡¡Me lo entregas ya, o te como a ti!!

— ¡Si esa es su voluntá, señor, que así sea! Pero siquiera dejemé dar esta última güeltita; güá echar esta última rayita, siquiera pa sembrar algo; y diái se lo come al güé...

El tigre se dijo: «Total, un rato más; puedo esperar como quien descansa». Y contestó:

— Bueno, te concedo. Yo me voy a estirar a esperarte aquí, en estos matorrales.

—Ta güeno, señor; pero, ¿por qué no se acuesta velay en aquel peladarcito, a la sombrita de ese algarrobo... junto a mis sacos de máiz pa semilla? ¡Aquí lo puede picar la víbora! Y en después, que allá güá desatar.

— Bueno, allí te esperaré... por darte en el gusto!

Don Florestán azuzó a sus bueyes, y continuó la arada, muy triste, muy desesperado, sin confiar mayormente en las promesas de don Juan. Pero cuando avanzaba por una ceja del rastrojo vió a su amigo, el cual lo chistó, y caminando a su par por entre las marañas, le dijo:

—¡No se aflija, amigo! ¡Vaya a desatar nomás, y haga lo que le he dicho!

El labrador terminó la vuelta, se llegó al algarrobo y empezó a desuncir sus bueyes, mientras el tigre, estirado en el suelo, contemplaba a su ansiada presa con ojos de gula y de codicia.

De repente, en un punto del bosque resonaron tres estridentes ¡cuá!, harto conocidos.

— ¡Zas, mi sobrino don Juan! — exclamó el tigre. Y antes de que pudiese continuar su reflexión, oyó que su sobrino gritaba:

— ¿Qué es eso overo que aparece allí?

El tío lanzó una carcajada sorda, y queriendo vengarse ahora de su sobrino por la pillería que le hiciera, cosa que no había logrado hasta ese entonces, dijo al labrador:

— Contéstale que son papas negras y blancas; vamos a ver si viene y se me pone a tiro.

Don Juan volvió a gritar:

— ¿Qué es eso overo que aparece allí?

— ¡Papas negras y blancas! — respondió el labrador.

— ¡A ver; echálas al costal!

El tigre agregó por lo bajito:

— Hazte de echarme y no me eches!

Pero el labrador le replicó que era mejor encostalarlo de verdad, para que así el engaño fuese más completo; a lo que el overo accedió, y empezó a correrse para dentro del saco, que estaba en el suelo.

Don Juan tornó a gritar:

— ¡A ver; echálas todas al costal!

— ¡Ya tan en el costal!

— ¡A ver; atále la boca con un buen lazo!

— ¡Hazte de atarla, y no la ates! — dijo el tigre, despacito; en lo que convino el hombre, pero de palabras, pues la ató verdaderamente y con harta seguridad.

— ¿Ya la has atado?

— ¡Sí, ya lai atao!

— ¿Bien atada?

— Sí, bien.

— ¡Bueno; a ver, dale con el ojo del hacha!

— ¡Hazte de darme, y no me dés! ¡Y dile que venga! — susurró el tigre.

— Bueno. — Contestó el hombre. Y empuñando el hacha le buscó la cabeza, y revoleando el hierro con todas sus fuerzas le asestó un golpe que le partió el cráneo.

— ¡¡Afirmále, otro, otro!! — gritó don Juan. Pero ya no había necesidad de que lo dijera, porque don Florestán, por su propia cuenta, a golpes le deshacía la cabeza al tigre. Cuando ya estuvo seguro de que su enemigo había muerto, le gritó a don Juan:

— ¡Ya loi muerto! ¡¡Venga!!

— Pero, ¿está bien muerto?

— ¡Sí, bien muerto!

— ¿No se mueve?

— ¡No, amigo; no sea miedolento; venga!

Don Juan de las Casas Blancas acudió. Pero se detuvo a la distancia, y desde allí le dijo que lo sacase del costal. El hombre así lo hizo. Y don Juan vió que el tigre estaba verdaderamente muerto. Entonces se llegó a su vera y se puso a contemplarlo, no sin cierta pena; porque aunque malo, el overo era, al fin y al cabo, su tío.

— Señor don Juan, y aura, ¿con qué le güá pagar este servicio tan grande que mi ha hecho? — exclamó el labrador.

— ¿Y? ¡con nada!

— Pero, señor, ¿cómo es posible que no me cobre nada, cuando mi ha salvao a mis güeyes y a mí mesmito de una muerte segura?

— Bah... ¡eso no es nada! ¿Para qué

somos amigos, entonces? ¡No me debe nada, pues!

—¡No, señor! Vea, yo tengo en casa unas gallinitas, y como sé que usté es medio aficionao a ellas, se las güá tráir de regalo pa usté!

Al oir palabra tan dulce: «¡gallina!», a don Juan de las Casas Blancas se le hizo agua la boca; le dió una voltereta el cerebro dentro del cráneo, de pura emoción, y se le achicó el alma de alegría; por todo lo cual, no pudiendo resistir a la tentación de tamaña y tan próxima dicha, aceptó.

Entre tanto, la hora de la cita con la pintiparada doña Juana había llegado; por lo que ambos amigos se despidieron, conviniendo en juntarse al día siguiente, a las doce, bajo el mismo algarrobo.

* * *

Por la tarde, con las primeras sombras de la noche, el labrador se marchó a su casa, llevándose la piel del tigre. Una vez en su rancho, contó a su mujer, punto por punto, todo cuanto le había sucedido, así como su compromiso de llevar al día siguiente un costal de gallinas para su amigo don Juan de las Casas Blancas.

En un principio la mujer no replicó palabra; pero más tarde, cuando su alma utilitarista de mujer hubo sospesado la cosa, se encaró con su marido y le dijo:

—Eres un tonto. ¿Por qué en vez de llevarle un costal de gallinas no le llevas un costal de perros? Si le llevas esas gallinas ahora, mañana querrá más, y así al día siguiente, y al otro, y al otro, hasta dejarnos en la más negra poberza! Y si te quejas ante el juez, malo para ti, por la clase de servicio que te ha hecho, tan *excesivamente valioso, don Juan.* Mientras que; llevándole los perros, te libras para siempre de él. Eso es lo que debes hacer. ¡Eso es lo que nos conviene!

—Pero, mujer, ¿cómo güá ser yo tan desagradecío y tan sinvergüenza, pa hacerle eso a él, que mi ha salvao la vida, que mi ha salvao del overo?

—¡Psheá! ¡Déjate de sandeces! ¿Crees, acaso, que te ha salvado por tu buena cara? Si no fuese porque lo odiaba a su tío, y ansiaba vengarse, ¿crees que te habría ayudado? ¡Qué ingenuo eres!

—Pero don Juan mi ha ayudao también vez pasada, cuando la palabrió a su comagre ña Eleuteria pa que no nos coma las gallinas!

—Sí, pero fué a cambio de que tú lo dejaras en paz a él y a toda su familia; que no le pusieras trampas ni le azuzases los perros en su contra!

—Güeno, de tuitas maneras, yo no debo ser tan ingrato con él pa hacerle eso que vos querís!

—¡Bah! ¡Eres un asno! Porque si no lo fueras, comprenderías que él aparenta generosidad y desinterés para contigo, precisamente porque tiene un interés muy grande, que no se anima a confesarte, y porque te ha de enredar el día menos pensado así como lo ha enredado a su tío; que mañas y picardía le sobran!

Don Florestán insistió en sus pensamientos más débilmente cada vez, perdiendo terreno a medida que lo ganaba su mujer, la cual persistió por su lado en sus apreciaciones malvadas, rebosantes de avaricia.

Al día siguiente el hombre, dominado por su mujer, y especialmente por la razón de que esa aparente generosidad de don Juan de las Casas Blancas debía de encubrir un secreto y ambicioso interés, mató una gallina, con cuya grasa embadurnó cuanto pudo al costal más grande que tenía en la casa; la echó luego dentro del saco, y encerró en él a sus cuatro perros, tras haberlos revolcado en el polvo, para que no despidiesen olor.

Un poco después de las doce se encaminó a su labrantío, llevando el saco a cuestas.

Cuando llegó al algarrobo, don Juan de las Casas Blancas lo esperaba ya, muy sentadito, con las orejas tiesas, las narices dilatadas, los ojillos bailadores, con el alma regocijada, dispuesto a darse un opíparo banquete. El hombre dejó en tierra el costal y dijo:

—¡Güeno, señor don Juan, aquí tan las gallinas pa su mercé!

—¡Umm! ¡A ver; espérese amigo! —Y cautelosamente avanzó, inspeccionó al saco una y otra vez; lo olfateó, lo miró, lo tocó... pero la incertidumbre de si eran perros o gallinas le impedía estar tranquilo, por lo cual, dijo:

—¡Ummm! ¡Parecen Pedros y no gallinas, amigo!

—¿Pero cómo se le ocurre, señor don Juan, que le güá tráir perros? ¿Cómo me *cré tan desagradecío?*

—¡Umm! ¡A ratos parecen Pedros y no gallinas!... Pero en otros parecen gallinas verdaderamente!, sobre todo por el olorcito tan agradable... ¡En fin! Bueno... Vea; yo me voy a colocar allá lejitos, y usted abre la boca del costal poco a poco, para que salga gallina por gallina!... ¡Umm!... ¡Pero no sé por qué, me parecen Pedros!... ¡En fin! ¡¡Abralo nomás!!

Don Florestán lo abrió completamente, y los cuatro perros, violentos, como relámpagos, se abalanzaron sobre don Juan:

—¡Cuá! ¡Mal hombre! ¡Desagradecido! —gritó, y partió a toda carrera. Pero los lebreles le alcanzaron, y cuando unos lo cogían de las piernas, otro del espinazo, y el último de la cola, don Juan de las Casas Blancas se volvió hacia el labrador, y con voz trémula, con eco inolvidable, penetrante y ululante, le gritó:

—¡Hombre al fin para desagradecido! ¡¡Hombre al fin, para pagar un bien con un mal!!



F I N

Comentarios

«Por el Ministerio de Agricultura se dictó un decreto reglamentando la ley de represión de especulación y trusts.»

— El trust es una cosa abominable
— Y la especulación es peligrosa.
— Le Bretón no reposa,
y, con actividad insuperable,
discurre, indaga, inventa,
interroga, medita y reglamenta.
— Hay pocos tan sesudos y entendidos.
— Le debemos estar agradecidos.



«Artículo 1.° — Declárase artículos de primera necesidad:
Para la alimentación: carne de ovino, porcino, bovino y caprino;...»

— ¡Qué bien redactado!
Ovino,
porcino,
bovino,
caprino.
Me deja encantado.

«vísceras alimenticias y de aplicación medicinal;»
— Ya ve, de aplicación medicinal.
— Ya lo veo, son vísceras magníficas.
— Son vísceras científicas
y dignas del aplauso universal.

«huevos, leche y crema de leche, queso, manteca; ...»
— Ya apareció ¡caramba! la manteca.
— No hable usted de eso que me da jaqueca.

«cuajada, aceites y grasas comestibles;...»

— Siempre muy celebrada
ha sido la cuajada;
¡pero el aceite!...
— Diga, compañero,
¿se convierte el ministro en defensor
de un producto extranjero,
al que antes contemplaba con horror?
¿No puede contestarme?
— No, señor.



«pescado fresco;...»
— Y el bagre también.
— No sé.
— El bagre es ¡quién lo dijera!
artículo de primera
necesidad
— Bueno, ¿y qué?
— ¿No se les trataba a veces
con demasiada injusticia?
Es una buena noticia
para esos humildes peces.



«verduras, legumbres, tomates, papas, batatas, mandioca,...»

— Se me figura que el ministro trata
de honrar a la batata.
— Con sobrada razón. ¿No le parece?
— Es que se lo merece.
Ocupa la batata esclarecida
un lugar importante en nuestra vida.

«raíces comestibles,...»
— ¡Alto! Eso es sorprendente.
¡El gran ministro alábanos
a los vulgares rábanos!
— ¿Acaso no hace bien?
— Perfectamente.
Le Breton el asunto magnífica.
¿Quién el trust de los rábanos se explica?
— El ruboroso rábano, modesto
producto de la tierra, que, si pica
y es un poco indigesto,
en cambio, es muy sencillo y muy honesto
va a sentirse halagado. Sin jactancia
puede el rábano hablar de su importancia.



«cebollas...»
— Y no habla de los ajos.
— No hace bien.
¿Por qué trata a los ajos con desdén?

«Para el vestido: ... sombreros de paja común...»
— Previsor como nadie es un gobierno
que piense en tales cosas en invierno.

«Para la vivienda:... artículos para servicio de mesa de loza...»
— Eso no nos interesa.
— Pues yo estoy muy sorprendido.
¿A qué Loza y a qué mesa
Le Breton se ha referido?

MONOS DE REDONDO.

NUESTRO NUMERO PROXIMO:

Contendrá las siguientes colaboraciones literarias, artículos, novelas y notas: Oración, por **Fernández Moreno.** Caprichos y realidades, por **Pedro Herreros.** Gavirá, por **Ernesto Morales.** En el frigorífico, por **B. González Arrili.** Tipos del rancho, por **Ernesto Mario Barreda.** El hombre de los ojos inmóviles, por **Alfredo R. Bufano.** El tapado, por **Pedro Heredia.** El juego, por **Leonardo A. Bazzano.** Perogullo y yo, por **Enrique Méndez Calzada.** Macho, pero zonzo, por **Julio Cruz Ghío.** Doble jugarreta, por **William W. Jacobs.** El dechado de la abuela, por **Miguel de Unamuno.** La chica de enfrente, por **Marcel Le Cornec.** Los dos soldados, por **Paúl Sebillot.** El do de pecho, por **Luis Cánovas.** La golondrina, por **Alberto Risco.** Kichinew, por **Andrés Salmón.** La señora del subalterno, por **Rudyard Kipling.** Séptima hechicera, por **Marcel Schwob.** Hombres célebres: Julio César, por **Eduardo del Saz**